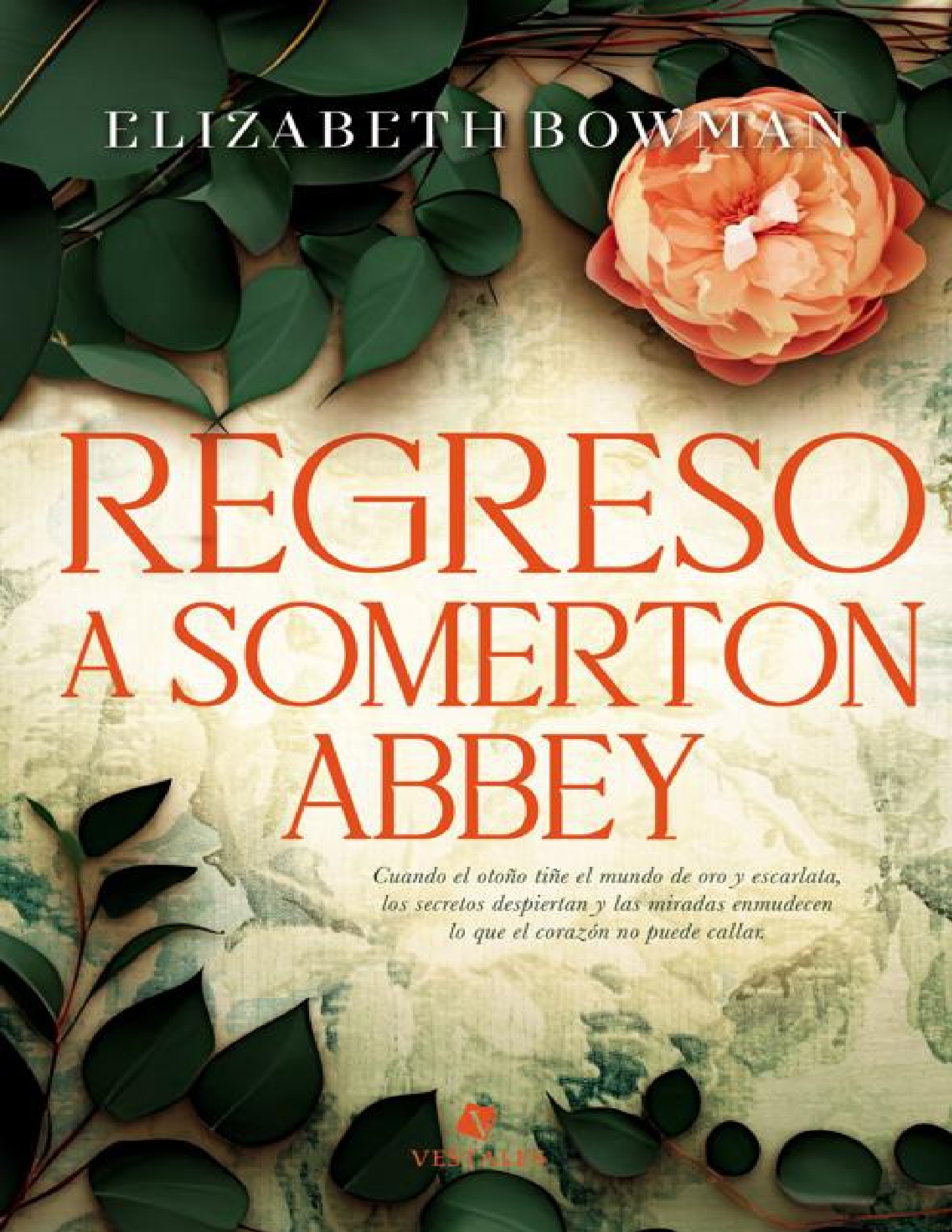

ELIZABETH BOWMAN
REGRESO A SOMERTON ABBEY
Cuando el otoño tiñe el mundo de oro y escarlata,
los secretos despiertan y las miradas enmudecen
lo que el corazón no puede callar.

Bowman, Elizabeth
Regreso a Somerton Abbey, 1.a ed., San Martín: Vestales, 2024.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8944-79-1

1. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A860

© Editorial Vestales, 2024.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar
ISBN 978-987-8944-79-1
Primera edición en libro electrónico (epub): Enero de 2025

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

Siempre regresamos allí, donde fuimos felices.

Anónimo

PRÓLOGO

John detestaba verse en la obligación de permanecer en aquel lugar.

Con toda su alma.

Era esa una cuestión innegable.

No obstante, su nueva condición exigía sacrificios a los que debía someterse. Y por eso resultaba imperativo transigir. Consciente de todo eso, suspiró con largueza, se llevó las manos enlazadas a la espalda, cuadró hombros, elevó barbilla y dejó que el tiempo transcurriera lenta y morosamente.

—Aguanta, John —se dijo a sí mismo a modo de aliento.

Y aguantaría.

De hecho, se condenaría a permanecer en el salón unos cuantos minutos más, esquivando los plumazos de todos esos pavos reales y lores estirados que no dejaban de girar y exhibirse ante su hastiada mirada, pero luego se iría. ¡Por su vida que se iría!

Irse era sin duda la opción más acertada, a riesgo de que alguna de las exaltadas matriarcas que había tenido el placer de localizar a lo largo y ancho del salón, fingiendo un tropiezo, decidiera arrojarle una hija a sus pies, a cualquiera de ellas, para que él se viera en la incómoda obligación de auxiliarla y, a continuación, caballerosamente, invitarla a bailar.

Resopló esa vez; en un vano intento de distraerse, paseó la mirada por la estancia. Fue entonces cuando, en el ángulo opuesto del abarrotado salón, apostado discretamente tras las elegantes hojas de una costilla de Adán, le pareció distinguir un rostro familiar que creía ya por completo erradicado tanto de sus recuerdos como de su vida. Resultó inevitable que el corazón se saltara de forma sistemática un par de latidos para formar en su pecho a continuación una aplastante sensación de oquedad.

—¿Qué diablos…?

Las manos se le cerraron en puños a la espalda mientras la cólera estallaba en el abismo de su pecho con la rotundidad del volcán que, silente durante años, de pronto quiebra en cien mil pedazos la quietud para convertirse en amenaza. De ese modo, como lava hirviente que abandona el lecho magmático en el camino por arrojarse con violencia al exterior, dicha cólera recién nacida borboteó y se desplazó arrasando sus entrañas y, de paso, el sosiego, mezcla de hastío y resignación, que había dominado su existencia en los últimos tiempos.

—¿Qué diablos hace él aquí?

Desde que lo hubo localizado, no pudo John apartar ya la mirada del que acababa de convertirse en indeseable punto de referencia, pues dolorosas reminiscencias de tiempos pretéritos le acudieron en tropel a la sesera, veloces como el rayo, para torturarlo una vez más.

¿Acaso después de tantos años como habían transcurrido, no había forjado la esperanza –que ahora se le antojaba estúpida– de que esa tortura no volvería a tener lugar jamás?

—¡Maldito sea! ¿Cómo es posible? —siseó entre la prensa que acababan de formar sus dientes.

Exhaló con rudeza, como el corcel al que refrenan su brío al imponerle el inoportuno bocado, y con rapidez descendió una mirada ceñuda para abandonarla en el lustrado suelo de mármol. Su instinto primitivo lo instaba a abandonar toda contención y cruzar la estancia en unas cuantas zancadas para partirle la cara a ese capaz de devolver el pasado al presente y acercar la trabajada entereza al borde de la zozobra.

Porfió en mantener las manos en puños –puños que ya no eran los de un zagal inexperto y que, en el presente, podrían perfectamente cumplir su labor–; los apretó hasta que los nudillos tornaron blancos y las uñas perfectamente arregladas se clavaron en las palmas.

¡Cielo santo bendito, podía ser tan fácil, en ese tiempo podía por fin ser tan fácil reclamar justicia y destrozarle el alma a ese infame! El alma tal vez no, pues ya estaba corrompida de un modo insalvable, pero el rostro: ¡ay, el rostro podría arreglárselo de un buen puñetazo!

Lentamente elevó de nuevo la mirada hacia el maldito punto de referencia. Aquel indeseable se encontraba solo, por lo que él fácilmente podría volcar bajo el sello de sus puños todo el resentimiento acumulado en su interior, todo el dolor, toda la rabia. Aflojó los puños despacio mientras el aliento le abandonaba el cuerpo en una lánguida exhalación.

No podía hacerlo.

No debía hacerlo.

¡Maldita fuere su suerte!

Se encontraba en una etapa diferente de su vida, a orillas de ese nuevo comienzo que tantas veces había ansiado durante las largas noches de juventud en las que rogó convertirse en hombre para poder reclamar justicia. Tal vez, ahora, con las manos podría entonces solicitar por fin esa justicia que antaño le fue negada, pero… Pero no era el momento. Miró en derredor: tampoco era el lugar.

La música del cuarteto de cuerda que se había silenciado abruptamente en su cabeza desde que descubrió de forma fortuita al monstruo, regresó del mismo modo que regresaron también las risas y las conversaciones que flotaban en la estancia y que su obcecación había pausado.

—Distráete, John, piensa en otra cosa, no puedes arruinarlo todo. —Esa consigna, apenas susurrada, fue tan solo escuchada por el elegante lazo de su *cravat*—. Mucho menos por culpa de ese villano. —Volvió la vista ligeramente en torno para observar el panorama—. Piensa, por ejemplo, en la cantidad de matronas que no te quitan el ojo de encima esta noche, fíjate en los caballeros que cuchichean en grupo sopesando mentalmente cual será el peso real de tus arcas o si los carruajes de tu cochera serán capaces de hacer sombra a los suyos. —Suspiró hastiado—. Si tienes eso en cuenta, ya deberías disponer de entretenimiento suficiente.

John cambió el peso del cuerpo de un pie al otro mientras volvía a cuadrarse en su posición, tratando de insuflarse la entereza que sabía acababa de descuidar. Una vez más se vería obligado a tragar la bilis que le quemaba en el gaznate para consentir que el tiempo lo solapara todo, como un pesado manto capaz de ocultar lo que duele y debe ser ocultado.

Forzándose a serenarse y observar al tirano bajo una mirada distinta, alejada esa vez del odio cerval que le inspiraba para reducirlo a una imperiosa indiferencia, se dio cuenta de que el muy maldito ni siquiera se había percatado de su presencia, pues parecía demasiado interesado en otro punto de la sala de donde no apartaba la mirada.

Siguió el recorrido de esos ojos indignos para descubrir a cierta distancia a dos señoritas sin compañía. Aunque, sin duda, era una de ellas, la más alta, elegante y morena, la que parecía acaparar toda la atención del monstruo.

El gesto de John se descompuso en un rictus de desconcierto y curiosidad. ¿Quién era aquella joven? ¿Y por qué el maldito parecía tan interesado en ella?

* * *

Georgiana Masterson fue consciente del momento exacto en el que la mirada obsidiana de ese hombre, que se deslizaba sobre la ondulante marea de cabezas y tocados emplumados que abarrotaban el salón, se detuvo de golpe sobre su persona, con la solidez del ave rapaz que desde una elevada atalaya de roca descubre de pronto, allá abajo en el páramo, al indefenso ratoncillo.

Por supuesto que el ratoncillo, aunque a simple vista y en campo abierto pudiera semejar desamparado, pero en absoluto puede ni debe considerarse tonto, se apresuró a apartar los ojos de esos otros que habían conseguido reclamar su atención y hacer peligrarle la serenidad.

¿Cómo pudo presentir el roce de esos profundos ojos de brea a tanta distancia y entre las decenas de miradas curiosas que, sin duda, se deslizaban también en esos momentos por la abarrotada sala de baile de los Thompson? ¿Cómo si ambos se encontraban en ángulos opuestos de la estancia y con semejante densidad de almas de por medio?

Carecía de respuestas para tales cuestiones; un sexto sentido tal vez. O, quizá, se debiera a la intensidad de esa mirada, capaz de traspasar sayos danzantes para arrancarla de su letargo y obligarla a reaccionar.

Una leve arruguita de desconcierto le sombreó el femenino ceño cuando, de forma inconsciente, se descubrió regresando la mirada al caballero de ojos negros. ¿Por qué él continuaba mirándola? ¿Y por qué con tan descarada intensidad? Se llevó una mano al escote y, de nuevo, retiró la mirada hacia las decenas de bailarines que ocupaban la pista mientras las manos corrían a enlazarse frente al talle. Casi de inmediato fue consciente del calor intenso que se le instaló en las mejillas y del sofoco repentino que le agitó el escote.

¡Oh, no volvería a mirar en aquella dirección en lo que restaba de velada! No resultaba prudente, aunque sí bastante comprometedor. ¿Cuántas veces antes se había sentido tan nerviosa como turbada? ¡Oh, desde luego que no volvería a mirar…!

—¿Quién es? —La pregunta huyó de sus labios sin consentimiento, conminándola en el acto a atrapar el labio inferior entre los dientes y a fruncir el ceño en delator gesto de auto regaño.

Marcia Spencer observó a su amiga sin acabar de comprender. ¿Quién era quién? Porque Georgiana, en esos momentos, la estaba mirando a ella. Apreció entonces la leve arruguita que se aproximaba en las cejas oscuras de su amiga, las rosas escarlata que le incendiaban las mejillas y los labios ahuecados en un mohín de desasosiego. Deslizó la mirada por el salón para tratar de entender la posible causa de semejante agitación repentina para toparse en la distancia con la enhiesta y elegante figura masculina. Al verse descubierto, el caballero apartó los ojos con rapidez y escaso disimulo, alzando en el proceso la barbilla hacia la multitud con notable altanería. Marcia comprendió todo de golpe y lo demostró esbozando una leve sonrisa.

—¡Oh! Es John Brighton, de Green Hall —dijo, como si se tratara de una obviedad.

“John Brighton, de Green Hall…”, repitió Georgiana en su cabeza sin ser capaz de ubicar al caballero.

“John Brighton, de Green Hall; John Brighton, de Green Hall.”

Su ignorancia al respecto tampoco resultaba de extrañar, pues, al fin y al cabo, apenas conocía a unos pocos vecinos de Hylton, sin duda únicamente a los más cercanos a Somerton Abbey, como sucedía en el caso de los Spencer.

—Acaba de heredar Green Hall, la mansión al pie de la colina, tras el reciente fallecimiento de su tía. La anciana permanecía soltera. Decidió convertir al hijo de su hermana en su legítimo heredero —Marcia le informó a su amiga manteniendo un tono susurrante presto a la confidencia. Precaución que resultaba innecesaria, ya que el alboroto que reinaba en la estancia impedía fisgonear conversaciones ajenas—. Al igual que vosotros, apenas lleva unas semanas en Hylton; llegó para hacerse cargo de su herencia. Apenas se ha instalado.

Georgiana asimiló el informe sin manifestar ninguna expresión que pudiera delatarla.

—Desde su llegada todo el mundo habla de él —continuó Marcia con la reseña, ajena a las turbaciones de Georgiana—, asunto que resulta comprensible si consideramos las escasas novedades que tienen lugar en Hylton. —Una sonrisa condescendiente estiró los labios de la joven Spencer—. Desde luego, aparte de conformar él mismo toda una novedad, si se considera su condición de soltero y caballero, se ha convertido además en un candidato muy a tener en cuenta para las madres deseosas de arreglarle un buen matrimonio a sus hijas.

Georgiana comprendió que la señora Spencer debía de permanecer libre del afán casamentero que manifestaban las restantes madres de Hylton respecto al señor de Green Hall, pues la señora debía ya de estar al tanto, como también lo estaba la propia Georgiana, de la ubicación real de los afectos de Marcia.

—Aunque por el momento, él no ha mostrado inclinación por ninguna de sus vecinas, para desesperación de la mayoría de ellas —continuó la señorita Spencer.

Georgiana arqueó una ceja.

—¿Varias semanas en Hylton y todavía no se ha decantado? —comentó, componiendo una hilarante expresión de asombro—. ¡Qué desconsiderado!

Marcia intensificó su sonrisa, divertida sin duda ante la fina ironía de Georgiana.

—Desde luego; se ve que no es consciente de la escasa paciencia de las madres de Hylton con hijas solteras en disposición de casarse—concedió—. Sinceramente, creo que no sabe dónde se ha metido…

—¡Oh, un joven caballero en el punto de mira de todas las madres del condado, que, además, todavía no muestra preferencias! ¡Pues sí, sin duda es digno de toda nuestra compasión! ¡Pobre, pobre señor Brighton!

Una sucesión de risitas bajas y disimuladas revoloteó entre las dos jóvenes que conversaban sottovoce.

—Para decepción de las mentadas madres y de sus esperanzadas hijas, el caballero tampoco acostumbra a ser un participante entusiasta de las veladas a las que asiste. —Marcia continuó avivando el hilarante intercambio, y para ello descendió aun más la voz

para concederle un travieso tono de confidencia—: No se le ha visto bailar desde su llegada a Hylton.

Georgiana abrió la boca hasta componer una graciosa "O" con los labios. Su gesto, más allá de verdadera sorpresa, encerraba ingenio e hilaridad.

—¿Un caballero que no baila? ¡No había visto nada semejante desde los tiempos de soltería de Anthony Masterson!

Ambas muchachas inclinaron el rostro y se volvieron ligeramente de costado para tratar de disimular nuevas risas y un gran divertimento. En un momento dado, cuando Georgiana no pudo evitar regresar la mirada hacia el ángulo opuesto de la estancia, comprobó que el caballero, aquel tal John Brighton de Green Hall había desaparecido.

La risa se le congeló de golpe en los labios. Los ojos, desobedientes a la impuesta porfía de su propietaria, se desplazaron por la sala en una búsqueda urgente, que, de no ser porque podría resultar tan precipitado como extremo considerarla de ese modo, podría incluso pasar por desesperada.

No obstante, los minutos destinados a la turbación fueron breves, pues en el acto, y debido al minucioso escrutinio, Georgiana se topó con otra mirada muy distinta de la que la había fascinado segundos antes.

Lo primero que sintió fue el escalofrío en la nuca, como si el gélido hálito de la intuición o un simple instinto de supervivencia le acariciara la parte posterior del cuello para prevenirla de un peligro cercano. Acto seguido notó la creciente piel de gallina que le vistió todo su cuerpo, deslizándosele desde la coronilla hasta los talones como si de una marea de aguas gélidas se tratara hasta el punto de obligarla a acariciarse los brazos vestidos hasta los codos con guantes de seda para tratar de aliviar aquel escalofrío antinatural.

Encontrarse con esos ojos de hielo y con el cabeceo a modo de saludo que se sucedió después, amén de la sonrisa pétrea que imitaba el gesto hierático de las esfinges, provocó en ella una sensación tan horripilante que se vio en la imperiosa necesidad de enlazar el brazo de su amiga y tirar ligeramente de ella, forzando en el proceso una leve sonrisa dirigida a Marcia para disimular quizás la lividez que de pronto se le apoderó del rostro.

—Vayamos a la mesa de refrigerios, querida amiga —pidió no sin urgencia—. Aquí el aire se siente muy cargado.

Marcia no alcanzaba a entender.

—¿Te encuentras indispuesta?

Georgiana exhaló despacio. ¿Indispuesta…? ¡Oh no! ¡Se sentía nerviosa, inquieta, intimidada! Como sucedía cada vez que esas pupilas de escarcha se posaban en ella, pues parecía que incluso podían traspasar las capas de tela para observar y corromper su

desnudez.

—Estoy bien, pero creo que nos vendría bien un vino quinado para mitigar el calor. ¿Vamos?

CAPÍTULO 1

Hylton, condado de Devon. Otoño de 1815.

Los finos dedos enguantados en hilo de macramé se deslizaron entre las dobleces de la cortina que hasta el momento velaba la ventanilla del carruaje para hacerla ligeramente a un lado.

La generosidad cromática que albergaba la promesa de un bosque espléndido se deslizó a través del vidrio para revelar los tonos ocre, verde desvaído, naranja y amarillo, propios de la estación. A lo lejos, entre el ramaje aún denso de los robles, asomaba la conocida construcción que, a pesar de la distancia y del exuberante palio forestal, se intuía magnífica.

"Somerton Abbey…", sonó en su cabeza. Las palabras parecían componer allá adentro, entremezcladas con bonitos recuerdos recientes, una preciosa melodía.

Georgiana devolvió la mirada al interior para observar a sus compañeros de viaje. Cada vez que regresaban a Somerton Abbey, su querida cuñada, Sophia, mantenía la costumbre de hacer detener el carruaje al inicio de la vasta arboleda que recibía a los visitantes para observar su antiguo hogar. En ese instante, una vez más, la dama observaba la inmensa construcción de piedra a través de la cortina que su solícito esposo había retirado para ella, en tanto una brillante sonrisa le asomaba a los labios y un sentimiento de orgullo le resplandecía en las pupilas. Anthony le sostenía la mano sobre el muslo mientras los dedos de ambos permanecían firmemente enlazados. Los labios de Georgiana se estiraron en una sonrisa, claro reflejo de la ternura y el afecto que la pareja despertaba en ella.

¡Qué hermosa estampa componían, tan enamorados y cómplices como el primer día, a pesar del correr de los años y de la llegada de los hijos! Sin duda, ambas circunstancias no habían hecho otra cosa más que engrandecer el amor sincero que los dos se profesaban, retratando con su día a día, a ojos de la joven Georgiana, la idea de matrimonio feliz que desde siempre había ansiado para sí misma.

Si ya de por sí su naturaleza soñadora y romántica había erigido unas bases que consideraba inamovibles, el haber gozado del privilegio de convivir con los dos y de observarlos en la intimidad del hogar y de la familia, había hecho germinar en la joven la consigna de no conformarse con menor sentimiento, respeto y complicidad del que había apreciado entre los muros de Ventus Magna durante todos esos años.

Un ligero carraspeo a su diestra desvió la atención de Georgiana, obligándola a ser consciente, muy a su pesar, de la cuarta persona que ocupaba el interior del carruaje. Y ser consciente de ello desdibujó de golpe la sonrisa que hasta segundos antes le había iluminado el rostro.

Arthur Scratch permanecía sentado a su lado, tieso como palo de escoba, altivo como un dios del Olimpo: aspectos en los que sin duda colaboraban también su elevada estatura y su insufrible vanidad. Georgiana lo observó durante un ínfimo segundo, uno nada más, pues estaba convencida de que ese hombre no se merecía ni un solo instante de su atención; esbozó una sonrisa de forzada cortesía tras la terrible desventura que suponía el hecho de que las miradas de ambos se hubieran encontrado y, acto seguido, devolvió la suya al exterior.

Ese hombre le resultaba desagradable, aunque no era capaz de definir qué exactamente le molestaba más, puesto que todo el conjunto la importunaba. ¿Cómo no hacerlo cuando no existía nada en la persona del señor Scratch que evocara amabilidad, bonanza o cortesía?

Era un caballero entrado en años; a pesar de eso, resultaba impensable sentir cualquier suerte de afecto, cercanía o debilidad hacia su persona, tal y como cabría esperar que inspiraría cualquier patriarca o abuelo en su misma etapa vital. ¡Nada más lejos de la realidad! De hecho, un fugaz vistazo a su exterior suponía el prólogo correcto a lo que podía encontrarse en su alma. Y ni lo uno ni la otra resultaba un descubrimiento bello o agradable.

Sobre el almidonado cuello camisero, abotonado hasta el infinito de tal modo que parecía estrangular el gaznate de su propietario, asomaba una barbilla huesuda y demasiado rotunda, por supuesto provista de hoyuelo. Más arriba, coronando una cabeza de configuración alargada, el caballero había incrustado su sombrero con tal empeño que el ala de fieltro le rozaba las cejas y le aprisionaba las grandes orejas, que asomaban con insolencia entre las guedejas dismorfosas, gruesas y ásperas, con más hebras plateadas que oscuras.

Por si aquel exterior tan incómodo de mirar no resultara suficiente –para Georgiana, por supuesto sí lo era–, acostumbraba el caballero a obrar en su rostro esa perpetua expresión de repulsa que tanto incomodaba a la joven: labios firmemente apretados, con las comisuras estrictamente curvadas hacia abajo junto a un ceño fruncido a severidad hasta formar profunda sima entre unas cejas extremadamente pobladas, tan canosas y estrafalarias como sin duda lo era también la turbulenta cabellera de su propietario.

—¡Oh! —La exclamación femenina huyó sin permiso de entre los labios para difuminarse, entremezclada con un suspiro de desagrado, ante la fugaz inspección visual que acababa de grabar, muy a su pesar, en la memoria.

También Scratch, quien alargaba su escondido cuello del mismo modo que lo haría un ganso, se había permitido observar a través de la ventanilla de Georgiana el paisaje que se revelaba en el exterior.

—¿Intuyo que hemos llegado a Somerton Abbey? —preguntó con suficiencia.

—Así es, Scratch —concedió Anthony—; al final del sendero de robles se encuentra la abadía familiar de los Somerton.

Entonces el desagradable hombre regresó la mirada al interior del carruaje para ladear el rostro en dirección a Sophia Masterson.

—Reitero una vez más mi gratitud ante su invitación, señora Masterson —declamó con innecesaria ceremonia—. Será un honor para mí conocer su hogar de nacimiento y formar parte de su séquito durante estos meses. Me siento un auténtico privilegiado.

Sophia no le prestó demasiada atención, aunque, por supuesto, sonrió a modo de cortesía. Era demasiado correcta y demasiado educada, se recordó Georgiana en medio de un leve suspiro, como para conducirse ante él reflejando su verdadero sentir. Ojalá ella misma pudiera disfrazar con semejante fortuna sus propias emociones, aunque desgraciadamente su rostro no acostumbraba a colaborar en eso.

Gracias al cielo, al menos había aprendido, en base a la buena educación que le había sido inculcada, a disimular su desagrado para hacerlo pasar por indiferencia. Eso era lo máximo a lo que podría aspirar.

—Se ha convertido usted en un asiduo de Ventus Magna, señor Scratch —concedió la dama. Georgiana, que acababa de poner los ojos en blanco ante tal realidad, apreció que la ironía era notable en el tono de su cuñada—. Así que tanto mi hermano William como su esposa Mary, al igual que mis queridos padres, se mostraron encantados de prolongar la invitación para recibirlo en su hogar. —Esa vez Georgiana arqueó una ceja, resignada ante semejante perspectiva—. Espero de corazón que, al término de la visita, acabe usted subyugado ante la magia de Somerton Abbey.

“Querida Sophia, ¿cómo un hombre absolutamente despreocupado de cualquier asunto más allá de su persona y de su guardarropa podría caer subyugado ante la magia de Somerton Abbey? Ni el mismísimo coro celestial, con todo su sacro repertorio, sería capaz de sensibilizar a semejante esfinge de indiferencia y vanidad”, le dijo en la mente la muchacha.

Por respuesta, Scratch cabeceó en asentimiento, no sin antes dirigir una prolongada mirada a su compañera de asiento.

—Estoy convencido de que así será —dijo—. Desde luego, la compañía no podría resultar más satisfactoria.

Georgiana se limitó a continuar con el rostro vuelto, tratando con eso de evitar las adulaciones de Scratch, aunque ser consciente de la mención –e intuir la mirada que debía de estar dispensándole– le provocó un estremecimiento en todo su ser. Pero no, no iba a torturarse. No a las puertas de Somerton Abbey. No ante la perspectiva de unos meses maravillosos en un entorno tan idílico y presto a las ensoñaciones. No iba a consentir que la presencia de un empalagoso como Arthur Scratch, eterno nubarrón en un cielo límpido y despejado, empañara tal expectativa.

Le resultaba más estimulante permitir que su alma se perdiera entre la vasta alfombra de hojarasca que cubría el sendero o bajo la cúpula anaranjada que se entretejía sobre el carruaje, lo que llenaba la atmósfera de colores mientras la canción susurrante que

componía el viento entre el follaje se enredaba en los ángulos del vehículo hasta traspasarlo y alcanzar a los ocupantes.

De ese modo, el señor Scratch desapareció por completo para dar paso a la felicidad que se extendía ante sus ojos y conceder alas a su imaginación; una imaginación, por cierto, que no precisaba de demasiado aliento para desbordarse y alzar el vuelo.

William los había invitado a Somerton Abbey con el fin de que la familia se encontrara presente en la fecha prevista para el nacimiento de su primer retoño, que tendría lugar en apenas un mes y medio. Habida cuenta de que, para entonces, se encontrarían próximas las fiestas navideñas, el propósito era que pasaran en la abadía los meses fríos, quizás hasta la entrada de la primavera.

El plan maravilló a Georgiana en el mismo momento en el que fue propuesto; su temperamento romántico, su notable sensibilidad y su condición soñadora la llevaban a adorar la antigua abadía hasta el punto de observarla como si del escenario de cualquier novela gótica se tratara.

—Bienvenidos a Somerton Abbey —dijo Sophia, amplia sonrisa en los labios, mientras Anthony avisaba al cochero con un suave toque en el techo para que reanudara la marcha.

Georgiana sonrió. Regresar a Somerton Abbey suponía siempre un gran placer.

* * *

A Georgiana le agradó especialmente descubrir a los Spencer entre los invitados a la cena de bienvenida que tuvo lugar esa misma noche en la abadía. Marcia Spencer, hija única del matrimonio, era una muchacha de Hylton, agradable y divertida, a la que Georgiana había conocido el año anterior durante los festejos del matrimonio de William Somerton y Mary Stuart.

En aquella ocasión, tras haber sido presentadas, ambas jóvenes encontraron tal afinidad en sus temperamentos, fomentada sin duda al hallarse las dos en edades análogas, que permanecieron juntas toda la velada para lamentar profundamente el hecho de tener que separarse cuando terminó. A pesar de la distancia, desde aquel día, su amistad se fue fortaleciendo a pasos agigantados, sin duda gracias a la correspondencia ininterrumpida que comenzó a volar desde el pequeño pueblo de Hylton hasta Somerset y al sincero afecto que ambas se profesaban. No resultaba sencillo en esos tiempos, en semejante estación de la vida, encontrar un confidente franco y de noble corazón, por lo que al hallar tales cualidades en la otra, ninguna de las dos dudó en cuidar la floreciente amistad con el mismo esmero y dedicación que le profesarían a una planta exótica extremadamente delicada.

Una vez se dio por finalizada la cena, mientras los demás se entregaban a una prolongada sobremesa en el interior de la abadía, ambas jóvenes decidieron salir a dar un paseo por los jardines, bajo la titilante iluminación que ofrecían las numerosas estrellas pinceladas sobre el manto aterciopelado del firmamento y el leve brillo que derramaba el gajo argentado de una luna creciente.

Caminaban con paso lento y los brazos enlazados, deleitándose con la visión de la vastísima y cuidada extensión verde que las rodeaba mientras la brisa suave de ese anochecer de octubre las arrullaba.

Nada decían, tampoco era necesario, se limitaban a pasear y a concederse experimentar con gran placer la quietud de la noche. En un momento dado, cuando consideró que la distancia a la abadía les concedía la pretendida intimidad, fue Marcia la que primero habló:

—Mi queridísima amiga —comenzó, y el tono de voz sonó lo suficientemente chancero para captar la atención de Georgiana—, necesito con urgencia que despejes una duda que revolotea en mi cabeza desde el inicio de la velada o, de lo contrario, me temo que no seré capaz de conciliar el sueño esta noche.

Como no podía ser de otro modo, Georgiana estiró los labios en amplia sonrisa.

—Me pregunto qué podrá ser lo que amenaza con desvelarte.

Marcia jadeó y, acto seguido, se llevó la mano libre a la frente para simular un desvanecimiento.

—¡Y yo me pregunto quién es ese hombre que os ha acompañado a Somerton Abbey! —exclamó, componiendo una expresión de desespero.

—¡Oh! —Respondió Georgiana sin mayor emoción, tornando seria de golpe—. ¿Te refieres al señor Scratch?

—¡Me refiero a ese integrante de la mesa que no se ha dignado a abrir la boca en toda la noche, salvo para adular a tu hermano o a nuestros anfitriones! ¡Por mi vida que jamás había conocido a un individuo tan antipático y estirado!

Georgiana enlazó con mayor empeño el brazo de su compañera y dio unos cuantos pasos más en silencio antes de responder.

—No es nadie de interés —suspiró al fin, la mirada fija en el frente plagado de claroscuros. Como adivinó aun sin verla la expresión de incredulidad que su amiga debía de haber compuesto, añadió—: Aunque mucho me temo, querida amiga, que ese nadie carente de interés lleva meses siendo un incondicional de Ventus Magna.

Arthur Scratch, efectivamente, era un hombre que dedicaba a Ventus Magna más horas de las que Georgiana hubiera deseado, un hombre cuyo carácter sombrío y taciturno, avinagrado y adusto le ponía la piel de gallina.

Marcia arqueó ambas cejas.

—¡Oh ¿En serio? ¡Qué horror entonces verte en la obligación de soportar su presencia de forma habitual! —exclamó Marcia sin poderlo evitar. Desde luego un hombre tan opaco como parecía ser el señor Scratch no concordaba en absoluto con el carácter alegre y solidario de los Masterson, tampoco con el perpetuo halo de felicidad que rodeaba a los Somerton—. Entiendo con esto que se trata de un amigo de la familia y que su presencia resultó inexcusable…

Georgiana resopló.

—No exactamente —respondió. Acto seguido, reflexionó acerca de los verdaderos lazos que unían a los Masterson con aquel individuo, que, bajo su entendimiento y todavía a día presente, no acababa de encontrarles sentido alguno—. El señor Scratch es abogado, aunque a juzgar por su presunción nadie se atrevería a negarle poco menos que la dignidad de caballero de la tabla redonda. —Georgiana puso los ojos en blanco—. Anthony lo conoció cuando acudió a su consultoría de Londres para asesorarse antes de vender unos terrenos a barbecho. Alguna suerte de confianza debió de ofrecerle mi hermano en mala hora, o quizás se trate de que, para Anthony, debido a la edad y veteranía del hombre, represente el perfecto rol de consejero y asesor; sea como fuere, por alguna extraña razón, desde entonces el señor Scratch acude de visita a Ventus Magna dos o tres días por semana.

—¡Oh, pues, vaya por Dios! Parece tan antipático…

Georgiana jadeó una sonrisa.

—¡Lo es! Créeme que lo es. —Se paró un instante y se concedió unos segundos para sopesar las siguientes palabras, que lanzó al viento acompañadas de una briosa gesticulación con la mano libre—. Arthur Scratch es… No sé cómo definirlo exactamente, querida Marcia: a veces, me recuerda a una estatua elegantemente vestida, a una que apenas habla, pero que se encarga a la perfección de hacer notar su presencia en base a su elevada vanidad. Otras me recuerda a un ave de mal agüero, siempre esperando algo, no se sabe qué, siempre al acecho… —Georgiana reanudó el paseo después de menear la cabeza en negación y sacudirse en estremecimiento, seguramente para alejar de la mente la imagen de ave negra que acababa de asociar con Scratch—. Parece como si constantemente se dedicara a juzgar al resto del mundo y que ese resto del mundo saliera perdiendo una y otra vez en el escrutinio.

—Exactamente esa es la impresión que ofrece —concordó Marcia—: la de eterno censor.

Georgiana cabeceó en asentimiento.

—Pero de entre todo el dechado de inconveniencias que pudiera atribuirle, lo que sin duda más me descompone es su imperturbable gesto de repulsa. —Georgiana realizó un mohín con los labios similar al que realizaría si acabara de oler leche agria, tratando de imitar el gesto del abogado.

Marcia palmeó con afecto el antebrazo de su compañera.

—Lo he apreciado, sí. —Realizó la señorita Spencer gran esfuerzo para reprimir la risa que borboteó en sus labios a continuación—. Sinceramente pensé que lo que en verdad sucedía era que le desagradaba el olor del estofado de ternera que sirvieron en la cena.

Ambas jóvenes se llevaron la mano libre a los labios para tratar, en vano, de controlar la desbordante hilaridad que brotó desde lo profundo de sus entrañas.

—Me temo que lo que de verdad le desagrada es el aroma del resto de la humanidad, querida Marcia —apuntó Georgiana.

—Excepto el de aquellos a quienes sabe que debe adular —añadió la joven—. Pues no dejó de cabecear en asentimiento ante los comentarios del señor Somerton o del señor Masterson. Parecía muy complacido con las opiniones de ambos.

—Hace un par de meses que le conozco y he podido comprobar que, en efecto, es un gran adulador —razonó Georgiana—. Me atrevería incluso a decir que su nivel de adulación es directamente proporcional al peso de los blasones a los que adula.

—¡Oh, por eso no se ha dignado a mirar ni una sola vez a mi padre! —exclamó Marcia, aunque su tono distaba mucho de reflejar disgusto—. Me temo que los Spencer somos apenas unos pobres feudatarios sin importancia.

Georgiana acarició con afecto la palma enguantada de su amiga, reposada sobre su propio antebrazo.

—Que no te preocupe su indiferencia, querida; personalmente preferiría contar con toda la indiferencia del señor Scratch antes que con una sola pizca de su inclinación. Puedo asegurarte que su comportamiento empalagoso acaba resultando incómodo y repulsivo para quienes nos encontramos cerca.

Algunos pasos más en agradable silencio y complicidad hasta que Marcia de nuevo intervino:

—Me temo que ese es un punto contra el que no dispones ni de la menor posibilidad, mi pobre Georgiana —afirmó muy seria.

La aludida se paró en seco para observar con fijeza a su amiga quien, al permanecer agarrada a ella, por fuerza se detuvo también.

—¿Qué quieres decir?

Marcia se encogió de hombros.

—He visto cómo te miraba.

Georgiana palideció de golpe.

—No, no me digas eso.

Marcia cabeceó, componiendo un gesto de sincero dolor al ofrecer su impresión.

—Y he visto cómo sonreía cuando te miraba.

—¡Ahí sí que no puedo creerte! —Georgiana jadeó. En medio del jadeo asomó una sonrisa incrédula—. Ese hombre no posee los músculos necesarios para sonreír. Si acaso los tiene, desconoce cómo usarlos.

Marcia no pudo evitar reírse abiertamente, en parte, debido al fino sentido del humor de su amiga, que ampliamente conocía y que aun en un caso tan poco amable como el presente, no osaba mermarse; en parte, por la hilaridad que le provocaba esa situación tan obvia de la que Georgiana, como suele acontecer en estos casos, parecía no haberse dado ni cuenta.

—Te mira, de eso no hay dudas. En verdad, es cierto que no puedo asegurarte que lo que asoma a sus labios al mirarte sea exactamente una sonrisa, pues resulta demasiado desconcertante.

Georgiana aproximó las cejas, arrugó la nariz y ahuecó los labios en un claro mohín de disgusto. A continuación, exhaló en profundidad y retomó el camino, tirando de su acompañante con un brío renovado.

—¡Oh, cielos! Albergaba la esperanza de que fueran imaginaciones mías. —Ante la mirada interrogante de Marcia, aclaró—: También lo he sorprendido mirándome de forma extraña cada vez que venía de visita a Ventus Magna. Y esa mirada me estremece, Marcia, pues resulta tan… inapropiada, tan íntima… ¡Yo podría ser su nieta! —Suspiró con hastío.

Marcia resopló. En verdad no podía resultar un plato de agradable degustación.

—Es demasiado mayor, sin duda —concedió la joven Spencer—. Si, al menos, fuera agradable a la vista o contara con un carácter confiable, su edad podría incluso obviarse, pero…

Pero el caballero no era agraciado, ni mucho menos. Tampoco confiable. A su porte estirado y rebosante de arrogancia había que sumarle la expresión adusta, la alborotada cabellera gris y las enormes orejas que se destacaban a ambos lados de una cabeza tan grande como la de un caballo, Pero, sin duda, lo peor de todo era el halo de perfidia que podía fácilmente intuirse a través de todo su ser, esos efluvios de maledicencia, lascivia y perversidad que se apreciaban en esa fría mirada y en esa risa de labios contraídos.

—¡Desde luego resulta de lo más inapropiado, teniendo en cuenta que el señor Scratch debe rebasar con creces el medio siglo! —protestó Marcia, componiendo un gesto de horror—. No debería dedicarse a mirar de ese modo a una joven de buena familia como tú; ni a ninguna otra, en todo caso.

—Pero es soltero, Marcia, así que el hecho de que bien pudiera ser mi abuelo, no le redime de tratar de practicar el arte de la seducción.

—Con muy poco éxito, por cierto…

Ambas compartieron una vez más sus tan habituales risas cómplices.

—Nulo, en cualquier caso.

—Existen tantas viudas más próximas a su edad que el simple hecho de que fije la mirada en ti resulta hasta inquietante. —Marcia se tornó seria—. ¿Tu hermano se ha percatado de su interés? ¿Sería capaz de consentirlo?

—No lo creo. Nada me ha dicho Anthony al respecto, por lo que confío en que la atención de Scratch se limite solo a eso: a miradas indeseadas y fuera de lugar. Ya sabes que hay ancianos a los que les encanta lanzar miradas indiscretas e inadecuadas a las jovencitas. —Suspiró con resignación—. Pero ahora me veré en la obligación de soportar su presencia, además de esas asediadoras miradas, cada día durante estos meses, casi sin escapatoria —concluyó claramente fastidiada.

—Lo lamento de verdad, Georgiana —apuntó sincera—. Solo de imaginarme en tu piel no puedo reprimir un escalofrío. —Efectivamente, Marcia se sacudió entera, corroborando sus palabras y su verdadero sentir.

—No obstante, debemos confiar que se trata la suya de una condición de viejo verde totalmente inofensiva, a pesar de resultar muy molesta, y que el hombre no se decida a pasar a más —remató Marcia para tratar de aligerar el instante.

Aunque continuaban caminando, Georgiana volvió el rostro para atrapar la mirada de su acompañante.

—No debes preocuparte, pues no consentiré en modo alguno que dé un paso fuera de su sitio —afirmó con una sonrisa, procurando que el brillo de esperanza que le iluminaba el rostro alejara la negra sombra que se había cernido sobre ellas en los últimos minutos. —Amiga mía, pretendo disfrutar cada día de mi estancia en Somerton Abbey, de tu compañía y de las maravillas que ofrece Hylton en esta estación tan hermosa; por lo que no pienso permitir que ese hombre, con su eterno nubarrón sobre la cabeza, altere en modo alguno mi felicidad.

Marcia cabeceó con una sonrisa.

—Amén, querida; yo procuraré acudir en tu auxilio cada vez que sea menester; aunque, a juzgar por la insistencia de las miradas que pude apreciar esta noche, me temo que sucederá en más ocasiones de las que nos gustaría.

Georgiana abrazó con fuerza el brazo de Marcia, aproximándola a su cuerpo en un gesto afectuoso y cómplice.

—Más te vale acudir a auxiliarme o no te lo perdonaré jamás.

De nuevo las carcajadas joviales de ambas cascabelearon en el ambiente nocturno, entremezclándose con el ocasional ulular de un búho que se guarecía en algún árbol cercano o con el liviano arrullo, hipnótico y adormecedor, que producía la brisa entre el follaje.

CAPÍTULO 2

Apostado tras el amplio ventanal que, en la segunda planta de la mansión, ofrecía una magnífica vista de la propiedad, John Brighton aspiró una ingente bocanada de oxígeno que retuvo en el interior del cuerpo por más tiempo del necesario, para soltarla segundos después de forma lenta, prolongada y sonora.

Su propiedad.

Parecía un sueño, aunque estaba claro que no lo era. Había tenido un par de semanas para asimilarlo y hacerse cargo de su nueva situación.

Su anciana tía había fallecido de forma repentina. Lo había dejado a él como único heredero de esa magnífica residencia, Green Hall, y de la consiguiente extensión de terreno verde que la rodeaba, con las rentas y las responsabilidades.

Todo el asunto en sí no dejaba de resultar un tanto irónico, hasta sorprendente, si se tenía en cuenta que la mujer se había olvidado de preocuparse por él desde muchísimos años atrás. Tantos, que ya ni siquiera podía recordarlo. Tampoco la recordaba a ella, por supuesto.

Pero, en esos momentos, allí se encontraba, apostado tras un enorme ventanal que en su sesera ejercía de parapeto frente al mundo y frente a una sociedad que ni comprendía ni albergaba intención alguna de comprender, con los gruesos cortinajes de terciopelo borlado replegados hacia ambos lados para permitir la amplia y despejada visión de un parque que haría palidecer a cualquiera.

Y que era suyo.

Con la mano izquierda refugiada en el bolsillo del pantalón y la derecha laxa en paralelo al cuerpo, una pose que reflejaba una cierta indolencia, incluso a pesar de su porte atlético, John inhaló profundo, esa vez por la nariz, antes de alzar la barbilla y de nuevo exhalar de forma continuada. Ante sus ojos se desplegaba un manto verde infinito salpicado en la lejanía por grupos aislados de robles centenarios, abedules, fresnos y hayas: Green Hall. Suyo.

Mucho más lejos y apreciables gracias a la generosidad panorámica que le concedía la atalaya de la segunda planta, los tejados del pueblo de Hylton se revelaban a lo largo y ancho de la ondulante campiña como pequeñas y dispersas pinceladas de gris y ocre. En el centro del pueblo se alzaba enhiesto hacia el firmamento, como si de ese modo pretendiera acercarse al Creador, el chapitel piramidal de la iglesia.

Ojalá su madre se encontrara allí, a su lado, para verlo.

Un leve toque en la puerta situada a su espalda, lo distrajo un instante de la bucólica contemplación. Se giró apenas lo suficiente para dar un vistazo por encima del hombro y distinguir bajo el umbral la presencia de James, el regio valet que desde hacía semanas lo atendía con esmero.

—Señor —como cada vez, el hombre se expresó con esa grave solemnidad a la que John aun debía acostumbrarse—, los Thompson lo esperan en el salón, han venido a presentar sus respetos.

John cabeceó en asentimiento, muy despacio, sin apartar la mirada de la hermosa acuarela exterior adonde la había regresado.

Llevaba apenas un par de semanas en el condado. Algunas familias habían pasado ya a conocer al nuevo propietario de Green Hall. John sabía que, de alguna manera, esas visitas eran pura cortesía y formaban parte de un protocolo social que todos, incluso él mismo, debían acatar; pero que, otros visitantes –desconocía el porcentaje aplicable a cada fracción– llegaban secundado por una ingente curiosidad y por la imperiosa necesidad de comadreo. ¿Quién demonios sería aquel pariente desconocido al que la anciana Aston le había legado la heredad? ¿En verdad sería soltero? ¿En verdad, tan joven como se decía? ¿De dónde habría salido? ¿Tendría interés en encontrar esposa en el condado?

—Está bien; enseguida bajo, James. —Se expresó con gravedad y notable hastío. Todo el protocolo lo sobrepasaba—. Haga el favor de ordenar que preparen el té.

Con un chocar de talones y un cabeceo rebosante de pompa, el valet se retiró. John nuevamente exhaló. Debía bajar al salón, reunirse con sus invitados y representar su papel.

* * *

Las hojas rojas abandonaban las ramas en las que se mecían al arrullo de la suave brisa matutina para descender hasta el suelo en un baile cadencioso, casi hipnótico, y formar una crujiente alfombra bajo sus pies.

Georgiana caminaba sobre ese bucólico tapete, absorta en sus pensamientos, que no eran otros que los provocados por la maravillosa sensación de evasión que experimentaba en un entorno como aquel.

Todo eran sonidos, olores y colores de los que embeberse y a los que dejar fluir a través de la piel y de los sentidos, como poesía líquida, hasta que se adentraban en su alma para tocar y hacer vibrar cada fibra de su ser.

Cierto que su residencia de campo, Ventus Magna, suponía también un retiro fantástico en perfecta armonía con la naturaleza; de hecho, ella nunca había sido criada precisamente en un ambiente urbano, puesto que el querido Anthony adoraba la libertad que concedía el campo.

Pero Somerton Abbey era otra cosa. Somerton Abbey encerraba magia en sí misma. El entorno allí era sin duda mucho más boscoso y agreste, el escenario perfecto para trazar cualquier historia de índole romántica, heroica y novelesca. ¿Cuándo, en Ventus Magna, habría podido salir a pasear por las inmediaciones para adentrarse de pronto en un bosque denso como el que rodeaba la abadía de los Somerton? ¿Cuándo podría haberse topado, a tan breve distancia de la vivienda familiar, con un zorro, un ciervo rojo o algún conejo solitario?

Por si semejante certeza de evasión paisajística no resultara aliciente suficiente, Georgiana no dudó en abandonar la abadía una vez que finalizó el almuerzo, cuando la promesa de una extensa sobremesa se cernió sobre ella.

Si se mantenía fiel a la verdad, debía reconocer que disfrutaba sin duda de la compañía de los amables anfitriones y de su familia –incluidos sus alborotadores sobrinos, que habían viajado en otro carruaje en compañía de la nodriza, que suponían, además, un agradecido entretenimiento, uno incapaz de conceder ni un segundo de aburrimiento a la existencia de la joven tía–; además, las sobremesas en ese entorno solían abrigar una perspectiva encantadora y deseable. Sin embargo, cuando comprobó que Scratch tomaba asiento a su lado junto al ventanal para, sin pensarlo dos veces, dar en la flor de expresar delante de los presentes que el aire campestre de ese condado sureño parecía sentarle de maravilla a la tez de porcelana de la señorita Masterson, hasta el punto de retratarla como una suerte de Titania, Georgiana no pudo menos que torcer el gesto y arrugar la nariz.

Jamás había considerado a un hombre tan adusto y para nada sensible como Scratch, un devoto seguidor de Shakespeare, por lo que estuvo segura de que la comparativa con la reina de las hadas obedecía sin duda a un precario intento de cortejo.

Recordó entonces las palabras de Marcia, sumadas a sus propias apreciaciones pretéritas: todo eso provocó que se levantara como impulsada por invisible resorte para anunciar, no sin delator atropello, su deseo de pasear por los exteriores de la abadía para disfrutar de la agradable y pintoresca estación otoñal.

Por fortuna, Scratch no apreciaba especialmente las bondades del campo, tampoco los colores ni sus aromas, así que no hizo amago alguno de ofrecerse a acompañarla.

Lo que no apreció la joven, sin duda debido a su urgencia y a su falta de interés al respecto, fue la mirada sesgada que le dirigió el caballero mientras la vio abandonar la estancia; tampoco el modo en el que sus huesudas manos cerraron ferozmente en puños ante la apresurada partida de la señorita Masterson.

En ese momento, caminando en solitario bajo la cúpula rojiza que formaban sobre su cabeza las ramas entretejidas de las hayas para permitir apenas ser traspasadas por

finísimos hilos áureos, Georgiana soñaba con convertirse en la protagonista de su propia historia de amor.

Fantaseaba sobre la alfombra trebolada, como la heroína que camina lejos del castillo, con enamorarse, y fantaseaba con el amor en sí. Un amor verdadero, firme y devoto como el que había atestiguado en Ventus Magna y, en esos momentos, también en Somerton Abbey. Pero también soñaba con un amor pasional que convirtiera la sangre de sus venas en auténtico fuego líquido, que provocara risas y llanto, de forma independiente o incluso alterna, como una suerte de locura atroz, ante el torbellino de emociones que sabía que debían sacudirla.

En el aire, sonó lánguido el eco de un suspiro, que fluyó hacia la atmósfera entremezclado con las esperanzas e ilusiones de la muchachita idealista y apasionada.

Georgiana detuvo los pasos, abrió los brazos en cruz, descansó la cabeza sobre la nuca, cerró los ojos y se dejó envolver por el maremágnum de sonidos y aromas que la envolvieron de golpe.

La princesa lejos del castillo.

La heroína romántica que sueña con un amor maravilloso.

¡Había tanta poesía alrededor, tanta belleza anhelando ser descubierta!

Cuando al cabo de algunos instantes de abstracción abrió los ojos, distinguió en la distancia una silueta femenina que caminaba hacia ella con gracilidad, ataviada con un bonito vestido beige de manga larga. Reconoció en el acto a su buena amiga Marcia, por lo que no dudó en saludarla agitando la mano mientras aligeraba el paso para ir en su búsqueda.

—¡Oh, Marcia, qué alegría! —Ambas, paradas la una frente a la otra, se tomaron de las manos enguantadas mientras intercambiaban sonrisas cargadas de contento.

—Justo ahora me dirigía a la abadía —anunció Marcia, radiante en sí misma—. Quería compartirte una maravillosa noticia de la que estoy segura también serás partícipe.

Ante el gesto de desconocimiento de su amiga, la joven Spencer continuó:

—¡Acabamos de recibir invitación para el baile de los Thompson!

Georgiana amplió la sonrisa mientras miraba a su amiga con afecto.

—¡Oh! Será una maravillosa ocasión para que veas a quien las dos sabemos. —Sonrió con picardía, consiguiendo ruborizar a la señorita Spencer.

Marcia, que efectivamente se encontraba emocionada ante semejante perspectiva, balanceó las manos de ambas, todavía enlazadas, para trazar con ellas un medio arco en el aire. Luego, aclaró:

—No dejarán de invitar a los Somerton, siendo como son la familia más reconocida de Hylton, y por extensión también a sus convidados. ¡Qué alegría que podamos asistir tan pronto a nuestro primer baile juntas!

Georgiana asintió, feliz. Por supuesto que a sus dieciocho años disfrutaba muchísimo asistir a bailes y otros eventos que proporcionaran diversión y entretenimiento; aparte de considerarse una bailarina aceptable y sentir especial inclinación por la buena música, el hecho de poder compartir una velada en compañía de su amiga más querida y contemplar la posibilidad de bailar hasta caer rendida, con la mente transportada a maravillosos acordes musicales, le resultaba una perspectiva de lo más encantadora.

—¡Pues sí, resulta una feliz idea poder asistir a un baile nada más llegar al condado! ¡Y sin duda también el hecho de poder verte bailar con cierto caballero…!

Marcia se ruborizó todavía más si cabe.

—Debes solicitar permiso para acompañarme de inmediato a casa —pidió, excitada—. Necesito asesoramiento urgente para decidir qué vestido ponerme.

—Será un placer, aunque cualquier cosa que te pongas resultará una buena elección —respondió Georgiana.

Marcia le dedicó una sonrisa afectuosa. ¡Georgiana era tan amable! Seguramente, también cargaba a diario con una pesada venda sobre sus bonitos ojos verdes o, de lo contrario, no la halagaría de ese modo. Ninguna muchacha sería capaz de destacarse al lado de Georgiana Masterson, pues –Marcia estaba convencida– no existía joven más bonita en todo el magno imperio.

Para esa belleza imbatible, sin duda colaboraba especialmente la escasa consciencia que la señorita tenía de sí misma, pues tampoco debía existir en todo el imperio una criatura tan carente de presunción como Georgiana.

—Si lo deseas, puedo prestarte algo de mi propio guardarropa —apuntó la joven Masterson—. Me temo que me he traído demasiados baúles, o al menos mi hermano no ha dejado de quejarse de ello durante todo el viaje.

Marcia la observó esa vez con condescendencia. Georgiana era bastante más alta y delgada que ella. Tendría que realizar bastantes arreglos a cualquiera de los vestidos de la amiga para adaptarlos a su propia fisionomía. Además, carecían del tiempo necesario para llevarlo a cabo. Aparte de que Marcia, de condición humilde y exterior discreto, no estaba acostumbrada a la seda fina y a los brocados habituales que Georgiana solía lucir en sus atavíos. Tampoco –¿por qué negarlo?– poseía ese bello porte de cisne para lucir semejante copete.

—Te lo agradezco, querida Georgiana. —Ajustó con candor las manos de la joven—. Tengo un par de vestidos de la temporada pasada en buen estado; mi madre guarda muchas cintas y encajes en su cajita de costura. Con tu consejo y tu buen gusto creo que podremos hacerles un buen apaño.

—Como desees, aunque no me vas a negar el gusto de prestarte algo para la ocasión. —Georgiana sonrió en un gesto travieso—. Como sucede con todas las novias, debes llevar algo prestado, algo nuevo o azul. No olvides que aquel que ambas sabemos ha de estar presente…

Marcia boqueó, encarnada ya como un tomate y sabiéndose incapaz de decir nada, aunque era obvio que disfrutaba con la charada, a juzgar por la risa difícilmente contenida.

—¡Vayamos, entonces! —la apremió Georgiana, divertida ante el silencio de su compañera—. Le pediremos juntas a mi hermano que me permita acompañarte, así será más sencillo convencerlo.

Marcia ladeó la cabeza, sabiendo que ese punto resultaba del todo innecesario: Anthony Masterson sería incapaz de negarle cualquier petición a su querida y dulce hermana pequeña.

—Sería un gran honor para mí si además quisieras quedarte a cenar con nosotros —añadió Marcia—. Mis padres se sentirían encantados.

—Agradezco de corazón la invitación a cenar, sin duda el honor será para mí. Tu familia es encantadora —Georgiana asintió, contenta.

—Mis padres te adoran, ya lo sabes. —Una idea fugaz cruzó la mente de Marcia, llenándola de ilusión—. Es posible que a estas horas ya haya llegado la invitación a la abadía.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí paradas como pasmarotes?

Georgiana enlazó con júbilo el brazo de la joven Spencer, y ambas caminaron juntas en dirección a la gran casa solariega.

Por supuesto, la invitación acababa de ser recibida en Somerton Abbey cuando ambas jóvenes hicieron acto de presencia en el lugar, perfectamente entusiasmadas ante la simple perspectiva de pasar la tarde juntas eligiendo vestidos, lazos y otros accesorios adecuados.

Una vez se confirmó que ambas podrían además asistir al primer baile de otoño, la alegría de las dos muchachas se exteriorizó de forma notable. Tal y como Marcia había vaticinado –además, no podía ser de otro modo–, los Somerton fueron invitados al baile de los Thompson; también por extensión los Masterson y el señor Scratch quien, para sorpresa de Georgiana, no dudó en confirmar asistencia.

Ignoraba la joven que fuese un hombre afecto a ese tipo de eventos; desde luego, no conseguía imaginárselo en semejante tesitura: saltando y realizando vigorosos giros en medio de la pista, cual alegre jilguero, cuando siempre lo había comparado con un cuervo: tieso, regio y agorero. Además, ¿no resultaba demasiado mayor para dedicarse a danzar entre las parejas jóvenes?

En realidad, Georgiana tan solo conseguía imaginárselo de pie en un extremo del salón, como sobrio baluarte, mientras observaba, siempre con ese eterno rictus de labios curvados hacia abajo, a los que sí eran capaces de divertirse en la pista de baile como si se encontraran todos incurriendo en pecado mortal.

Como fuere que se presentara la velada, tanto con el señor Scratch en los márgenes de la sala o en el centro, confiaba Georgiana en no encontrarse en la indeseable coyuntura de que le solicitara un baile y, por lo tanto, de verse ella en la terrible necesidad de aceptar o en la fea disposición de negárselo.

CAPÍTULO 3

La noche del baile en la residencia de los Thompson llegó al fin, tan anhelada y venturosa como solo pueden serlo los primeros rayos de sol de la primavera tras un largo y anubarrado invierno.

Georgiana se sentía simplemente feliz, en especial porque su hermano permitió que Marcia los acompañara en el carruaje familiar, bondad que propició que llegaran juntas a la residencia de los Thompson. Ambas muchachas se mostraban radiantes y entusiasmadas.

Georgiana había escogido para la ocasión un vestido de muselina color *champagne* de escote cuadrado, ceñido bajo el busto con una cinturilla a base de flores en relieve del mismo tono. Las mangas remataban sobre el codo con un rico encaje que rozaba la seda de unos guantes largos, concediendo apenas entre uno y otro un dedo de piel al descubierto. Completaba el conjunto un recogido elevado que salpicaba una oscura melena de perlas engarzadas mediante horquillas, imitando gotas de rocío descendidas sobre un finísimo manto de terciopelo negro.

Marcia se ataviaba con un bonito vestido de muselina blanca salpicado de florecillas doradas. Georgiana había tenido que insistir mucho para que la joven aceptara los guantes de seda que se ofreció a cederle para la ocasión, amén de una preciosa horquilla plateada para el pelo, cuajada de diminutas esmeraldas, con la que la joven adornó el rodete.

Ninguna de las dos precisó mucho más ornamento. En el caso de Georgiana, jamás le había gustado presumir ni mostrarse como una especie de escaparate de opulencia ante los demás, por lo que ninguna joya asomaba sobre las despejadas clavículas; apenas dos lágrimas nacaradas le brillaban en las diminutas orejas. La imponente belleza de la señorita Masterson se encargaba de obrar lo demás.

El salón de los Thompson se encontraba abarrotado y hermosamente engalanado para la ocasión. De las elevadas vigas del techo se suspendían cintas de raso en los colores de la estación que colgaban cruzando la estancia de un lado al otro, para formar una colorida cúpula de verdes y ocres sobre los asistentes.

La alegre música procedente de un cuarteto de cuerda ubicado en un extremo de la sala inundaba todo el local de hermosos acordes que invitaban al movimiento. Nada de rígida etiqueta, nada de bailes ceremoniosos y de pasos lentos; por el contrario, todo era alegría, risas desenfadadas y parejas que danzaban vigorosamente con la licencia que conceden los bailes rurales.

De hecho, Georgiana y Marcia no habían dejado de bailar desde que llegaron a la residencia Thompson. Muchos habían sido los jóvenes que solicitaron bailes a una y a otra, por lo que en ningún momento se vieron en la necesidad de permanecer sentadas mirando a quienes bailaban o esperar a que la otra finalizara su baile. La sonrisa se había instalado en los rostros de ambas de forma perenne, las pupilas refulgían con un brillo especial y las mejillas de ambas permanecían encendidas en base al imparable ejercicio.

En un momento de la noche, agotadas como se encontraban de tantas vueltas y de tanto salto, decidieron retirarse a un costado de la sala para tomar aire y reposar un instante. Agradeció Georgiana el momento de asueto, pues, aunque, como a la mayoría de las jóvenes de su edad, le encantaba bailar, de vez en cuando resultaba muy necesario conceder una pausa a los pies, que en esos momentos ardían dentro de las elegantes zapatillas de raso.

Se encontraba perfectamente tranquila y distraída observando a quienes entonces bailaban con vigor un cotillón, cuando fue consciente del momento exacto en el que la mirada obsidiana de aquel desconocido, refulgente bajo un oscuro ceño fruncido, se deslizaba sobre la ondulante marea de cabezas y tocados emplumados que abarrotaban el salón para detenerse sobre su persona.

No sabría explicar cómo pudo notar la atención, cómo pudo sentir el peso de aquellos ojos de brea encontrándose ambos en extremos opuestos del salón y con semejante cantidad de almas danzantes, sedas, plumas y muselinas de por medio. Por más que ella, consciente de la porfía del desconocido, desvió la mirada una y otra vez, atacada de rubores, no fue capaz de mantener los propios ojos alejados de aquel hombre que continuaba observándola con descarada atención.

Sintiéndose alterada y confundida, se inclinó ligeramente para preguntarle a su querida amiga, que permanecía a su lado completamente ajena a la repentina turbación que embargaba a Georgiana:

—¿Quién es?

Cierto que Marcia la observó un instante sin acabar de comprender, como si ella misma se tratara de una aparición que de pronto hubiera tomado forma corpórea a su costado. Pero de inmediato la vio deslizar la mirada por el salón para detenerla en el punto exacto en el que se encontraba aquel desconocido de ojos negros. La sonrisa en el rostro de Marcia Spencer no se hizo de esperar.

—Es John Brighton, de Green Hall —anunció.

“John Brighton, de Green Hall, John Brighton, de Green Hall”: ese nombre no le decía nada a Georgiana.

Pero, acto seguido, Marcia le contó que se trataba de un caballero –soltero por más señas– recién llegado a Hylton para hacerse cargo de la propiedad que acababa de heredar de una tía solterona y que, sin duda, había instaurado grandes expectativas

entre las matronas del pueblo y sus respectivas hijas.

No pudieron evitar ambas muchachas componer mil y un chascarrillos a costa del pobre soltero desconocedor de la trampa casamentera en la que se había metido, cuando Georgiana, tras un nuevo vistazo fugaz al rincón donde sabía que encontraría al desconocido, descubrió que ya se había ido.

Una extraña sombra de decepción le cruzó la frente, lo que la obligó a tornarse seria de golpe tras las recientes chanzas dedicadas al caballero en cuestión.

No obstante, se vio en la necesidad de reponerse pronto, pues de inmediato fue consciente de otra mirada bien distinta, descendida sobre ella con una intensidad igualmente destacable, aunque sin duda rebosante de un halo oscuro que horripiló a Georgiana.

Esos ojos acerados y fríos como puñales de hielo sí los reconocía la joven Masterson: de tan conocidos se hacían desquiciantes. Por eso, supo que no podría soportar ese escrutinio ni medio segundo más. Tampoco deseaba concederle al propietario de esas hieráticas pupilas la posibilidad de continuar recreándose en su imagen.

—Vayamos a la mesa de refrigerios, querida Marcia —indicó con cierto atropello—; aquí el aire se siente muy cargado.

* * *

Llevaban un rato en aquella parte alejada de la sala, al lado de la mesa de refrescos y a salvo de la mirada asediante que tanto turbaba a Georgiana, cuando Rodrick Stuart se acercó a ellas para, tras ofrecer sendas reverencias, solicitarle un baile a Marcia.

Georgiana sabía que, si se trataba de Rodrick Stuart no había nada que hacer en lo que a Marcia respectaba. Y era justo. La joven Spencer llevaba tiempo experimentando un afecto devoto y sincero hacia ese hombre con cierta fama de picaflor. De hecho, Marcia sufrió muy especialmente –aunque de una forma por completo silente y discreta, como se espera que suceda con cualquier heroína romántica, mártir por amor y por exigencias de la pasión– cuando Rodrick cortejó durante una temporada a otra joven de un condado vecino.

Por fortuna para la enamorada y devota Spencer, ese cortejo no tuvo el fin esperado. La otra señorita en cuestión acabó comprometida con un caballero al que consideró más rentable y provechoso que el menor de los Stuart, quien sin duda había cometido el imperdonable pecado de pertenecer a una familia más bien modesta.

A pesar de que Marcia no dejó de mirar a Rodrick con ojitos brillantes y dos rosas escarchando en sus mejillas, aseguró que prefería quedarse al lado de su amiga y que no iba a consentir que permaneciera sola mientras ella bailaba. Sin embargo, Georgiana,

que no era egoísta en absoluto y conocía el lugar exacto donde germinaban con viveza los afectos de su amiga, no permitió de ningún modo que Marcia se privara de bailar aquella contradanza con Rodrick.

Era una oportunidad imperdible, pues al tratarse de una danza más larga que las habituales, sin duda les concedería sus buenos minutos de acercamiento y conversación; cosa que Marcia no podía ni debía desaprovechar.

Hacía demasiado tiempo que la muchacha Spencer bebía los vientos y los elementos por Rodrick Stuart. Ahora que, por fin, él parecía haberse percatado de su existencia, Georgiana no podía permitir que su muy querida amiga desaprovechara cualquier posibilidad de acercamiento.

Apenas llegaron a la residencia de los Thompson, Georgiana descubrió una pequeña balconada, una pasarela abalaustrada con una discreta puertaventana a un lado. Decidió que allí se refugiaría hasta que Marcia y Rodrick finalizaran su baile.

Marcia se mostró difícil de convencer, pero, al final, tras la incansable insistencia de su amiga y como el corazón femenino no es necio y sabe perfectamente dónde se encuentra el eje que lo hace gravitar, finalmente aceptó la mano que Rodrick le ofrecía para acompañarlo al centro del salón.

Con la copa de vino en la mano, Georgiana se deslizó como una sombra fugaz hasta el exterior de la vivienda, decidida a dejar correr los minutos bajo la bucólica luminiscencia que podría ofrecerle el tapiz aterciopelado de un firmamento cuajado de estrellas. La balconada, tal y como había apreciado desde el carruaje a su llegada a la mansión, era bastante pequeña. El espacio se reducía aun más debido a la generosidad trepadora de la hiedra que recubría ya buena parte de la fachada principal. La música podía apreciarse perfectamente desde allí fuera, aunque, por fortuna, ni las risas ni el calor que cargaba la sala abarrotaba podían sentirse. Por el contrario, la fresca brisa de mediados de octubre y las sutiles fragancias que ascendían en volandas desde el jardín, hacían de aquel espacio un refugio encantador.

Se acercó a la balaustrada, dispuesta a imbuirse en el paisaje nocturno mientras la fiesta transcurría a su espalda, cuando fue consciente de pronto de un leve movimiento a su izquierda.

Georgiana contuvo un hipido mientras se llevaba la mano libre al escote y la otra sostenía la copa de vino. No podía negar que se había asustado al imaginarse sola en ese lugar y descubrir de pronto que se equivocaba. ¿Cómo era posible que hubiera alguien más, dadas las diminutas dimensiones de la balconada?

—¡Oh, disculpe! —jadeó, retrocediendo ligeramente mientras trataba de apartar la mirada para dirigirla al suelo. Tal vez, se tratara de una pareja que pretendía intimidad y ella acababa de estorbarles. En ese caso, menuda torpeza la suya—. Desconocía que el balcón se encontrara ocupado. Yo… Mis disculpas…

Pero no fue una cohibida pareja tras ser descubierta in fraganti en sus escarceos la que abandonó las sombras para mostrarse bajo la luz del firmamento estrellado, sino una atlética silueta masculina que esbozó una sonrisa ladeada nada más dejarse ver.

Georgiana sintió que se le secaba la garganta y que la respiración se atropellaba entre sus labios en el mismo momento en el que distinguió –y reconoció– al caballero ataviado con elegante frac de color granate y amplia solapa alzada.

—No se apure —dijo él, sonrisa todavía en ristre, deslizándose muy despacio hasta situarse a plena vista en el centro del balcón y ofrecerle una galante reverencia—. No existe falta alguna en su intrusión. Supongo que este balcón está tan a disposición de cualquiera de los asistentes, como lo está para mí.

Georgiana descendió de nuevo la mirada, sabiéndose encarnada como una amapola al sol y, con cierta torpeza, devolvió la cortesía.

¡Era él! ¡John Brighton de Green Hall! ¡El mismo que la había estado mirando hacía tan solo unos minutos, el mismo que había acelerado por algún extraño motivo su pulso y avivado su curiosidad, para después desaparecer entre la multitud como una sombra fugaz! ¡Así que era allí donde se ocultaba!

Muy despacio osó alzar la mirada para observarlo de forma furtiva, amparada tras los rubores. El caballero no era mucho más alto que ella misma; sin embargo, su presencia derramaba una intensidad tan solo comparable a la de cualquier fuerza de la naturaleza al revelarse en todo su poderío.

Se peinaba acomodando hacia adelante los gruesos mechones oscuros de la cabellera, pretendidamente desordenada siguiendo la moda; generosas patillas se deslizaban a lo largo de la mandíbula, una boca pequeña de labios carnosos y una nariz simétrica al conjunto del rostro retrataban a su propietario como un hombre especialmente atractivo. Aunque, sin duda, los profundos ojos de obsidiana, ligeramente separados y de penetrante pupila, conseguían atrapar del todo la atención de Georgiana. Seguían pareciéndole tan hipnóticos entonces como los había considerado en el interior de la vivienda Thompson.

John Brighton carraspeó ligeramente, regresándola a la realidad.

—Me temo que no estoy muy al tanto de las convenciones sociales ni de las normas de etiqueta a llevar a cabo durante el transcurso de un baile privado —dijo de pronto—, pero estoy seguro de que, como fuere, no es lo más prudente que usted se encuentre sola aquí fuera, señorita. —Se humedeció ligeramente los labios antes de continuar en un tono bajo, grave y tranquilo—. En todo caso, tampoco lo es que los dos hablemos en estos momentos, puesto que ni siquiera hemos sido presentados.

Las comisuras de los labios de Georgiana temblaron cuando empezaron a alzarse en una sonrisa que parecía albergar un divertido secreto. Su rostro reveló con ese gesto la naturalidad que concede una juventud inocente.

—Pero yo sí sé quién es usted. —La sonrisa de la joven se amplió—. Aunque no nos presentaran.

John enarcó una ceja.

—¿Sabe quién soy? —preguntó, sinceramente sorprendido—. ¿Cómo podría ser eso posible?

Georgiana, todavía arrebolada y sonriente, continuó:

—Resulta sencillo, cuando todo el mundo tiene esta noche su nombre en los labios. —Elevó la barbilla con gracilidad—. Es usted el nuevo propietario de Green Hall.

John se limitó a abrir mucho los ojos, boquear primero el desconcierto y, finalmente, cruzar ambos brazos sobre el pecho para continuar mirando a la joven con renovado interés. Fascinado por ese rostro de nieve y luna llena en el que perduraba una sonrisa de labios carnosos, amén de los ojos más verdes y grandes que había contemplado jamás, tuvo que obligarse a reaccionar a riesgo de continuar mirándola como un auténtico necio.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido. Él, un hombre curtido en los devenires de la vida, no fue capaz de decir mucho más.

Por supuesto, se abstuvo de confesar que ya la había visto antes en el salón y que la había estado observando con largueza, aunque debía reconocer que en la ingrata distancia no había podido apreciar la belleza de la joven, belleza que, en esos momentos, había conseguido arrebatarle el aliento y negarle la palabra de los labios.

—Me gustaría saber qué es lo que ha oído acerca de mi persona para ser capaz de reconocerme tan rápidamente pese a la escasa claridad que ofrece este balcón.

Georgiana se llevó la copa a los labios para saborear el último trago de vino. Con el sabor dulce del quinado aún en el paladar, sonrió una vez más antes de responder de forma enigmática.

—Bueno, he oído algunas cosas —admitió—. Ya sabrá usted que en este tipo de reunión todo el mundo se expone a convertirse en protagonista de las numerosas conversaciones que circulan por los corrillos.

John cabeceó, divertido ante una revelación de la que sin duda ya era consciente. Descruzó los brazos para concederse una pose más relajada en tanto ladeaba el rostro hacia la joven.

—¿Y qué se dice de mí en esos corrillos si puede saberse? Soy un recién llegado, por lo que siento cierta curiosidad.

Georgiana lo miró con privado divertimento, recordando la reciente conversación con Marcia. ¿Sabría él que se encontraba en el punto de mira de todas las madres en disposición de hijas solteras?

—Se dicen muchas cosas, claro, pero especialmente que no es usted muy participativo —afirmó sin ningún tipo de preámbulo—, que apenas se relaciona con sus vecinos y que ni siquiera se ha molestado en bailar ni una sola vez.

John se vio obligado a arquear ambas cejas; también, por supuesto, a contener una carcajada. Esa muchacha resultaba fascinante, no solo por su belleza, sino también –y especialmente– por su resolución, su ingenio y su naturalidad.

—¡Vaya! ¡Qué mal parado salgo en todas y cada una de esas apreciaciones! —repitió, una vez más tan sorprendido como encantado. Frunció el ceño para fingir un disgusto que se encontraba lejos de sentir—. ¿Usted siempre hace caso de todo lo que se dice en esos corrillos? Espero sinceramente que no, por mi bien.

Georgiana se permitió observarlo con fijeza durante un largo minuto para, finalmente, estirar los labios en una sonrisa medida.

—Solo cuando la fiabilidad de los rumores queda ampliamente confirmada.

John aligeró el ceño para, de nuevo, arquear una ceja. Desde hacía un rato todo se había vuelto una continua sucesión de sorpresa, hilaridad y fascinación. Debía reconocer que todo le agradaba. Era divertido, entretenido, fascinante… Ella lo era.

—Me temo que no me ha respondido, señorita.

Georgiana suspiró, todavía con una sonrisa en los labios.

—Bueno, resulta innegable que se encuentra usted aquí fuera, en lugar de estar socializando con el resto de sus vecinos. —Ladeó ligeramente la cabeza, fingiendo condescendencia—. Quizás algo de razón han de tener, después de todo. —Se humedeció los labios al tiempo que alzaba la barbilla para observarlo con pretendido aire censor—. ¡Ah, y tampoco lo he visto bailar!

John la miró con curiosidad. La muchacha, sin duda de buena familia a juzgar por su vestimenta y por su indisimulable aire de nobleza, había atrapado de forma poderosa su atención.

En un primer lugar, allá adentro, debido a su belleza; después, por saberla el centro de interés del antiguo monstruo recién descubierto. En esos momentos, tras revelarse en ella un carácter fresco y natural, alejado de los artificios que sabía mostraban a menudo las muchachas de su condición.

De hecho, esa misma noche había distinguido demasiadas poses rebuscadas e innecesarias, como las tan estudiadas caídas de párpados, las sonrisas lisonjeras que pretenden fingir timidez al ocultarse tras los abanicos, o los sonrojos que solo se

alcanzan tras pellizcar con disimulo, a propósito, las mejillas. Todo eso resultaba tan falso como tedioso. Por eso esa inesperada charla compartiendo balcón con la hermosa, agradable y misteriosa señorita, resultaba un auténtico soplo de aire fresco, una agradecida burbuja de oxígeno en medio del ambiente cargado que había dejado a su espalda.

—Pero podría decir lo mismo de usted, señorita. También está aquí fuera, en este solitario balcón, en lugar de allá adentro, con el resto de los invitados.

Georgiana boqueó un segundo, sinceramente desconcertada por el inesperado apunte del caballero. No había caído en la cuenta de que, en efecto, su presencia en el exterior podría dar eso a entender. Por eso y debido a la turbación, los pómulos se le escarcharon con viveza, mientras que los labios se le agitaron en una sonrisa trémula.

—Bueno, en mi caso la justificación pasa por haber bailado ya mucho, me temo —jadeó con atropello—. Necesitaba descansar un instante.

John, que en ningún momento había apartado la mirada de ella, se humedeció los labios con pretendida lentitud antes de deslizar a través de ellos sus pensamientos.

—Creo que jamás había escuchado a una señorita afirmar que ya había bailado mucho por una noche. Tenía entendido que nunca resultaba suficiente.

Como no deseaba Georgiana continuar perdida en los rubores de los que era ya demasiado consciente y como su espontaneidad natural –cualidad innata que bien podría atribuirse a su juventud o a un carácter vehemente y sincero– porfiaba por imponerse, decidió mostrar sus verdaderos pensamientos sin detenerse a evaluar si hacerlo de ese modo podría resultar inapropiado en una situación como la presente.

—Nunca resulta suficiente, señor, en efecto, especialmente cuando la diversión debería encontrarse tan garantizada como las parejas de baile. —Frunció ligeramente el ceño para simular con la expresión una merecida reprimenda—. Resulta bastante poco cortés, teniendo todo esto en cuenta, que permanezca usted aquí fuera negándole a cualquier señorita la posibilidad de ocupar la pista. —El ceño se aligeró de golpe y los labios se estiraron en una sonrisa rebosante de sagacidad—. Quizás, en verdad y después de todo, sí van a tener razón ciertos corrillos: con su proceder está usted confirmando la teoría general de ser un tanto asocial, señor Brighton; debería considerar seriamente relacionarse más.

Sin mediar otra palabra y ante el vivo gesto de perplejidad del caballero, Georgiana le ofreció una cuidada reverencia justo antes de volverse, todavía sonrisa en ristre, y desaparecer a través de la puertaventana que separaba el agradable remanso del resto de la humanidad.

—¡Vaya! —John, consciente de pronto del vacío que había causado en su ser la ausencia de la misteriosa joven, avanzó con discreción hasta situarse cerca de la puerta que ella acababa de traspasar, para observar a través del cristal y a una distancia prudencial el interior del salón de baile.

Sus ojos buscaron a la dama desconocida para encontrarla apenas segundos después en medio de la marabunta de gente y comprobar cómo a su paso algunos caballeros la escoltaban con miradas, destilando idéntico fragmento de deseo que de admiración. Muchas damas permanecían también cuchicheando tras la sinuosa estela que dejaba atrás la muselina color champagne, sin duda envidiosas del atavío, porte e innegable belleza de la propietaria.

Al fondo del salón, la vio reunirse con su amiga, la misma que la acompañaba cuando la descubrió por casualidad la primera vez. Ambas conversaron buscando la confidencia durante un breve instante para confundirse segundos después, sujetas de la mano, entre el resto de los invitados.

"*Malum quidem nullum est sine aliquo bono*", murmuró, con una sonrisa en los labios. "No hay nada malo sin algo bueno"; al fin y al cabo, sí había valido la pena asistir a aquel baile, después de todo.

Una vez la hubo perdido de vista, John decidió que ya no tenía sentido permanecer por más tiempo en el balcón, no cuando acababa de compartir unos minutos tan sorprendentes con una joven de la que ni siquiera conocía el nombre. Mucho menos limitarse a observar el interior del salón como un necio desesperado, que era precisamente lo que venía haciendo en los últimos minutos.

Entonces, continuar allí paladeando un vago recuerdo, mientras era consciente, además, del aroma a lavanda que, en su retirada, ella había dejado flotando en la atmósfera, le semejó un acto tan absurdo como carente de sentido.

Una tortura innecesaria.

Sin despedirse de nadie, se adentró en el interior de la vivienda tan solo para abandonarla acto seguido.

CAPÍTULO 4

—Deberías a acercarte a Green Hall pa-para presentar tus res respetos. —Fue Mary la que le habló a su esposo, a la mañana siguiente al baile de los Thompson, mientras otros cuatro integrantes la acompañaban en el comedor de invierno durante el desayuno—. Hace ya al-algunas semanas que-que el nuevo pro-propietario se ha instalado y to-todavía no le hemos dado la bien-bienvenida como corresponde. Pen-pensará que somos del to-todo inhóspitos por estos lares.

—¿Green Hall? —intervino Sophia, dándose unos toquecitos en los labios con el lienzo perfectamente doblado en ángulo—. Recuerdo que era una propiedad preciosa…

—Y sigue siendo un hermoso lugar —explicó William—, he oído que un sobrino de la anciana Aston tomó posesión de la heredad tras su fallecimiento. Espero que sepa mantener en auge una propiedad tan próspera.

—No sabía que tuviera sobrinos… —añadió Sophia, componiendo una expresión pensativa—. En realidad, ni siquiera se sabía que tuviera familia, ¿cierto?

William cabeceó su asentimiento.

—Era una mujer con un carácter peculiar, no caben dudas. Al parecer había roto lazos con su familia desde hacía muchos años. De hecho, nadie sabía de la existencia de este joven. Incluso ahora se sigue sin saber mucho de él, tan solo que llegó del norte hace semanas para hacerse cargo de su nueva propiedad. —William dio un prolongado sorbo a su té antes de añadir—. He oído que asistió al baile de los Thompson.

Georgiana, que había sido mudo testigo de la conversación, continuó masticando en silencio un panecillo con mantequilla sin levantar la vista del mantel; poco faltó para que se atragantara nada más escuchar la mención a Green Hall, y estaba convencida de que tan solo la intervención de la Divina Gracia consiguió evitarle semejante percance.

Los Somerton no habían asistido al baile por encontrarse Mary en un estadio avanzado de gestación. Estaba claro que ni Sophia ni Anthony habían sido presentados al señor de Green Hall durante el transcurso de la velada, por tanto no tenían conocimiento de su persona.

Quizá, pensó Georgiana, tal imposibilidad de presentación obedecía al hecho de haber pasado el caballero buena parte de la noche escondido en el balcón de los Thompson. Y una pequeña parte de esa noche en su compañía.

Al recordar aquel momento, los minutos por ambos compartidos en el reducido mirador, en especial la reprimenda final de ella, no pudo evitar que las mejillas se colorearan de forma fulminante, hecho que alimentó su porfía de no levantar la mirada

y fijarla con urgente empeño en el mantel bordado. Por fortuna, nadie más pareció percatarse de su repentina turbación, de sus rubores ni de su insistencia en mantener la mirada inclinada.

—Pues en-entonces y con mayor mo-motivo, más pronto que tarde de-deberías hacerle una visita e invitarlo a tomar el té en la a abadía —insistió Mary—. Es posible que seamos los ú-únicos que no le hemos dado la bienvenida al nuevo integrante del vecindario. ¿Cómo es que se lla-llama?

William adelantó la mano por encima de la mesa para tomar la de su esposa con afecto y dirigirle una mirada, con una consiguiente sonrisa, rebosante de devoción.

—Brighton —respondió—. He oído que no acostumbra a aceptar invitaciones, mi querida Mary, así que no confíes en que haga una excepción con nosotros —señaló—. De hecho, en las semanas que lleva en Hylton se dice que apenas ha asistido a un par de eventos; tan solo a alguna que otra cena y al baile de los Thompson. Al parecer, el señor de Green Hall es un asocial consumado.

Las palabras de John Brighton, que, sin haberlo esperado se habían grabado a fuego en la memoria de Georgiana, revolotearon en su cabeza como legión de mariposas sobre un colorido parterre.

“Me temo que no estoy muy al tanto de las convenciones sociales ni de las normas de etiqueta a llevar a cabo durante el transcurso de un baile privado.”

—¿Podemos culparlo por ello? —apuntó Mary con una sonrisa—. Te recuerdo que nin-ninguno de los cuatro somos especialmente afectos a asistir a reuniones so-sociales, querido William.

—Pero asistimos cuando se nos invita porque es lo que se espera y debemos hacer. —William se tomó un minuto antes de continuar—. Y bailamos, cuando formamos parte de un baile. Por lo que tengo entendido, él ni se ha estrenado en tales menesteres.

Mary arqueó una ceja.

—¡Oh, me niego a-a escuchar al-algo así cuando sa-sabes perfectamente que me he pasado me-media vida sin bailar y que tú mismo te mostrabas bastante reticente a ocupar la pista!

William frunció el ceño para componer un doliente gesto de expiación.

—¡No sabes cuánto lamento haber consentido que un ángel como tú permaneciera lejos del centro del salón, sin la posibilidad de desplegar sus alas y brillar como merecía!

El silencio se impuso en el comedor, descendido sobre los presentes como suave y liviano velo de seda; aprovechó Georgiana para alzar la mirada y observar de soslayo a la pareja que, sin duda, continuaba tan enamorada o más que el primer día.

Observó entonces también el matrimonio formado por Anthony y Sophia. Descubrió por demás un amor innegable en las miradas que ambos intercambiaban, sin duda inspirados por las palabras de William Somerton.

—Tampoco usted era un devoto bailarín, señor Masterson —apuntó Sophia, para seguir con la chanza—. Prefería que lo brearan y lo emplumaran después, a verse en la necesidad de salir al centro de cualquier salón.

—No lo era, no, hasta el momento que encontré quien de verdad me inspirara a bailar —respondió el aludido, atrapando la mano de su esposa para besarla en los nudillos.

Georgiana se obligó a retener un suspiro. Ansiaba una devoción similar para sí misma, un amor tan firme y entregado como el que presenciaba día a día en ellos. Anhelaba su propio romance de ensueño.

—Pues no-no hay nada más que de-decir —murmuró finalmente Mary Somerton, con la mirada todavía enredada en la amorosa expresión que le dispensaba su esposo—. De-debes visitar al señor Brighton e invitarlo a tomar el té.

—Está bien —concedió William. Con la mano todavía cerrada sobre la de su esposa, volvió el rostro hacia su cuñado —. ¿Quieres acompañarme, Anthony?

El aludido cabeceó enseguida, sonrisa en los labios.

—Por supuesto, será un placer —afirmó—. Supondrá un agradable paseo hasta el linde de la colina; según recuerdo el paisaje desde allí resultaba fascinante.

En ese preciso instante, irrumpió en el comedor el señor Scratch, quien se había ausentado durante el desayuno y a quien, al parecer, ninguno de los presentes había echado en falta.

Vestía una chaqueta marrón listada en un tono pardo más claro, chaleco del mismo tono pero veteado en horizontal, contrariamente a las rayas verticales que mostraba la chaqueta, y una abultada lazada de *cravat*, una vez más tan ceñida al cuello y tan elevada que ejercía de excelente peana a la prominente barbilla.

—Señor Scratch, ¿dónde se había metido? —le preguntó Anthony al verlo aparecer—. De haber sabido que pensaba acompañarnos, lo habríamos esperado.

Scratch estiró los labios en lo que debía pretender que semejara una sonrisa, aunque, tal y como suponía Georgiana, estaba tan poco acostumbrado a sonreír que el menor intento de llevarlo a cabo terminaba componiendo en su severo rostro un rictus extraño.

—He aceptado el generoso ofrecimiento del señor Somerton para curiosear en su biblioteca y me temo que me he entretenido con un tomo particularmente interesante —explicó, dirigiéndose con innecesaria ceremonia al señor de la abadía—. Hasta el punto de olvidarme del desayuno.

Georgiana le dedicó una mirada con ceño. Desconocía la afición lectora en el señor Scratch y se preguntaba qué autor habría sido capaz de tocar una sensibilidad de la que ella no tenía constancia. ¿Shakespeare? ¿Donne? ¿Milton, tal vez?

—Siéntese entonces, señor Scratch —dijo William, alargando la mano para indicarle un posible hueco en la mesa—. Pediré que traigan un nuevo servicio de té y panecillos calientes.

Scratch ofreció a William una prolongada inclinación de cabeza a modo de cortesía antes de elevarla de nuevo para expresarse con gravedad:

—Muchas gracias por su consideración, señor, pero en realidad no acostumbro a comer a estas horas, no le sienta demasiado bien a mi estómago —dijo con falsa afectación. Acto seguido miró directamente a Georgiana, quien recibió su mirada con un ligero sobresalto—. Tengo conocimiento de que la señorita Masterson es una consumada lectora y, si ella ha terminado ya con su desayuno, me gustaría poder intercambiar opiniones acerca de mi reciente lectura; una obra maestra, sin lugar a dudas.

Georgiana boqueó, extraordinariamente confundida. Estaba segura de que el color había huido completamente de su rostro, tal era la algidez que experimentó de pronto bajo la piel.

Sophia acudió rauda en auxilio de su joven cuñada, a quien percibió notablemente agobiada.

—¿De qué lectura se trata, señor Scratch? —preguntó, tratando de captar su atención —. ¿Lírica? ¿Prosa? ¿Algún romance medieval, tal vez?

Tal y como Sophia pretendió, Scratch desvió la mirada con parsimonia para aposentarla en la señora Masterson. La expresión impávida del caballero, de tan ampulosa, podría hasta resultar cómica, aunque a Georgiana en particular, justo como Sophia apreció, nada de todo aquello parecía hacerle la más mínima gracia.

—Ninguna lectura superflua o vana, señora Masterson…

Sophia enarcó ambas cejas, tan sorprendida como esforzada en mantener la compostura.

—¡Oh, por supuesto! —exclamó con disimulada hilaridad —. ¿Cómo se me había ocurrido suponer algo así?

Scratch estiró los labios en una sonrisa cargada de condescendencia hacia la dama.

—Se trata del *Corpus Iuris Civilis*, derecho romano —explicó, perfectamente serio y cargado de razón—. Dado que hablamos de una compilación fundamental, me gustaría poder mostrarle a la señorita Masterson algunos de sus textos más influyentes e inspiradores.

Sophia miró a Georgiana manteniendo ambas cejas arqueadas y gesto formal. La dama en verdad realizaba en esos momentos grandes esfuerzos para no echarse a reír, aunque la expresión horrorizada de su cuñada la instó a contenerse.

¡Pobrecilla, semejaba un gatito asustado al que habían abandonado en medio de la flora silvestre! ¡Y con el lobo feroz rondando cerca, nada menos!

No resultaba de extrañar la aflicción de Georgiana, ya que ella misma, mujer adulta y de mentalidad asentada, se sentía en esos momentos tremendamente desconcertada.

¿Derecho romano? ¿A una señorita vehemente, soñadora y romántica como Georgiana? ¿A una muchacha de dieciocho años cuyo corazón, alma y espíritu pertenecían sin dudarlo a Shakespeare, Anne Radcliffe, Fanny Burney o Edgeworth? Habría esperado tal vez los salmos morales de Fordyce, pero ¿acaso consideraba aquel bobo de Scratch que Justiniano podría inspirar de algún modo a una jovencita que rezumaba sensibilidad por cada poro de su piel?

—Suena muy interesante, señor Scratch —respondió Sophia revelando un talante y un saber estar admirables—, pero me temo que Georgiana ya llega imperdonablemente tarde a su cita matutina. Tendrá que posponer su ilustración para otro momento.

Georgiana miró a su cuñada con el ceño fruncido. El desconocimiento, sumado a la incómoda situación presente, había coloreado de golpe sus mejillas para convertirle el rostro en un hermoso lienzo cereza y leche. Mucho mejor, sin duda, que el semblante lívido que había mostrado minutos antes.

—Ya sabes, querida —la apremió la señora Masterson, ralentizando las palabras y fijando la mirada en la joven con clara intención—: prometiste visitar a Marcia para ayudarla a confeccionar un nuevo sombrero de alambre.

Georgiana boqueó de nuevo, pero esa vez para exhalar una ingente cantidad de oxígeno. Acto seguido, se levantó del asiento como si de una muñeca de porcelana impulsada por hilos invisibles se tratara.

—¡Cierto! —exclamó ahogada—. ¡Casi se me olvida! —Una sonrisa nerviosa acudió a sus labios en tanto miraba a Sophia con una expresión de gratitud—. Gracias por recordármelo, querida Sophia, no me habría perdonado semejante descuido.

La dama cabeceó, fija la mirada en la de Georgiana, y estiró los labios en una sonrisa.

—No sería propio de ti descuidar un compromiso previo. Anda, ve, no hagas esperar a nuestra bienquerida señorita Spencer.

Tras realizar una rauda reverencia dirigida a todos los presentes, mientras procuraba no mirar al señor Scratch en particular, Georgiana abandonó el comedor con la precipitación y delator atropello, con los que el ratoncillo abandonaría el hogar ante la repentina presencia del gato doméstico.

—¿Derecho romano? —jadeó Georgiana, tan abrumada como disgustada—. ¡Es increíble!

Un cielo plomizo, cuajado de densos nubarrones algodonosos, se cernía sobre las cabezas de las dos caminantes. Aunque la ausencia de sol restaba un tanto de calidez al día, la luminosidad continuaba resultando agradable hasta el punto de que el paisaje que las rodeaba imitaba a la perfección el brillo de una acuarela recién coloreada.

—Teniendo en cuenta que hablamos del señor Scratch… —apuntó Marcia con una ceja enarcada—, lo que me extrañaría sería que quisiera comentar contigo los sonetos de Shakespeare.

Georgiana cabeceó en asentimiento mientras alimentaba una fugaz sonrisa de consenso. Caminó un par de pasos más en silencio, dejándose embriagar por el arrullador cántico de los pajarillos entre el follaje, mientras las palabras de Marcia le revoloteaban en la cabeza.

—Me temo que los hermosos versos del poeta se deslucirían por completo en sus labios —comentó con distraimiento, enredada la mirada en el bello entorno que las acompañaba.

—Concuerdo contigo por completo —señaló la amiga con una sonrisa—. ¿Te lo imaginas? ¿Cómo sería su declamación? ¿Se vería en la necesidad de aflojarse el apretadísimo *cravat* para entonar mejor?

Georgiana suspiró en profundidad y, por un segundo, un ínfimo segundo nada más, trató de imaginarse a ese hombre recitando su soneto favorito: “¿No es amor el amor que se transforma con el cambio, o se aleja con la distancia? / ¡Oh, no! Es un faro siempre firme, / que desafía a las tempestades sin estremecerse”.

Siempre se había considerado una joven imaginativa. Según criterio de su amado hermano, a veces incluso rayando en un exceso de fantasía, pero semejante elucubración escapaba hasta a su ingenio y creatividad. Y ofendía vilmente el talento del gran William Shakespeare.

Sacudió la cabeza para alejar de su mente esa imagen atroz que acababa de recrear. Se sentía en verdad bastante agotada de que el señor Scratch ocupara sus adorados instantes de asueto, por lo que continuó deslizando la mirada por la vasta y ondulante campiña que se prolongaba hasta más allá de donde alcanzaba la vista.

Los interminables vallados de madera, los rebaños dispersos que salpicaban de motas blanquecinas el vasto tapiz verde y llenaban de roncos balidos la atmósfera, así como los arbustos bajos, teñidos entonces de marrón y anaranjado según los criterios cromáticos de la estación, no fueron los únicos que enlazaron su interés. La silueta masculina que se recortó de pronto en lontananza, aproximándose a ellas a buen paso, dibujó enseguida una sonrisa en los labios de la muchacha.

Alto, apuesto, elegante y grácil… Fue una suerte que Marcia no se hubiera percatado de su presencia cercana, pues, de ese modo, ella podría darse el gusto de anunciar su llegada… Y darle alas al corazón de su amiga.

—No te pongas nerviosa, querida Marcia —proclamó en un susurro, ensanchando la sonrisa a merced de la picardía, inofensiva en cualquier caso, que acompañaba sus palabras—, pero por ahí se acerca Rodrick Stuart, que parece muy decidido a alcanzarnos.

Rauda como el rayo, Marcia imitó la dirección que seguían los ojos de su amiga para descubrir la silueta de su adorado apenas a un par de yardas de distancia.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —Fue lo único que atinó a decir.

De inmediato se volvió ligeramente para tratar de ocultar el rostro mientras se pellizcaba las mejillas con frenesí. Gesto totalmente innecesario, pues dos rosas habían anidado en su rostro ante la simple visión del caballero.

Rodrick las alcanzó de inmediato. Se paró frente a ellas y, tras ofrecer dos firmes golpes de cabeza, se dirigió a las jóvenes con su eterna sonrisa en los labios.

—Señorita Masterson —saludó. Georgiana le devolvió la cortesía con su gracia habitual. Acto seguido, los ojos del caballero volaron hasta la segunda joven y su tono tornó entonces si cabe tan suave como el terciopelo—. Señorita Spencer.

Marcia representó la consabida reverencia sin que los rubores abandonaran su rostro o la respiración tuviera a bien normalizarse.

Comprendió Georgiana que esa maravillosa coincidencia tampoco debía ser desaprovechada, como no lo había sido durante el baile de los Thompson. Dado que la timidez junto al verdadero sentir de su amiga iba a impedirle dar un paso al frente, decidió que no estaría de más ofrecerle una mano solidaria. Al fin y al cabo, si alguien bajo las estrellas se merecía alcanzar una felicidad completa, esa era Marcia Spencer, la mejor amiga y el alma más noble que cualquier muchacha pudiera desear tener cerca.

—¡Señor Stuart! —exclamó Georgiana, risueña—. ¡Qué maravillosa sorpresa!

Rodrick alternó la mirada de una a otra sin dejar de sonreír, afable. Era un caballero de lo más sociable –tal y como Marcia le había referido en sus cartas al menos un millón y medio de veces–, de trato cordial y carácter amigable. Todo en su exterior y en su forma de comportarse así lo daba a entender. No solo era apuesto y atlético, también, aunque acostumbraba a llevar el cabello bastante corto, el generoso tupé que se abultaba sobre la frente, amén de las cuidadas patillas, le conferían un porte de lo más gallardo.

—Lo mismo digo —afirmó él—. No esperaba encontrarlas paseando por el campo. —Miró a Marcia, que parecía haberse aislado del mundo y de la realidad al porfiar en mantener la mirada baja—. Es probable que llueva más pronto que tarde; deberían haber traído un paraguas, señoritas.

El gesto del caballero reflejó de pronto una liviana preocupación, tal vez al apreciar el sencillo vestido de mañana de Marcia puesto que, aunque poseía manga larga, su tela era bastante ligera.

—Sí, parece que ha refrescado un tanto —continuó Georgiana, consciente de que Marcia tan solo era capaz de alimentar sus rubores en silencio y con la mirada inclinada —. Según anuncia el color del cielo, casi seguro que muy pronto la lluvia nos retendrá en casa, por lo que resultaría imperdonable no disfrutar de la belleza que ofrece este hermoso condado antes de que algo así suceda, ¿verdad?

—Así es —concordó él—. Los instantes previos al aguacero son los más hermosos, a mi parecer. —Continuaba mirando a Marcia, aunque ella no fuera consciente de la atención del caballero, pues la timidez la mantenía atrapada en sus propias limitaciones—. La naturaleza adquiere un brillo especial y un matiz casi mágico justo antes de que las nubes se desgarren. Todo resulta mucho más inspirador.

Georgiana sonrió con amplitud. Comprendió que aquel hombre era el idóneo para Marcia. Un caballero apuesto, emotivo y sensible, que, aunque cargaba sobre sus hombros con la fama de picaflor –¿quién sabe si merecida o no?–, bien podría haber asentado su carácter con el paso de los años y las decepciones pretéritas. Además, Marcia bebía los vientos y los elementos por ese caballero en particular y por ningún otro, por lo que no había lugar para indecisiones.

Ambos se merecían un empujoncito, y ella era la persona que con gusto se lo dispensaría.

—¡Oh, qué feliz coincidencia entonces el habernos encontrado para disfrutar en compañía de los bonitos matices previos a la lluvia! —señaló Georgiana, risueña—. ¿Le gustaría acompañarnos, señor Stuart? No teníamos en mente alejarnos demasiado. Ya ve usted, las dos sin paraguas y la señorita Spencer sin un abrigo adecuado.

Marcia aspiró una ingente bocanada de aire cuando, por vez primera, alzó la mirada para observar a su amiga con asombro. No obstante, Georgiana componía una expresión tan tranquila e inocente que resultaría imposible disgustarse con ella.

—¡Oh, sería un placer, por supuesto! —aceptó Rodrick de inmediato.

Marcia fue consciente de cómo el corazón aleteaba de golpe en la carcasa de su pecho, cual avecilla enjaulada, por lo que no pudo menos que sentir una infinita gratitud hacia su amiga.

Con un gesto del brazo, Rodrick las instó a reanudar el paseo. Él, solícito, se situó en medio de ambas.

No obstante, Georgiana se las ingenió para ir ralentizando con disimulo sus pasos mientras fingía entretenerse observando los movimientos ora de un solitario verdecillo que, entre salto y salto, lanzaba un enérgico canto a la atmósfera, ora de un chochín diminuto que apenas se podía distinguir sobre la alfombra de hojarasca. Otras veces,

simulaba inclinarse para curiosear las pintorescas flores de azafrán, que crecían rasas entre el tapiz de hojas secas que crujían bajo sus pies. Incluso elevaba la mirada al cielo de vez en cuando, sosteniéndola en lo alto por más minutos de los necesarios, para cerrar los ojos y sentir la gentil caricia del céfiro tanto sobre el rostro como entre los mechones oscuros de su cabello.

Comprobó con agrado que la pareja no parecía acusar su retraso ni sus estudiadas distracciones, pues, a esas alturas, conversaban perfectamente entretenidos el uno con la otra. Marcia había por fin dejado a un lado la timidez para ofrecer solvencia al corazón y, animada por el carácter extrovertido de su adorado y por sus continuos chascarrillos, seguramente también por las verdaderas emociones que confluían en su interior, se entregó a la conversación, intercalando risas con miradas embelesadas que, sin duda, eran espejo de su alma.

Satisfecha con ese pequeño logro, también con el efectivo papel de celestina, y con el fin de concederles la merecida privacidad, optó finalmente Georgiana por acuclillarse al borde del camino para simular atarse los cordones de la botina, que, para su desgracia, habían sido perfectamente atados con doble nudo.

Para ello no dudó en desatarlos por completo y enredarlos como un niño que recién está aprendiendo la labor, con tal de conceder una buena distancia a la bonita pareja.

De vez en cuando, los que la aventajaban echaban la vista atrás para asegurarse de su compañía, pero, al ser Georgiana consciente de dicha parada, se detenía en seco, recogía los brazos a la espalda y observaba embelesada alrededor. Entonces, tanto Marcia como Rodrick la encontraban tan perfectamente entretenida con la flora y la fauna voladora que los rodeaba, que pronto retomaban el paseo con despreocupación, entregados a la feliz tarea de conocerse mutuamente.

En un momento dado, comprobó que Rodrick se había desprovisto de la chaqueta para colocarla con gentileza sobre los hombros de Marcia, seguramente al intuirla aterida de frío. Desde la distancia, Georgiana sonrió feliz.

Esa era la segunda ocasión en la que Rodrick y Marcia habían coincidido y compartido idéntico halo cálido en un mismo espacio vital. ¡Por su vida que en el futuro Georgiana haría lo que estuviera en su mano por propiciar un compromiso entre los dos!

De hecho y desde aquel preciso instante, acababa de imponerse la consigna de conseguir que dicho compromiso tuviera lugar antes de que los Masterson abandonaran Somerton Abbey en primavera.

CAPÍTULO 5

Por todos es bien sabido que las almas nobles y de buen corazón suelen atraer sensibilidades semejantes. Se trata, quizá, de una especie de gravitación universal que tiene lugar cuando caracteres de similar honorabilidad oscilan en una misma órbita. Tal vez por eso el señor de Green Hall –quien, aunque vecino reciente del condado, ya había sido informado acerca de la buena reputación de los residentes de Somerton Abbey, así como de su carácter generoso, poco presto a la hipocresía, la vanidad y la arrogancia que suele acompañar a los que han sido bendecidos con largueza financiera–, no dudó en aceptar la invitación a cenar en la abadía en cuanto le fue dispensada por el propio William Somerton.

A su vez, tanto William como Anthony, pues juntos acudieron a presentar los respetos al nuevo propietario de Green Hall, concordaron en juicio al encontrar al joven caballero muy prudente y asentado a pesar de sus pocos años; un tipo responsable y emprendedor que, según él mismo les comentó, tenía en mente grandes proyectos para hacer más próspera su propiedad.

Ambos caballeros abandonaron Green Hall llevándose de su primera visita una agradable impresión y, del caballero en cuestión, la mejor de las sensaciones.

Así se lo comunicaron a sus esposas cuando se reunieron con ellas más tarde ese mismo día; tal asunto y conocimiento alegró a ambas damas por igual, pues siempre resultaba agradable y esperanzador conocer a un joven más preocupado por sustentar su propiedad y tratar de mejorarla, que por su propia presencia, carruajes y guardarropa.

Como bien había pronosticado Mary Somerton días atrás, no podían en absoluto culpar al señor Brighton por su escaso afán a la hora de socializar, ni mucho menos por evitar bailar, pues era más que probable que el caballero encontrase más estimulante el ocuparse de sus propios asuntos, especialmente al haberse instalado recientemente en una propiedad nueva y en un pueblo totalmente ajeno a su conocimiento y comodidad, que en relacionarse con personas cuya ocupación principal era la de disponer de las vidas ajenas.

Además, el hecho de tratarse de un caballero soltero y no emplear su condición ni su soltería para escalar peldaños en la pirámide social de Hylton, hablaba muy bien a favor de su persona y de su verdadero carácter.

Ambas damas concordaron a un tiempo en recibir a John Brighton en la abadía con el corazón receptivo, más que dispuestas a ofrecerle en adelante una amistad sincera por parte de las dos familias.

Sus esposos, por supuesto, se mostraron conformes a ello.

* * *

Ajena al convidado que se les uniría esa misma noche a la hora de la cena, Georgiana paseaba por los alrededores de la abadía en esa hora lánguida, bucólica y pensativa del atardecer que atrae por igual a los artistas y a las almas sensibles en general.

Disponía todavía de algo de tiempo antes de arreglarse para cenar con la familia, por lo que, después de jugar durante buena parte de la tarde con sus sobrinos y de ejercer de montura para el más pequeño, decidió salir al exterior para evadir cuerpo y pensamiento al frescor del atardecer.

Otra agradable alternativa hubiera sido la de imbuirse por horas en la magia que ofrecía la biblioteca, pero entonces recordó que, la última vez que lo había intentado, descubrió a Arthur Scratch, por fortuna antes de traspasar el umbral y de delatar su presencia, con la nariz hundida en un tomo enorme.

Al parecer y consciente de la afición de Georgiana por la lectura, Scratch solía visitar la biblioteca cada vez que la joven desaparecía de su campo de visión, asunto que sucedía demasiado a menudo, con la esperanza de encontrarla en aquel recinto. Aunque le causara gran pesar, desde entonces, Georgiana se abstuvo de pasar tiempo en esa sala magnífica por temor a verse en la obligación de compartir un mismo espacio con aquel hombre repulsivo.

Después de un cierto tiempo que fue incapaz de contabilizar en su cabeza, tras caminar sobre suelo trebolado y aspirar las fragancias postreras de los distintos parterres, Georgiana determinó sentarse y descansar un rato en una pequeña bancada de piedra que se emplazaba entre dos grandes macizos de boj podados de forma ornamental. Con muy buen criterio los jardineros habían optado por emplear el propio arbusto como respaldo, de esa forma daba la impresión de que el asiento emergiera directamente de las entrañas vegetales.

Con ambas manos aferradas al borde del asiento, los brazos estirados para favorecer la posición y la barbilla en alto, elevada hacia el firmamento plomizo, cerró los ojos y se centró en escuchar el canto de los pajarillos entre el ramaje, entonando una última sonata antes de retirarse al refugio de sus nidos.

En esa agradable condición, se encontraba la joven cuando, de pronto, como si hubiera también traspasado el paredón de boj, una figura demasiado alta y desgarbada hizo acto de presencia a su lado, de la misma forma repentina, indeseada y abrupta que se aparece un espectro en mitad de la noche.

—Señorita Masterson… —el espectro habló y su voz sonó, efectivamente, igual de gutural.

—¡Señor Scratch! —Georgiana jadeó sobresaltada, llevándose una mano al pecho—. ¡Me ha asustado!

Lejos de tratar de redimirse tras su brusca aparición, sin mostrar la más mínima contrición ante el sobresalto provocado a la joven y ajeno por completo a su expresión corporal, Scratch, ni corto ni perezoso, se sentó a su lado de un modo bastante rudo, sin esperar una invitación que de ningún modo llegaría y desatendiendo totalmente toda prudencia o mesura.

Ese banco individual no había sido pensado para dos ocupantes, por lo que la cercanía de los cuerpos resultó tan incómoda como inapropiada. Especialmente desagradable para Georgiana, que se desplazó con disimulo hasta que uno de sus muslos rebasó el asiento. Con todo, la pierna de Scratch permanecía pegada a la de la joven, los brazos se rozaban, pero ella no podía moverse más o, de lo contrario, acabaría en el suelo.

Scratch no pareció ocuparse, ni preocuparse, por nada de todo eso que parecía tan evidente a simple vista.

Al contrario, fijó los ojos acerados en la joven mientras las comisuras de los labios se le elevaron brevemente en lo que pareció ¿una sonrisa?

—Señorita Masterson, me preocupaba no encontrarla en la abadía, por lo que decidí salir en su busca. —Georgiana lo miró con ceño. No, el señor Scratch nunca sonreía, por lo que aquel extraño gesto y la voz pretendidamente melosa le pusieron la piel de gallina.

—Muy amable de su parte, señor Scratch —respondió, fingiendo un agradecimiento que no sentía—, pero conozco lo suficientemente bien los alrededores como para temer, ni remotamente, extraviarme.

—Ronda la hora del crepúsculo, sin embargo —continuó él, infiriendo a sus palabras un tono que tal vez pretendía reflejar desvelo, pero que a Georgiana le sonó tan innecesariamente paternalista como reprobador—. La temperatura ha descendido de forma notable, por lo que no debería usted permanecer en el exterior sin abrigo.

Georgiana quedó sin palabras. ¿Se permitía amonestarla, tal vez? ¿Buscaba cualquier excusa, la que fuere, con tal de censurarla? No era una niña, ¡por el amor de Dios! Ni él una persona que debiera preocuparse por su bienestar. Además, ni siquiera hacía frío…

—Me encuentro, como ve, perfectamente a salvo, señor. —No le importó que su respuesta sonara un tanto áspera.

No obstante, el apunte que Scratch vertió a continuación semejó igualmente seco, a la par que admonitorio y siniestro.

—Nunca se debe desdeñar ninguna posibilidad… —Las pobladas cejas se aproximaron para formar un ceño oscuro, funesto e inquietante con el que escoltar las siguientes palabras—. Nadie sabe dónde puede esconderse un peligro real, especialmente a la hora del crepúsculo, en medio del campo, tratándose, como en su caso, de una joven sin compañía ni protección.

—Creo que exagera usted, señor Scratch, un lugar tan pacífico como este no encierra peligro alguno —replicó ella, que ya empezaba a cansarse de tanta precaución innecesaria y de tanta advertencia solapada—. ¿Qué cree que podría sucederme? ¿Verme de pronto avasallada por una legión de ardillas?

Ante la viva réplica de la joven, la sonrisa se congeló en el rostro de Scratch, confiriéndole una expresión sin duda más severa que la que solía mostrar de forma habitual. Estaba claro que no aprobaba ninguna muestra de independencia de carácter en una joven, ni tampoco el hecho de que aquella en particular desoyera sus palabras hasta el punto de ignorarlas por completo, e incluso mofarse de ellas.

Entonces, para sorpresa de Georgiana, alzó una mano y la adelantó despacio con el propósito de atrapar uno de los oscuros bucles que oscilaba contra la mejilla de ella. Atenta al gesto, la joven movió con rapidez la cabeza a un lado para evitar el contacto, que se frustró cuando las yemas de esos dedos huesudos rozaron apenas el extremo ondulado del rizo.

Scratch asimiló el rechazo sin inmutarse en la fachada, aunque por dentro se sentía arder de rabia e impotencia. ¿Cómo se atrevía esa mocosa a rechazar un gesto de su parte? ¿Quién se creía que era para retirar el rostro y negarle la consideración?

En otras circunstancias…

—Resulta usted una muchacha un tanto imprudente…

Regresó la mano a su sitio y apretó los labios hasta reducirlos a una fina línea blanquecina que pretendía seguir imitando una sonrisa si acaso un lobo es capaz de sonreír tras el primer requiebro del cordero que pretende acometer.

—Y desconsiderada…

Georgiana lo miró con ceño, intrigada ante la intencionalidad de sus palabras. ¿Primero la censuraba y ahora la ofendía?

—No pretenderá exponerse a agarrar un resfriado, ¿verdad? —continuó, pero esa vez por fin sin el más mínimo asomo de zalamería en su tono—. Podría resultar una situación un tanto incómoda para nuestros anfitriones, que se verían en la obligación de poner un médico a su servicio y velar por su salud, cuando la señora Somerton es quien debería acaparar toda la atención en ese sentido, debido a su estado.

El rostro alargado, enjuto y adusto de Scratch permanecía tan cerca que Georgiana se obligó a retener la respiración con tal de no compartir el mismo oxígeno. Debido a la indeseable cercanía, la mirada de la joven se fijó por vez primera en cada surco de la piel de aquel hombre, que entonces le pareció especialmente acartonada y acorde a la edad, se fijó en la sombra oscura que la barba rasurada aún dejaba entrever sobre la prominente barbilla, se fijó en las cejas pobladas, despeinadas, alborotadas, horribles… Se obligó fruncir el ceño y apartar la mirada en el acto para descenderla hasta la tela de la falda, el lugar más seguro que pudo encontrar en presencia de aquel ser oscuro.

—Sería una pena que una señorita tan joven y bonita como usted enfermara debido a una fatal imprudencia encontrándose tan lejos de casa. Debería considerar abandonar su afición a recorrer el campo a todas horas, resulta una costumbre de lo más negligente, vana y absurda en una dama de su condición. —En ese preciso instante la mano huesuda y enorme de Scratch descendió sin previo aviso sobre la de Georgiana para cubrirla con posesividad, como un peso muerto o un violento mazo, cerrando los dedos en torno.

La joven reaccionó como si fuera un puñado de ascuas ardiendo lo que hubiera caído sobre su mano, aplastándola y oprimiéndola por completo. Se levantó de un salto, hasta liberarse del agarre con un brusco movimiento del brazo y esconder después ambas manos tras la espalda.

—¡Señor Scratch…! —Se sentía tan indignada y horrorizada que las palabras se atragantaron en la garganta, se le enredaban en la lengua y agitaban hasta el aire que las impulsaba. Las mejillas, hasta entonces lívidas, cobraron vida propia para encenderse de golpe.

Scratch se limitó a alzar la barbilla con altivez y estirar los labios de forma grotesca, componiendo con ese gesto una expresión espeluznante. ¿Seguía siendo eso una sonrisa? ¿Qué significaba el brillo siniestro que apreció de pronto en sus pupilas?

—¡No vuelva usted a…! —Un jadeo ahogado huyó de los labios femeninos, propiciado por la grandísima indignación que obstruía el habitual fluir de las palabras—. ¡Le exijo que…! ¡No se le ocurra…!

Como no podía soportar por más tiempo semejante falta de locuacidad y tamaño atropello, mucho menos una mirada tan extraña como la que Scratch le dispensaba, Georgiana cerró las manos en puños, gruñó su indignación, giró sobre los talones y echó a correr en dirección a la abadía, dispuesta a poner tierra de por medio entre aquel hombre odioso y ella.

La frustración, el enojo y la impotencia la dominaban. El corazón zumbaba como un tornado que se hubiera desatado de pronto en su interior. Las piernas temblaban mientras eran sometidas a tan precipitada carrera. Le faltaba el aire, se ahogaba, y no solo a causa del ejercicio.

¿Qué se había creído? ¿Acaso no resultaba del todo inadecuado, y repulsivo que tratara de tomar su mano sin su consentimiento y de un modo totalmente invasivo? ¿Qué clase de hombre era él, tan distante de lo que se consideraba un auténtico caballero? ¿Quién se había creído que era? ¡Odioso, odioso señor Scratch!

Una vez en la abadía, en lugar de buscar a su cuñada o a su hermano para desahogarse y descubrir la indigna actuación de Scratch, corrió al refugio de su alcoba. Aunque durante el airado trayecto había considerado acusar la falta del villano, tras considerarlo durante tan solo unos segundos llegó a la conclusión de que sería mejor no revelar nada de lo acontecido en el jardín. En parte, porque se sentía extremadamente avergonzada,

aun tratándose ella misma de la víctima de un asalto que consideró tan impropio como fuera de lugar; y en parte, porque no pertenecía a su naturaleza buscar contienda con conocimiento de hacerlo.

Arthur Scratch era un invitado de su hermano, alguien a quien, por alguna razón inexplicable el querido Anthony parecía respetar –tal vez debido al respeto inherente a su edad, tal vez por su profesión–, de modo que, por extensión, también un invitado de los Somerton mientras se prolongara su estancia en la abadía.

No podía someter a todos ellos a una confrontación con ese hombre horrible mientras ella tuviera capacidad para enfrentarlo y mantenerlo a raya. ¡Por supuesto que tenía capacidad para enfrentarlo!

Apoyadas la espalda y la cabeza contra la puerta cerrada de la habitación, miró al techo mientras trataba de serenarse y ordenar sus pensamientos, que en ese instante se le atropellaban en la cabeza.

No iba a permitir que Scratch empañara una estadía que se le antojaba maravillosa, mucho menos que por su causa la visita se acortara, conminándolos a regresar antes de tiempo. ¡No sería justo!

Así que, aunque inexperta en numerosas facetas de la vida, tremendamente incapacitada por su juventud, su desconocimiento del mundo y su condición femenina, se consideraba una muchacha perfectamente resuelta, que no iba a dejarse amedrentar por un individuo que, sin duda, la doblegaba en años y cuyo comportamiento reflejaba una absoluta falta de delicadeza y moral. Si tenía que plantarle cara, lo haría, si tenía que responder con escasa o nula cortesía, estaba dispuesta. Nunca más volvería a propasarse; ella no iba a consentirlo.

¡Por su vida que no iba a consentirlo!

CAPÍTULO 6

Hacía ya algunas décadas que la juventud había cruzado ante los ojos de Arthur Scratch como una bandada de grajos al atardecer y, si bien ninguna suerte de atractivo había asomado jamás a su exterior, en la actual estación de la vida no existía un solo retazo que resultara agradable a la vista. Ciertamente, lo que en la nubilidad pasó por escasa o nula gracia física, en la edad senil podía entenderse como auténtico esperpento. Enjuto de carnes, demasiado alto y desgarbado, en disposición de extremidades en exceso largas y vacías, con un rostro tan grande como poco grato: era consciente de que, en lo que a atractivo físico se refería, debía poco favor al Creador. Tampoco poseía una fortuna capaz de garantizarle el estilo de vida que gustaba presumir ante el resto del mundo –que quedaba en mera presunción, pues su oficio de abogado no permitía los grandes excesos a los que se había acostumbrado, posibilitados tan solo gracias a las afortunadas relaciones que procuraba–, por lo que resultaba imperativo cazar pronto una heredera que asegurara ese punto.

Si además conseguía una perita dulce, tal y como tenía ya en mira, solventaría de un plumazo otra de sus más anheladas inclinaciones, una de la que por cierto no deseaba prescindir, pues Arthur Scratch, aunque lo disimulaba con bastante eficacia ante el resto de la humanidad, sufría una proclividad, rayana en la obsesión, por los placeres de la carne.

Ninguno, quizá, pudiera sospechar que un hombre de su edad, provisto además de un carácter circunspecto y sombrío, alimentara semejante fijación, pero el caballero era más activo en esa faceta de lo que cualquiera pudiera suponer. Incluso mucho más que algunos hombres de menor edad y mayor atractivo. Seguramente, nadie esperaría que un tipo tan poco agraciado dispusiera siempre y en todo momento de una cama en la que adentrarse, pero a Scratch jamás le habían faltado oportunidades ni lechos calientes.

El no alimentar escrúpulos respecto a las integrantes del sexo bello con las que entretenerse ayudaba bastante en este aspecto, pues en la mayoría de ocasiones sus deseos se habían satisfecho visitando prostíbulos o casas de precaria reputación; en algunos otros casos, se había valido del malévolo ardid de presumir de una posición, una economía y unas relaciones que resultaban por completo ficticias para ganarse la atención de la infeliz elegida.

No obstante, pese a éxitos relativos en el pasado, esa tarde, su primer avance hacia la joven Masterson había resultado tan infructuoso como lamentable. ¡Digna actuación de un estúpido e inexperto zagal! Aunque no se trataba de que no contara con ello precisamente, sino que sabía que no iba a ser sencillo engatusar a una jovencita malcriada, con una independencia de carácter tal y como revelaba poseer Georgiana. No obstante, había confiado que el buen hacer mostrado ante su hermano y tutor, junto al regio carácter que siempre había representado ante los Masterson, le allanara el camino

como persona madura y confiable. ¿Qué hermano sensato no desearía un hombre maduro y asentado, con la cabeza bien dispuesta sobre los hombros, para su hermana pequeña? Mucho más prudente que arriesgarse a entregarla a un petimetre inexperto que arruinara la reputación de la familia.

Al fin y al cabo, lo que opinara Georgiana le importaba bastante poco; ella, en su condición de mujer, debía obedecer las decisiones de su hermano y tutor, por lo que la cuestión más importante pasaba por camelar a Anthony Masterson.

Había actuado un tanto a la desesperada, debía reconocerlo, pero en Somerton Abbey todo estaba siendo muy distinto a Ventus Magna. Georgiana apenas paraba en la abadía. Cierto que en Ventus Magna también acostumbraba a pasear, mucho más de lo preferible, y además gastaba el tiempo en necedades, pero, en ese dichoso pueblo, parecía haber ensalzado la tan estúpida costumbre hasta el infinito. Cuando no perdía el tiempo jugando con los sobrinos, se pasaba las horas, demasiadas horas, recorriendo los campos como una vulgar pueblerina. ¡Por su vida que él se negaba a mancharse las botas en esos horrorosos caminos de barro y boñiga de oveja!

Se había precipitado, cierto, debería haber sido un tanto más sutil y paciente, pero saberla sola en el jardín, totalmente vulnerable, le confirió arrojos. Consideró que podía ser un buen momento, consideró que ella al menos le dejaría exhibir los inicios de su cortejo y claudicar. Una muchacha joven e inexperta no debería en modo alguno mostrar una independencia de carácter semejante.

Georgiana Masterson era la heredera perfecta, la perita dulce capaz de satisfacer sus necesidades y anhelos. Al menos se trataba de la que él había elegido, la que se le había metido entre ceja y ceja desde hacía unos cuantos meses.

La había conocido durante su primera visita a Ventus Magna. Tras descubrir, gracias a su papel como abogado de la familia, la golosa renta anual de la joven, decidió que ella era la candidata perfecta. Su belleza y su juventud la convertían en la candidata perfecta. Porque, si bien era cierto que en ocasiones se revelaba como demasiado arrojada para su gusto, la realidad señalaba que era una de las muchachitas más bonitas, elegantes y acomodadas que había conocido jamás. Confiaba que la esperanza de poder finalmente saborear ese bollito de almíbar lo resarciera de las vicisitudes que estaba pasando para propiciar un acercamiento.

Lo concreto era que Georgiana Masterson nunca le había prestado atención; de hecho, a menudo incluso parecía ignorarlo pretendidamente, hasta burlarse de él, como había sucedido esa misma tarde en el jardín. Ella tan solo parecía encontrar un estúpido placer en la lectura y en los habituales paseos por el campo. ¡Menuda pérdida de tiempo! Ya se encargaría él de cambiar todo eso llegado el momento.

Una vez consiguiera el beneplácito de Anthony Masterson –¡y daba por descontado que lo conseguiría!–, toda esa sarta de frivolidades y absurdeces quedaría atrás. La mantendría bien ocupada en tareas más satisfactorias.

Por fortuna, ella parecía no haber referido nada de lo sucedido a su familia, aunque

con eso también contaba. Era una muchacha demasiado lista e independiente como para mostrar un asomo de vulnerabilidad ante su hermano. Bien, mejor así, menos preocupaciones para él. De todos modos, ya había maquinado una justificación creíble en el supuesto de que todo se torciera. Estaba dispuesto a hacer creer a Anthony Masterson que la joven e ingenua Georgiana había malinterpretado su preocupación y un afecto que rozaba lo fraternal. ¡Él jamás pretendería ofenderla!

Y mientras no conseguía avanzar hasta la joven heredera, habría tiempo suficiente para entretenimientos mucho más agradables.

Durante el baile de los Thompson, había conocido a una dama del condado que, si bien no era ya un capullito recién desperezado al sol, como sucedía con la señorita Masterson, conservaba aun claras pinceladas de la belleza y dignidad que debió de exhibir antaño. Rubia, alta y espigada, en posesión de una nariz respingona que destilaba soberbia y una mirada tan gélida como los icebergs del mar del norte, consiguió enseguida llamar la atención de un astuto cazador como él.

Cuando la encontró sola y apartada del resto, como una paria de la sociedad, medio oculta en un ángulo oscuro de la sala mientras saboreaba una copa de vino y observaba la multitud con la nostalgia y la envidia esculpidas en un rostro claramente resabiado, supo que había encontrado un alma vulnerable de la que aprovecharse para su posterior y completo disfrute. ¡Con aquella figura estilizada y esos aires que se concedía estaba convencido de que disfrutaría... y mucho!

Aunque en un primer lugar ella ni siquiera se dignó a regalarle una sola mirada, sin duda acusada de una dignidad que a él le pareció absurda dada su evidente marginación social, no hizo falta más que comentar al descuido que había sido invitado al baile en calidad de huésped de Somerton Abbey y amigo personal de los Masterson, para que la mujer le dedicara una atención más completa y unas sonrisas que auspiciaban un pronto triunfo.

Al menos, mientras Georgiana Masterson continuara resistiéndose, él dispondría de un agradecido pasatiempo con el que matar sus horas en un lugar tan aburrido como Hylton.

CAPÍTULO 7

—John Brighton, nuestro nuevo vecino y propietario de Green Hall. —Fue William Somerton quien, en su rol de anfitrión, hizo las debidas presentaciones—. La señorita Georgiana Masterson.

Georgiana, escoltada por su familia y por los rubores que le coloreaban las mejillas, ofreció una lenta y cuidada reverencia al caballero que, con grave cortesía, le dispensó, a su vez, un elegante cabeceo.

Cuando ella regresó a la posición vertical, observó que la penetrante mirada obsidiana continuaba prendida en ella. Tal percepción impulsó de golpe el inesperado ejército de hormigas que principió a corretear en su estómago.

—Un honor conocerla, señorita Masterson. —La sonrisa torcida del señor Brighton sacudió en fugaz escalofrío a la joven. Estaba claro que dicha sonrisa, sumada a la intensidad con la que continuaba observándola, pretendía ser un guiño al momento en el que ambos se conocieron en el balcón de los Thompson, ese en el que John ni siquiera sabía la identidad de la interlocutora. Un secreto que pertenecía solo a los dos.

—Lo mismo digo, señor Brighton. —Georgiana, aunque azorada, se esforzó por contener la risa traviesa que le asomaba en los labios.

—Agradecemos que aceptara nuestra invitación, señor Brighton —añadió William—. Es un honor recibirlo en Somerton Abbey.

John, que continuaba con la mirada prendida en la señorita Masterson, la desvió un instante para responder al anfitrión.

—Hace poco una dama me amonestó por el escaso afán mostrado a la hora de socializar con mis vecinos; de hecho, me instó a relacionarme más. —Hizo una pausa para ampliar la sonrisa y redirigir la mirada a la joven de oscuro cabello y ojos verdes. Georgiana inclinó la mirada un instante, consciente de la indirecta que el caballero acababa de enviarle de forma solapada. La sonrisa traviesa esbozada segundos antes acababa de convertirse en una risa tímida bailoteándole en los labios—. Empiezo a comprender cuánta sabiduría encerraba semejante consejo.

—¡Por supuesto! —concedió William—. No lo ponga en duda, señor. Jamás deben cuestionarse las sugerencias de una dama, máxime si el caballero a quien va dirigida la sugerencia permanece soltero.

Todos los presentes sonrieron ante el comentario de William. Georgiana aprovechó el fugaz instante de distensión del grupo para observar de un modo más intenso al invitado y encontrarlo tan elegante en su apostura como sabía que había de encontrar al tan mentado John Brighton, de Green Hall.

Chaqueta de terciopelo color burdeos, desabrochada al frente para permitir la visión de un elegante chaleco beige bordado con florecillas rojo oscuro y una lazada doble de *cravat* rebosando entre el cuello almidonado de una camisa impoluta completaban un conjunto cautivador. Su cabello oscuro peinado hacia adelante, desordenado con elegancia, los ojos ligeramente separados, el rostro varonil de marcada mandíbula cuadrada. Encontró Georgiana más agradable de lo esperado el poder observarlo sin ser observada. De hecho, mal que le pesase, estaba convencida de que sería capaz de continuar mirándolo durante el resto de la velada del mismo modo fascinado y grato en que se observa un retrato impecable sin llegar a aburrirse o acusar el paso de las horas.

Pero, en ese momento, irrumpió en el comedor el señor Scratch, dispuesto a sumarse para la cena, por lo que cualquier nimbo idílico que pudiera haberse formado en la estancia se desvaneció de golpe, como una pompa de jabón al rozar cualquier superficie.

Georgiana lo recibió con el ceño fruncido, todavía muy presente lo acontecido en el jardín, y con un volteo de cabeza que pretendió mostrar su indignación.

Si bien de primeras el abogado reaccionó con sorpresa ante la presencia de un invitado acerca del que no había sido informado, parándose bajo el umbral con expresión torva y peculiar gesto adusto, enseguida, se recompuso para acercarse al grupo con la arrogancia que lo caracterizaba, manifestando con la estudiada calma que reveló en cada uno de sus gestos una comodidad que pretendía evidenciar una supremacía absoluta ante un recién llegado.

No sucedió así con John quien, de forma privada y con toda la compostura que fue capaz de reunir en escasos segundos, no pudo evitar envararse en el mismo instante en el que el enjuto caballero se situó frente a él. Desde luego, ese era el último individuo sobre la faz de la tierra que desearía encontrarse en la bonita abadía y entre aquella gente amable. También el primero al que estaría dispuesto a borrar de la propia faz de la tierra en ese preciso minuto y con sus propios puños.

—Mi querido John, este es el señor Scratch —lo presentó su madre, con una sonrisa temblorosa en los labios—. Un amigo al que a partir de ahora verás por aquí y que se encargará de cuidar de nosotros.

John observó con fijeza a ese hombre que estiraba la boca para componer una espeluznante sonrisa capaz de estremecer al pequeño. Parecía un demonio de los que aparecían retratados en los libros de salmos. El gigante huesudo descendió una mano sobre su frente para alborotarle el flequillo mientras, clavándole una mirada de hielo, murmuró:

—Vamos a llevarnos bien, ¿verdad, muchacho?

No obstante ninguno de los presentes percibió la incomodidad de John, tampoco la premura con la que se cuadró para tratar de recuperar la compostura. De ese modo, tan solo él, por fortuna, fue consciente de la violenta tempestad que acababa de desatarse en sus entrañas, provocándole un sudor frío que le encrespó cada vello de la piel y le heló la sangre en las venas. Las manos cerradas en puños también serían un vistoso ejemplo de

la convulsión que le quebraba el alma, pero John supo contener todo eso y disfrazarlo bajo una máscara de obligada, aunque no efectiva, calma. ¿Qué diablos hacía ese monstruo allí?

Se había sorprendido enormemente tras descubrirlo en el baile de los Thompson, pero, en ese momento, se obligó a pensar que su presencia había sido fruto de una funesta casualidad. Dos veces, sin embargo, en un breve lapso de tiempo, no podía inducir a equívocos. ¿Acaso vivía en Hylton? Hacía tantos años que le había perdido la pista que no poseía respuesta alguna para tal suposición.

—Ah, señor Scratch. —Fue William quien nuevamente habló, dispuesto a realizar la introducción que faltaba—. Permítame que le presente a nuestro vecino más reciente, el señor Brighton; nos acompañará esta noche durante la cena.

Scratch se concedió apenas unos segundos para observar a su interlocutor desde la elevada atalaya de su altanería, ceja enarcada y barbilla altiva. Acto seguido, tras considerarlo escasos segundos, comprendiendo que se trataba de un joven terrateniente sin demasiada relevancia todavía en el condado, le ofreció un cabeceo cargado de indiferencia.

Ni su atención ni sus adulaciones irían dirigidas en un presente cercano a tal pequeño burgués, habiendo de por medio gente mucho más relevante y de trato más provechoso.

William se dirigió entonces de nuevo al propietario de Green Hall.

—Señor Brighton, le presento al señor Scratch —anunció—, un invitado de los Masterson.

Scratch…un nombre que recordaba bien. Un nombre contra el que había proferido mil y una maldiciones siendo todavía un niño, un nombre que había rogado por ver pronto esculpido sobre la losa de una lápida. John, que mantenía aun las manos cerradas en puños y la mandíbula apretada, ofreció un golpe de cabeza seco y firme. Su mirada permanecía fija e inamovible en esos ojos de hielo, mientras la bilis le quemaba la garganta del mismo modo que lo haría la lava en la chimenea del volcán que la acoge. No obstante, supo tragarse la quemazón, esa lava ardiente que amenazaba con desbordarse, para enviarla de vuelta a las profundidades, tratando de soterrarla y mantenerla a buen recaudo, tal y como se obligaba a retener también sus impulsos de dar un paso al frente y actuar.

¿Qué diablos hacía aquel monstruo allí?, se repitió en su cabeza. ¿Y qué podía tener en común con los Masterson?

—Bien, ahora que estamos todos, creo que podemos ocupar nuestros respectivos asientos y disponernos a cenar —añadió William y, a continuación, dirigiéndose a John —: Le garantizo que el venado asado que prepara nuestra cocinera es uno de los mejores platos del condado.

* * *

Durante la cena, John se mostró más ausente de lo esperado, pese a ser reclamada su atención cada tanto por el anciano señor Somerton, quien se mostró sumamente conversador y no dejó de interesarse por la situación actual de Green Hall, por el estado de los jardines y por la extensión de terreno que se desplegaba tras la construcción principal.

Se trataba de una propiedad por la que el anciano manifestó una sincera admiración, lo que terminó por congraciarlo de forma definitiva con su joven vecino, quien sin duda estimó los elogios referidos a su propiedad, máxime procediendo dichos halagos del propietario de una vivienda magnífica como era Somerton Abbey.

A pesar de tratar de mantener la atención en su amable interlocutor, a la cabeza de John no dejaban de acudir retazos de escenas pretéritas, muy distantes en el tiempo que, como latigazos de recuerdos que asomaban en tropel, uno tras otro y uno sobre otro, parecían pretender martirizarlo y envenenarle la sangre que circulaba por todo su ser.

—No debería vivir aquí, ¿no te das cuenta de que solo representa un estorbo?

Oculto bajo la mesa camilla de la diminuta sala de estar, John observaba la escena a través del fino lino que colgaba a su alrededor, formando un velo que al pequeño de nueve años le semejaba la mejor de las fortalezas o, al menos, la más segura para esconderse del tirano.

—Un hospicio sería lo mejor —continuó hablando—, pero supondría un costo elevado. ¿No existe ningún pariente a quien puedas enviárselo?

La madre sollozaba bajito en una esquina, apoyado el huesudo hombro contra el marco de la ventana mientras ocultaba el rostro tras las manos. Pero John no miraba a su madre, ya la había visto llorar demasiadas veces delante por culpa de ese hombre horrible. Como no podía ser de otro modo, sus ojos permanecían estáticos en la figura demasiado alta y desgarbada del monstruo que cada vez lo trataba peor que a una alimaña. Cuando su madre no miraba se las ingeniaba para soltarle un pescozón o arrearle una patada en las canillas.

El pequeño John lo odiaba con todas sus fuerzas, pero no por lo que pudiera hacerle a él, sino por la actitud con la que continuamente se dirigía a su querida mamá. Especialmente por los moratones que, sin que nadie se lo dijera, el avispado niño sabía quién se los había provocado a la pobre mujer.

—No hay nadie, Arthur, él es toda la familia que me queda, y yo la suya —dijo ella, alzando ligeramente la voz por vez primera.

—¡Valiente familia! —espetó él, propinándole un empellón que consiguió desestabilizarla—. Una insignificante mujer que apenas sirve para calentar la cama y un niño más inútil que una garrapata. ¡Todavía no sé qué hago aquí perdiendo mi tiempo!

John apretó los puños bajo la mesa sintiéndose arder de rabia e impotencia. Pero lo que ardía en realidad eran las lágrimas silenciosas que descendían sus mejillas con la prontitud de un cauce desbordado.

Y como tantas otras veces apretó los párpados para aplastar la humedad que amenazaba con volverse imparable; se tapó los oídos mientras era consciente de los golpes que tenían lugar del otro lado de su preciado refugio…

Pero no solo los recuerdos lo martirizaban. En esos momentos, en realidad, lo incomodaba tanto o más la presencia física de Scratch en esa mesa, en lugar de los malditos recuerdos que ya habían obrado una profunda cicatriz en su alma. Le incomodaba un nombre y un rostro que no había podido arrancarse de la memoria a pesar del correr de los años y de que, por lo visto, parecía ignorar por completo su identidad, pues el sujeto se dedicaba a comer con absoluta parsimonia sin mudar ni un ápice el color de su rostro ni variar aquella expresión flemática que John tan bien recordaba.

No obstante, Arthur Scratch había envejecido. Sin duda los mismos años que lo habían convertido a él en un hombre habían obrado un cambio muy poco favorecedor en el exterior de ese individuo. El rostro, que recordaba en exceso serio, incrementaba el gesto de severidad debido a las arrugas rotundas que lo surcaban. El cabello, antaño oscuro como ala de cuervo, imitaba ahora una maraña agrisada que fomentaba la apariencia de ancianidad y deterioro.

Todo eso demostraba que ya no era el titán invencible que el niño Brighton recordaba. El titán ahora lucía grietas y, donde existen grietas, existe vulnerabilidad. Sin embargo, la frialdad de esas pupilas y la indiferencia que todavía manifestaba en su rictus le recordaron que el alma debía de continuar siendo tan negra como la evocaba. No debía equivocarse ni bajar la guardia en lo que a Scratch respectaba; el hecho de que ya no fuera el hombre que él había conocido no implicaba que su maldad hubiera mermado. Muy al contrario: estaba convencido de que el paso del tiempo habría emponzoñado todavía más un alma por completo pútrida.

Bajo el mantel y como antaño, John cerró las manos en puños hasta que un fuerte dolor le atormentó los nudillos que llegaba hasta la yema de los dedos, cuyas uñas se incrustaban con ferocidad en la palma.

¿Cómo era posible que, mientras a él le bullía la sangre, el monstruo se comportara como si la vida le transcurriera sin esfuerzo, comiendo como un auténtico sochantre, sin percatarse del dolor que traspasaba el corazón del que lo observaba? Sin embargo, John agradeció que sucediera de ese modo. No lo recordaba. Y mejor que no lo recordara,

mejor que no hubiera asociado su nombre con otro nombre que no merecía permanecer encerrado y mancillado en la sucia memoria de ese villano. No después de todo, no después de tanto.

Habría resultado muy ingrato para todos que el oscuro pasado saliera de repente a la luz en un lugar tan inapropiado como ese, entre personas que le habían recibido con tanta amabilidad y que, sin duda, no merecían verse salpicadas por aguas tan sucias y ponzoñosas. No lo recordaba. Bien. Mejor.

Al fin y al cabo, ¿cuántos Brighton existirían en el magno imperio? Cientos. Y ninguno, al parecer, capaz de obligar a ese monstruo a echar la vista atrás y realizar examen de una conciencia de la que John sabía que el tipo carecía. Tal vez ni siquiera recordara el apellido Brighton. ¡Maldito, maldito!

Mientras volvía al presente, ofreció una sonrisa de complacencia al anciano señor Somerton, que continuaba elogiando los sauces que ornaban la parte posterior del parque de Green Hall.

Tras una rápida exhalación que pretendió actuar como bálsamo reconfortante y marea de arrastre para todo el dolor acumulado, John dirigió la mirada al frente para aposentarla en una figura bastante más agradable de contemplar. En la fracción de segundo en la que se fraguó ese cambio de perspectiva, el mundo entero se silenció, del mismo modo que se difuminaron también las figuras que se sentaban en torno a la magnífica mesa de comedor, como una legión brumosa que suavemente se desvanece ante la primera brisa del amanecer.

Su enfoque se limitó a la silueta sentada enfrente, una que, al mirarla a través de los torneados brazos de los candelabros que iluminaban la mesa, suavizó de forma refleja el ceño fruncido de John mientras una sonrisa leve le estiraba los labios: Georgiana Masterson era la brisa fresca del amanecer. Una joven muy bonita que, tal como recordaba, desprendía un dulce aroma a lavanda capaz de imponerse a las penetrantes fragancias que imperaban en la mesa para llegar a él y traspasarlo por completo. También para transportarlo a lugares remotos, felices y evocadores.

Olía a primavera, a paraíso escondido y a momentos mágicos compartidos en un discreto balcón. Olía a frescura, a mar en calma y a bosque ancestral, prendidos jirones de bruma en las vetustas ramificaciones de los árboles.

Su sonrisa se amplió de forma inconsciente y, aunque a sus oídos llegaba todavía como vago rumor la conversación de su afable contertulio, la mirada y el pensamiento se habían ya enlazado en la figura de la joven.

Toda ella, contemplada a través de la luz ambarina de las velas y ataviada con ese liviano vestido de muselina blanca, representaba la imagen de un hada. Un hada en un jardín de lavanda. Un reflejo de rayo de luna en medio de la oscuridad.

De rostro todavía aniñado, pómulos altos, rizos oscuros en la frente y sobre las orejas, enormes ojos verdes y boca carnosa, el suyo era un rostro que no se cansaría de contemplar jamás.

Sería un completo embustero si negara haber pensado en ella desde que coincidieron aquella noche, bajo la luz de las estrellas. Había pensado, sí, y el recuerdo de su extraño diálogo le había arrancado la sonrisa en cada ocasión. Pero lo cierto era que no le había concedido demasiada importancia al pensamiento, ni a la bonita ninfa que lo representaba, más allá de la agradable primera impresión que le había causado una muchacha hermosa de carácter resuelto. Retuvo la imagen y el encuentro en la memoria como un grato recuerdo… Poco más. De haber querido, habría indagado, habría procurado descubrir su identidad, volver a verla… No obstante, lo había dejado pasar.

En ese instante, sentado frente a la bella, pudiendo contemplarla a placer, consciente de que por momentos sus miradas se encontraban para separarse inmediatamente después, se sintió un completo imbécil por no haberse molestado más. Ojalá hubiera dedicado tiempo a quien en verdad lo merecía, en lugar de malgastar energía y pensamiento con alguien que debería haber desaparecido de su vida muchos años atrás.

Pero no era tarde. Podía aún y debía enmendarse, así que, en ese precioso minuto, que bien podría traducirse como el primer fogonazo de luz después de la brusca oscuridad que lo había ahogado tras su entrada a Somerton Abbey, justo en el tiempo en el que la ninfa ya contaba con nombre y apellido, con una mirada que, en la cercanía y bajo la ambarina luminosidad de las velas, le semejó la más hermosa que hubiera contemplado jamás, se prometió a sí mismo que no volvería a dejarlo pasar y que, sin duda, esa vez, haría todo lo posible por volver a coincidir con ella.

* * *

Era hora de regresar a Green Hall. John se encontraba en la antesala de la abadía, despidiéndose de los amables anfitriones. Había sido una velada encantadora; sin duda, habría podido serlo más de no haberse encontrado en el comedor ese a quien tanto detestaba. La vida a menudo podía ser tan cruel… Eso lo sabía bien.

Después de estrecharle una última vez la mano, el anciano Somerton se dirigió a él de este modo:

—Me gustaría seguir conversando con usted, joven, acerca de sus proyectos para el parque de Green Hall. Nuestro jardinero tiene algunos esquejes de higuera breva negra que me gustaría obsequiarle. —Ante el gesto de sorpresa de su vecino, Somerton se adelantó—. Considérelo mi modesta aportación a esta nueva etapa de su residencia.

John sonrió con afecto al benévolo anciano.

—Es usted muy amable, señor Somerton, pero…

—Me temo que cuando a mi padre se le mete algo entre ceja y ceja no hay lugar a discusión, señor Brighton —intervino William, amplia sonrisa en los labios—. No le va a quedar más remedio que volver a la abadía; más pronto que tarde, en realidad.

John sonrió en respuesta.

—Mañana mismo, me gustaría —apremió el anciano—. Si no tiene inconveniente en seguir escuchando a un pobre anciano amante de la jardinería y del aire libre. Y de hermosas edificaciones como la suya, joven. ¡Qué grandes cosas puede usted llevar a cabo en semejante propiedad!

John se concedió apenas unos segundos antes de ofrecer la respuesta. De hecho, antes de ofrecerla, sus ojos volaron de forma inconsciente a la silueta de la señorita que permanecía al final de la comitiva, a medio ocultar tras la figura de sus familiares. Al encontrarse con la mirada en la distancia, las palabras acudieron solas a sus labios.

—Será un placer, señor Somerton.

* * *

Esa noche, en la intimidad de la alcoba y fusionada con los claroscuros que ataviaban la estancia, al amor de la generosa lumbre que todavía crepitaba en la chimenea, Georgiana concedió su requerida parcela de gloria a los pensamientos que cargaban su cabeza.

Resultaba imperativo hacerlo, pues tales pensamientos llevaban mucho tiempo batallando en su magín, como bandada de pájaros enjaulada. Por lo tanto, si albergaba la más mínima perspectiva de alcanzar un provechoso descanso nocturno, debía poner un cierto orden allá arriba.

Sentada frente al tocador de palisandro, bajo la tenue luz de una única palmatoria, vestida con camisa de noche y la trenza peinada a un lado, laxa y descendida sobre el pecho, fijó la mirada en el rostro que, a su vez, la observaba desde el otro lado del espejo revelando un gesto de ligera conmoción.

Pensó primero en el señor Scratch y en su vergonzoso comportamiento de esa misma tarde. Pensar en eso provocó que el rostro del espejo frunciera el ceño y compusiera una expresión de desagrado. También que el estómago se le retorciera del mismo modo que sucede cuando se ingiere algo que no sienta bien al organismo. El muy necio no había mostrado durante la cena ni la más mínima contrición. ¡Descarado, indigno villano! No habría esperado un gesto de sumo disgusto en semejante esfinge de indiferencia, debía ser sincera consigo misma en ese punto, pero sí al menos una disculpa o una mirada inclinada que delatara un sincero arrepentimiento. Porque estaba segura de que no exageraba respecto a lo que había acontecido, ¿o acaso no se había comportado él de un modo del todo descortés y desconsiderado ante ella? ¿Acaso no se había propasado? Sin

embargo, en lugar de avergonzarse o arrepentirse de sus viles actos, el abogado había actuado como si nada hubiera sucedido, comiendo y bebiendo como un bendito mientras adulaba constantemente tanto a sus anfitriones como al querido Anthony. ¡Oh, qué furiosa se había sentido entonces! ¡Qué deseos de delatarlo y borrarle del rostro la sempiterna expresión petulante! ¡Con gusto lo habría puesto en evidencia con tal de descomponer los pretenciosos aires de confianza y soberbia! ¿Cómo habría reaccionado él? ¿Cuál sería su expresión ante el enfado que, a buen seguro, mostraría Anthony?

Pero optó por callar, tal y como se había propuesto con anterioridad, convencida de que el libidinoso anciano no volvería a intentar acercarse de ningún modo. Optó por evitar confrontaciones y continuar con la perspectiva de una estancia idílica en Somerton Abbey. Entonces, abrazada por tal confianza y por la auto impuesta esperanza de que eso había sido un episodio aislado, decidió dar paso al segundo pensamiento que, sin duda, cargaba más profunda y amablemente su cabeza.

De ese modo, pensó en el señor Brighton. Al pensar en él, el previo ceño fruncido y la expresión confusa se evaporaron en el acto para dar paso a una sonrisa leve y a una mirada soñadora. La barbilla se apoyó en la palma de la mano mientras el rostro del espejo la observaba ahora con cierto embobamiento.

John Brighton era un caballero apuesto, amable e interesante. La atención que concedió al anciano señor Somerton, quien no dudó en monopolizarlo durante toda la velada, revelaba una paciencia y una consideración encomiables, también un alma generosa, sensible y benévola. Apenas había hablado acerca de sí mismo, haciendo gala de ese modo de una vanidad inexistente; además, había aceptado todo tipo de consejos vertidos en referencia al cuidado y manejo de su propiedad sin mostrarse ni contrariado ni molesto por los apuntes.

Tampoco acusó –si lo hizo no mostró ninguna reacción al respecto– la imperdonable indiferencia del señor Scratch, asunto del que Georgiana fue muy consciente, para su propio horror. Si era bien cierto que el abogado no lo miró ni siquiera una sola vez, John Brighton no pareció ofendido por eso en ningún momento, sino que continuó tan afable y agradecido como era de esperar en un auténtico caballero. En el aire sonó lánguido el eco de un suspiro.

¡Qué cauto había sido, además, al no revelar que ambos se habían conocido previamente en el baile de los Thompson! ¡Qué forma de avivarle el vientre, con la sola mirada y omnipresentes sonrisas, el ejército de mariposas monarca de cuya existencia Georgiana ni siquiera había sido consciente!

La había mirado durante la cena con la misma fascinante porfía con que la había mirado por vez primera en el baile de los Thompson; y eso ojos de brea, ahora estaba segura, eran capaces de sacudirla y removerle las entrañas con la fuerza de veinte huracanes.

¡Oh, qué fascinante caballero era aquel John Brighton, de Green Hall! ¡Qué apuesto, qué elegante y qué atractivo, lo mismo que pudiera serlo un auténtico héroe de novela romántica! ¡Qué sueño sería poder tratarlo un poco más y conocerlo mejor!

Otro suspiro sonó en la alcoba mientras la propietaria de tanta emoción mal contenida continuaba soñando despierta y pintando en su cabeza la hermosa silueta de cierto caballero ataviado en burdeos.

No le importaría en absoluto volver a coincidir con él y poder conversar más a fondo acerca de todo y de nada… ¿Qué importaba? Estaba convencida de que, cualquiera que fuera el tema a tratar, resultaría un intercambio de lo más agradable.

Con semejante consigna en mente, Georgiana regaló una última sonrisa al rostro del espejo antes de soplar la llama de la palmatoria y sumirse en una oscuridad perturbada tan solo por las lenguas anaranjadas que latían postreras en la chimenea.

CAPÍTULO 8

Caminaba con la mirada fija en ninguna parte, absorta su conciencia en los colores de la naturaleza y en el melodioso canto de los pajarillos. Mientras paseaba, levantaba el rostro al cielo plomizo y cerraba los ojos para sentir más profunda e intensamente la suave brisa de la mañana que le mecía los bucles negros y hacía danzar las hojas de aquellos árboles que las conservaban durante el invierno.

El señor Scratch había salido hacía ya su buena media hora; desconocía Georgiana adonde podría haber ido cuando no era aficionado a los paseos ni contaba con ningún conocido o relación social en Hylton, más allá de sus anfitriones y la propia familia Masterson. Tampoco le importunó demasiado tal asunto; lo importante era que, al menos, durante su ausencia, ella se vería libre de cualquier encuentro fortuito.

El hombre se limitó a solicitar un caballo al señor Somerton, todo lo cortésmente que su petulancia permitía, pero, cuando se le ofreció un hermoso semental negro, dijo no considerarlo apropiado. No explicó si la escasa idoneidad obedecía al animal o a sí mismo, por lo que le mostraron en su lugar un percherón veterano.

Resultaba irrisorio ver a un tipo tan alto y desgarbado, con semejante sombrero cilíndrico y un gabán que casi rasaba el suelo, sentado sobre un animal tan achaparrado. Pero lo cierto era que Arthur Scratch era un tipo más cercano al esperpento que a cualquier tipo de normalidad, y Georgiana podía atestiguarlo debido a los meses trascurridos desde que lo había conocido.

Afortunadamente y para alejar de su cabeza pensamientos tan poco gratos y personajes tan desaprovechables, sobre la hermosa acuarela verde se dibujó de pronto la silueta de un jinete avanzando por la vereda arbolada que conducía a Somerton Abbey.

Su aparición no dejó lugar a nada más. Y nada más fue necesario, puesto que el corazón de Georgiana empezó a cabriolar en la carcasa de su pecho ante el reconocimiento inmediato de cierto caballero a lomos de un negro corcel tan imponente como el que el señor Scratch había rechazado. Aparte de la violenta sacudida cardíaca, un estremecimiento que no fue capaz de apaciguar la sacudió de arriba abajo, vistiendo todo su cuerpo de piel de gallina.

Fue necesario, por cierto, enviar saliva para deshacer el apretado nudo que acababa de formarse en su garganta, pues la visión del caballero acercándose al galope, perfectamente ataviado con un redingote pardo sobre elegante frac azul oscuro –sin necesidad de elevados sombreros ni de caballos de bajo porte– y acomodado con gallardía en la silla, dominando con soltura y destreza al animal, lo retrataba como el protagonista perfecto de cualquier novela que se preciara de contar con su propio héroe

romántico. ¿O acaso el propio Lancelot luciría más apuesto a lomos de su corcel de lo que lo hacía ese mortal? Magnífico como el tercer caballero, solemne como Arturo... ¡Oh, quien pudiera ser Ginebra!

El jinete llegó a la altura de Georgiana. Refrenó la montura con un ligero siseo y un firme tirón. El animal cabeceó ante la muchacha con la majestuosidad implícita en una bestia tan formidable, pateando el suelo y levanto terrones con los cascos para mostrar impaciencia y brío.

Desmontó John de un salto y, antes de dejar el caballo a cargo de un servicial mozo que surgió de alguna parte, ofreció a la señorita una cuidada reverencia. Georgiana respondió con una cortesía similar, encendido el color y brillosas las pupilas.

—Señorita Masterson, ¡qué feliz coincidencia encontrarla en este entorno tan hermoso! —John miró en derredor, sinceramente fascinado por la belleza natural con la que Somerton Abbey recibía a los visitantes.

—Puedo decir lo mismo, caballero —respondió ella. También deslizó la mirada en derredor, consciente del hermoso escenario del que formaban parte—. Concuerdo: el entorno no podría resultar más hermoso ni menos inspirador.

John exhaló lento y profundo para, luego, continuar la charla, siempre con una sonrisa en los labios.

—¡Ah, la inspiración! —exclamó—. A menudo asoma en las lindes de los caminos y entre las copas de los árboles para sorprender a quienes pasean, buscándola o no. —Georgiana no pudo ocultar el embeleso que tales palabras produjeron en su alma al ser consciente, una vez más, de la sensibilidad que destilaba aquel hombre—. A usted le gusta pasear, por lo que veo...

—Espero que no sea una costumbre que desapruebe usted —comentó Georgiana, recordando que precisamente esa era una cuestión que el señor Scratch había censurado en ella. Pero no, John Brighton nada tenía que ver con Arthur Scratch; ¡de ninguno de los modos posibles!, La sonrisa que estiró los labios del caballero fue tan solo una de las muchísimas pruebas de ello.

—En absoluto, señorita —afirmó, mirándola de hito en hito—. Muy al contrario: consideraría incluso ofensivo disponer de un lugar como este y desperdiciar la posibilidad de aprovecharlo como se merece. Al fin y al cabo, ¿qué puede existir en el interior de cualquier residencia capaz de igualar semejante belleza natural?

Georgiana suspiró, complacida y entusiasmada.

—Nada, se lo aseguro —concordó.

—Aunque, en su defecto, los balcones resultan una opción igualmente válida para buscar deleite e inspiración.

Ante la traviesa sonrisa esbozada por el caballero, también a causa de la fijeza inamovible de su mirada, Georgiana se sonrojó en el acto, como si un potente rayo de sol se derramara sin anuncio ni clemencia sobre el delicado capullo que aguarda pacientemente una caricia del astro rey.

—Es posible que tenga usted razón —consiguió decir, asomando a los labios una tímida sonrisa que brilló aun más, si cabe, a causa de los rubores que la escoltaban—. Aunque le aseguro que los bailes pueden resultar también un pasatiempo entretenido y agradable. Y, de algún modo, igualmente inspirador.

John cabeceó despacio.

—¡Ah sí, recuerdo que mencionó haber bailado usted mucho aquella noche! Y recuerdo también que me recriminó precisamente por no haber bailado yo ni una sola vez…

Georgiana amplió la sonrisa. Un ligero sofoco le agitaba el pecho.

—Me limité a anoticiarlo de lo que se decía de usted en los corrillos; le recuerdo, además, que fue a petición suya.

—¡*Touché*! —concedió—. Lo cierto es que no he bailado mucho en los últimos tiempos. —Alzó la barbilla para simular un cómico estado de reflexión. Esa sentencia no tenía nada de errada: posiblemente, habían transcurrido mil años desde la última vez que recordaba haber bailado. Y, posiblemente, su pareja de baile hubiera sido por ese entonces la única mujer que había amado en toda su vida—. Pero en lo que a mi propia experiencia respecta, puedo garantizarle que, durante el baile de los Thompson, disfruté mucho más de mi estadía en el balcón que en el interior de la vivienda.

Consciente de que la joven inclinaba de pronto la mirada y de que sus deliciosos rubores se acrecentaban, John decidió variar el rumbo de la conversación por temor a incomodarla. No contaba con demasiada práctica a la hora de interactuar con señoritas de buena posición, con ninguna joven en general, por lo que le atemorizaba dar un paso en falso y ofender sin buscarlo.

—¿Conoce usted los alrededores? —El cambio de tema resultó tan obvio que Georgiana no pudo evitar levantar la mirada de golpe—. Yo apenas llevo unas semanas instalado y lo cierto es que, entre ponerme al día en todo lo referente a la propiedad y tratar de ubicarme, no he tenido ni tiempo para explorar.

Georgiana exhaló por la nariz, manteniendo los labios apretados en una sonrisa amable. Era consecuente con la certeza de que John Brighton se esforzaba por mostrarse cortés, sin ánimo alguno de incomodarla con las pequeñas alusiones que, por otro lado, sabía que albergaban la clara intencionalidad de ser comprendidas. También era perfectamente consecuente con la coyuntura de que a ella le fascinaba la persona de John Brighton en sí misma, que el simple hecho de poder volver a conversar después de

haberse conocido de forma fortuita, tras haberle dado cabida en sus pensamientos como nunca antes se la había dado a ningún otro, resultaba absolutamente maravilloso. Un sueño hecho realidad.

—Hay dos buenos amigos de Hylton con los que de vez en cuando salgo a explorar los alrededores —comentó, pensando en Marcia y en Rodrick Stuart. No quería sonar descarada ni tampoco mostrarse demasiado obvia o ansiosa, pero lo cierto era que no podía dejar pasar semejante oportunidad, mucho menos callarse lo que su corazón exigía que fuera expresado en voz alta—. Tal vez, a usted no le disgustara conocerlos, si le parece podría presentárselos; le aseguro que son personas de lo más agradable. —Se pausó un instante, dudosa de rematar la propuesta tal y como anhelaba—. Puede que incluso alguna vez baraje la posibilidad de acompañarnos en una de nuestras excursiones.

John la miró largamente y en silencio. La espera, aunque se extendió apenas unos segundos, supuso una tortuosa eternidad para Georgiana. ¿Qué tal si aquel caballero la tomaba por demasiado intrépida? ¿Qué si lo había ofendido con su osadía?

Anthony muchas veces le había recriminado su audacia y la desmedida pasión que concedía a cada instante de su existencia, incluso a los más insignificantes. Ella no era consciente de nada de eso. Las emociones brotaban de su alma como el agua de un surtidor o como el suave sirimiri del vientre algodonoso de las nubes. Pero el silencio de John Brighton… Tal vez el querido Anthony tuviera razón después de todo.

—Será un placer conocer a sus amigos, señorita Masterson. Por supuesto, acompañarlos también por el paraíso si es usted quien va a mostrármelo. —El violentado corazón femenino continuó cabriolando, esa vez impelido no por la duda o el temor, sino por las últimas palabras de John—. Y ahora creo que debería entrar a ver al señor Somerton —sentenció él con una sonrisa—. Me temo que el caballero se decepcionaría bastante si desatendiera nuestra entrevista.

Georgiana sonrió a su vez, tratando de calmar el tornado de emociones que se había desatado en su alma.

—Así es —concedió—. Ha deslumbrado usted al anciano señor de Somerton Abbey. —A esas alturas, estaba segura de que ya no tan solo a él—. Vamos, lo acompaño a la abadía.

* * *

Georgiana se mostraba desasosegada, distraída e inquieta. O al menos tal fue la certeza que atesoró Marcia cuando se encontró con su amiga esa misma tarde, aunque los nervios y la intranquilidad que reflejaba la señorita Masterson, también estuvo Marcia muy segura de ese punto, obedecían sin duda a la excitación y al entusiasmo, tan

difíciles ambos de contener y disimular en el caso de un alma apasionada y vehemente como la que poseía Georgiana, en lugar de a una preocupación nociva y fastidiosa, como la que solía acompañar la mención de alguien como el señor Scratch.

Nada había silenciado la joven respecto a sus emociones; no cabía en su naturaleza revelar su sentir a medias. Tampoco cabía en su entendimiento ocultar nada de todo eso ante un alma amiga en la que depositaba confianza plena. No hacía demasiado que se conocían, cierto era, pero en ese período de tiempo Marcia Spencer había alcanzado la merecida categoría de hermana y confidente. Aparte de su adorada cuñada Sophia, no podía imaginarse Georgiana a ninguna otra criatura en el mundo en la que depositar con idéntica seguridad afectos y confiabilidad.

Por eso, le relató el encuentro de esa mañana con el señor Brighton con todo lujo de detalles y sin tratar de sosegar el gran tornado de emociones que tal encuentro avivó en su ser; asunto que, sumado al informe previo de su primer encuentro en Somerton Abbey durante la cena de la noche anterior, dejó a Marcia bastante claros algunos conceptos.

No había sido explícita Georgiana, no había mencionado en ningún momento el término enamoramiento o flechazo, pero tampoco fue necesario.

Existe algo llamado experiencia que permite entender lo que las palabras callan. Precisamente, tal vez, a menudo lo que es silenciado se manifiesta con mayor viveza a través de la mirada y de las sonrisas nerviosas que asoman sin venir a cuento.

¿Cómo no entender esas emociones en Georgiana cuando la propia Marcia había transitado por emociones similares? ¿Cómo ignorar lo que la joven Masterson le refería con semejante arrebato cuando esa misma vehemencia –aunque contenida debido a la naturaleza calmosa de Marcia–, ese aleteo disparatado del corazón y esa mirada brillosa eran compartidas por la propia señorita Spencer cada vez que el nombre o la figura de Rodrick Stuart asomaban a su cabeza y ante sus pupilas?

Entendía todo eso y se sentía feliz por el hecho de que su mejor y más querida amiga alcanzara el conocimiento de un sentimiento tan bonito, de una inclinación tan devota y verdadera, en Hylton –¡en su Hylton!–, tomándola a ella por testigo directo de semejante entusiasmo.

¡Qué felicidad poder compartir ambas un sentir similar y a un mismo tiempo, pudiendo aconsejarse mutuamente para participar de la alegría y los anhelos de la otra! ¡Qué diferente habría sido si Georgiana experimentara dicha devoción en su Somerset natal, con el papel vitela como único medio en el que plasmar tanto sentimiento contenido! ¡Qué lejano y qué ingrato habría resultado compartir sensaciones en la distancia! ¡Por supuesto que ayudaría a Georgiana a vivir plenamente su entusiasmo y por eso sería un placer incluir a John Brighton en su grupo tanto como fuera posible!

El querido Rodrick, caballero afable y entusiasta por excelencia, haría sin duda buenas migas con el señor de Green Hall. Estaba convencida de que, a partir de entonces, se vendrían tiempos muy favorables para todos.

Esa misma tarde regresaba Georgiana de visitar a la querida Marcia en la hora lánguida y pensativa del atardecer, cuando una negra sombra –alargada y siniestra como suele serlo la sombra del ciprés– se deslizó a través de los parterres para obstaculizarle con absoluta rotundidad el avance hacia la casa.

De haber intuido su presencia en esa parte del jardín, habría dado un rodeo con tal de evitar el encuentro. Pero ninguna intuición tuvo lugar, ni siquiera lo escuchó moverse entre la vegetación, así que, cuando quiso darse cuenta, la figura enjuta y desgarbada de Arthur Scratch se interpuso ante ella, ocupando el estrecho sendero de grava con esa silueta encorvada.

—Creo que ha sucedido un malentendido entre nosotros, señorita Masterson. —Scratch principió a hablar con soltura, restando importancia al incidente acontecido días atrás, y semejante indiferencia por su parte no hizo más que disponer a Georgiana, todavía más de lo que ya lo estaba, en su contra—. La otra tarde malinterpretó usted mis intenciones.

Georgiana jadeó indignación. No le agradaba perder el tiempo, mucho menos concedérselo, a aquel hombre.

—Yo, sin embargo, considero que le he comprendido perfectamente, señor Scratch, y le aseguro que sus intenciones me resultan del todo indiferentes. —Endureció la mirada —. E indeseadas.

No esperaba Scratch semejante respuesta, en cambio sí algún asomo de sumisión, en especial después de haber dado él un paso al frente para tratar de solucionar el asunto.

—Es la inexperiencia la que sin duda habla a través de su boca. —Tomó una delicada margarita de un racimo cercano y la elevó ante sí para observarla con detenimiento. Durante el escrutinio su rostro evidenciaba severidad y censura—. No tiene ni la menor idea de lo difícil que puede resultar la vida ahí afuera, jovencita, lejos de la seguridad de los muros que la cobijan. —Giró la margarita entre los dedos—. Es usted demasiado joven, demasiado imprudente… —Sin previo aviso estrujó la flor hasta que los delicados pétalos se derramaron por el aire. Una sonrisa siniestra le asomó en los labios—. No sabe lo que le conviene.

Georgiana tragó en seco y se forzó a ignorar ese gesto claramente desafiante. No iba a dejarse amedrentar por un tipo como Arthur Scratch: él no podía hacerle nada. Con esa consigna en mente alzó la barbilla para encararlo.

—Es posible, pero sí sé perfectamente lo que no pretendo ni deseo —respondió, revelando seguridad en su tono—. Le ruego que se haga a un lado y me deje pasar.

Durante algunos segundos se sucedió una silenciosa batalla de voluntades en la que ni el abogado parecía dispuesto a moverse ni la joven a retirarse o claudicar. Al contrario: barbilla en alto y puños apretados a los costados, Georgiana sabía que no podía flaquear

delante de él. No en un momento como ese. Si se retrataba vulnerable e insegura tan solo conseguiría darle alas a ese sátiro. Debía mostrarse presta para enfrentarlo, si acaso el enfrentamiento iba a tener lugar, y pararle los pies como merecía.

—Tiene suerte de contar con la augusta sombra tras la que se escuda, pero le garantizo que en algún momento esa sombra bajará la guardia. —Se hizo a un lado, sonrisa pérfida en los labios, para cederle el paso.

Sin esperar ni un solo segundo, Georgiana lo rebasó, en realidad apretando el paso más de lo que hubiera deseado, con las manos en puños y la mirada nublada. Bullía por dentro, no solo a causa de la rabia y la indignación, sino por un miedo cerval, desconocido hasta entonces, que de pronto la invadió por entero.

Debía tener cuidado con Arthur Scratch, comprendió, porque, en cualquier momento, las intentonas de un viejo verde podían convertirse en un acoso molesto o en un ataque imprevisible.

Resultaba imperativo permanecer alerta.

CAPÍTULO 9

—Mis buenos amigos de Hylton: el señor Stuart y la señorita Spencer. —Georgiana presentó con amplia sonrisa a las dos queridas almas que se encontraban en esos momentos a su lado—. El señor Brighton, de Green Hall.

Los caballeros se saludaron con sendos movimientos de cabeza.

—Es un placer conocerlo al fin, señor Brighton. —Fue Rodrick quien, haciendo gala de su habitual carácter sociable y amistoso, dio un paso al frente para acoger con una dilatada sonrisa al forastero. Al fin y al cabo, los dos eran caballeros jóvenes y, por lo que Georgiana podía apreciar, en disposición ambos de un temperamento igual de extrovertido, ameno y agradable; era más que probable presagiar entre los dos una gran afinidad que, si los hados lo tenían a bien, podía más pronto que tarde dar paso a una amistad sincera.

Marcia ofreció también una cuidada reverencia, que John correspondió en el acto.

—Habíamos oído hablar tanto de usted —confesó la joven.

John, una vez recompuesto de la cortesía, asomó a los labios la habitual sonrisa ladeada.

—Sí, eso tengo entendido —respondió con una mirada cómplice a la señorita Masterson —. Al parecer, últimamente mi persona ha dado mucho que hacer en los corrillos de sobremesa. —Ambas jóvenes se miraron a un tiempo mientras replegaban los labios al interior de la boca para ocultar la sonrisa que afloró conjuntamente—. Espero que mi llegada no perturbara en demasía la paz de un lugar que se prevé tan idílico.

Fue Rodrick, por supuesto, quien respondió a la chanza.

—¡En absoluto! —exclamó divertido—. Y, aunque así fuera, le aseguro, señor Brighton, que, de vez en cuando, resulta de agradecer algún pequeño alboroto con el que entretener nuestras veladas. Todo remanso de paz precisa cada cierto tiempo de algún pequeño aliciente para no caer en un abominable hastío.

John cabeceó.

—Me alegra entonces haber sido de utilidad.

Georgiana inclinó la mirada y se esforzó por contener la sonrisa que, a esas alturas, prometía convertirse en el prólogo de una media carcajada.

—Yo personalmente me alegro de que decidiera usted abandonar su retiro para acompañarnos hoy —añadió Rodrick.

—Hace días me acusaron de ser un tanto asocial. —De nuevo, la mirada obsidiana se fijó en la señorita Masterson, que por entonces lucía unos rubores absolutamente deliciosos—. Asunto que no puedo negar, pues es bien cierto que mi naturaleza no me empuja a relacionarme de forma inmediata con quienes me rodean. Prefiero permanecer en un aparte y observar. —Georgiana lo miró con fijeza, atenta al significado de esas palabras—. Pero, después de meditarlo, consideré que tal vez no resultara tan desacertado tratar de enmendarme y socializar un poco más con mis vecinos, especialmente con aquellos que cuenten con el aliciente de ser buenos amigos de la señorita Masterson.

—¡Por descontado! Es sin duda la mejor decisión que podría tomar —apuntó el jovial Rodrick—. Siempre será usted bien recibido en nuestro pequeño grupo, y para nosotros será un gran honor ejercer de humildes cicerones.

Georgiana, encantada con el recibimiento que ya sabía le sería dispensado al señor Brighton, mucho más dichosa por apreciar que el caballero parecía encontrarse cómodo con esas dos personas, con Rodrick Stuart en particular, decidió participar en la conversación.

—¿Desea, entonces, sumarse a nuestro paseo de hoy? —preguntó ansiosa de que la respuesta fuera afirmativa—. Aunque el sol no nos acompañe, disponemos de un día estupendo para caminar.

—¡Prometemos mostrarle todas las bondades paisajísticas del condado! —Se animó Rodrick—. Aparte, por supuesto, de ponerlo al día en cuanto a eventos y rumorología a tener en cuenta.

—No esperaba menos, señor Stuart —respondió John, sinceramente divertido con el ofrecimiento. Varió una vez más la mirada hacia la señorita Masterson para responder en un tono ligeramente más grave y bajo—.En lo que se refiere a su pregunta, nada desearía más que acompañarlos en su paseo diario.

Georgiana fue consciente de las rosas que le arrebolaron las mejillas y, sonrisa en ristre, no se cuidó de revelar con su gesto lo ampliamente complacida que se sentía.

—Más adelante hay un sendero que acompaña en todo momento a un bullicioso riachuelo —anunció, tratando en vano de mostrarse serena—. Es un itinerario encantador: los pajarillos cantan, los juncos y las espadañas bordean el camino, le garantizo que se sentirá maravillado ante los preciosos escenarios que nos rodean.

John cabeceó, sonrisa en ristre y mirada brillante.

—No lo dudo, señorita Masterson, pues ya me siento en verdad maravillado.

Georgiana contuvo un jadeo ante el peso implícito de esas palabras que consiguieron agitarle las entrañas y sacudirle el conmovido corazón. Su mirada permanecía enlazada a la de obsidiana del caballero mientras la respiración se le entrecortaba a cada segundo. ¿Era posible desfallecer de dicha? Estaba convencida de que sí; más convencida todavía de que, efectivamente, podía desfallecer en cualquier instante.

No obstante, el tiempo concedido a la emoción fue breve, pues acto seguido Marcia y Rodrick alentaron el inicio inmediato de la expedición.

De ese modo, el grupo empezó a caminar hacia el sendero que anunció Georgiana y, como por arte o designio de los astros, enseguida, de forma espontánea, se formaron dos parejas.

Marcia y Rodrick encabezaban la comitiva mientras conversaban completamente abstraídos en su intercambio verbal, ajenos, por supuesto, al resto del mundo. De vez en cuando, sonaban risas a media voz que obligaban al resto a esbozar tímidas sonrisas de condescendencia. Demasiado a menudo, además, las cabezas de ese par se aproximaban para compartir confidencias. ¿No caminaban además demasiado juntos? ¿No era cierto que, a cada paso, los dedos de Rodrick parecían acariciar con sutileza los pliegues que formaba la falda de Marcia al costado, como si de esa forma pretendiera acariciar a la joven que lo acompañaba? ¿O acaso tan solo la naturaleza romántica de Georgiana observaba esos pequeños detalles que, tal vez, carecían de importancia y sentido para el resto de los mortales?

Unos cuantos pasos por detrás, la propia Georgiana caminaba al lado de John. Aunque, en su caso, ambos iniciaron el paseo en silencio y a una distancia perfectamente decorosa. Prefirieron, durante algunos minutos, deleitarse con la belleza natural del entorno, con el sonido de las aves y los aromas de un otoño que pronto expiraría. También, tal vez, disfrutaran del peso de sus propios pensamientos y de la consciencia de la cercanía del otro, tan evidente como ineludible.

Conforme avanzaban, sin embargo, las miradas fugaces que apenas se encontraban durante brevísimos segundos para rehuirse después, escoltadas por sonrisas tímidas y cabezas inclinadas, empezaron a sucederse con demasiada asiduidad. Fue entonces, debido a esa búsqueda nerviosa e insistente, cuando resultó necesario rasgar el velo de mutismo que los envolvía para dar lugar a una conversación y a un acercamiento real, lo que en verdad y secretamente ambos deseaban.

—¿Le agrada Hylton, señor Brighton? —Fue Georgiana la que dio el paso, pues no quería desperdiciar ni un minuto más del paseo, imbuidos ambos en un silencio tan contemplativo. Quería saber tantas cosas de John Brighton que, de no resultar del todo inapropiado, empezaría a lanzar preguntas a diestra y siniestra, de modo que no se detendría hasta la puesta de sol.

—Me gusta mucho, sí —respondió el caballero—. Debo reconocer que este modesto pueblito ha conseguido enamorarme en pocos días.

Un rubor repentino escarchó en las mejillas de la joven, que ya se mostraban sensibles

ante la constante intermitencia de coloración, al escuchar el término empleado por el caballero.

Enamorado: ¡qué hermosa quimera resultaba imaginar o saber a ciencia cierta a John Brighton enamorado!

—Si bien es cierto que no conocía ningún condado tan al sur, me siento profundamente agradecido de que Hylton sea el primero.

Georgiana parpadeó ante aquel apunte inesperado.

—¿No conocía usted Hylton? —preguntó, extrañada —. Creí que, al ser usted el heredero de Green Hall, ya habría visitado el condado en otras ocasiones.

John se tornó serio de golpe. Georgiana fue consciente del brusco cambio en su expresión; de inmediato, la pose del caballero adquirió además una rigidez forzada y, por un instante, ella caviló acerca de qué había hecho mal para propiciar semejante alteración. Transcurrieron algunos segundos en silencio, y al menos una docena de pasos más, antes de que la conversación se reanudara.

—Oh, pero no, no es así. —La voz de John sonó baja y ligeramente sombría, algo extraño en quien se había mostrado hasta el momento siempre alegre y elocuente. ¿Acaso no acababa de mostrar también una profunda arruga en su ceño, de pronto oscuro y ausente? ¿Acaso su voz no encerraba un extraño eco melancólico?—. Lo cierto es que no conocí a la señora Aston. —Meneó la cabeza en negación, abstraído en cualesquiera que fueran sus pensamientos.

Aunque en su interior crecía una imparable curiosidad, comprendió Georgiana que el caballero no deseaba continuar hablando, por lo que se abstuvo de seguir indagando. No obstante, en su sesera quedó incrustada la espinita de la duda y la incomprensión. Si no existía ningún tipo de relación entre la anciana Aston y él, ¿cómo había acabado siendo el heredero de su magnífica propiedad? ¿No poseía la dama otro pariente más inmediato en trato y relación al que nombrar heredero?

—¿Y a usted, le agrada Hylton? —El repentino cambio de rumbo estorbó sus pensamientos tomando por sorpresa a Georgiana, quien no pudo evitar dar un respingo. Sin embargo, se recompuso rápido y, sonrisa en ristre, respondió de inmediato.

—¡Me encanta! —La expresión de felicidad que le acarició el rostro así lo confirmó—. Hace relativamente poco que descubrí este lugar maravilloso, pues mi cuñada, la señora Masterson, nació en la abadía. ¡Adoro Somerton Abbey, es un lugar completamente mágico! Cada piedra, cada liquen, cada ramificación de hiedra que cubre la fachada parece encerrar una leyenda… —Suspiró, consciente de que su naturaleza soñadora empezaba a adueñarse con inmoderación de sus sentidos—. Siempre es un honor poder regresar, y esta vez los Somerton han sido sumamente amables al invitarnos a acompañarlos hasta la primavera.

John cabeceó, pensativo, mientras su mirada permanecía fija en la puntera de los *hessian*. Por algún motivo, de pronto, el invierno se le antojó demasiado corto.

—Me siento en deuda con ellos, entonces, pues gracias a dicha invitación he podido conocerla a usted —dijo muy serio.

Georgiana no respondió nada: se limitó a boquear y a prender la mirada en las negras pupilas que la observaban con idéntica fijeza. Llegados a ese punto, el paseo por parte de la joven se sosegó, pues la coordinación entre el cerebro –que, por fuerza, debía asimilar las palabras de John– y las extremidades inferiores no estaba resultando del todo eficaz.

Regresó la mirada al camino y continuó paseando sin pronunciar palabra. ¿Qué podía decir, cuando el corazón bramaba en las profundidades de su pecho como el mar del norte al estrellarse contra los oscuros y gigantescos acantilados?

—A usted y a sus amigos, por supuesto —añadió John, siempre atento a las reacciones de la joven y temeroso de incomodarla.

Georgiana liberó un suspiro lento y prolongado, que en realidad supuso un acto reflejo ante la respiración que, sin darse cuenta, llevaba demasiados segundos conteniendo.

—Me alegra que resulten de su agrado —admitió—. Estoy segura de que también usted les ha caído bien.

—¿A pesar de mi fama de asocial?

Georgiana inclinó la cabeza hacia atrás para exhalar una sonrisa.

—No creo que sea usted tan intratable como pretende. —Mientras caminaban, Georgiana se entretenía enredando las arrugas que formaban los guantes alrededor de los dedos, una forma como otra cualquiera de tratar de serenarse—. Tal vez, como dijo antes, tan solo prefiere mantenerse en un aparte y observar.

John fingió sentirse moderadamente escandalizado y paró en seco.

—¿Osará usted acaso contradecir lo que se dice de mí en los corrillos?

Georgiana se detuvo a su lado, sorprendida por el inesperado freno a la caminata, y esa vez su sonrisa se amplió para reflejar un gesto sincero y natural.

John observó esa expresión con largueza: la risa que cascabeleaba en el aire con una gracia divina, la dentadura perfecta, blanca y casi pueril que no buscaba esconderse detrás de un abanico o unas manos enguantadas. Se sintió francamente embelesado. No era la primera vez que esa joven atrapaba su atención al comportarse de forma espontánea, lejos de la fría vanidad o la estudiada compostura que mostrarían de forma habitual otras jóvenes de su condición.

La primera vez fue en aquel balcón, cuando se dirigió a él, un perfecto desconocido, con desenvoltura e ingenio, sin fingimientos, sin adulaciones.

En esos momentos, caminando a su lado por esa parte del bosque tan hermosa y placentera, después de haberle presentado a sus amigos e incluirlo en su grupo, lo deslumbró simplemente por ser Georgiana Masterson.

—Una vez le dije que solo concedo fiabilidad a los rumores cuando quedan ampliamente confirmados —recordó ella su primera conversación en el balcón de los Thompson—. Cada vez me siento más convencida de que es usted un caballero agradable que tan solo necesita conocer a su interlocutor para sentirse cómodo y en confianza.

John permaneció mirándola a los ojos algunos segundos, perfectamente serio, mientras analizaba las palabras de la joven y la dulzura de la lavanda le traspasaba las fosas nasales.

Al verse reflejado en esas pupilas de jade, sintió que la joven era algo así como un lago calmoso al que arribar después de la tempestad; sintió que Georgiana Masterson no era de las que juzgaban a las personas y mucho menos de las que distinguían al resto de la humanidad basándose en una jerarquía clasista e injusta fundamentada en la economía o en una moralidad a menudo cuestionable. Sintió que ella era capaz de ver en su interior, quizás a través de los propios ojos, como aquel que mira a través de una ventana.

—Agradezco entonces que me haya concedido el honor de conocerla, señorita Masterson —señaló, manteniéndose serio.

—Será un placer ayudarlo a sentirse en confianza entre nosotros, señor Brighton.

Se miraron largamente en silencio durante algunos segundos más hasta que la voz alegre y sonora de Rodrick Stuart llegó hasta ellos, lo que hizo estallar de golpe la burbuja idílica que acababa de formarse en torno a los dos.

—Me permito interrumpir la conversación con el fin de extenderle una invitación, señor Brighton —propuso risueño, escoltado por una Marcia que compartía también su alegría y su exaltación. —John lo miró extrañado—. Me gustaría que aceptara cenar mañana en Stuart Lodge para así presentarle a mi hermano y a su esposa. —Dirigió entonces la mirada a las dos jóvenes que atestiguaban la escena—. Por supuesto, sería un honor que la señorita Spencer y la señorita Masterson aceptaran también.

* * *

—Deberías hablar con tu hermano.

Georgiana, que sostenía las manos de Marcia entre las propias, suspiró mientras desviaba la mirada hasta el suelo trebolado. La habían acompañado hasta las puertas de la abadía y, tras dejarla a buen recaudo, los dos caballeros escoltarían también galantemente a Marcia hasta su casa. Ambos jóvenes permanecían entonces un tanto retirados, concediendo intimidad a las amigas, mientras ellos mismos conversaban acerca de otros asuntos.

—No te preocupes, puedo lidiar con él.

Marcia puso los ojos en blanco.

—¡Pero es completamente inadmisible! —exclamó Marcia, forzándose a mantener un tono de confidencia—. ¡Y repulsivo! Lo que sucedió en el jardín fue un acto ruin y cobarde —jadeó indignada—: ¡Avasallar tu espacio de esa forma, tomarte la mano en contra de tu voluntad! ¿Qué será lo próximo? ¿Tratar de besarte a hurtadillas?

Georgiana compuso un estrafalario gesto de repulsa apenas durante un breve instante, el mínimo que se dispuso a concederle en su cabeza a aquella imagen terrible.

Acto seguido, apretó afectuosamente las manos enguantadas de su amiga antes de esbozar una sonrisa que pretendía tranquilizarla y alejar de su propia mente la escena tan horripilante que Marcia acababa de insinuar.

—Solo tendré que tolerarlo mientras permanezcamos en Somerton Abbey —explicó—. Si al regresar a Ventus Magna continúa con su porfía, hablaré con Anthony, te lo prometo.

Marcia frunció el ceño, insatisfecha, como el niño al que tratan de convencer con una promesa a largo plazo.

—Espero que así sea, amiga, pues, de lo contrario, seré yo quien hable con el señor Masterson.

Sonrisa en los labios, Georgiana tiró de Marcia para atraerla hacia ella y estamparle un beso en la mejilla.

* * *

Tal y como venía aconteciendo en los últimos días, Arthur Scratch acababa de regresar de visitar a la dama de Hylton –su más reciente y en verdad único pasatiempo–, aunque, por el momento, la mujer no había sucumbido a sus intentos de aproximación. Unos cuantos paseos por el jardín, varias sobremesas de té, por cierto que lo suficiente aburridas, limitándose tan solo a permanecer sentados ambos en el mismo chaise longe, y poco más.

La mujer tan solo le había permitido acariciarle el antebrazo una sola vez. Eso, únicamente, después de haberle informado, previa inquisición, acerca de la salud de la señora Somerton, por todos sabido que en avanzado estado de gestación, y de la disposición de su esposo, el señor William Somerton, al respecto. Le interesaba saber especialmente si parecían bien avenidos y si el señor Somerton se mostraba contento ante la inminente llegada del retoño.

También mostró la mujer cierta curiosidad acerca del matrimonio formado por los Masterson y por la persona de Anthony Masterson en particular. Aunque Scratch compartió algunos detalles sin relevancia, ella le negó la licencia de mordisquearle el lóbulo de la oreja, tal y como él pretendía en esa ocasión. No había prisa. Le concedería ataviarse con la absurda capa de vanidad y resistencia con la que, al parecer, se esforzaba por cubrirse, aunque él, como perro viejo en las lides de la vida y conocedor del sexo bello, sabía que tan solo se trataba de una fingida armadura, una máscara con la que simular una entereza y una dignidad de la que sabía que la mujer carecía. Ya sucumbiría.

Por lo que había podido apreciar después de algunos días de visitas continuadas, la mujer no contaba con muchos pretendientes, más allá de un par de hombres que, a juzgar por su celo y por su delator nerviosismo a la hora de desvanecerse por una discreta puerta trasera, debían de pertenecer al grupo de casados infieles.

Su estancia en la abadía se extendería hasta la primavera por lo que, mientras Georgiana Masterson no cediera a su empeño, sería entretenido continuar camelando a la dama que, por coyunturas de la vida y el infortunio, al parecer se había convertido en una paria de su sociedad.

No le importaban en absoluto las circunstancias de ella, tampoco despertaba en él ningún tipo de compasión o curiosidad. Su única mira con respecto a la beldad rubia de ojos claros pasaba por seducirla para convertir su permanencia en ese aburrido pueblo en una situación, cuando menos, aceptable.

Mientras se disponía a asearse para la hora de la cena, Scratch descubrió, al deslizarse ante la ventana de su alcoba, el bullicioso grupo que cruzaba el atrio en dirección a la abadía. Oculto tras los visillos, escudriñó en la distancia para apreciar mejor la comitiva. Distinguió a un caballero joven, acompañante de cierta muchacha del pueblo que había conocido con anterioridad y que, al parecer, era la mejor amiga de Georgiana. Spencer, creía recordar. Una muchacha de procedencia humilde que en modo alguno habría llamado su atención, mucho menos encontrándose al lado de la señorita Masterson.

A juzgar tanto por la cercanía de la pareja como por las miradas y sonrisas que intercambiaban, comprendió enseguida que debía de existir algún tipo de compromiso previo entre los dos o, al menos, la clara intención de que lo hubiera. Entonces descubrió a la segunda pareja y su semblante se ensombreció. Georgiana Masterson caminaba al lado de otro caballero joven y bien vestido al que identificó como el terrateniente al que había conocido días atrás en la propia abadía. Para entonces y a lo largo de la velada, no le concedió importancia alguna a su presencia. Le semejó otro

bobo petimetre con ínfulas de ser considerado en sociedad, su nombre no le decía cosa alguna y su fisonomía no tenía nada de particular, más allá de la juventud y el atractivo de cualquier caballerete con buena estrella en la vida. No obstante, en aquel momento, al observar la forma en la que él miraba a Georgiana, tras descubrir los sonrojos de ella y las sonrisas que no se ocultaban, temió que ese tipo, el tal Brighton, llegara a convertirse en un obstáculo en su camino a la culminación de sus deseos. Debía andarse con ojo y no perderlo de vista. No iba a consentir, después de tantos meses de espera, que el primer arrogante snob que se cruzara en su camino levantara la liebre que él llevaba tiempo acechando.

CAPÍTULO 10

Frederick Stuart y su esposa se mostraron sumamente complacidos de conocer al señor Brighton.

Si bien el caballero ya se había ganado en Hylton cierta fama de asocial –en algunos círculos directamente vinculada a grandes dosis de arrogancia y antipatía, perfectamente atribuibles a un heredero reciente–, no eran necesarios más que unos cuantos minutos de tratarlo para comprender de inmediato que John Brighton podía adolecer de ciertas imperfecciones, pero en absoluto de vanidad, soberbia o antipatía.

Le agradó a Georgiana por demás comprobar el afecto y buen trato que los Stuart dispensaron a Marcia en particular, y ese descubrimiento le conmovió sinceramente el corazón, pues daba a entender que su amiga sería bien recibida en el seno familiar en el anhelado caso de que Rodrick y ella se comprometieran al fin. Veía, sin duda, a Rodrick bastante animado en ese aspecto.

Acostumbraba a unirse a ambas jóvenes durante sus paseos por el campo y resultaba más que obvio el hecho de que Marcia no le era indiferente. ¡Qué felicidad que su adorada amiga fuera correspondida al fin, que todos aquellos meses de espera y amor paciente y devoto hacia Rodrick, aun a sabiendas de que él se había dedicado a cortejar a otra señorita con anterioridad, obtenían su recompensa! ¡Ojalá todo se resolviera antes de su partida de Somerton Abbey, para poder así asistir a un esperado matrimonio en Hylton!

Después de cenar, todos se reunieron en el salón de Stuart Lodge con el fin de realizar una placentera sobremesa. La señora Stuart se sentó ante el piano para deleitar a los presentes con un agradable repertorio mientras en la estancia se fueron formando grupos en base al interés y las afinidades de cada cual.

Frederick Stuart acompañó a su esposa, de pie a un costado del instrumento, en tanto degustaba tranquilamente una copa de brandy y se dedicaba a pasar las hojas de las partituras. Durante todo ese tiempo no se olvidó ni por un segundo de contemplarla con orgullo, devoción y embeleso. Era obvio, observó Georgiana en su faceta de espectadora dedicada y minuciosa, que los dos formaban un matrimonio muy bien avenido. Al parecer, Frederick era el mejor amigo de William Somerton y ambos se habían desposado el mismo día. Resultó inevitable que las mejillas de la joven se incendiaran de golpe ante el giro comparativo que tal pensamiento obró de pronto en su cabeza.

De forma automática, miró hacia el extremo opuesto de la sala, donde el señor Brighton permanecía apoyado con informalidad mientras observaba también a la feliz pareja. Esa visión no ayudó a aliviar los rubores que la abrasaban, por lo que apartó la mirada con rapidez para refugiarla en las figuras de Marcia y Rodrick, que ocupaban el sillón frente al suyo.

Ambos conversaban *sottovoce*, y los colores que encendían las mejillas de su amiga, amén del brillo delator que distinguió en sus pupilas, revelaban sin duda la calidez de sus sentimientos. También Rodrick, ligeramente ladeado hacia ella para mostrarle una atención completa, se revelaba tan cristalino como las aguas de un lago en un día despejado.

—¿Me permite sentarme a su lado?

La pregunta la apartó de golpe de su contemplación para traerla a la realidad, al salón de los Stuart, donde John Brighton, de pie frente a ella con las manos recogidas a la espalda, la miraba con la habitual sonrisa pincelada en los labios mientras esperaba una respuesta.

Georgiana, cuyas manos permanecían reunidas sobre el halda como dos palomas cobijadas sobre un manto verde, se obligó a recomponerse de inmediato. Jadeó, parpadeó en busca de despeje y, enarbolando su mejor sonrisa, balbuceó:

—¡Por supuesto, señor!

¿En qué momento el señor Brighton había cruzado la sala sin que ella se hubiera dado cuenta? ¿Y en qué momento los rubores habían encendido con tal porfía su rostro, mostrándola, seguramente, como una amapola bajo el sol?

El caballero se sentó a su lado, cuidando de no invadir el espacio personal de la dama, pero lo suficientemente cerca para que Georgiana considerara, por un momento, que se encontraban los dos solos sobre la faz de la tierra, ocupando ese pequeño sillón que de pronto se había convertido en un encantador paraíso flotante sobre un océano de eternidad.

Un penetrante aroma masculino, mezcla tal vez de madera, cuero y sándalo, invadió sus fosas nasales en potente oleada y le provocó al tiempo un feroz sacudimiento en las entrañas. Se removió inquieta en el asiento, entrelazando con mayor empeño los dedos sobre el regazo, seguramente con el mismo encogimiento con el que debían de apretarse sus tripas, mientras se esforzaba por mantenerse serena y acompasar la respiración. Misión imposible, puesto que el corazón golpeaba con ferocidad en su pecho y la mirada volaba con delatora persistencia a la persona que permanecía a su lado.

Él.

John Brighton.

—Son gente estupenda, los Stuart.

Georgiana miró primero a John, sorprendida por el repentino apunte; después, de inmediato, deslizó la mirada hasta la pareja que se encontraba más cerca, Marcia y Rodrick, para finalmente aposentarla en el matrimonio del piano. Una sonrisa de concesión afloró a sus labios.

—Rodrick es un caballero muy agradable —otorgó a media voz—; estoy segura de que encontrará en él a un amigo leal, simpático y entretenido.

John cabeceó y continuó en tono confidente, seguramente en un intento de no perturbar la conversación de la otra pareja o la música que amenizaba la velada.

—Efectivamente, he comprobado que poseemos caracteres muy afines y que su temperamento es muy similar al mío.

Georgiana asintió. También ella se había percatado de eso, asunto que la hacía tremendamente feliz. Ambos caballeros congeniarían a la perfección.

—Encontrará también en el hermano mayor a un hombre juicioso y agradable —informó, sin apartar la mirada del citado—. Puedo decirle que es, además, un buen amigo del señor Somerton, lo cual supone una inequívoca señal de confiabilidad.

John ladeó la cabeza a modo de concesión y continuó sottovoce, inclinándose hacia la joven para favorecer la confidencia.

—Lo cierto es que no podría albergar una mejor impresión de los Somerton, me parecen una familia encantadora e intachable. Han sido sumamente generosos al recibirme en su hogar, junto a sus invitados. —La mirada de John se prendió en Georgiana, brillosa, insondable, penetrante—. Tanto su hermano como su cuñada se han ganado mis respetos y mi admiración de un modo absoluto.

Ella estiró los labios en una sonrisa agradecida, sinceramente emocionada por esas palabras. Notaba el pulsar del corazón en la garganta y sentía el estómago acuciado por los nervios. De no ser por las pupilas obsidiana que parecían sostenerla en el filo del mundo, estaba segura de que se habría indispuesto allí mismo.

—Agradezco sus palabras, señor Brighton, en nombre de los Somerton y de mi familia.

O tal vez fuera precisamente la penetrante mirada obsidiana, por completo inamovible, la que fuera a provocarle la indisposición.

—Gracias a usted por incluirme en su círculo de afectos, señorita Masterson, es un gesto que no olvidaré jamás.

La joven aspiró una ingente bocanada de oxígeno sin apenas separar los labios. Su pecho se elevó debido a la forzada inspiración, y así permaneció unos segundos, el tiempo que la señorita retuvo ese oxígeno en su interior, para liberarlo muy lentamente después a través de una trémula sonrisa. La mirada continuaba prendida en las hipnóticas pupilas del color de la brea.

—No debe agradecerme, es usted un recién llegado, lo natural es que lo ayuden a integrarse en el vecindario. —Se humedeció los labios, de pronto demasiado secos—. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—Pero no lo ha hecho cualquiera, sino usted. Gracias, señorita Masterson…

De pronto, John movió la mano para tomar la pequeña mano enguantada, sujetándola apenas por la punta de los dedos con la delicadeza con la que hubiera podido tomar un pajarillo del resguardo de su nido; de ese modo, se la llevó muy despacio a los labios y besó con sutileza el dorso de tela.

Sostuvo John en todo momento la mirada de la joven mientras un cálido sentimiento se derramaba a través de sus labios. A pesar del liviano obstáculo de seda que los separaba, fue Georgiana perfectamente consciente del delicado roce, hasta el punto de sentir un calambrazo que recorrió su brazo y le agitó las entrañas. De inmediato, se llevó la mano contraria al escote en un ademán que, tal vez, pretendiera aliviar el feroz golpeteo del corazón.

En vano.

Devolvió John la mano a Georgiana, quien no se apresuró en reunirla con su gemela, tal era el embeleso que la mantenía pendiente de esa mirada y de ese hermoso rostro sonriente.

Y de nada más.

¿O acaso existía algo más en el mundo aparte de ellos dos, de los labios que acababan de rozar la mano enfundada en seda y de las miradas que permanecían todavía enlazadas, como dos jirones de bruma al amanecer?

Nada existía y nada importaba; podía el mundo detenerse en aquel mismo instante que el corazón de Georgiana no se percataría de ello.

No obstante, algún destello de cordura debió cruzar segundos después y de forma simultánea la mente de los dos, arrancándolos de su idílica burbuja sensorial para devolverlos al minuto y al lugar imperante, pues ambos deslizaron la mirada a un tiempo por la sala para reparar, como si fuera por vez primera, en las cuatro almas que se encontraban allí presentes.

John se cuadró en el sofá, mientras Georgiana inclinaba ligeramente la mirada para depositarla en sus manos, ya agrupadas con prudencia sobre el regazo. Por fortuna, ninguno de los allí reunidos parecía haber reparado en nada de lo sucedido en ese discreto ángulo de la estancia.

—¿Irán a pasear mañana? —preguntó John, manteniendo el mismo tono que minutos antes.

—Supongo que sí. —Georgiana aspiró una pequeña bocanada y alzó la mirada para devolverla al lugar más hermoso y fascinante del mundo: esos dos pozos insondables —. ¿Desea acompañarnos?

—Será un placer, señorita Masterson. —John sonrió con ligereza.

Los dulces acordes de piano cesaron en ese mismo instante, y cesaron también las distintas conversaciones que flotaban en la atmósfera. Georgiana comprendió que la señora Stuart, sin ser consciente y sin haberlo pretendido, acababa de ornar la hermosa escena acontecida entre los dos con una maravillosa banda sonora.

Esa noche y, sin el menor lugar a dudas, John Brighton volvería a ocupar sus horas de vigilia.

CAPÍTULO 11

—Me gustaría invitar a la señorita Masterson a dar un paseo por el jardín; gozamos de una temperatura muy agradable a estas alturas de la estación y sería un placer aprovecharla en su compañía.

Sophia desvió con rapidez la mirada hacia su cuñada para, tal y como supuso, descubrir en su rostro una viva expresión de horror. De inmediato, se compadeció de la pobre niña. ¡Oh! ¿Nadie más podía percibirlo? ¿Ni siquiera el propio Scratch se daba por aludido? En respuesta, Georgiana boqueó como pez arrojado fuera del agua, encendido el color. No obstante, era la indignación la que importunaba sus mejillas, en lugar de otro sentimiento más cálido.

—Muy amable de su parte, señor. —Habló, de manera tan educada como requería la situación en presencia de terceros, pero lo suficientemente seca como para que aquel hombre comprendiera, de una buena vez, su negación—. Pero me temo que he adquirido un compromiso previo con unos amigos.

Sin esperar respuesta se levantó como impulsada por invisible resorte, dispuesta a poner tierra de por medio. Si pudiera, erigiría un continente entero.

Arthur Scratch siguió con la mirada la figura de Georgiana mientras abandonaba el comedor tras despedirse de su hermano y de su cuñada con sendos besos en la mejilla, aunque de él mismo con una fría, breve y forzada inclinación de cabeza.

Habían almorzado los cuatro solos, pues el anciano matrimonio no acostumbraba a acompañar a los jóvenes, incapaces de equiparar su energía, y los Somerton llevaban una hora recluidos en el dormitorio con el doctor, que había acudido a visitar a la señora en la recta final de su embarazo. La dama, al parecer, se encontraba ya bastante agotada físicamente y rara vez se la veía en las estancias comunes, salvo para permanecer sentada en una cómoda butaca frente al fuego, con la presencia de su esposo siempre al lado, quien se retrataba de ese modo como un marido sumiso y ridículamente devoto.

Cuando la grácil silueta de la señorita Masterson desapareció bajo el umbral, Scratch se limpió los labios con displicencia para abandonar después la servilleta sobre la mesa, al lado de su servicio, evidenciando con un gesto un inapropiado desdén.

Estaba molesto. ¿A qué negarlo? Frustrado y enojado a partes iguales. ¡Furioso! Un notable ceño sombreaba su mirada, todavía fija en el umbral despejado, mientras los labios formaban una apretada y fina línea transversal, ya ni siquiera rosada. La sangre le había abandonado el cuerpo y, en su lugar, ingentes lenguas de fuego parecían quemarlo por dentro, mientras avanzaban bajo la piel hasta enervarlo por completo.

Sentía la partida de la joven como una suerte de revés a sus deseos, como un notable inconveniente y otra pequeña batalla perdida en la guerra que libraba en secreto desde hacía meses. El pajarillo había huido de la jaula que él se esforzaba por erigir a su alrededor; huía cuando le era posible, lo que sucedía cada vez más a menudo, imperdonablemente a menudo, sin que su hermano y tutor hiciera nada por remediarlo. ¡Dichosa niña consentida!

El asunto se le escapaba de las manos, pero no podía ni estaba dispuesto a permitirlo. Sabía perfectamente adónde se dirigía la señorita Masterson. De hecho, había sorprendido la pequeña comitiva en varias ocasiones –demasiadas– en los últimos días y, desde la distancia, cuando él mismo regresaba de sus ya habituales visitas al hogar de cierta dama. Cada vez que sorprendía al grupito desde lejos, se le revolvía el estómago y la bilis le quemaba el gaznate. No era estúpido, de modo que notaba una clara atracción entre la muchacha y el joven… Brighton, creía recordar.

Él la observaba con descarado deleite mientras ella lo miraba con arrobo, con una sonrisa en los labios y las mejillas encendidas. Formaban una patética pareja de tortolitos, muy similar a la otra pareja que normalmente los precedía en los paseos. Debía andarse con ojo, pues el pequeño petimetre parecía muy dispuesto a llevarse consigo a la bella flor. Desde luego, no había perdido el tiempo en adulaciones gratuitas a Anthony Masterson, ni soportado las solapadas pullas de su esposa, para verse ahora en la necesidad de marcharse con las manos vacías. Se llevaría a la perita dulce junto a su fabulosa dote, y no estaba dispuesto a renunciar a nada por culpa de un ridículo pisaverde bien peinado y bien vestido. Estirando los labios en fingida sonrisa se dirigió a Anthony Masterson, que degustaba lentamente su hojaldre de miel.

—Si me permite un pequeño apunte, señor Masterson, dispensado desde el absoluto respeto y la confianza que usted y su familia depositaron en mí durante los últimos meses me gustaría advertirle de los peligros que el ámbito rural, a menudo carente de reglas, demasiado laxo en lo que a moral y costumbres se refiere, puede albergar para un alma inexperta y fácilmente maleable. —Sophia no pudo evitar alzar la mirada, y con ella una ceja en claro viso de suspicacia.

Anthony, al igual que su esposa, reveló también un gesto de perplejidad al centrar su atención en el caballero.

—No entiendo a qué se refiere, Scratch, si tiene a bien ilustrarme…

Scratch encajó la mandíbula hasta que todos los molares restallaron bajo la feroz prensa.

—Comprendo que nos encontramos muy lejos de la buena sociedad y de sus acertadas normas en lo referente a integridad y virtud…

Sophia depositó de forma ruidosa los cubiertos sobre la mesa.

—Tan lejos como podíamos encontrarnos en Ventus Magna, señor Scratch —intervino la dama, indignada e incapaz de apaciguarse ante los velados apuntes despectivos de ese hombre.

Scratch tragó seco. Se tomó un segundo para exhalar lento y profundo por la nariz. En realidad, luchaba por serenarse y no hacer callar a esa arpía, tal y como le hubiera gustado. ¿Cómo osaba inmiscuirse en una conversación que le era ajena y que incumbía únicamente a caballeros? Fijó la mirada con porfía sobre el mantel y de nuevo envió saliva con rudeza. Sophia Masterson siempre había hecho gala de una independencia de carácter y de una viveza muy poco deseables en una mujer, que, desde luego, se tornaban en absoluto ventajosas a la hora de formar el carácter de la joven cuñada.

—Ventus Magna es una propiedad gloriosa ubicada en el corazón de Somerset, en verdad no puedo atribuir falla alguna en la moral de su sociedad —argumentó dirigiéndose al caballero e ignorando de forma pretendida a la señora Masterson—. No obstante, he observado una cierta laxitud en este condado sureño que me llama a la preocupación.

Anthony, ceja todavía en alto, suspiró.

—Me temo que sigo sin comprenderle, Scratch. ¿No le agrada Hylton? ¿Encuentra alguna tara entre los muros de Somerton Abbey?

Nuevamente Scratch exhaló por la nariz.

—Me preocupan las recientes amistades de la señorita Masterson —dijo sin preámbulos.

Sophia resopló por lo bajo, pero decidió continuar degustando el postre con el fin de obligarse a permanecer al margen y no intervenir de nuevo, pues temía ser incapaz de contenerse y resultar desagradable si manifestaba lo que en verdad pensaba de Arthur Scratch y de sus apreciaciones, también de su marcado clasismo y su desprecio a la vida rural. Sin embargo, no dejó de observarlo con recelo. Era demasiado lista como para no atisbar, a través del velo de fingida preocupación que él pretendía inculcar a sus palabras, otro oscuro interés. Tan solo esperaba que su querido Anthony pudiera apreciarlo también y no se dejara engañar. Arthur Scratch nunca le había dado buena espina. Por más que lo hubieran hablado ya en múltiples ocasiones, no comprendía por qué Anthony le concedía ciertas inadmisibles licencias a ese hombre ni cómo le brindaba una amistad y una confianza de la que, estaba segura, no podía en modo alguno ser merecedor.

—Conozco al joven Rodrick Stuart desde hace tiempo —respondió Anthony—. Su hermano es un afecto incondicional del señor Somerton, y solo por ello, cualquier miembro de esa familia se merece mi respeto y amistad.

Sophia no pudo evitar esbozar una sonrisa orgullosa mientras continuaba masticando su hojaldre. Ojalá Anthony le callara la boca a ese vanidoso de una buena vez.

—La señorita Spencer —continuó Anthony— es una amiga muy querida de Georgiana. Hace tiempo que ambas se profesan una amistad sincera de la que no albergo dudas ni tampoco quejas.

Scratch se cuadró en su asiento, contrariado. Iba a resultar más difícil de lo esperado.

—Es posible que esté en lo cierto, señor Masterson…

—Y en lo que se refiere al señor Brighton… —Anthony se pausó un segundo, a la espera de la reacción de su interlocutor—. Se trata de un joven caballero recién llegado al condado del que poco se sabe todavía. No quisiera ser yo el primer prejuicioso dispuesto a juzgarlo sin conocer la existencia de ningún delito previo.

Encontró Scratch una pequeña grieta por la que quizás pudiera asomar algún resquicio de desconfianza, tal y como pretendía.

—No es mi intención poner en duda su buen criterio, señor Masterson, pues nunca lo he hecho ni usted me ha orillado a ello —lo aduló, porque en su magín albergaba la idea de que la adulación siempre era una buena vía para acercarse a las altas esferas—. No obstante, me permito recordarle que quien de lejos viene miente como quiere y lo cierto es que he escuchado algunos rumores en el pueblo de los que no le gustaría ser conocedor. —Por supuesto nada de eso era cierto, pero el caballero no tenía forma alguna de saberlo y nunca estaba de más sembrar la semilla de la desconfianza en terreno fértil.

Anthony lo miró largamente. En verdad Arthur Scratch llevaba ya algunas semanas visitando el pueblo con cierta asiduidad, desconocía a quien podía visitar cuando, bajo su conocimiento, no cultivaba ninguna amistad en esa parte del país. Tampoco sabía si únicamente se limitaba a explorar el contorno, pero era conocedor de lo poco que le gustaba la naturaleza y el aire libre a aquel hombre, por lo que tal presunción resultaba poco probable. En un rapto de optimismo se atrevió a pensar que quizás había alguna viuda madura en Hylton que hubiera de algún modo captado su atención, pero incluso en ese aspecto veía a Arthur Scratch tan aséptico y apático que era incapaz de atribuirle inclinación o don alguno para proceder al cortejo de una mujer.

—En esta casa, jamás hemos dado pábulo a murmuraciones, señor Scratch. —Fue Sophia la que intervino vivamente—. Así que le ruego que, en adelante, se abstenga de mostrar prejuicios hacia el señor Brighton o hacia cualquier otra persona que no haya manifestado prueba alguna de merecerlos.

* * *

—¿De verdad le respondió de ese modo? —La dama se humedeció los labios al tiempo que ejecutaba una estudiada sucesión de parpadeos coquetos. Acto seguido suspiró, elevó la barbilla y continuó hablando con la mirada en alto, como si se dirigiera

directamente al firmamento—. Siempre la consideré una criatura insufrible y veo que ni el matrimonio ni el paso de los años han templado su carácter. —Llegados a ese punto encajó la mandíbula y achicó los ojos para observar el mundo a través de los párpados entornados. En su interior, rugía una ingobernable tempestad, durante años aquietada —. ¡Patética rata de biblioteca! ¡Figurilla pechugona y recortada!

Scratch la observó largamente y en silencio. Era la primera vez en todo el tiempo de visitas continuadas y conversaciones vacuas que la dama mostraba un evidente y abierto desprecio hacia la señora Masterson. Cierto que en ocasiones le semejó bastante sospechoso que se mostrara tan interesada por los Somerton y los Masterson en particular, hasta el punto de hacer constantes preguntas referentes a sus vidas privadas. Lo atribuyó, no obstante, a esa curiosidad malsana característica del sexo bello, tan necesitado del hábito de la murmuración y en especial de conocer hasta pequeños detalles de vidas ajenas con el propósito de entretener las propias.

Tal vez, intuyó que una cierta envidia velaba la cristalina pupila de la dama, pues era obvio que ella también había gozado de una existencia privilegiada y que, en su momento presente, se resignaba a ser una paria social, pese a elegantes vestiduras, a la vanidad que reverberaba, imposible de ser contenida, y a la solemnidad de la casa familiar.

No poseía amistades ni relaciones, y las únicas visitas que él había podido presenciar obedecían a otros caballeros que, tal vez como él mismo, acudían a la residencia de la mujer con idéntica pretensión.

—Hace meses que me relaciono con los Masterson y desde entonces gozo del placer de su absoluta confianza —apuntó Scratch, sabedor que de que semejantes acotaciones resultarían del interés de la dama—. Soy recibido en su hogar con asiduidad y participo en infinidad de veladas junto a ellos.

La dama ladeó el rostro y ahuecó los labios para componer un mohín de pueril coquetería mientras dirigía a su acompañante una innecesaria sucesión de parpadeos.

—¡Oh! ¿Es cierto?

—Sí, señora.

Nuevamente, la mujer se humedeció los labios. Debía tantear el terreno para averiguar si a su lado caminaba un oponente o un posible aliado. Si se trataba de un oponente, pondría fin a las visitas en ese preciso instante y de forma fulminante, ¿o acaso el carcamal consideraba que lo recibía por méritos propios? No estaba tan loca, ni tan desesperada, para aceptarlo como amante por el simple hecho de ser un hombre.

—Entonces, concordará conmigo en que la señora Masterson es una criatura insufrible y ridícula en sus pretensiones. —A pesar de que lo que salía por su boca era pura ponzoña, ella se expresaba con fingida inocencia, alternando mohines candorosos con parpadeos de falsa ingenuidad.

Arthur Scratch sonrió para sus adentros y exteriorizó la sonrisa mediante la elevación breve de las comisuras de sus labios. Algo le decía que, si movía las piezas acertadas sobre el tablero, avanzaría bastantes casillas.

—Es bastante determinada, cierto, y por lo que he podido apreciar tiene al señor Masterson comiendo de la palma de su mano.

La dama resopló, asomando después una sonrisa más falsa que un penique de madera.

—Tuvo suerte, la maldita… —susurró con la mirada perdida en la lejanía.

Aprovechando el repentino estado de extravío de la dama, Scratch avanzó un paso para acercarse a ella. La bella esfinge parecía haber sucumbido de pronto a una extraña melancolía, hasta el punto de que el hombre creyó incluso apreciar el brillo de las lágrimas en el arco de esas doradas pestañas. Pero a él nada de eso le importaba lo más mínimo: los sentimentalismos gratuitos le provocaban náuseas.

Sin mediar palabra, la ciñó por el talle para aproximarla a su cuerpo con rotundidad. Era la primera vez que osaba avanzar y también la primera vez que ella parecía consentir los avances.

—Estamos de acuerdo en algo, al parecer —susurró contra la oreja femenina.

Aunque ella permanecía rígida como un palo y la cabeza se inclinaba hacia atrás, rechazando semejante pretensión de contacto y revelando los tendones de su cuello tan tensos como las cuerdas de un arpa, no se movió y consintió que él la mantuviera abrazada. Era obvio que se trataba de un aliado. Quizá, resultara útil realizar un pequeño sacrificio, después de todo.

—¡Oh, no se imagina cuánto detesto a esa mujer! —exclamó, interpretando el papel de víctima doliente—. Recuerdo cuando vivía en la abadía, qué pretenciosa era y qué engreimiento mostraba por el simple hecho de ser una Somerton.

Scratch no la escuchaba ya porque en esos momentos se encontraba bastante entretenido recorriendo con sus labios el cuello que todavía se arqueaba en sentido contrario, y las destacadas clavículas que se revelaban en un amplio escote lechoso.

Ella consintió semejante atrevimiento mientras observaba la fea perspectiva que, desde su posición, se dibujaba ante sus ojos: una melena horriblemente alborotada, canosa y grasienta junto a unas orejas en extremo grandes que sobresalían a ambos lados y entre las gruesas guedejas.

—Se creía mejor que todos nosotros… —continuó cizañando mientras componía una inevitable expresión de rechazo.

Scratch seguía lo suficientemente entretenido, resoplando y jadeando contra la femenina carne.

—¡Oh, no se imagina cuánto me gustaría que me complaciera ahora mismo! ¡La deseo, la deseo ardientemente! —Suspiró, ahogado de necesidad, ajustando a la mujer contra su cuerpo anguloso mientras bebía, lamía y mordisqueaba la nívea piel a la vista.

Compuso ella una nueva mueca de repulsa, inevitable en todo caso, pero, cuando la precisa chispa de lucidez cruzó su mente, una sonrisa pérfida asomó a sus labios.

—Lo complaceré si usted me complace a mí y me ayuda en la ejecución de mi venganza.

Al ver que él abandonaba el banquete de su piel para apartar la cabeza y mirarla con gesto interrogante, la mujer se inclinó ligeramente hacia él para deslizar de forma sinuosa los dedos sobre los apretados y elevados montículos lechosos y descender el escote en el frente para ofrecerle el valle entre ambas montañas.

—Será un placer complacerla. También ayudarla, señora Pemberton.

CAPÍTULO 12

Durante las semanas venideras, siempre que el tiempo lo permitía, los alegres excursionistas se reunían para explorar los alrededores.

Noviembre tocaba a su fin. Pese a que el clima tornaba adverso en numerosas ocasiones la posibilidad del caminar al aire libre –el viento ululaba con fuerza, las temperaturas descendieron con notable brusquedad y la lluvia no concedía tregua en un período en el que todo era tan justo como necesario–, no se requería otra cosa más que el dorado astro asomara con timidez en un cielo impetuosamente plomizo para que todos abandonaran con urgencia sus residencias en procura de extravío y aire libre.

También de compañía, pues pocas veces se había contemplado un grupo tan alegre y bien avenido como el formado por esas dos damas y los dos caballeros.

De ese modo, y más pronto que tarde, los cuatro amigos recorrieron el riachuelo que serpenteaba los alrededores de Hylton, que a esas alturas de la estación asomaba alborotador y caudaloso hasta el punto de formar pequeñas cascadas en ciertos recodos de su curso que ninguno se abstuvo de admirar.

También visitaron el conocido sendero de mimosas, discreto paraíso que a finales de noviembre tan solo podía albergar la promesa de una primavera cuajada de botones amarillos sumamente fragantes. Todos se comprometieron a regresar al lugar para disfrutar del espectáculo vegetal, colorido y aromático, que tendría lugar en aquella parte del edén.

Otro día coronaron un altozano en el que enormes rocas sedimentarias parecían formar una fortaleza natural, y resultó idílico sentarse en las improvisadas murallas para observar el infinito manto verde cuajado de remiendos que se extendía ante sus ojos, y evocar pasajes del pasado que, quizás, hubieran transcurrido en aquel mismo entorno.

Georgiana hubo de quedar entonces fascinada –una vez más– ante John, pues el caballero no dudó en subir a la piedra más alta y, como si de un héroe romántico se tratara, o de un bardo saciado de poesía, recitar al viento, y a sus embelesados acompañantes, un soneto de William Shakespeare, concretamente el número XVIII . Durante los minutos que ocupó su declamación, Georgiana no pudo evitar observarlo, –sentada en la base del pedestal de piedra– como una emocionada beata que observa a su deidad. El corazón le golpeó con fuerza durante todo el discurso, los labios permanecieron entreabiertos en el espasmo de una exclamación contenida y los ojos se cuajaron de lágrimas. Shakespeare era su poeta favorito, el más sensible, el que conseguía tocar cada una de las fibras de su ser, y John concedía un sentimiento especial a cada uno de los versos.

Tal y como Georgiana había predicho, pronto una gran camaradería se fraguó entre ambos caballeros hasta el punto de solidificarse y dar paso a los inicios de una amistad que, a buen seguro, acabaría por consolidarse en el tiempo.

También esa notable asiduidad en el trato marcó de forma considerable la relación entre Georgiana y John, pues el roce habitual, la afinidad de caracteres, los gustos en común y, especialmente, la innegable atracción que ambos se profesaban, que resultó obvia desde el mismo minuto en el que se conocieron, propició un acercamiento estrecho entre los dos. Aunque ninguno había puesto en labios sus sentimientos, resultaba innegable que tanto el uno como la otra experimentaban a esas alturas una inclinación dulce y devota.

En cierta ocasión, tras varios días de obligado encierro por causa de una fuerte tormenta que parecía muy dispuesta a no alcanzar fin, el alegre grupo se aventuró a distanciarse más de lo habitual. Se percibían las ganas de naturaleza, de fragancias, de colores y sensaciones que todos habían estado reprimiendo, y de las que habían sido privados en esos días, pues de otro modo quizá no se habrían arriesgado a alejarse tanto.

Pese al entusiasmo y a los propósitos iniciales del grupo, la inestabilidad otoñal se alzó por sobre todo lo demás y, cuando ya se encontraban demasiado lejos para regresar con seguridad sobre sus pasos, un vívido sirimiri empezó a descender sobre sus cabezas. Corrieron a refugiarse bajo los árboles, confiando que se tratara de un simple calabobos sin importancia. No obstante, los minutos transcurrieron, pero, en lugar de amainar, la oscuridad que escolta las tormentas pronto se cerró sobre ellos y el sirimiri inicial dio paso a un aguacero de consideración.

Fue entonces cuando John propuso salvar la distancia hasta Green Hall, pues la propiedad no se encontraba demasiado lejos de donde se encontraban, en presurosa carrera. Todos concordaron. Los caballeros, diligentes, se desprendieron de sus chaquetas para ofrecérselas a las damas, formando una especie de toldo bajo el que se resguardaron por parejas.

De ese modo, entre risas y chascarrillos, burlaron el aguacero y las bajas temperaturas mientras buscaban refugio en la residencia del señor Brighton.

Tras haber entregado los abrigos mojados a las doncellas para que los pusieran a secar frente al fuego, tras deshumedecer los cabellos y calentar el cuerpo con el delicioso té que les fue dispensado, el grupo se acomodó en la sala privada de Green Hall.

En tanto John fue reclamado un instante por su mayordomo para atender algún asunto doméstico en el que era requerido, mientras Marcia y Rodrick conversaban sumamente entretenidos, sentados juntos en un cómodo asiento cerca del fuego, Georgiana decidió aligerar la espera recorriendo la estancia. Su espíritu inquieto y observador le impedía permanecer quieta y ociosa en un rincón, conminándola, sin embargo, a curiosear el refugio privado de aquel a quien tanto admiraba. Sería una forma como otra cualquiera de acercarse un poco más a él.

Paseó despacio, bordeando el cuadrado perfecto que formaba la sala, mientras

procuraba no perder detalle de cuanto allí había. Se trataba de una habitación amplia y luminosa, con un cierto recargamiento en la decoración y elegantes bóvedas de abanico. Las paredes se forraban con paneles verticales de madera, tintados en verde musgo, que se alzaban sobre basamento cuadrado del mismo tono. Una impresionante alfombra oriental vestía los suelos de listones, llenándolos de color y textura. Dicha coloración vistosa era también proporcionada por los amplios cortinajes de terciopelo que velaban los ventanales.

El sofá de tres plazas que ocupaban sus amigos, del mismo tono verde que las paredes e infinidad de cojines, se alzaba a los pies de un enorme espejo barroco que tocaba el techo y que acaparaba la atención de los visitantes, tanto por sus dimensiones como por la robustez de su marco dorado. Continuó Georgiana caminando y observando al detalle cada pequeño objeto, cada cuidada superficie.

En un costado de la sala, crepitaban las llamas de una gran chimenea cuya repisa se adornaba con cenefas de estilo clásico. No había muchos cuadros, y en efecto ningún retrato familiar, más allá de sobrios paisajes característicos de la campiña, siluetas desconocidas o iconos bizantinos sagrados. Algún espejo antiguo y azulejos decorados llenaban de colorido las paredes, permitiendo muy pocos huecos libres a la vista. Aunque todo el conjunto resultaba vistoso y elegante, no pudo evitar Georgiana preguntarse cuánto habría realmente de John Brighton en ese decorado.

—¿Le agrada Green Hall?

La voz aterciopelada que sonó a su espalda la obligó a dar un respingo, fruto de la sorpresa y del reconocimiento inmediato. Se volvió ligeramente para encontrarse con las insondables pupilas de brea y la hermosa sonrisa, que reclamó la suya en el mismo instante.

—Es muy bonita, tal y como siempre afirmó el señor Somerton —concedió.

John cabeceó, divertido.

—Me temo que el querido señor Somerton resulte quizá muy poco objetivo en este caso, pues salta a la vista que él es un gran admirador de la propiedad. —Su sonrisa se suavizó y su mirada se tornó más firme y penetrante, adquiriendo de pronto un brillo distinto—. Pero mi pregunta es si le agrada a usted.

Fue consciente Georgiana del peso que implicaba la pregunta, también de la intensidad de esas pupilas que la mantenían hechizada y flotando en una órbita magnética de la que no podía, ni quería, alejarse.

—Todo lo que he visto desde nuestra llegada me ha parecido hermoso, sin duda posee usted una residencia magnífica —admitió. Como solía suceder, tal vez debido a su juventud o a un carácter poco proclive a ocultar emociones o sentimientos, las dudas que albergaba desde hacía algunos minutos asomaron imprudentes a sus labios—. Aunque me ha llamado la atención la ausencia de retratos familiares. Normalmente, en

todas las grandes casas suele existir un amplio despliegue de lienzos que adornan el ramaje familiar con rostros de antepasados. En Ventus Magna, sin ir más lejos, tenemos el retrato de un caballero de grandes bigotes ataviado con gorguera y armadura.

Aunque aquel comentario pretendió reclamar la sonrisa de su acompañante, John permaneció con rostro serio, por lo que la incipiente sonrisa de Georgiana se congeló en el acto. Él se cuadró en su posición y recogió las manos a la espalda, elevó la barbilla hacia el lienzo que representaba un hermoso bosque crepuscular, precisamente ante el que la dama se había detenido durante su recorrido, e inhaló con lentitud por la nariz mientras parecía concentrado por completo en sus pensamientos.

Por un instante y ante el peso del silencio que se impuso entre los dos, dudó Georgiana de lo apropiado de la apreciación. Se aferró a la certeza que apuntaba, una vez más, que quizá debería habituarse a mantener la boca cerrada y no mostrarse tan impetuosa e irreflexiva como de costumbre. No obstante, John no pareció acusar disgusto en su expresión, tampoco censura o incomodidad, cuando respondió segundos después.

—Digamos que los escasos retratos que poseo permanecen aquí. —Se llevó un dedo a la sien, acto seguido extendió la palma y la aposentó un instante sobre el chaleco brocado, a la altura del corazón—. Y aquí. —Miró directamente a Georgiana—. Yo no soy como los demás, señorita Masterson; no pretendo exhibir una larga hilera de antepasados para aparentar algo que nunca he sido.

Georgiana tragó seco en tanto una leve arruguita acudió a entoldar su ceño. ¿Qué pretendía decir? Sabía que John no era como los demás, eso lo había apreciado desde el principio y eso le agradaba especialmente de su persona, pero, ¿acaso y a raíz de su apunte consideraría que ella sí era otra de muchas snobs que se jactaban de exhibir su linaje como el escaparate perfecto de blasones y rica cuna?

¡Oh, de ser así cuánto debía de haberlo decepcionado al expresarse de ese modo! Sin duda, debió omitir su último comentario, así como la mención del antepasado ataviado con armadura, con lo que tan solo había demostrado un carácter infantil y necio. ¡Por su vida que no deseaba que ese caballero en particular la retratara en su cabeza de ese modo! Un inevitable halo de tristeza la invadió, sepultando su ánimo y su aplomo bajo el peso del arrepentimiento.

—Digamos que tampoco tengo mucho que exhibir, la verdad. —John se alzó de hombros, recuperando la sonrisa. Georgiana no podía saberlo, pero, en modo alguno, el caballero había cambiado la percepción que albergaba de ella por culpa de la mención al retrato de Ventus Magna. ¡Nada más lejos de la realidad! John lidiaba en esos momentos con sus propios demonios, unos bien distintos de los que la señorita Masterson podría considerar—. Tan solo contaría con dos retratos muy queridos, así que, ¿qué hay de malo en preservarlos en el corazón para conservar su recuerdo de una forma más privada e íntima en lugar de ocupar con ellos una pared?

Georgiana exhaló con vehemencia, manteniendo la mirada enlazada a la mirada obsidiana de John, y un ceño fruncido que evidenciaba su sentir. ¿Solo dos retratos?

—Tiene razón, señor Brighton —concedió, arrepentida de su reciente tropiezo de frivolidad. Meneó la cabeza en negación mientras en el aire sonaba lánguido el eco de un suspiro—. Lamento haber ofrecido una impresión equivocada al expresarme con semejante impropiedad. —El ceño fruncido se acentuó en base a la vehemencia de la discursiva—. Resulta absurdo, vanidoso y necio tratar de escudarse tras un abolengo notable, unos retratos antiguos o los muros de una vivienda que se erigió siglos atrás ¿verdad? Cada quien debe ser responsable de sus logros, de sus fallos y sus proezas en lugar de ampararse tras el refugio que proporciona un buen linaje. Lo que nuestros antepasados fueron o hicieron no debiera determinar lo que hoy somos o hacemos nosotros, sus descendientes.

John amplió la sonrisa en tanto la observaba, orgulloso de que hubiera alcanzado tal conclusión. Georgiana era una muchacha joven e inocente y por más que mostrara de forma habitual un gesto de autodeterminación e independencia de carácter que podrían fácilmente definirla, su ingenuidad y su nobleza acababan siempre imponiéndose a todo lo demás.

—Así es, señorita Masterson.

Ella ladeó el rostro para continuar mirándolo con ternura.

—No obstante me gustaría que me hablara de ellos, de su familia. —Georgiana estiró los labios en una sonrisa trémula—. Señor Brighton, le ruego que me pinte con palabras esos dos retratos tan queridos para usted. Quiero ver lo que usted ve y lo que guarda en su alma con tanto afecto.

Por vez primera percibió Georgiana una cierta tensión en el caballero. La pose envarada, los hombros determinados y la firmeza con la que porfió en encajar las manos a la espalda fueron una simple muestra de ello.

Desvió John la mirada para conducirla hacia un lugar seguro: en esos momentos, el lienzo paisajístico que se alzaba a la altura de sus ojos. Imitó entonces Georgiana la dirección que siguieron los ojos del señor Brighton y allí, entre los trazos verde y ocre del lienzo, continuó aquietada también la mirada durante interminables segundos en los que imperó el silencio, rasgado tan solo por el arrullador crepitar de las llamas en la chimenea y por los cercanos murmullos que continuaban intercambiando Marcia y Rodrick, ajenos a la conversación que tenía lugar en esa parte de la estancia.

—¿Y si no le agradara lo que descubriera?

Georgiana volvió con rapidez la cabeza para mirarlo, ceño fruncido a severidad, sorprendida porque siquiera él albergara alguna duda respecto a ese punto en particular.

—¿Cómo podría no agradarme lo que usted tanto parece estimar y guarda con semejante afecto en su corazón?

John se volvió ligeramente para regresarle la mirada a la dama, muy serio.

—Agradezco sus palabras, señorita Masterson, pero me temo que no hay mucho que mostrar.

—Supongo que algo así es lo que todo pintor opina acerca de su obra —insistió ella—. Deje que sea yo quien juzgue eso, ¿quiere?

John suspiró bajito a modo de claudicación

—No soy muy diestro con los pinceles, tampoco con las palabras, me temo. —Una sonrisa tibia estiró con suavidad sus labios—. Mi padre era un humilde pastor rural del que ni siquiera guardo recuerdo. —Se encogió ligeramente de hombros mientras continuaba exponiendo su intimidad en alta voz—. Tan solo sé que mi madre lo adoraba y que él la adoraba a ella. Mi madre siempre me dejó claro que él sentía una profunda devoción por mí, aunque por desgracia no sobrevivió lo suficiente como para verme siquiera caminar.

Georgiana se llevó una mano al pecho tras experimentar una brutal punzada en su interior. Bajo la palma enguantada percibió el zumbido de su corazón, un eco que entonces le semejó el cántico más melancólico y doliente que había escuchado en los últimos tiempos. John no había conocido a su padre, ¡qué pena tan grande para cualquier criatura! ¡Y qué pena tan grande para él!

—Lamento tanto escuchar eso…

John jadeó y sonrió a la vez, enternecido por la expresividad y la emotividad que siempre revelaba la adorable joven.

—Mi madre fue una mujer maravillosa; buena, dulce y cariñosa… —suspiró bajito mientras la sonrisa estiraba sus labios al recrear en su cabeza la imagen que vivía en sus recuerdos—. Y tremendamente valiente. Tal vez, la mujer más valiente que caminó bajo las estrellas. Supo sacarme adelante ella sola a pesar de que no lo tuvo fácil, pero jamás la vi flaquear y la soledad jamás fue un obstáculo al amor que siempre me profesó.

Me gustaría legarte algún recuerdo de tu querido padre, cariño mío, tal y como él hubiera deseado, su reloj de bolsillo o algún botón de puño, pero todo se lo llevó él. No tuvo el menor reparo en tomar lo que no era suyo.

Georgiana exhaló lenta y profundamente, asimilando la información recibida del mismo modo que la tierra seca asimila la lluvia que cae sobre ella por vez primera. La mano contraria se sumó a la diestra en su posición sobre el escote. Y así, reunidas ambas, concedieron una conmovedora pose de recogimiento. ¡Cómo deseó entonces, mientras miraba a John con absoluto embeleso, alejar una mano para acariciar con ella la tersa mejilla masculina, perfectamente rasurada y ornada por generosas patillas oscuras! ¡Cómo anheló acunarle el rostro entre las manos enguantadas para tratar así de aliviar pesares pretéritos, como se alivia el frío de un pajarillo que recién acaba de capear la peor de las tempestades! ¡Qué sueño prohibido sería poder besar su frente amplia y despejada, o sus párpados entornados, para rematar su consuelo con un roce suave en los labios capaz de arrancar todo el dolor de antaño!

—¿No disponía de familia que la ayudara? ¿Ningún abuelo o pariente cercano? —inquirió. Una chispa de lucidez acudió rauda a su cabeza—. ¿Y la señora Aston? Ella era pariente suya, ¿cierto?

John enarcó una ceja, sorprendido de pronto por la mención a la antigua propietaria de Green Hall. Por un instante sopesó cuánto podría o debería contar relativo a esa parte de su pasado. Pronto llegó a la conclusión de que nada tenía que ocultar, mucho menos de qué avergonzarse; especialmente, concluyó que Georgiana Masterson poseía una sensibilidad muy superior al resto y una capacidad para no resultar prejuiciosa que la convertía en una persona confiable.

—La señora Aston era hermana de mi madre —confesó, y hacerlo supuso la repentina liberación de un lastre que cargaba desde hacía años—. Aunque no mantenía ningún tipo de relación con nosotros desde mucho antes de mi nacimiento. Se desentendió de su hermana en el mismo momento en el que ella eligió a mi padre. Al parecer, la señora Aston consideraba que un simple pastor rural empañaba y arruinaba el fulgor de los blasones familiares que a ella tanto le importaba mostrar perfectamente lustrados. Jamás mantuvo contacto alguno con nosotros y, por supuesto, tampoco ayudó a su hermana una vez hubo quedado viuda con un niño pequeño a cargo.

—¡Oh, qué tremendamente injusto, señor Brighton!

¡Cuánta decepción sintió Georgiana en ese instante! ¡Qué inaceptable que una mujer de la condición de la señora Aston dejara de lado a su hermana viuda con un chiquillo a cargo por el simple peso de los absurdos prejuicios! La expresión que representó su rostro sin duda evidenciaba desconcierto, enfado e incredulidad por partes iguales. Había oído que la antigua propietaria de Green Hall era una mujer con un carácter peculiar, asocial y agria, pero jamás la habría considerado tan ruin como para desentenderse de su propia familia cuando más la necesitaron.

—Mi madre falleció cuando yo contaba con apenas diez años —concluyó John. Percibió Georgiana cómo de pronto el caballero encajaba la mandíbula hasta que un músculo empezó a palpitarle en la mejilla. El ceño oscuro se le acentuó, reuniéndose sobre una mirada que de pronto pareció refulgir como las ascuas de una hoguera—. No albergo un grato recuerdo de su último año de vida, la pobre sufrió lo indecible, ojalá yo no hubiera sido tan solo un niño. —Se concedió un instante antes de rematar—. Todo habría sido muy distinto entonces.

La imponente imagen de la mujer, envuelta en su mortaja y cerrados los ojos hacia la eternidad, acudió a su mente de inmediato. Todavía eran visibles, aunque de forma muy liviana, y ya amarillentos al tratarse de golpes antiguos, los morados que lucía en los pómulos y en la base de la mandíbula. Enmarcado el huesudo rostro en su sudario, semejaba una imagen sacra, una virgen o un ángel descendido de los cielos; en realidad tan solo una pobre mártir a la que la vida no le había concedido un final decente.

John parecía hablar más consigo mismo que con su afectada interlocutora y como tampoco fue capaz Georgiana de interpretar el verdadero significado de aquellas palabras –sabía que alguno había más allá de la impotencia y el dolor que un pobre niño debió de sentir tras la pérdida–, decidió aligerar el pesar de John compartiendo sus sentimientos.

—Yo también perdí a mis padres de pequeña. —Dirigió al caballero una mirada emocionada, las pupilas brillosas evidenciaban su sentir—. Ya ve, algo que tenemos en común.

John se concedió unos segundos para dejar atrás el pesado y el oscuro velo de sus recuerdos para devolverse al presente. A un presente en el que Georgiana Masterson permanecía a su lado, en esa sala que entonces era su hogar. Aquella perspectiva y semejante visión supusieron un buen augurio para él y, desde luego, encendieron una llamita de esperanza en su corazón.

—Quiero y me atrevo a pensar que tenemos mucho más en común que esa triste coincidencia. —Adelantó la mano derecha para deslazar las manos de Georgiana, que todavía permanecían unidas sobre el pecho, para, de ese modo, hacer desaparecer su expresión contrita. La quería contemplar feliz, risueña, con ese brillo de ingenuidad en los adorables jades, en vez de triste o afligida por su culpa. Una vez desatado el lazo de pesar, dejó que las manos femeninas descendieran suavemente a la par del cuerpo—. Me alegra saber que al menos usted contó con la presencia de un hermano afectuoso.

Georgiana, quien había estado reteniendo el aliento mientras la mano de John tomaba con delicadeza la suya, esbozó una sonrisa amable.

—Anthony es el mejor hermano del mundo, sin duda, lo amo con auténtica devoción, al igual que a su querida esposa Sophia, la hermana que nunca tuve. —Ladeó el rostro para observarlo con preocupación—. ¿Pero cómo sobrevivió usted? Apenas tenía diez años…

John inhaló profundo por la nariz, sin desplazar la mirada de las brillosas pupilas.

—Quiero suponer que algún atisbo de conciencia debió de bullir después de todo en el alma insensible de la señora Aston y que tal vez, secretamente y en la sombra, se encargó de algún modo de mi manutención. Fui acogido casi de inmediato por una familia burguesa de Norfolk, ciudad en la que ya vivía con mi madre. Eran buena gente, amables sin llegar a mostrarse jamás excesivamente cariñosos. Ellos me procuraron estudios y una educación de la que, espero, nadie tenga queja por el momento.

Ese apunte final pretendía reflejar el habitual sentido del humor de John –que había sido sepultado en los últimos minutos por la losa inamovible de un pasado triste y solitario–, y así lo entendió Georgiana, quien no dudó en acompañarlo una vez más en su sentir y sonreír con él.

—Estoy segura de que, quienes le conocemos, no albergamos la mínima queja.

—Alguna sí ha de haber —dijo él, revelando una vez más su faceta traviesa—. No hay más que escuchar esos corrillos de comadres y la opinión que comparten sobre mí. No pretendo justificarme, ni mucho menos, por mostrarme asocial y taciturno o por no desear relacionarme con el resto de la humanidad, cuando del resto de la humanidad tan solo he recibido hasta el momento indiferencia y desdén. Es ahora, tras haberme convertido en señor de una gran propiedad, cuando me miran como a un igual y buscan congraciarse con invitaciones que ni deseo ni pretendo. Ojalá hubieran actuado así cuando mi madre quedó sola en el mundo, olvidada y rechazada por los suyos, simplemente por haber seguido a su corazón.

—Su madre debió de ser una mujer admirable —dijo Georgiana, absolutamente conmovida.

John cabeceó, sinceramente emocionado.

—Usted le habría gustado, señorita Masterson.

De pronto, un carraspeo a su espalda los impulsó a volverse a un tiempo para encontrar el rostro sonriente de Rodrick, que los observaba con una ceja enarcada. Al parecer, tanto él mismo como Marcia llevaban un buen rato contemplando a la pareja con gran divertimento, sin duda atraídos por la viva expresividad de Georgiana, que, a menudo, la delataba en sus emociones; por el gesto concentrado de John; y, especialmente, por el hecho de que ambos habían pasado demasiado tiempo parados delante de aquel cuadro que, a ojos de los dos observadores, nada tenía de especial como para acaparar de ese modo su atención. Era obvio lo que acontecía entre los dos. Ser conscientes de eso, aparte de alegrar a sus amigos, provocaba privadas chanzas entre Marcia y Rodrick, quienes analizaban sus avances y su comportamiento con la visión que concede la experiencia propia.

Una vez que la abstraída pareja se hubo percatado de su presencia, Rodrick comunicó lo prudente de dar por finalizada la visita y regresar cada uno a su hogar, pues las señoritas no habían enviado recado a sus familias, que podrían acusar la tardanza y preocuparse, especialmente tras el clima adverso que se había declarado esa tarde.

Todos claudicaron ante un apunte tan juicioso y, aunque resultaba un tanto triste verse en la necesidad de separarse, concluyeron que podrían volver a reunirse tan pronto como fuera posible y el tiempo lo permitiera, ya fuera para continuar con las excursiones o reunirse en alguna de las casas para merendar y tomar el té.

CAPÍTULO 13

La oscuridad reinaba en los interminables corredores de la abadía cuando Georgiana se retiró a su alcoba esa noche, después de disfrutar de una agradable cena en compañía de su familia y de sus amables anfitriones.

Una reunión que había resultado perfecta, pues Arthur Scratch no los acompañó en la mesa. Algún criado comentó que el caballero había salido a última hora de la tarde en dirección al pueblo y que aún no había regresado.

La tormenta ya había amainado, así que posiblemente hubiera hecho tiempo dondequiera que estuviera para evitar empaparse en su regreso; tal explicación fue la que intercambiaron los caballeros presentes, y ninguno se preocupó más de la cuenta por la ausencia del señor Scratch.

Por supuesto ni Sophia ni la propia Georgiana quisieron ahondar en el asunto. Nadie parecía echarlo en falta, la señorita Masterson menos que nadie.

Al fin y al cabo, por más amable que resulte la corte que te rodea, si eres una persona asocial, adusta y antipática que no realiza grandes esfuerzos por hacerte querer, ninguno acabará añorándote si no te encuentras presente.

En esas horas tardías de la noche y cuando la joven Masterson se encontraba ya frente a la puerta de su alcoba dispuesta a entregarse al descanso, sintió un aire frío a su espalda que le erizó de forma sistemática el vello de la nuca. Supuso que se trataría de alguna corriente a causa de una ventana abierta en alguna parte, hasta que se volvió para comprobarlo y la luz de la palmatoria que sostenía en la diestra iluminó un rostro alargado y severo que la obligó a soltar un gritito.

Estaba convencida de que un ánima del purgatorio habría resultado sin duda una visión más representativa, e incluso más esperada, en una abadía tan antigua como era Somerton Abbey, no obstante esa era la peor aparición que hubiera deseado encontrarse en los pasillos, a altas horas y en la oscuridad.

Como a Georgiana el cuerpo se le revolvió ante el desagradable espectro que se alzaba frente a ella, no se cuidó de mostrarse amable, sino tan indignada y asustada como en verdad se sentía.

—¿Qué pretende, moviéndose en la oscuridad como una sombra? —protestó con ceño fruncido de severidad, tratando de no alzar demasiado la voz para no alertar a nadie más, mientras enarbolaba la palmatoria para iluminar el rostro del señor Scratch y, de ese modo, mantenerse alerta ante sus intenciones, las cuales, conociéndolo, no habían de resultar buenas.

—¿La he asustado? —Su expresión, en contraposición a la dama, trataba de reflejar indiferencia e, incluso, una inocencia de la que se encontraba muy distante. Creyó Georgiana hasta apreciar burla en su tono—. Discúlpeme, entonces, señorita Masterson, desconocía que mi sola presencia le afectara de ese modo.

—¡Me afecta cuando se conduce usted como un furtivo! —Realmente resultaba complicado mantener un tono bajo cuando el interlocutor la sacaba de quicio de tal forma, por lo que tuvo que resignarse a sisear a media voz. Esperaba, al menos, que el gesto serio que mostraba le indicara a Scratch lo disgustada que se encontraba ante su presencia y su proceder.

Scratch ladeó el rostro para observarla durante algunos segundos en lo que a Georgiana le semejó un estudio impropio y descortés. Ya se encontraba muy dispuesta a darse vuelta, agarrar el picaporte y dejarlo allí plantado en medio de las sombras, cuando el abogado intervino de nuevo:

—No sea ingrata y firmemos una tregua en este mismo instante, señorita Masterson. ¿O acaso no vamos a saber convivir como dos personas civilizadas? Los dos somos adultos, creo que podemos llegar a un pacto de entendimiento entre nosotros.

Georgiana le miró con desconfianza.

—Usted no quiere eso…

Scratch enarcó ambas cejas en tanto cruzaba los brazos con suficiencia.

—¿Acaso sabe usted qué es lo que quiero?

—Lo intuyo: molestarme.

—Se equivoca, solo quiero ser su amigo —le dijo con una esbozada sonrisa lobuna. Georgiana jadeó, indignada. ¿Desde cuándo un amigo se comportaba como lo hacía él? —. Y, tal vez, en ese caso, aconsejarla.

En esa ocasión fue la joven quien enarcó las cejas, sinceramente sorprendida.

—No necesito su consejo, señor Scratch. Ahora, si me disculpa…

Georgiana quedó paralizada cuando sintió el frío agarre sobre su brazo, reteniéndola cuando se disponía a abandonar el corredor para retirarse al refugio de la alcoba. Sus ojos se clavaron en la mano huesuda y pálida, de dedos largos y angulosos que se cerraban sobre la manga de su vestido. Resultaba tan insultante e inaceptable la simple contemplación de esa mano sobre su cuerpo que el corazón empezó a golpear con saña su indignación mientras las tripas se convulsionaban en el vientre. Alzó la mirada hacia el deshonesto propietario de tal garra malvada, que mostró el descaro de sostenérsela mientras porfiaba del agarre. Si en verdad una mirada superaba a mil palabras, la que Georgiana le dispensó a Arthur Scratch en ese momento equivalía a un epílogo terrible.

—Tal vez sí lo necesite, señorita, mucho más de lo que imagina —siseó en tono bajo y sombrío.

Con un movimiento firme y seco, Georgiana se liberó de la prensa que la aprisionaba. Sus ojos refulgían como dos jades hirvientes en el sedimento de un lago termal cuando se dirigieron a las gélidas pupilas del hombre.

—En una ocasión, usted se concedió conmigo una licencia que jamás le fue dispensada. —El tono de la joven, de tan seguro como cortante, jamás podría ser atribuido a un alma inocente e inexperta como la que habitaba ese hermoso sayo, pero la sangre hervía en el interior de Georgiana, orillándola a mostrar arrojos ante una situación del todo insostenible—. Por lo tanto, le ruego que en el futuro se abstenga de volver a tocarme, señor Scratch, o deberá atenerse a las consecuencias.

El abogado se sorprendió de veras. Jamás esperó que la muchachita intrépida mostrara semejante firmeza ante un gesto de su parte que él mismo pretendió que resultara invasivo. ¿Para qué negarlo? Era obvio que agarrarla para retenerla a la fuerza no era lo más acertado para la consecución de sus propósitos, pero sabía que con Georgiana Masterson no servían las medias tintas; con ella debía ser arrollador, dominante y alejado de concesiones pueriles o mejor le resultaría retirarse de forma definitiva.

—¿Es una amenaza, señorita Masterson?

Ella exhaló largamente, forzándose a serenarse. En realidad, bajo la entereza que pretendía transmitir, toda ella temblaba como un junco al viento. No obstante, no eran sentimientos devotos los que la dominaban, sino una sensación de rabia e impotencia capaz de traspasarla por entero.

—Es una advertencia, señor —concluyó.

Todavía furiosa, se dio vuelta, asió la manilla de porcelana y abrió la puerta. Se encontraba a punto de traspasar el umbral que la alejaría del villano cuando las postreras palabras de él la obligaron a detenerse.

—Debería cuidar de forma minuciosa sus amistades, señorita Masterson. —El tono, siempre seco y siniestro, consiguió espeluznarla—. Especialmente, las que pretenden ocupar una parcela más amplia en su inexperto corazoncito. Es posible que, de lo contrario, acabe llevándose una gran decepción. Ese es mi consejo.

Aunque las palabras la sacudieron con brusquedad y le helaron la sangre en las venas, Georgiana se obligó a recomponerse, tragar en seco y traspasar de forma definitiva el umbral, cerrando la puerta tras de sí.

* * *

Esa noche, en la intimidad de la habitación que les había sido dispensada en Somerton Abbey, mientras se trenzaba el cabello frente al tocador para concluir el día y acostarse, Sophia decidió compartir con su esposo, que la esperaba recostado en el lecho sobre un mar de almohadones, una preocupación que llevaba días consumiéndola.

Había callado hasta entonces, dado que no se sentía del todo convencida ante lo certero de su suposición, en particular, porque, una vez analizada fríamente y con cierta distancia, le semejaba absolutamente descabellada e impropia. No obstante, había continuado observando ciertos comportamientos sospechosos en los implicados. Por eso, lo que comenzó siendo un supuesto irracional y desproporcionado, acabó por tomar forma en su cabeza. Una forma horrorosa, por cierto.

Había llegado la hora de compartir esos temores con su alma gemela, su querido esposo Anthony, pues, de algún modo, a él era a quien más podía incumbirle, aparte de a los propios implicados, y tan solo él podría tomar las riendas de la situación –si acaso Sophia estaba en lo cierto y había realmente algo que encauzar con destreza– para determinar medidas al respecto.

Sentada aún en el pequeño taburete tapizado, se volvió ligeramente para buscar la mirada de su amado, que la observaba a su vez desde el lecho que ambos compartían. Trató Sophia de obviar la apostura de su esposo, vestido tan solo con una sencilla camisa de lino, mostrando el abundante y oscuro cabello revuelto, con el fin de poder mantener la conversación que deseaba. Si cedía de primeras a sus instintos, sabía que correría directamente al lecho para disfrutar de su compañía. Y nada más importaría.

—Querido —comenzó—, me preguntaba si últimamente habías apreciado algún tipo de conducta inapropiada en el señor Scratch.

Efectivamente, Anthony enarcó ambas cejas, acusando con su gesto una gran sorpresa.

—¿Conducta inapropiada? No sé a qué te refieres…

Acto seguido cayó en la cuenta de que, tal vez, su esposa se refería a las continuas visitas que el abogado realizaba al pueblo y que ninguno en Somerton Abbey, al parecer, sabía a qué obedecían. ¿Consideraría también Sophia, tal como él mismo llegó a considerar durante una ínfima fracción de segundo, que, tal vez, Arthur Scratch se había encandilado con alguna dama viuda o solterona?

—Personalmente considero que dispensa una atención exagerada e innecesaria a Georgiana. —Con mayor énfasis elevó Anthony ambas cejas, pues en verdad era aquel un apunte con el que no había contado. Consciente de eso, Sophia decidió variar el rumbo de su alegato—. He apreciado que, en los últimos tiempos, Georgiana se muestra bastante incómoda en su presencia. Le rehúye de continuo la mirada y, en el supuesto de que ambas coincidan, la pobre desdichada se muestra contrariada y tan a disgusto que resulta imposible no darse cuenta. Estoy convencida de que algo debió de suceder entre los dos.

Anthony jadeó. De entre las infinitas posibilidades que podría llegar a considerar, esa era la última y la más esperpéntica. ¿Arthur Scratch interesado en Georgiana? ¡Ridículo! No porque Georgiana no se mereciera la atención de un hombre, de cualquier hombre en realidad; no era estúpido, sabía que su hermana era una muchacha muy hermosa, inteligente, despierta y de conversación culta. Aparte de eso, su generosa dote podría atraer a cualquiera tan ambicioso o necio como para no reparar antes en su belleza exterior. Pero era sin duda demasiado joven –para los hermanos mayores sus hermanas siempre lo son–, especialmente si se tenía en cuenta la edad del señor Scratch. ¡Podría ser su padre, e incluso su abuelo! Aunque era consciente de que existían matrimonios de conveniencia tan absolutamente desproporcionados como para desatender una diferencia de edad tan obvia, ese jamás sería el caso de su hermana pequeña. Anthony jamás la orillaría a desposarse sin amor.

—En realidad, debo de pecar de necio, querida mía, pues no he apreciado nada de lo que dices.

Sophia suspiró con resignación mientras jugueteaba con la trenza ladeada que caía sobre su hombro para descender el escote.

—¡Ah, los hombres! —protestó sin demasiado énfasis—. ¡Nunca os percatáis de las cosas importantes de la vida, más allá de la administración de las propiedades, el abastecimiento de los carruajes y las jornadas de caza!

—No es cierto. —Anthony se incorporó ligeramente hasta quedar completamente sentado sobre el colchón—. También estamos muy pendientes de satisfacer a nuestras esposas.

Sophia puso los ojos en blanco, suspiró y sonrió. Entonces Anthony, que ya apoyaba ambas manos sobre el colchón, decidió ponerse serio por vez primera.

—¿Georgiana te ha dicho algo?

Sophia negó con la cabeza.

—Georgiana jamás diría nada, salvo que se sintiera acorralada como un pobre ratoncito —apuntó—. Sabes que tu hermana es una muchacha autosuficiente en disposición de una independencia de carácter que la determina a tratar de resolver por sí misma sus propios inconvenientes. Sin embargo, he notado ciertas conductas, ciertas miradas por parte de él y ciertos gestos por parte de ella…

—A Georgiana la delata su sinceridad y la pasión que concede a cada una de sus acciones, es cierto —admitió Anthony—. También su incapacidad para disimular emociones.

—Considero que parece bastante abrumada al respecto —concordó Sophia—. No creo que ella busque o pretenda semejante atención; es más, creo que el señor Scratch la inoportuna en demasía.

—¡Pero si apenas hablan! ¿Tú has visto que mantengan algún tipo de conversación?

—A menudo no es necesario hablar, Anthony.

Él chasqueó la lengua. Se sentía tan sorprendido como frustrado consigo mismo, pues, si en verdad lo que le refería su esposa era tan obvio, se culpaba de haber permanecido ciego y en la ignorancia.

Recordó entonces la escena en la que, cierta mañana, el señor Scratch quiso comentar con Georgiana su lectura sobre derecho jurídico y cómo la joven huyó despavorida enarbolando la primera excusa que encontró. Recordó también haberla visto vagando por la abadía en dirección a la biblioteca y cómo se paraba ante el umbral un instante para regresar después presurosa sobre sus pasos. Más tarde, Anthony se daba cuenta de que Scratch se encontraba en la estancia leyendo algún libro. Recordó también cómo él la había invitado cierta tarde a pasear por el jardín y cómo ella había evitado el compromiso escabulléndose con sus nuevos amigos.

No faltaron las remembranzas de aquellas ocasiones en las que Georgiana abandonaba la abadía para salir a pasear por los alrededores. Recordaba el modo sombrío en que Scratch observaba entonces su partida e incluso cómo había tratado de persuadirlo a él de lo inapropiado de los paseos o de las nuevas compañías.

—No creo que el señor Scratch albergue ningún tipo de inclinación romántica hacia Georgiana —dijo, pero su tono ya no resultaba tan convencido como al inicio.

Consciente de haber sembrado la semilla de la duda en la sesera de su esposo, Sophia continuó su alegato.

—Desde luego resultaría bastante inapropiado teniendo en cuenta la diferencia de edad entre ambos y su naturaleza dispar. Son tan diferentes como el agua y el aceite. ¡Por el amor de Dios, si él es tan adusto como un puercoespín!

Anthony jadeó una sonrisa, divertido ante las ocurrencias de su esposa. Trataba a Scratch en calidad de abogado y consejero administrativo, jamás lo había considerado de otro modo, mucho menos en el supuesto rol de cuñado. De hecho, al pensar en eso ahora, al imaginárselo conduciendo a Georgiana hacia el altar o haciendo amago alguno de cortejarla, se le erizaba el vello de la nuca.

Dispuesto a alejar de sí pensamientos tan nefastos, palmeó el colchón a su lado para instar a Sophia a acompañarlo. Ella se levantó despacio de su asiento y cruzó la habitación para acercarse sinuosa al lecho, apartar las sábanas e introducirse al lado de su esposo, ansiosa del calor que desprendía su cuerpo.

—De todas formas, debes estar preparado —ella insistió por última vez—, por si en algún momento él tuviera a bien decirte algo al respecto. Georgiana es una muchacha romántica que se merece su propia historia de amor, no un matrimonio de conveniencia, mucho menos con un anciano que no hará más que amargarle la existencia y orillarla a

convertirse en una viuda joven. Ella se merece amor, se merece desvelo, se merece una historia que la haga temblar por dentro, una historia que convierta en fuego líquido la sangre que corre por sus venas. Ella se merece sentir.

Anthony, que la miraba fijamente, entre embelesado y divertido, cabeceó en asentimiento.

—Y al parecer su cuñada está dispuesta a desplegar unas alas que ya crecieron por sí solas.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa—. Sabes que esas alas, una vez se desarrollan, nunca deben ser cortadas.

—No me atrevería a ponerlo en duda.

Anthony no dijo más. Se limitó a ceñir la cintura de su esposa para atraerla hacia sí y sellar sus labios con un beso apasionado con el que ornar la que sería otra de las múltiples noches de amor y pasión en el feliz matrimonio.

CAPÍTULO 14

Georgiana no deseó conceder crédito, ni mucho menos, a las palabras de Scratch.

Era un hombre que siempre le había dado repelús y, desde su llegada a Somerton Abbey, sus reticencias respecto a él se habían acrecentado. ¿Cómo no hacerlo, cuando no dejaba de comportarse como un truhan o un viejo sátiro dispuesto a perturbarla en todo momento?

Marcia, por cierto, compartía sus pensamientos respecto a Arthur Scratch. De hecho, y si de su amiga dependiera, Anthony ya habría sido informado de su comportamiento inapropiado desde hacía mucho. Sin duda, tal y como opinaba Marcia, el hecho de que Georgiana no le hubiera delatado desde un primer momento había concedido seguridad y confianza a aquel réprobo, por lo que sus avances, lejos de mermar o detenerse, terminarían por ser cada vez más atrevidos e inaceptables.

No obstante, pese a que Georgiana tomó su advertencia tan solo como un arrebato de malignidad expedido con el fin de sembrar desconfianza y calumniar a quien no se lo merecía, en aquel momento, mientras paseaba al lado de John por ese océano de espadañas y lirios amarillos, no podía evitar que tales palabras acudieran a su cabeza y permanecieran allí por más tiempo del deseado, enturbiando el bello escenario –además de la compañía– que, por el contrario, debería estar disfrutando.

No tendría que entregar sus pensamientos a las difamaciones de un malvado, especialmente cuando el tono empleado para expresarlas reflejaba un cierto retintín. “Debería cuidar de forma minuciosa sus amistades, especialmente las que pretenden ocupar una parcela más amplia en su inexperto corazoncito. Es posible que, de lo contrario, acabe llevándose una gran decepción”.

Se refería a John, era obvio. ¿Pero con qué potestad se atrevía Arthur Scratch a discursear sobre un caballero que ni conocía ni se había molestado en tratar?

Peor aún: ¿cómo se atrevía a opinar sobre la localización de sus afectos, tachando a su corazón de inexperto, como si de ese modo pretendiera desdeñar una vez más su juventud en contraposición con la aventajada edad y experiencia del gran hombre, de aquel que creía ser, cuando menos, un dios del Olimpo? ¿Cómo osaba concederse a sí mismo la condición de centinela moral de Somerton Abbey, cuando él en persona se había conducido frente a ella como un auténtico sátiro?

Inhaló profundamente por la nariz y elevó por vez primera la mirada al frente. No podía consentir que la angustia sembrada en su cabeza por la mano negra del señor Scratch enturbiara instantes de felicidad como el presente, o entonces estaría concediendo al malvado una preponderancia de la que jamás sería merecedor.

Soltó lentamente el aire retenido y relajó la vista en el paisaje. El tibio sol languidecía en la hora pensativa del atardecer, creando una paleta de colores tenues sobre el bucólico escenario que la agradable comitiva cruzaba en esos momentos. Lirios de agua, espadañas y salicarias en flor adornaban el manto verde y ondulante que se extendía hasta más allá de donde alcanzaba la vista y que se doblegaban al paso de los caminantes, como si se inclinaran en reverencia ante las faldas de muselina o las *hessian* de los caballeros. Tan solo los vallados de madera que delimitaban terrenos y servían de cerca para el ganado concedían dimensión al vasto, vastísimo lienzo salpicado de árboles pincelados con gracia hasta la lejanía del horizonte.

A su lado, John, el apuesto John; John, el caballero de sus sueños, ataviado con un elegante redingote de color pardo sobre un frac oscuro, chaleco brocado en ocres y dorados y pantalones estrechos remetidos dentro de las botas, caminaba abstraído también en sus pensamientos, silencioso y meditabundo.

De hecho, tras reunirse con sus compañeros algunas millas atrás, John y ella apenas habían intercambiado los saludos de rigor y algún vano comentario acerca del tiempo o del estado de los caminos, especialmente embarrados a esas alturas de la estación debido a las lluvias de los últimos días. Después, se habían limitado a caminar uno al lado del otro, cabizbajos y abismados como si contaran los pasos, mientras a cierta distancia por detrás les seguía la pareja ya indisoluble formada por Marcia y Rodrick. Ellos sí que conversaban y reían sin pausa, disfrutando cada ínfimo segundo de cercanía y compañía.

Tuvo miedo Georgiana que dicho ostracismo, impensable en un hombre de naturaleza alegre y ocurrente como había hasta el momento demostrado ser el señor Brighton, se revelara en tal condición debido a un indeseable hastío. ¿Se habría cansado tal vez de ser su acompañante en las excursiones que llevaban tiempo realizando por los alrededores? ¿Lo habría asumido, quizá, como una suerte de compromiso adquirido sin pensar, del que, en su condición de caballero, ahora le costaba liberarse? ¿Se habría aburrido de ella?

No era una cuestión desdeñable, pues al fin y al cabo un caballero tan activo como él, nuevo por demás en el condado, propietario reciente de una vasta heredad, debía de tener mucho en qué pensar y bastantes tareas. Perder el tiempo con una joven y con sus amigos tal vez no resultara para él, después de todo, un aliciente interesante al que dedicar sus valiosas horas de asueto.

Oh, Dios no quisiera que fuera cierto, pues en ese caso podría asegurar que el inexperto corazoncito, que Scratch se jactaba de señalar como tal, sufriría en efecto una grave decepción, y hasta quebraría en mil pedazos, pues, a esas alturas, la víscera romántica se encontraba, en su totalidad, ocupada por un solo nombre y una sola figura masculina.

Desvió la mirada para observar por el rabillo del ojo la susodicha figura, que sin duda no podía ser otra, y que pertenecía al caballero que caminaba silencioso a su lado, incapaz, al parecer, de encontrar un tema de conversación que rasgara el odioso velo de

silencio que entonces los envolvía, como pegajosos e indeseables jirones de bruma al amanecer, y que parecía mantenerlos a ambos sitiados en dos simas remotas del mundo.

* * *

Esa tarde, John había encontrado a Georgiana un tanto distraída; semejante hecho, como no podía ser menos, lo preocupó. ¿Quizás había sido demasiado obvio en su inclinación hacia la señorita? ¿Era posible que ella no estuviera interesada en él, ni en sus afectos, que tan solo aceptara su compañía como se acepta la compañía de un amigo o de un vecino? ¿Tal vez temía la joven que, si continuaba frecuentándolo y aceptando sus atenciones, terminara alentando un cortejo que ni deseaba ni pretendía?

Se sentía John tremendamente confundido al barajar todas estas posibilidades, pues ninguna de ellas tenía cabida en su cabeza, aunque, en esos momentos, dejaran profunda huella de sombra en su corazón. La señorita le agradaba; ciertamente en las últimas semanas había experimentado una inclinación sincera y devota hacia ella de la que era tremendamente consciente. ¿Para qué negarlo? En las últimas semanas, ella había sido reina y señora de sus pensamientos, adueñándose de sus horas diurnas y protagonizando todos y cada uno de sus desvelos nocturnos, los cuales, por cierto, habían sido notables.

Nunca antes había experimentado una necesidad semejante a la que sentía con respecto a Georgiana Masterson. La necesidad, a un tiempo efímera y a un tiempo vital, de verla a todas horas, de conversar con ella, aunque nada más fuera que de temas banales, la necesidad de permanecer cerca y simplemente aspirar su embriagador aroma a lavanda; la invaluable necesidad de cerrar los ojos, de permitir que ese aroma dulce y envolvente lo traspasara por completo, llenando su ser de la esencia única de esa hermosa criatura.

El eco de su voz, el cascabeleo alegre de su risa, la forma encantadora en la que sus pómulos se redondeaban al sonreír o la chispa que brillaba en sus pupilas cada vez que contemplaba fascinada el paisaje que, hasta entonces, había conformado el escenario perfecto de sus encuentros casi diarios, suponían para él un bálsamo delicioso capaz de alimentarle el alma y hacerlo feliz.

¡Todo, todo en ella la agradaba! Hasta el punto de hacerle comprender que esa necesidad pronto se convertiría en desvelo si no era correspondida.

Había estado con otras mujeres antes, pero sus relaciones en el pasado se habían limitado a intercambios de índole carnal, como si de una simple, fría y vacua transacción se tratara, en la que cada cual salía beneficiado de un modo u otro. En su caso, pasaba por tratar de mitigar la soledad insondable que lo ahogaba desde la niñez y que jamás había podido ser solventada desde el fallecimiento de su madre.

El hecho de que una madre desaparezca de la vida de un niño siempre resulta un hecho trágico y lamentable, pero, en su caso, dicha tristeza venía acompañada de un horrible sentimiento de culpa o impotencia. Tal vez, de una mezcolanza entre ambos. Porque, si tan solo en aquel entonces, él no hubiera sido un chiquillo incapacitado para salvaguardar el honor de su adorada madre, todo habría sido diferente… Pero no, no tenía ya sentido lamentarse. Había otras cosas en las que pensar, como el hecho de que la hermosa joven de bucles oscuros y mirada esmeralda caminara absorta y en silencio a su lado, inclinada la mirada hacia el sendero trebolado bajo sus pies. Si continuaban de ese modo, pronto alcanzarían la abadía y sus caminos tendrían que separarse ese día sin que a él le supiera a mucho. Y no, no quería en modo alguno verse en la obligación de flagelarse mentalmente más tarde por haber callado conversaciones que los acercaran o, en todo caso, que dejaran entrever el estado real de su relación.

Se disponía a rasgar el velo de silencio que los acompañara durante todo el trayecto cuando el resuello cercano de un caballo disipó sus intenciones, anulándolas por completo cuando montura y jinete se dejaron ver entre los abedules.

Un percherón oscuro, que efectivamente piafaba y espumarajeaba a causa de la inútil contención a la que estaba siendo sometido por un jinete estricto –y muy poco diestro– se detuvo por completo cuando se situó a la altura de la primera pareja. Fue obvio que, para la pobre bestia, la parada supuso un grato alivio, pues debió de resultar una auténtica tortura sentir la opresión del bocado a cada paso, instándolo a ir más lento de lo tolerable para un animal con semejante potencia.

Los ojos de John se desviaron enseguida del pobre animal al individuo que se sentaba sobre él componiendo con su envaramiento una estampa rocambolesca, pues sin duda la elevada estatura del humano, así como su figura seca y alargada –todavía más alargada debido al rimbombante sombrero de copa que ceñía sobre la testa– contrastaba con la corpulencia y envergadura achaparrada de su montura.

El hombre recogió todo cuanto de valor encontró en la casa, y que era muy poco, lo guardó en su enorme maleta de cuero y traspasó el umbral justo después de dispensarle una última mirada. Nada parecía importarle que el pobre niño permaneciera aovillado en un rincón, enrojecido el rostro y bañado por un mar de lágrimas, mientras lo observaba, trémulo y jadeante, tras el velo acuoso que le toldaba la mirada.

No lo había vuelto a ver desde la cena en Somerton Abbey, aunque fue consciente desde esa primera vez que sus caminos habrían de volver a encontrarse tarde o temprano, pues Hylton no era tan grande como para concederle la maravillosa gracia de no verlo más.

Scratch inclinó la cabeza en un supuesto gesto de cortesía, aunque su rostro no reflejaba ni el menor asomo de nada de ello, más allá de un claro desagrado ante el encuentro.

—Señorita Masterson —saludó en primer lugar, y apreció John que su mirada se afilaba en viso de censura al posarse en su acompañante—. ¡Qué casualidad encontrarla tan lejos de la abadía! —La mandíbula del jinete se tensó cuando elevó la barbilla para obsequiarle una mirada olímpica—. Aunque ya debería haberme acostumbrado, ¿verdad?, teniendo en cuenta su perturbadora inclinación por los escenarios forestales. —Acto seguido esos ojos de hielo se posaron sobre John para componer una mueca de repulsa con los labios—. Señor Brighton.

John no pudo ni quiso permanecer callado. Si ya de por sí la sola presencia de aquel individuo suponía un insulto para él y para su integridad mental, el hecho de que se hubiera dirigido a Georgiana con un tono tan arrogante como amonestador terminó por gangrenarlo.

—¡Vaya, veo que me recuerda usted!

El tono falsamente amigable que mostró Brighton no conseguiría engañar a nadie, mucho menos a Scratch, que se removió en la silla al tiempo que enarcaba ambas cejas en señal de suficiencia.

—Tengo buena memoria —soltó con despotismo.

"No tan buena, al parecer", pensó John en tanto esbozaba una sonrisa ladeada.

El jinete miró entonces más allá de la primera pareja para fijarse en la segunda, que había continuado andando para acabar situándose a la misma altura. Cabeceó de nuevo en señal de cortesía, aunque nada dijo. Tal vez, consideró, esos personajillos secundarios no se merecían ni su atención ni su tiempo. En cambio, se dirigió de nuevo al señor de Green Hall:

—Me alegra ver que se ha granjeado usted buenas amistades en Hylton, a pesar de ser un recién llegado del que nadie sabía nada; ha sido una suerte para usted que su tía lo tuviera en cuenta.

Rodrick dio un paso al frente para situarse al lado de John y, de ese modo, dejar claro el respeto y la amistad que lo unían a él; seguramente el gesto obedeciera también a un intento de calmar a su amigo ante lo que, a todas luces, podía entenderse como un agravio. John, no obstante, supo contenerse. Sabía perfectamente el sitio que ocupaba y lo estúpido que hubiera sido arreglarle la cara a ese malnacido delante de dos señoritas, tal y como reclamaba todo su ser.

A pesar de la contención de Brighton, comprendió en efecto el abogado la desigualdad de condiciones en las que se encontraba en el supuesto de que la conversación terminara por caldearse, pues sucedía con los caballeros jóvenes lo mismo que con la leña verde: poco se podía esperar de ellos más que humo, un humo molesto e inservible, especialmente encontrándose delante de dos muchachitas a las que impresionar. Decidió entonces que lo mejor sería dar por zanjada la charla insulsa y mantener a salvo su integridad física. Ya tendría tiempo para soltar sus pullas allá donde fueran a concederle un mayor rendimiento.

—Me dirijo a Somerton Abbey —le dijo a la joven de cabello oscuro y ojos verdes—. Así que, si tiene a bien subirse a la silla, señorita Masterson, con gusto la escoltaré hasta allí. Es tarde y no debería usted permanecer en el bosque, tan lejos de la seguridad del hogar.

Ese señalamiento resultaba ofensivo para los acompañantes de la dama; si bien ninguno de ellos dijo nada, tanto Rodrick como John constataron su malestar al cerrar las manos en puños y cuadrarse al mismo tiempo.

—Usted siempre tan amable, señor Scratch —intervino rápidamente Georgiana, quien quiso adornar las palabras con una sonrisa para aligerar la tensión que flotaba en el aire y que tampoco había pasado inadvertida para ella—, pero ya sabe usted que conozco perfectamente los alrededores como para temer extraviarme. Podría recorrer toda la campiña de Hylton a la hora del crepúsculo sin el mínimo sobresalto.

—¡Pasear por el bosque a la caída de las luces! —bufó Scratch descompuesto—. ¿En qué cabeza asentada tendría cabida disparate semejante?

Ante la certeza de haber escandalizado a tal severo centinela, la sonrisa de Georgiana se acrecentó.

—Además, esta vez sí llevo mi abrigo, señor Scratch, como puede comprobar, así que siéntase usted libre de permanecer tranquilo.

Los presentes presenciaron el extraño intercambio con prudencia y en silencio, desconocedores del contexto que le habría dado pie. Ninguno pudo escuchar el chasquido que produjeron los molares de Scratch al encajar con rudeza.

—Le aconsejé en una ocasión que no debería actuar de forma imprudente, señorita —advirtió en un siseo, y efectivamente sonó a amenaza—. Nunca se conocen los peligros que pueden acechar en lugares como este. El bosque no es lugar para una dama que se precie de serlo.

John dio un paso al frente de forma inevitable. Por fortuna, Rodrick se encontraba cerca para frenarlo al sujetarlo por un hombro.

—Recuerdo perfectamente la conversación, señor —respondió Georgiana, cortante—. Al igual que entonces, le repito que no existe peligro alguno ante el que tema sucumbir. Sin duda prefiero caminar por el campo a permanecer encerrada en una sala, sin mucho más que hacer que observar la danza de las llamas en la chimenea.

Scratch bufó, airado. La paciencia le estaba llegando al fin, porque, una vez más, esa niña consentida lo desafiaba, esa vez ante un público al que no debía la mínima pleitesía.

—¡Usted verá lo que hace! ¡Pasear por el campo a las puertas del invierno, con este frío, semejante humedad y el constante olor a tierra y a boñiga perturbando el aire! —Su mirada adquirió un brillo aun más severo al fijarse de nuevo en la joven—. ¡Sigo pensando que una señorita sola jamás debería…!

—Pero no se encuentra sola, señor, tal y como puede comprobar… —Fue John quien cortó el perturbador soliloquio del abogado, y esa vez se movió para escudar a la señorita con su propio cuerpo—. Puede usted continuar camino tranquilo, porque la señorita Masterson cuenta ya con quien la escolte hasta Somerton Abbey.

Su tono resultó tan firme, tan grave y tan imbatible; sus pupilas oscuras refulgían con tal fiereza, que Scratch no pudo hacer otra cosa más que callarse y tragar la bilis que quemaba su gaznate. Ya le llegaría su hora a aquel petimetre entrometido, ya, pero ese no era el tiempo ni tampoco el lugar.

Alzó la barbilla con arrogancia y descendió sobre los presentes una mirada olímpica que pretendía reflejar su desprecio y su frustración; no obstante, tuvo que contentarse con descargar ambos desasosiegos sobre el pobre percherón tras espolearlo con saña y obligarlo a emprender una marcha nerviosa.

Los presentes intercambiaron miradas en silencio, sin duda impresionados ante lo que acababa de suceder y que, en modo alguno, resultó agradable para ninguno de ellos.

CAPÍTULO 15

Comprendió Rodrick Stuart que su reciente y estimado amigo John no revelaba la menor urgencia por retirarse esa noche.

Con una sonrisa disimulada en los labios, creyó comprender también el motivo de su demora y de semejante extravío. No era tonto y tenía ojos en la cara para apreciar ciertos gestos, miradas y sonrisas mal disimuladas, aunque había aprendido a ser discreto y observar en silencio en lugar de, tal y como hubiera hecho tiempo atrás, actuar como un papagayo desmedido, incapaz de guardarse en el buche cualesquiera que fuera la información obtenida.

Después de escoltar a ambas señoritas hasta sus respectivas residencias, el menor de los Stuart invitó al caballero a pasarse por Stuart Lodge para cenar con él y con su familia y tomar después una copa. La intención primera pasaba por tratar de aligerar la notable tensión surgida tras el encuentro que había tenido lugar en el bosque y que ninguno de ellos comprendió a qué obedecía, aunque Marcia lo había puesto ya al corriente tanto del carácter despótico y avinagrado del señor Scratch como de su estrafalaria inclinación hacia Georgiana Masterson. Algo totalmente afrentoso, por cierto, teniendo en cuenta la diferencia de edad entre ambos. Aunque era muy consciente de que matrimonios tan dispares se encontraban a la orden del día, especialmente habiendo jugosas rentas de por medio, después de conocer a la señorita Masterson, así como su carácter activo, alegre e independiente, imaginársela desposada con un hombre tan mayor –y adusto– como Arthur Scratch resultaba poco menos que abominable.

La segunda meta, tal vez, pasaba por tratar de acercar impresiones y fomentar con John Brighton una amistad que, poco a poco, parecía ir consolidándose y que a él, personalmente, le congratulaba. John era un tipo alegre, inteligente y sensato, no el típico heredero pagado de sí mismo al que no puede ni posársele una mota de polvo sobre la solapa sin que dicho suceso aparezca de inmediato en algún artículo de *The Times*. Jamás había hecho uso o abuso de su condición, en particular delante de él mismo o de Marcia, lo que era de agradecer teniendo en cuenta la modesta cuna de la que ambos procedían.

Así que, bastantes horas después de dar cuenta de la cena y compartir agradable sobremesa con Frederick y su esposa, allí se encontraban ambos amigos, ya rebasada la medianoche, solos en la salita de Stuart Lodge, apostados de pie a cada lado de la chimenea sin otro entretenimiento más que contemplar absortos el baile lánguido de las llamas mientras degustaban en silencio sendas copas de brandy.

Era obvio que John sentía seguramente la necesidad de liberar algún pensamiento que, de forma privada, lo atormentaba y del que, por algún motivo, parecía no saber cómo desprenderse, pero con el que tampoco pretendía retirarse a Green Hall, pues, de

lo contrario, ya se habría despedido antes de dar inicio a su cuarta copa de licor.

Consciente de eso, también deseoso de resultar de ayuda para el estimado compañero antes de terminar ambos más alegres que un racimo de cascabeles, decidió Rodrick facilitarle el camino del desahogo dando el primer paso en la conversación.

A menudo, hablar de uno mismo propiciaba la intimidad y facilitaba que el otro deseara corresponder de idéntico modo. Además, abrir su alma para revelarla ante quien ya estimaba como amigo, no podía resultar tan mal comienzo después de todo. Ejercería de desahogo propio a la hora de compartir también las propias emociones.

—He estado pensando mucho en los últimos tiempos —principió, fija la mirada en el líquido ambarino que agitaba en su copa—, y, a la vista de los sentimientos que abrigo en mi interior, he llegado a la firme conclusión de que estoy dispuesto a sentar la cabeza de una vez por todas.

Esa mención provocó que John alzara la mirada de la bebida para fijarla en su compañero, enarcadas ambas cejas a causa de la sorpresa.

—Confieso que, en el pasado, he sido un tipo un tanto inconstante y poco fiable en lo que a sentimientos se refiere —continuó Rodrick. Exponer en voz alta sus propias emociones resultaba, como ya adivinó y en ese instante pudo comprobar, ampliamente reconfortante—. Sin embargo, considero que, llegado determinado momento en la vida, todo hombre es consciente de necesitar un corazón en el que se tenga la certeza de ser siempre bien recibido. —Apartó la vista de la copa para buscar refugio en la mirada de su amigo, encontrándola, por demás, especialmente atenta—. Y yo he encontrado el corazón apropiado, Brighton, el puerto seguro en el que refugiarme tras haber navegado en zozobra gran parte de mi existencia.

John, quien había quedado sorprendido ante la inesperada confesión de Rodrick, se demoró unos segundos en reaccionar. Aunque nunca tantos como para aparentar indiferencia o siquiera algún tipo de emoción ingrata. ¿Cómo podría reflejar indiferencia cuando ese joven a quien tenía en alta estima acababa de confesar sentirse enamorado de una señorita a la que él también conocía y consideraba, por cierto, tan adecuada para Rodrick como ninguna otra? La indiferencia no tenía cabida en tales circunstancias, aunque, probablemente, sí un resquicio de envidia sana. En cuanto se repuso de la impresión primera, asomó John una sonrisa sincera a los labios.

—Te felicito por haber alcanzado semejante resolución, amigo mío; es bien cierto lo que dices: todos necesitamos encontrar un corazón al que sentir como un hogar.

Sus pensamientos volaron de forma inconsciente a la figura de Georgiana Masterson, como no podía ser de otra forma, y la envidia sana que experimentara segundos antes actuó como puñal de acero sobre su corazón.

Rodrick, ajeno a los pensares de su interlocutor, centrado en ese instante en sus propias reflexiones, empezó a deambular por la sala sin orden, rumbo o concierto, paseándose por delante de la chimenea y ante su amigo con la mirada extraviada en el

suelo y la cabeza en Marcia Spencer. Sus pasos apurados, amén de la gesticulación innecesaria que concedía a sus manos, evidenciaban su nerviosismo.

Había desenrollado felizmente el carrete de sus emociones y, al encontrar consenso en su interlocutor, el sentimiento empezó a bullir a borbotones, imparable como cauce de arroyo en primavera, para derramarse a través de cada poro de su piel y colapsar al joven caballero de una ansiedad y una agitación coherentes a tal situación.

—Mi intención es declararme a la señorita Spencer. —Se mostraba realmente entusiasmado compartiendo sus proyectos y, aunque hablaba sin mirar a Brighton, dirigiéndose al suelo en realidad, tal exaltación pretendía ser compartida—. No quisiera demorarme demasiado, pues en verdad es mi deseo compartir mi vida con ella, así que ¿por qué esperar? —Un jadeo desasosegado se entremezcló con la sonrisa trémula mientras continuaba deambulando sin moderación—. Tan solo confío de corazón que ella me acepte. Hasta el momento todo parece indicar que no le resulto indiferente y que recibirá con agrado mi propuesta, pero nunca se sabe, ¿verdad?

John encontró la situación bastante hilarante. Un hombre hecho y derecho como Rodrick Stuart mostrando un estado de agitación tan solo atribuible a un zagal inexperto ante su primer amor. Sin duda debería ser objeto de chanza y divertimento; no obstante, la sinceridad y los sentimientos de su amigo exigían todos sus respetos.

—Todo irá bien —dijo John; luego dio un paso al frente para detener el avance sin rumbo de su amigo, forzándolo de ese modo a quedarse a su lado. Sus palabras, arrulladas por una sonrisa confiable, pretendían tranquilizar al inquieto paseante—. La señorita Spencer dirá que sí, no podría ser de otro modo y no me cabe la menor duda. —Rodrick esbozó una sonrisa de agradecimiento, revelándose agitado después de un paseo poco menos que histérico—. Me alegro mucho por ti, amigo, por los dos, pues sin duda formaréis una pareja estupenda.

Satisfecho y alentado con tales pronósticos favorables a sus deseos, Rodrick esbozó una amplia sonrisa en tanto cabeceaba su gratitud.

—Agradezco tus palabras, Brighton, de corazón.

John, contento de encontrar a su amigo animado y ya por fin más tranquilo que segundos antes, le devolvió la sonrisa antes de centrarse nuevamente en su copa.

Decidió, entonces, Rodrick, tras acompasar la respiración y sosegar la mente, desviar un poco la conversación para tratar otro punto importante. Había llegado el momento de John. A la vista de su ostracismo reciente y de la alegría con la que aligeraba su bebida, resultaba obvio que algo lo preocupaba. Era justo que ahora fuera él quien escuchara las inquietudes de su amigo porque, estaba convencido de ello, inquietudes había.

—¿Y tú? —preguntó, tratando de restar seriedad al requerimiento al esbozar una sonrisa desenfadada—. ¿Qué hay de ese corazón en el que procurar refugio? Green Hall es muy grande para vivir allí solo…

Tal y como había sucedido con anterioridad, John vació el contenido de su copa de un único trago. La quemazón que el alcohol le provocó en el gaznate ocasionó también que los ojos se velaran con lágrimas de forma involuntaria. Para tratar de disimularlo, depositó la copa sobre la repisa de la chimenea y volvió la espalda a Rodrick, dispuesto a volcar toda su atención y sensibilidad en las lenguas de fuego que devoraban con impiedad los leños. ¿Qué había de ese corazón anhelado en el que procurar refugio? ¿Existía siquiera alguna posibilidad de optar por él?

—Es probable que el único corazón que puedo desear permanezca tan fuera de mi alcance, querido amigo, como lo está Sirio en lo alto del firmamento o como la propia luna para los poetas.

Rodrick miró esa espalda amplia sin acabar de comprender. Era obvio que hablaba de Georgiana, no le cabía la menor duda. Habían compartido muchas semanas y numerosos paseos por el campo como para no darse cuenta del lugar exacto en el que John Brighton había volcado su interés. Demasiadas miradas, demasiadas sonrisas…

—¿Por qué habría de resultar inalcanzable? —inquirió Rodrick.

John inhaló profundo, llenándose los pulmones con el cálido aroma de la madera recién quemada. ¿Por qué era Georgiana inalcanzable? ¿Por qué lo son las estrellas y la propia luna?

—Supongo que la mayoría, aunque sea de forma privada, pensará lo mismo que Scratch: que he tenido suerte de heredar esta propiedad y convertirme de la noche a la mañana en un flamante heredero cuando nadie sabía siquiera de mi existencia. —John se encogió de hombros, todavía sin volverse—. No puedo ofrecer mucho más que una gran casa y las tierras que la rodean.

La respuesta no satisfizo a Rodrick; muy al contrario, pareció exaltarlo de una forma notable.

—¿Y qué importa lo que opinen los demás? —exclamó—. Mi hermana era una Stuart, miembro de una familia modesta, pero hoy en día pertenece a la casa Somerton. ¿Quién lo diría, verdad? —Una sonrisa ahogada se hizo eco en la estancia—. Yo mismo soy un hijo segundón, ni siquiera dispongo de casa propia. Mis únicas salidas son la carrera militar, la Iglesia o una profesión para la que no dispongo de la menor experiencia. —Rodrick hizo una pausa que provocó que John se volviera ligeramente hacia él, buscando su mirada—. He estado pensándolo, Brighton. El señor Somerton le habló a Frederick de algunos contactos que posee en Hampshire; es obvio que Frederick ha intercedido en mi favor, haciendo uso de las relaciones del señor Somerton, así que creo que finalmente aceptaré un beneficio que le han propuesto para mí. Cuando era joven, cursé estudios eclesiásticos para complacer a mi padre. Él siempre deseó, al igual que Frederick, que estudiara una carrera. Ante mi falta de decisión, eligieron por mí. Dijeron que la Iglesia era el mejor camino para un segundo hijo. Nunca pensé que acabaría ejerciendo, la verdad. —Suspiró con cierta resignación—. Y eso es todo lo que yo puedo ofrecerle a la señorita Spencer: ser la esposa de un humilde pastor rural.

John había escuchado en silencio la divagación de su amigo, consciente de la aflicción que supuso para él confesar sus limitaciones. De una zancada, alcanzó la posición de Rodrick y, sin el menor preámbulo, depositó una mano afectuosa sobre su hombro.

—Yo mismo soy hijo de un humilde pastor rural, como tú bien dices. Te aseguro que siempre me he sentido tan orgulloso de mi padre como pudiera estarlo el hijo de un duque. —Habló muy serio—. Tampoco supe jamás de una mujer tan enamorada y dichosa al lado de su esposo como lo estuvo mi madre al lado de mi padre. —Rodrick exhaló con largueza. John continuó—: Mi madre era una Aston, pertenecía a una familia acomodada; no obstante, renunció a todo ello por amor: jamás fui consciente de que se arrepintiera de hacerlo. Según ella, los años que compartió con mi padre fueron sin duda los más felices que pudo conocer. —Ciñó con afecto el hombro de Rodrick—. Estoy seguro de que la señorita Spencer se sentirá feliz simplemente por ser la esposa de Rodrick Stuart.

Abrumado por el peso de sus emociones, Rodrick no dudó en dejar atrás convencionalismos y etiqueta para abrazar a su buen amigo, fundiéndose con él en un gesto que derrochaba afecto, respeto y gratitud a partes iguales.

—Gracias por tus palabras, Brighton —murmuró emocionado—. Espero que tú mismo tomes ejemplo de ellas y no te rindas a la hora de alcanzar a tu Sirio.

Acto seguido se separó de él para observarlo con fijeza, sonriendo al tiempo para tratar de restar formalidad al momento. Al fin y al cabo, tanta seriedad no encajaba con la naturaleza afable y extrovertida de ninguno de los dos. John, quien no deseaba ser el centro de atención en una conversación de tal relevancia, cabeceó despacio a la par que dedicaba una mirada sesgada a su amigo.

—Así que pastor… —murmuró divertido—. El pastor Stuart…

Rodrick enarcó ambas cejas, fingiendo sentirse ofendido ante el tono pretendidamente burlón de Brighton.

—Ya lo ves: el hijo descarriado al final termina por seguir la senda correcta —comentó, incapaz de desatender la chanza—. ¿Quién sabe? Puede que hasta sea yo quien oficie tus esponsales algún día.

CAPÍTULO 16

John la observó largamente y en silencio, porque podía aprovechar la ventaja posicional que le concedía estar situado un par de pasos por detrás de la bella Georgiana. La joven, que había caminado en su distraimiento hasta separarse de su compañero para situarse al borde del despeñadero y contemplar a placer el abismo verde que se extendía a sus pies, como una infinita colcha tejida con remiendos, permanecía por fortuna ajena al escrutinio del que ya se confesaba, de forma privada y con discreción, como su rendido admirador.

De ese modo, secretamente y en silencio, la admiraba John en ese instante, como a la innegable beldad que, surgida en medio del paraíso, recorta su silueta contra el gris plomizo de un cielo ampliamente encapotado mientras el horizonte se amplía ante ella en diferentes tonalidades de verde, conformando un escenario etéreo y bucólico.

Perfecto, como ella.

Diciembre se había iniciado semanas atrás y, aunque esa tarde la lluvia les había concedido tregua para salir a pasear después de varios días de privación, las temperaturas se sentían notoriamente bajas. Además, el ambiente se pincelaba como una acuarela oscura, barnizada con esa luminosidad característica que precede a un seguro aguacero. Las copas de los árboles se dibujaban más oscuras de lo normal, agitadas en el baile cadencioso del céfiro; el firmamento alternaba en su algodonosa superficie diferentes tonos de grises, violáceos y blancos brillantes; la brisa se deslizaba fría y cortante. Entre la espesura, proclamaba su dicha con gran sonoridad un afinado mirlo, llenando el aire de notas vibrantes.

Georgiana, ataviada con un saco *spencer* de terciopelo negro sobre un vestido beige salpicado de diminutos lunares un par de tonos más oscuros, guantes de cabritilla y bonete a juego, observaba el paisaje con los brazos descendidos a los costados mientras sostenía una varita de espadaña con la que arañaba el suelo. A pesar de que su pose relajada podría reflejar una cierta inelegancia, apartada de la condición innata de la señorita y de la etiqueta esperada en los salones, la encontró John tan natural, tan dulce, tan frágil y tan particularmente hermosa, que el sentimiento que lo devoraba por dentro se intensificó con mayor empeño.

Sonrió, pues la tibieza que le colmaba el alma mientras la miraba reclamaba por exteriorizarse hasta estirarle los labios en cálida sonrisa, mientras el delator brillo de la admiración, difícil ya de reprimir, centelleaba en sus pupilas.

De vez en cuando John la descubría elevando la barbilla y entornando los ojos, seguramente cerrándolos del todo, para disfrutar por completo la sensación de la brisa en su rostro, agitando los bucles oscuros y enfriando su tez de porcelana, mientras los olores de la tierra y los sonidos de la naturaleza le invadían los sentidos. Sabía John que

Georgiana lo sentiría de ese modo, pues era una joven especialmente sensible, capaz de emocionarse y apasionarse con cualquier detalle que a otros ojos pasaría por completo desapercibido. Esa era de las múltiples cualidades que lo fascinaban de ella. Una de muchas.

No sin recelo se decidió a dar un paso al frente y enturbiar la maravillosa estampa que atesoraría para siempre en su memoria; sin embargo, no podía ignorar el interrogante, a la par que la sensación, que le cruzó la frente en ese prolongado lapso de contemplación:

—¿Aceptaría un penique por sus pensamientos?

Georgiana parpadeó despacio para devolverse a la realidad y esbozó una sonrisa tímida, distraída, cualidades ambas que en esos momentos compartía su estado anímico.

—No sería justo para usted —respondió—, pues al fin y al cabo no estaba pensando en nada en particular.

John le devolvió la sonrisa, situándose por fin a su costado.

—Me niego a creer eso —añadió—. Algún pensamiento ha de rondarle la cabeza, uno capaz de mantenerla alejada, al menos emocionalmente, de sus amigos.

Georgiana, quien había permanecido mirando a John durante el breve intercambio, devolvió la mirada al abismo para deslizar a continuación un suspiro entre los labios, todavía estirados en una sonrisa casi de resignación.

—En realidad… —comenzó diciendo. Tras concederse unos segundos para asimilar la verdad de sus sentimientos, decidió que bien podría revelar un poquito de lo que le velaba el alma, al fin y al cabo a él y tan solo a él competía su aflicción—. En realidad, sí pensaba en algo.

John cabeceó. Georgiana podría haberle negado la evidencia, pero en modo alguno podría engañarlo. No era esa la primera ocasión en la que la había descubierto distraída durante sus paseos y, aunque era consciente de la capacidad de fascinación de la joven, especialmente en un entorno como el que gozaban en Hylton, entendía y albergaba la certeza de que se trataba de algo más.

—Por vez primera no ansío la llegada de la primavera…

Un nuevo suspiro secundó tales palabras. ¿Era melancolía lo que apreció en la mirada de Georgiana mientras la joven contemplaba con fijeza la invernal campiña? ¿Reflejaba pesar la emoción que le aunaba las cejas para concederle una expresión doliente?

—Esta vez la primavera vendrá acompañada de un sentimiento distinto al habitual —continuó con la mirada volada hacia la lejanía—. Entonces, no importarán las flores, ni los pajarillos aleteando su alegría, tampoco los aromas y los colores que vestirán los bosques de gala, porque no estaré aquí para verlos.

John encajó la mandíbula hasta que los molares restallaron. No, ella no estaría, porque su estancia en la abadía, y en Hylton, dependía apenas de un par de meses más. Recogió las manos en puños a la espalda, se cuadró en su posición, elevó la barbilla y decidió responder con absoluta sinceridad, sin temor a mostrar el corazón en cada sílaba. Se sentía absolutamente consciente del fuerte oleaje que rugía en su interior y que golpeaba y batía contra las entrañas del mismo modo que las furiosas olas del norte se estrellan sin piedad contra las rocas.

—Ojalá no tuviera que irse.

Georgiana volvió el rostro hacia él con rapidez y, cuando las miradas de ambos se encontraron, la de ella sin duda destilaba un brillo de emotivo anhelo. Contuvo la respiración mientras el corazón dio inicio a un galope mortal, feroz e imparable. “Dígame…dígame eso que mi corazón tanto desea escuchar.”

En su fuero interno rogaba porque sucediera, rogaba porque John Brighton diera alas a su corazón al confesarle los sentimientos que Georgiana deseaba atribuirle, pues en ese feliz caso serían idénticos a los que ella misma llevaba semanas alimentando en su interior y que, de tan fuertes e intensos, corrían serio peligro de desbordarse de forma impropia en cualquier instante. “Hable, John Brighton, se lo ruego, pídame que me quede.”

¡Ay, ojalá John hablara, ojalá John concediera esperanza a la primavera!

No obstante, tras sostener la mirada durante lo que a ella le semejó una eternidad, John no añadió nada más, de modo que Georgiana se vio obligada a sofocar sus anhelos bajo el peso suave y resignado de un suspiro. Ceñuda a causa de una repentina decepción, inclinó la mirada mientras trataba de aplacar intensas e incipientes ganas de llorar.

Lo que ella no podía saber en modo alguno era la fuerza con la que John enlazaba las manos en ese instante, o la implacable prensa perfectamente encajada en la que se había convertido su mandíbula. Tampoco fue consciente del agujero recién surgido en la boca del estómago del caballero, un agujero que crecía y ahogaba su ser a pasos agigantados, tras cada hálito y cada segundo transcurridos.

—Bueno —continuó ella, obligándose a recuperar la sonrisa—, siempre podré regresar a Somerton Abbey, o visitar a mi querida Marcia.

John inclinó la cabeza y descendió la mirada al suelo en un gesto que, privadamente, pretendía devolverlo a la realidad tras un breve instante de extravío emocional. El momento había pasado y su cobardía, o un exceso de prudencia, lo habían obligado a callar lo que su corazón reclamaba.

“¡Idiota ¡Idiota!”

—¡Oh, respecto a eso…! —Una sonrisa acudió presta a los labios para disculpar su dilema interno—. Es posible que su buena amiga deje de ser residente de Hylton más pronto que tarde.

Georgiana permaneció mirándolo un largo instante, sin acabar de comprender del todo semejante afirmación, pero conforme fugaces ramalazos de entendimiento acudieron a su mente para abrirse paso entre las brumas del desconcierto, sus labios adquirieron forma redondeada para dar paso a un mohín de contenida exclamación. De inmediato, acunadas por los sonrojos repentinos que escarcharon las mejillas de la joven, las manos enguantadas acudieron raudas a ahuecar los labios.

—¡Oh, oh Dios mío! —exclamó la joven, sinceramente emocionada—. ¿Podría ser posible lo que me estoy imaginando?

John cabeceó en medio de una amplia sonrisa, ya amago de carcajada, ante la nada disimulada emoción de la muchacha. Georgiana destilaba pasión por cada fibra de su ser, eso lo sabía con certeza porque ella jamás se había molestado en disimular nada, pero ser testigo en primera persona de los elevados cúlmenes que apuntaban los sentimientos de la joven resultaba tan revelador como entretenido.

—Desconozco lo que se imagina usted, señorita Masterson, pero, a juzgar por su expresión y por la felicidad que refleja, supongo que ha de ser algo bueno.

Georgiana jadeó una sonrisa. Su expresión efectivamente había sufrido un notable cambio, del mismo modo que había mudado su ser al completo. De la desatención, el extravío y la nostalgia reveladas apenas segundos antes no quedaba nada; en esos momentos, sus verdes iris brillaban velados por un llanto emotivo que ya pulseaba en sus pestañas, mientras los sonrojos y la risa nerviosa le adornaban el semblante para delatarla de un modo fulminante.

¡Qué fascinante resultaba esa muchacha, tan capaz de anteponer la felicidad de sus seres queridos a la propia! ¡Tan capaz de desterrar de su rostro la expresión melancólica mostrada apenas segundos antes para adornarla con una efectiva máscara de alegría y felicidad!

—¿Cómo es posible que esté usted al tanto? ¿Acaso el señor Stuart se lo confirmó? ¿Y por qué dejarían de vivir en Hylton? ¿Acaso sabe usted más de lo que dice? —preguntó, abrumada por la emoción, nerviosa y agitada a la par—. ¡Oh, sea como fuere me siento tan dichosa, tan dichosa, señor Brighton! ¡No se imagina usted cuánto se merece Marcia Spencer ser feliz!

John la miró con largueza. No dudaba que Marcia se mereciera cualquier atisbo de felicidad teniendo en cuenta su personalidad templada, bondadosa y noble. No obstante, estaba convencido de que Georgiana Masterson era muy merecedora de una dicha similar. Los corazones inocentes, soñadores y genuinos sin duda se merecen la mejor de las fortunas, y no, precisamente, en lo que a rentas se refiere. Georgiana, Sirio inalcanzable, se merecía toda la dicha que su amable corazón fuera capaz de albergar.

Un movimiento fugaz a su espalda lo devolvió de forma brusca a la realidad, obligándolo a cuadrarse, despabilarse y reaccionar.

Rodrick y Marcia, que se habían retrasado durante el paseo avanzando pretendidamente despacio para, como cada vez, procurar intimidad, asomaron tras una curva del camino.

John se inclinó ligeramente hacia Georgiana.

—¿Cree que podremos disimular nuestro entusiasmo y guardarle el secreto al señor Stuart? —preguntó en un susurro—. Considero que se trata de un momento que debe pertenecer solo a los dos, por lo que no debemos revelar el secreto antes de tiempo. Él decidirá la ocasión adecuada para concederse a ambos esa felicidad que todos les deseamos.

Georgiana replegó los labios al interior de la boca para sofocar tanto su alegría como la sonrisa nerviosa que pugnaba por mostrarse. Ruborizada y con la mirada brillante, asintió, contenta de compartir otro secreto con John Brighton.

—Por supuesto, por supuesto que sí —concordó.

Se silenció en el acto, pues la pareja aludida acababa de sumarse a ellos, ajena por completo a su conversación. Georgiana los recibió con una sonrisa, no solo reflejada en su exterior, sino especialmente alimentada en sus adentros. Tras contemplar a la feliz pareja con lo sabido en conciencia, ya no importó tanto la reciente desilusión causada por el silencio de John cuando ella habría deseado que le presentara un incentivo para no abandonar Hylton en primavera.

“Quédese conmigo”, si esas dos palabras hubieran traspasado los labios de John Brighton, nada más sería necesario para que la felicidad de Georgiana resultara completa, le elevara los pies de suelo terrenal y la alzara hasta los cielos. ¡Sería tan dichosa si John le pidiera que se quedara a su lado!

Pero ninguna de esas palabras resonó en el aire, ninguna petición merecedora de la dicha más absoluta tuvo lugar. En ese preciso instante, frente a los rubores y las sonrisas de Marcia, observando a su amiga tan hermosamente feliz, tampoco importó demasiado, porque la felicidad de su querida amiga era lo suficientemente valiosa para ella como para eclipsar todo lo demás.

Como para eclipsar incluso su propio sentir.

Tras meses de espera paciente y resignada, Marcia iba a alcanzar por fin su sueño al lado de su príncipe de cuento, de aquel por quien tantos suspiros había lanzado al aire y quien tantas horas de desvelo le había ocasionado.

Y era justo.

Nada más importaba.

CAPÍTULO 17

Aquella tarde no habían podido salir a pasear.

Llevaba todo el día lloviendo con bastante violencia y no existía esperanza alguna de que fuera a escampar en las horas venideras. Aparte del desapacible clima, las temperaturas habían caído en picada y las sombras descendían con crudeza sobre el paisaje, pincelando la atmósfera con los colores crepusculares cuando apenas era media tarde. La imposibilidad de ver a John abrumaba a Georgiana, sumiéndola en una angustiosa tristeza.

Había no obstante intentado engañar el tiempo y la conciencia dedicándose a leer, confiada en que los versos del maestro Shakespeare lograran distraerla para volver más livianas las pesadas horas que no terminaban de pasar, pero, al recordar la perfecta y varonil declamación de John cierta tarde en lo alto de aquella piedra, que lo había mostrado a sus ojos como un Dios sobre su pedestal, la lectura acabó por convertirse en una auténtica agonía.

Entonces, habida cuenta de semejante certeza, se resignó a permanecer en esas horas lánguidas con el libro cerrado sobre el regazo, sentada cerca del fuego, mientras se convertía en distraído testigo de la tertulia entre su familia y el joven matrimonio Somerton.

Sus adorados sobrinos se sentaban a sus pies sobre la alfombra trenzada, justo delante de la chimenea, dejándose acariciar por la tibieza del fuego mientras se entretenían con sus caballitos de madera y sus soldados de plomo.

¡Ojalá ella pudiera distraerse de igual modo! Pero, al parecer, no le estaba permitido, ya que, a su cabeza, acudían una y otra vez imágenes de cierto caballero de generosa mata oscura de pelo, atractivos ojos negros y sonrisa ladeada, siempre traviesa. Dichas imágenes, a la par de arrancarle silenciosos suspiros, la envolvían en una constante ensoñación y se convertían en tortura.

John Brighton, apuesto y hermoso.

John Brighton, elegante.

John Brighton, misterioso.

John Brighton, lejano.

Oh, cielos, ¿a qué distancia se encontraría Green Hall de Somerton Abbey? ¿A qué distancia el protagonista de sus desvelos se encontraría de su corazón? Entonces, en medio del suplicio que suponía pensar en John y la incapacidad de poder verlo siquiera un instante ese día, ¡y quién sabía si al siguiente!, llegó hasta sus oídos la conversación

que mantenían sus acompañantes y que ella había desatendido por completo hasta ese preciso instante en el que, tal vez la intuición, tal vez un sexto sentido o quizás la simple fatalidad, había provocado que atendiera por vez primera.

—Sabes perfectamente lo poco afecto que soy a conceder pábulo a rumores sin fundamento, querida Mary —apuntaba William, defendiéndose de alguna inocente acusación vertida por su amantísima esposa—. No obstante, al parecer, en los últimos días pulula uno en concreto por el pueblo que resuena sin duda con mayor insistencia que los demás.

Mary, sentada en su butaca habitual, meneó la cabeza en negación mientras se acariciaba el abultado vientre. Fue Sophia quien habló a continuación, dirigiéndose a su hermano.

—¿Nos afecta a alguno, William?

—No en particular —respondió el interpelado—, aunque sí afecta a uno de nuestros recientes conocidos, sin embargo.

Por alguna razón, esas palabras provocaron en Georgiana una extraña sensación de alerta que le avivó de forma repentina el corazón y le provocó una punzada en su vientre.

—Si me permitís un breve apunte —intervino Anthony—, hace unos días escuché al descuido en la tertulia de los Hartfield cierta conversación, de la que me atrevería a decir que versa sobre el mismo rumor que aquí menciona William.

William cabeceó su asentimiento, concordando con su cuñado. Era obvio que, lo que fuera, había llegado ya a oídos de ambos caballeros. Sophia resopló, impaciente.

—¿Alguno de los dos tendrá a bien dejarse de tanto acertijo y narrar por fin de qué trata ese dichoso rumor que, al parecer, se encuentra ya en boca de todos?

De nuevo Mary negó con la cabeza. Detestaba las murmuraciones de salón, especialmente después de que, durante años, ella hubiera protagonizado buena parte de las de Hylton. También era consciente de que a Sophia le sucedía otro tanto, por lo cual intuía que la curiosidad de su cuñada venía provocada tan solo por un estado de aburrimiento notable. Teniendo en cuenta lo desapacible del clima y lo poco animosa que se había mostrado ella misma en los últimos tiempos debido al agotamiento físico y a las molestias ante la inminencia del alumbramiento, debía mostrarse benévola ante la curiosidad de la señora Masterson.

—Se refiere al joven Brighton —soltó William sin mayor preámbulo.

La mención provocó un colapso repentino en el correcto funcionamiento del corazón de Georgiana, aunque la joven se cuidó de exteriorizar su de pronto alterado estado de ánimo. Cierto que la respiración se le aceleró al tiempo que se le aceleraba también el pulso, y también fue notoria la coloración inmediata de sus mejillas; sin embargo,

procuró permanecer quietita en su asiento, como una sombra sin movimiento, prestando oídos y tragándose los nervios que acababan de convertir su cuerpo en gelatina y sus entrañas en un volcán a punto de erupcionar.

—¿De John Brighton? —No pasó desapercibida para la atenta Sophia la mal disimulada conmoción que acababa de sufrir su cuñada, a pesar de que la joven se esforzaba por pasar inadvertida en su rincón—. Es un caballero sumamente educado y agradable, me pregunto qué tendrán que decir las comadres acerca de él, aparte del tremendo pecado que supone que no le guste bailar o que no haya anunciado un compromiso con ninguna de sus niñas.

Aunque pretendió transmitir hilaridad y una cierta indiferencia con sus palabras, por el rabillo del ojo Sophia permaneció especialmente atenta a la expresividad, siempre delatora, de Georgiana.

—Pues me temo que se trata de algo más serio que todo eso, hermana —anunció William.

—¿Más serio? —continuó bromeando Sophia, afanada en restar importancia a cualesquiera que fuere aquel rumor—. ¿Ha cometido acaso la fatal imprudencia de presentarse a alguna cena con el sombrero incorrecto? ¿O acaso llevaba una patilla más alta que la otra?

Los caballeros rieron con sonoridad.

—Al parecer y según dicen las malas lenguas, el propietario de Green Hall anda enredado con cierta dama de Hylton.

Georgiana ahogó un hipido. El sobresalto provocó que el libro que dormía en su regazo se deslizara entre los pliegues de la falda para caer con rotundidad al suelo, abierto como un pajarillo herido. El sonido desencadenó que todos miraran hacia donde estaba. Plagada de rubores, la joven se apresuró a recogerlo mientras volvía la cabeza hacia la chimenea para tratar, en vano, de esconder la turbación.

Sophia quedó sin palabras, lo que resultaba de por sí bastante insólito. Fue su esposo Anthony quien acudió en su ayuda para añadir información que él mismo había recopilado sin pretenderlo.

—Se menciona a cierta dama de la cual todos tenemos conocimiento y cuya reputación la precede ampliamente —acompañó el anuncio con la gesticulación de cejas y ojos necesaria para hacerse entender sin necesidad de mostrarse más explícito.

Todos miraron a un tiempo hacia el rincón en el que permanecían Georgiana y los niños, temerosos de que información inapropiada llegara a los oídos inocentes de dos criaturas y de una señorita soltera.

Sophia cayó enseguida en la cuenta de a quién se refería Anthony, del mismo modo que hubo de caer también la propia Mary. Ambas intercambiaron una mirada rápida mientras apretaban la mandíbula.

—¡Me niego a prestar oídos a semejante patraña! —exclamó Sophia con sequedad. —Todo este tiempo relacionándonos con John Brighton me ha ayudado sin duda a forjarme una profunda impresión de su persona. Lo considero mucho más juicioso, inteligente y razonable que todo eso…

—E-en verdad me-me decepcionaría mucho si así fu-fuera —añadió Mary—. Me a-atrevería a decir que no lo reconozco, de ser ci-cierto.

Georgiana ya no fue capaz de escuchar mucho más. Sus oídos permanecían embotados, el corazón le dolía en el pecho de tan fuerte y violenta como se había vuelto su percusión. A su cabeza, no dejaban de acudir retazos de escenas pretéritas que le aguijoneaban el alma como enjambre de abejas exaltadas. John enredado con una dama de Hylton… No albergaba demasiado conocimiento acerca del mundo y de la vida, pero había leído mucho y creía entender a qué se refería el señor Somerton. Enredado con una dama…

¿Quizá por eso lo había encontrado particularmente silencioso aquel día que paseaban por el campo, cuando más tarde se tropezaron con el señor Scratch? ¿A eso se refería el anciano cuando mencionó la posible decepción que habría de sufrir su inexperto corazón en el caso de confiarse demasiado a las personas equivocadas? ¿Conocía ya Scratch por entonces dicho rumor? ¿Quizá por eso había callado John lo que el corazón de Georgiana reclamaba por escuchar la última vez que se vieron? ¿Podría ser que John Brighton hubiera traspasado su inclinación y sus atenciones a otra mujer, a esa mujer, y Georgiana se hubiera convertido de pronto en un molesto compromiso adquirido en aras de la caballerosidad?

Natural entonces que no se hubiera pronunciado, ¿cómo habría de pedirle que se quedara en Hylton cuando ella no era nada para él y su interés ya recaía en otra parte? ¡Oh, tantos supuestos resultaban imposibles de asimilar!

Se levantó del asiento, como impulsada por invisible resorte y, ante la mirada de desconcierto de los presentes, abandonó la estancia en una carrera inapropiada, tratando en vano de adelantarse a las lágrimas que ya le descendían las mejillas en un llanto tan apresurado como silencioso.

* * *

Lilly se acomodó los senos bajo el amplio escote mientras se incorporaba en el sofá, tratando de recuperar la postura digna que había abandonado minutos antes. ¿Cómo no había de abandonarla, cuando Arthur Scratch se había derrumbado en la ensenada lechosa para babear y lamer sus pechos con indecente gula, mordisqueando después los

botones rosados con una voracidad devastadora? ¡Ay, menos mal que el sátiro aún poseía dientes, le hubiera dado muchísimo más asco tener que soportar la sensación de amamantar a un viejo desdentado del mismo modo que hubiera sostenido en sus pechos a un recién nacido!

Detestaba tener que concederle a ese viejo licencias que, en modo alguno y en circunstancias normales, le habría concedido, pero el deseo de venganza pesaba mucho más que cualquier resquicio de dignidad. ¡Oh, la dignidad! ¿Para qué servía esta al fin y al cabo? Los años de experiencia le habían enseñado que para nada. Del mismo modo que una estrella puede brillar en lo alto del firmamento siendo admirada por todo un séquito de ingratos mortales, del mismo modo puede apagarse repentinamente su luz hasta llevarla a desaparecer por completo. La dignidad... Ella la había perdido en el preciso instante en el que Pemberton le desgració la vida, o en el momento en el que ella misma se la desgració al fijarse en el caballero equivocado, erróneo prototipo de magnífico hidalgo cuando el susodicho terminó por ser poco menos que un muerto de hambre.

—¿Ha conseguido difundir con éxito el rumor? —inquirió escueta, devolviéndose a ese bochornoso presente en el que toleraba la cabeza canosa y desmelenada del viejo hundida entre sus senos.

—Tal y como acordamos —confirmó Scratch incorporándose, colorado y sudoroso—. Hace unos días asistimos a una reunión en la residencia de los Hartfield. Entre el cortejo masculino no se hablaba de otra cosa.

Lilly sonrió, perversa.

—Buen trabajo entonces, señor Scratch.

El abogado la observó con curiosidad. Conservaba todavía un bonito perfil y, aunque ya no era un capullito por desperezar, la belleza coronaba aún su semblante. Rubia, estilizada, piel de nácar. Cierto que algunas arrugas prolongaban los extremos de sus ojos claros y surcos indisimulables le cruzaban la frente de nieve, del mismo modo que una marcada sima se le dibujaba en el entrecejo. Pero se trataban sin duda de arrugas de expresión propiciadas por un gesto de continua frustración e infelicidad, no a causa de una fealdad innata.

—¿No le molesta que la enjuicien de esa forma? —La pregunta le brotó sola de los labios.

Se hablaba de ella. En esos momentos y por decisión de la propia dama, en Hylton algunos la consideraban la amante –no la prometida o la enamorada, sino la amante– del reciente propietario de Green Hall. O al menos así sucedía en los corrillos malintencionados, los que disfrutan ensalzando calamidades ajenas como si presenciaran un teatrillo desde el palco.

—A esta altura, no me importa lo más mínimo lo que esta sociedad hipócrita diga sobre mí. —Bajó la voz para exponer sus pensamientos—. Ojalá pudiera marcharme de una buena vez de este maldito lugar y olvidarlos a todos para siempre.

Scratch la observó con inesperada expectación. Jamás se había interesado lo más mínimo por el pasado o por las circunstancias de esa mujer hermosa y elegante que vivía al margen de la sociedad. ¿Para qué iba a interesarse cuando lo único que le importaba de ella, como de tantas otras, era acceder de un modo rápido hasta la parcela entre sus piernas y disfrutar mientras existiera lozanía?

Sí le resultó extraño, no obstante, que, con su exterior agradable de admirar y con la nobleza que todavía se apreciaba en los muros de su casa, ningún caballero albergara hacia ella otra pretensión más que la de tomarla como amante. Al igual que él mismo, al fin y al cabo.

Descubrir después la inquina que albergaba hacia los Somerton y los Masterson resultó una feliz coincidencia para la consecución de sus propósitos: apartar a Brighton de Georgiana. El beneficio para él quedaba claro, lo que no acababa de entender era qué sacaba ella de ese rumor malintencionado.

—Tal vez pueda hacerlo…

Lilly volteó rauda la cabeza, que mantenía hasta el momento en dirección opuesta, perdida la mirada en algún invisible átomo flotante, para conceder por vez primera atención a ese bochornoso amante temporal.

—¿Qué quiere decir?

Scratch sonrió, enigmático. Descubrir de pronto una sonrisa pintada en el rostro habitualmente severo y siempre horrible, propició en su semblante una expresión casi demoníaca.

—Que tal vez sí pueda abandonar este pueblucho, si las cosas salen tal y como tengo previstas.

Lilly arqueó ambas cejas. Tras dispensarle a lo largo de algunos segundos una mirada tan olímpica como indolente, estalló en una carcajada grotesca, burlona y malintencionada.

—¿Pretende decirme que me llevaría con usted? ¿Qué me convertiría en su amante oficial? —Lanzó otra carcajada carente por completo de gratitud, esperanza o alegría que congeló el gesto de su interlocutor—. Usted no tiene dinero, señor Scratch, ambos lo sabemos —escupió resentida—. ¿A quién pretende engañar? A mí no, desde luego. Lo único que le concede el poder moverse libremente en sociedad es la relación, digamos que afortunada, que mantiene con los Masterson. Al menos así será mientras esta prevalezca.

Scratch encajó la mandíbula con rudeza, forzándose a ignorar la ofensa gratuita y, estaba convencido, totalmente maliciosa por parte de Lilly Pemberton. De forma sistemática, las manos se cerraron en puños. Debía contenerse, pues en otro tiempo y en otra circunstancia, esos puños habrían obrado en consecuencia sobre la deslenguada mujer que se atrevía a ofenderlo impunemente. En aquel momento, sin embargo, no podía permitirse un traspié.

—Pero tendré todo eso cuando me case con Georgiana Masterson. Dinero y posición.

La sombra de la carcajada todavía bailaba en los labios de Lilly.

—¿Está seguro de que eso sucederá? ¡La joven Georgiana Masterson! —Suspiró con teatralidad—. Dinero y posición. Comprometida ambición la suya, teniendo por delante al cancerbero del hermano…

Scratch continuó prensando la mandíbula. Empezaba a frustrarse ante el declarado pesimismo de la mujer, cuando al fin y al cabo había sido ella la cabeza pensante de todo eso.

—Le recuerdo el plan que tenemos entre manos, señora…

Ella continuó estirando los labios en pérfida sonrisa.

—Y ojalá funcione, amigo mío, nada me complacería más en estos momentos —concedió, pensando una vez más en su ansiada venganza—. No obstante, dudo mucho de que un simple rumor pueda destruir las bases de un idilio entre corazones jóvenes. Deberemos esmerarnos mucho más si pretendemos romper al menos uno de ellos. —Enroscó en un dedo enguantado el bucle dorado que acariciaba su pómulo mientras observaba a Scratch con insultante indulgencia—. ¡Ay, ay, ay, señor Scratch! —Una sonrisa burlona, falta por completo de tino o mesura, huyó de sus labios en pérfido cascabeleo—. Pretende usted competir a estas alturas con un caballero joven y apuesto como John Brighton! ¡Nada menos que para fijarse en una jovencita heredera que bien podría ser su nieta! Creo que apunta usted demasiado alto, señor.

Scratch se puso en pie de un salto y tal evidencia de vitalidad en un hombre de su edad y desgarbada constitución resultó tan sorprendente como inesperada. De ese modo, se quedó mirándolo Lilly, todavía sentada en el diván.

—¡Sucederá, señora Pemberton, acabaré desposando a Georgiana Masterson y llevándome conmigo la dote y la perita dulce! —Sus manos permanecían cerradas en puños a los costados, las aletillas de la nariz dilatadas a causa de la indignación—. Y más le valdría a usted tragarse sus palabras y considerar mi oferta, pues llegado el momento tal vez sea su única oportunidad de abandonar este miserable condado.

Tras una brusca cabezada a modo de despedida, Scratch giró sobre sus talones y abandonó la estancia, llevándose en los labios no solo la miel de unos pechos llenos y aterciopelados, sino también el resabio de un orgullo mancillado y una probabilidad que no quería ni siquiera considerar.

CAPÍTULO 18

Al día siguiente también llovió.

Y al siguiente del siguiente.

De ese modo, transcurrieron un par de semanas sin que el animoso grupo de amigos pudiera volver a reunirse para salir y disfrutar de sus excursiones diarias. Tampoco hubo lugar a reuniones y veladas apacibles en cualquiera de las residencias comunes, pues se sucedió la fatal casualidad de que, durante ese tiempo, Marcia cayó víctima de un resfriado estacional. En medio de tales circunstancias, Rodrick también hubo de viajar de forma repentina hasta Hampshire, según pudo entender Georgiana para atender ciertos asuntos de índole personal que no admitían prórroga.

De ese modo, Georgiana se vio imbuida en una soledad repentina que dio paso a una tristeza impensable en una jovencita activa y apasionada como era ella, aunque asumible en cierta manera teniendo en cuenta su carácter a un tiempo romántico y soñador.

Pensaba en todo momento en John, en la ausencia de John y en ese maldito rumor que no le abandonaba la cabeza. Y aunque no había escuchado nada más al respecto, asumió que cualquiera de los moradores de Somerton Abbey habría decidido cuidarse de mencionarlo en su presencia.

Por fortuna, tampoco Arthur Scratch permanecía demasiado visible. Apenas coincidían más allá de la hora de ocupar la mesa durante las comidas familiares. En esas circunstancias y al llegar el momento de la temida sobremesa, acobardada ante la posibilidad de tener que sufrir su asedio entonces, Georgiana se las ingeniaba para enlazarse del brazo de su cuñada y escabullirse con ella a la sala contigua con tal de evitar cualquier tipo de atención por parte del libidinoso anciano.

Sophia no permanecía ajena a la silenciosa desesperación de la joven, tampoco a su ánimo de pronto sombrío o a la inactividad, ocasionada por el clima adverso, que la mantenía encerrada en la abadía. El hermoso y vivaz torbellino que siempre había sido Georgiana de pronto se presentaba como un sofocado soplo de céfiro que se ve obligado a danzar en solitario entre las copas de los árboles.

Mientras la joven permanecía apostada de pie frente a la ventana, observando un exterior opaco y velado por densa cortina acuosa, la lluvia caía intermitente, fría e inacabable, empañando los cristales del mismo modo que parecía empañarse el corazón de Georgiana, sumido por entonces en cien mil dudas y en cien mil tribulaciones. ¿Por qué no la había visitado?

Era cierto que el clima no se había mostrado benévolo y que, en caso de decidirse a salvar a caballo la generosa distancia que separaba Green Hall de Somerton Abbey, el caballero hubiera llegado empapado. ¡Oh, qué romántico y heroico habría sido verlo aparecer completamente mojado bajo el umbral, con las botas llenas de barro y el cabello pegado al rostro!

Pero también, en caso de no desear mojarse, podría haber mandado enganchar un coche, aunque tal vez consideró innecesario embarrar un carruaje y someter a los caballos a una lluvia inclemente por el vacuo capricho de visitar a una jovencita.

¿Por qué no le habría hecho llegar una nota? Una simple nota habría llenado de esperanza y felicidad el corazón de una dama enamorada. Aunque tal vez consideró innecesario malgastar una cuartilla de papel, la correspondiente tinta y el lacre, hacer salir a un mensajero, para escribir cuatro letras a una jovencita que, sin saberlo él, las habría aguardado como agua de mayo para reposarlas después como una medallita sobre su corazón.

¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Por qué ninguna señal de interés de su parte?

¡Oh, cuántos supuestos batallaban en el magín agitado de Georgiana! Y diciembre se mostraba implacable, como se mostraba también el querubín flechador, que había ensartado su corazón con una flecha equivocada. Ella se había enamorado perdidamente de John Brighton, a esas alturas no albergaba la menor duda al respecto. Él, aun cuando en un principio parecía haber mostrado una cierta correspondencia, había retrocedido de forma pasmosa en los últimos tiempos, no dejándose ver, o, al menos, no dando ese paso al frente que Georgiana tanto anhelaba que diera el caballero andante de la novela en la que ella soñaba ser protagonista.

—Lo echas de menos…

Las palabras de Sophia, situada de pronto a su espalda, consiguieron sobresaltarla hasta el punto de provocarle un hipido sofocado y obligarla a llevarse una mano al pecho. No era una pregunta lo que salió de labios de la señora Masterson, sino una fehaciente afirmación.

—¿Cómo dices? —Sonó Georgiana ahogada al expresarse, tal vez porque jamás pretendió o imaginó que sus sentimientos pudieran resultar visibles, a pesar de permanecer escondidos a buen recaudo en el interior de su alma.

—Hace días que no veo por aquí al señor Brighton. Y lo echas de menos. —De nuevo una afirmación que no exigía respuesta, pues bailoteaba en los labios de Sophia con la eficacia de la certeza—. Te gusta.

Tampoco era una pregunta.

Georgiana, desconcertada por saberse tan transparente cuando pretendía permanecer igual de gris que el clima, tan solo atinó a balbucear incoherencias. Compadecida de su emotividad mal direccionada, Sophia deslizó la mirada hacia los jardines de Somerton

Abbey con la pretensión de que Georgiana la imitara.

—Lo he visto formar parte de tu grupo de amigos y acompañarte muchas tardes de regreso a la abadía —continuó la dama con tranquilidad. Georgiana, confundida pero accesible, imitó en efecto la dirección que seguían los ojos de su cuñada para tratar de relajar los sentidos en la verde acuarela del exterior.— También te he visto a ti en su presencia. ¡A ti, floreciendo como un pequeño brote al sol! Imposible obviar la luz que desbordaba tu mirada, el cascabeleo de tu sonrisa o los colores que escaldaban tus mejillas cada vez que John Brighton permanecía cerca…

Georgiana inclinó la mirada para fijarla en la puntera de raso de sus zapatillas. No podía enfocar ni distinguir los lazos, tampoco la fina tela que revestía el calzado, pues una impenetrable cortina acuosa le velaba la pupila.

—Yo…la verdad… —jadeó, demasiado ocupada en retener sus emociones, teñidas de aflicción, como para mantener una conversación coherente—. Yo no sé qué decir…

—No hace falta que digas nada, tu alma habla por ti. —Una sonrisa condescendiente asomó a los labios de la dama—. La falta de todo ese brillo, de todo ese dulce cascabeleo en ausencia del propio caballero me lo ha dado a entender.

Tomó Sophia la mano de su cuñada, de su hermana pequeña y muy amada para ceñirla con afecto, tratando de insuflarle confianza y seguridad. ¡Se sentían tan suaves y tan finos esos dedos de nieve en privación de guantes! ¡Y temblaban de forma tan perceptible las delicadas manos ante la simple mención de unos sentimientos que su propietaria se esforzaba en disimular!

—No temas expresarte, Georgiana —animó Sophia—. Sabes que siempre tendrás en mí a una hermana dispuesta a escucharte y ayudar a calmar tus desvelos. —Acompañó la mano de la joven para reposarla sobre su corazón en un gesto de fraternal afecto—. ¿Dónde ha ido esa luz, querida Georgiana, donde los colores y la música que envolvieron tu vida desde que te conozco?

Georgiana, por respuesta, suspiró con largueza. Un suspiro doliente y resignado. El suspiro que sale del alma y se dirige al alma. Cuando volvió la cabeza para mirar a Sophia, las lágrimas bailaban ya en el arco oscuro de sus pestañas. El corazón era un pajarillo asustado y desbocado, encerrado en la frágil carcasa de su pecho.

—John Brighton es la música que suena en mi corazón, Sophia, la que acompaña cada latido…

La aludida dio un respingo. Sinceramente no esperaba una respuesta tan vehemente y concisa por parte de Georgiana, a quien siempre consideró, si bien lo suficiente apasionada y romántica como para albergar sentimientos de naturaleza tan cálida y devota, también por completo inexperta en las lides de la vida como para entregarse con tal viveza a semejantes emociones.

—Georgiana…

La joven contuvo un hipido, ahogada en sus emociones.

—¡Y ahora mismo me siento tan completamente en silencio! —sollozó, devuelta la mirada a la acuarela verde y húmeda, perdido su corazón en la imagen del señor de Green Hall—. Quisiera escuchar dentro de mí, quisiera volver a sentir su nombre en cada latido, pero no consigo oír nada…

Durante algunos segundos ningún sonido perturbó el momento más allá de los suaves chasquidos que emitían los leños al agonizar bajo las montaraces lenguas anaranjadas que los devoraban, o el cadencioso estribillo de la lluvia en el exterior. Puede que, escuchando con atención, también pudiera escucharse el violento golpeteo de un corazón que agonizaba de emociones.

—Pues no permitas que el silencio se apodere de tu vida —repuso de pronto y con firmeza Sophia, provocando que Georgiana volviera de inmediato el rostro en su dirección—. No, después de haber sentido la música tan maravillosa que John Brighton despierta en tu alma.

Georgiana tragó seco, sorprendida ante la sinceridad de Sophia.

—Si consideras que John Brighton merece la pena, si es él a quien llama tu corazón… —Sophia jadeó mientras esbozaba una sonrisa de aliento—. Si es así, busca tú misma el origen de esa música que lo precede y alegra tu alma, persíguela si hace falta y no permitas que se aleje otra vez para sumirte en este desafortunado silencio. No te quedes esperando, Georgiana, tal y como se supone que debemos hacer las mujeres. —Meneó la cabeza en negación—. Siempre con absoluta resignación y dolorosa paciencia. No lo hagas, porque puede que esta música no suene dos veces.

Georgiana inhaló una profunda bocanada que retuvo algunos segundos en su interior, tratando de asimilarla y darle cabida del mismo modo que trataba de asimilar las palabras de su cuñada.

—Es un buen hombre, Georgiana —afirmó Sophia, enternecida por la grandeza de los sentimientos que colmaban el alma de la pobre niña y la sonrisa que asomaba sin querer a sus labios ante la simple mención de su caballero andante—. Si lo que siembra una miserable sombra de duda sobre tu corazón son esos rumores sin fundamento que tan solo mentes malintencionadas han podido esparcir, te ruego que los deseches de inmediato.

Georgiana soltó despacio el oxigeno que retenía, del mismo modo que trata de soltarse una honda aflicción.

—¿Y si fueran ciertos? —inquirió la muchacha—. Los rumores, ¿y si fueran ciertos?

Sophia la miró con extrañeza.

—Tal vez las atenciones que consideré que iban dirigidas a mí eran simple fruto de la amabilidad y la cortesía propias de un caballero hacia una joven de la comunidad.

Con la mano libre, Sophia recolocó uno de los oscuros caracolillos de la joven por detrás de su oreja en un gesto de consuelo e indudable cariño.

—¿Eso piensas de verdad, Georgiana?

La joven exhaló con largueza.

—No sé qué creer…

—Todos los momentos que habéis compartido, las sonrisas, las miradas intercambiadas, ¿eran tan solo fruto de la cortesía? No lo creo, querida niña. —Sophia estiró los labios con amabilidad mientras por la mente de Georgiana se sucedían dichas imágenes, sumadas a muchas otras capaces de oprimir su corazón—. En su momento, yo también alimenté dudas y permití que esas dudas empañaran la felicidad que soñaba al lado de tu hermano. Conozco al señor Brighton, conozco también a la susodicha dama que relacionan con él. —Sophia frunció el ceño al dirigir sus pensamientos a Lilly Pemberton—. O mucho me equivoco, aunque no acostumbro a hacerlo en lo que a juzgar a las personas se refiere, o todo se debe a algún tipo de malentendido cuya finalidad no alcanzo a entender.

Georgiana miró a su cuñada. Los rubores previos al llanto le coloreaban las mejillas de igual forma que la barbilla principiaba a temblar en la ardua contención de sus emociones. Por supuesto, los verdes jades continuaban velados.

—¿Si en verdad no le agrado? ¿Si me considera demasiado joven o, tal y como tantas veces dijo Anthony, demasiado vehemente y apasionada como para considerarme siquiera aceptable? —Contuvo Georgiana un repentino hipido que agitó su pecho y su alma.

Por respuesta, Sophia se inclinó suave y silenciosamente hacia la joven para depositarle un beso sobre la frente que se prolongó hasta conformar una afectuosa caricia.

—¿Cómo no ibas a agradarle, querida mía? Tan solo siendo ciego podría pasarte por alto y, por lo que he notado, el caballero es poseedor de una mirada vivaz.

Imposible que Georgiana no esbozara una sonrisa tibia ante las ocurrencias de su muy adorada cuñada.

—Yo solo quería a mi caballero de novela; tal vez, él nunca estuvo dispuesto a ser ese héroe que yo esperaba —suspiró Georgiana, desviando de nuevo la mirada al exterior—. Tal vez, ese héroe ni siquiera exista.

* * *

En efecto Rodrick Stuart viajó a Hampshire para atender cierto asunto del que muy pocos tenían conocimiento y que pasaba por ultimar detalles concernientes al beneficio que le había sido ofrecido. Entre esas pocas almas advertidas al respecto se encontraba John Brighton, que no dudó en acompañar a su amigo en una expedición tan importante para el futuro pastor.

Después de conocer el lugar y encontrarlo todo perfectamente satisfactorio, tras realizar una breve excursión por los alrededores y terminar deleitándose con la belleza rural del entorno, ambos caballeros decidieron dar por finalizada la visita al cabo de una semana y regresar a Hylton con ánimos renovados, satisfacción mutua y complacencia en particular en el corazón de Stuart. Aquel, sin duda, sería un gran lugar para empezar una nueva vida en compañía de una mujer excelente como era Marcia Spencer.

Regresaban ambos caballeros en el carruaje privado de la familia Stuart cuando, ya relajado de sus propias preocupaciones, Rodrick tuvo a bien sacar a colación un asunto que había sonado bastante en los últimos tiempos y al que no había querido prestar oídos, no siendo recibido de labios de la fuente original.

—¿Has escuchado lo que se dice últimamente en los corrillos?

John continuó en la misma pose acometida desde que habían iniciado el viaje de regreso: sentado con gran holgura en el asiento de la ventanilla, observando el exterior que se desdibujada ante sus ojos a gran velocidad mientras su cabeza se dedicaba a otros pensamientos. Pensamientos en los que aparecía cierta joven de cabello oscuro, tez de porcelana y grandes y despiertos ojos verdes.

—¿Acerca de qué? —consultó con desinterés —. Sabes que no estoy al tanto de las murmuraciones. —Se removió un tanto en el asiento para concederse mayo comodidad en el habitáculo—. Digamos que no me relaciono lo suficiente como para mantenerme informado y no me siento tan particularmente aburrido como para prestar atención a habladurías.

Rodrick meneó la cabeza sin dejar de asomar una sonrisa ante las ocurrencias de su amigo.

—Pues en este caso deberías, ya que se habla de ti, precisamente. —La mención provocó que John enarcara ambas cejas, sorprendido. Rodrick elevó los brazos al cielo, al techo del carruaje en realidad, como el pastor que pretendía ser más pronto que tarde ofreciendo un vehemente sermón a su feligresía—. De ti y de la azarosa vida sentimental del señor de Green Hall.

—¡Vaya! ¿Azarosa vida sentimental? —dijo John sin acabar de comprender, torciendo los labios en una sonrisa escéptica. ¿Acaso se hablaba de él… y de Georgiana? ¿En qué términos? ¿Habría tenido el vecindario de Hylton aquellos paseos, por demás inocentes, compartidos casi a diario y con dos acompañantes como leales carabinas, como un acto censurable entre dos almas libres y sin carga alguna? De ningún modo, iba a permitir

que nadie mancillara el nombre de la dulce y adorada Georgiana—. Pues no, no he oído nada al respecto. Ilústrame, ¿qué se dice? ¿Voy a casarme pronto? ¿Se prevé alguna petición de mano a la vista?

Rodrick exhaló con largueza. ¡Ay, si John supiera!

—Se dice que mantienes un romance indecente con cierta dama del condado de dudosa reputación y que por ello mantienes la puerta cerrada a cualquier posible compromiso, por demás un asunto muy deseado entre las féminas de Hylton. —Las cejas de John se arquearon al tiempo que sus ojos adquirían dimensiones considerables —. Algunas matronas, al parecer, ya han retirado el interés depositado en tu persona en calidad de apetecible candidato a yerno.

Eso sí que no lo esperaba John. Sospechaba que, tal vez, pudiera acabar convertido en protagonista de algún cotilleo inofensivo o que, quizás, utilizaran los habituales paseos con su reciente grupo de amigos para confabular un romance que, lejos de atormentarlo, incluso lo llenaría de orgullo y satisfacción. Jamás consideró que la inventiva rural pudiera ir más allá, tanto como para atribuirle una amante; además, una con mala disposición entre la sociedad del condado. Aunque, considerándolo fríamente, algo bueno había en toda esa falacia: al menos ni las comadres ni sus abigarrados esposos lo molestarían al tratar de ofrecerle en bandeja a cualquiera de sus hijas solteras.

—¡Vaya, me siento tan terriblemente decepcionado! —ironizó—. Ya no soy persona grata para esas viejas damas deseosas de emparentarse con el propietario de Green Hall, ¿qué va a ser de mi vida social a partir de ahora?

Rodrick espurreó una risotada.

—¿Qué vida social si te limitas a realizar pequeñas excursiones con nosotros o a acudir, siempre a cuentagotas, a muy pocos eventos?

John cabeceó en asentimiento. No se habían celebrado bailes desde el último en casa de los Thompson, pero sí se había visto en la obligación de aceptar cenar en cinco residencias y acudir a varias tertulias musicales. A otras tantas, por supuesto, se había negado alegando compromisos que no admitían postergación.

—¿Qué habría ganado en esas tertulias aburridas e interminables, amigo mío, cuando el único lugar donde me siento realmente cómodo es al lado de las personas con las que he fraguado un hermoso vínculo?

Rodrick le regaló una sonrisa a modo de agradecimiento.

—Sabes que es mutuo, John Brighton, y me alegra enormemente poder llamarte amigo con absoluta y completa sinceridad.

John se repantigó en el asiento y devolvió la mirada al paisaje exterior, a la acuarela móvil en la que las copas de los árboles se difuminaban hasta formar manchones verdes en las lindes del camino. ¿Había dicho Rodrick que lo relacionaban con cierta dama del

condado de dudosa reputación? Obviamente no se referían a Georgiana Masterson o, de lo contrario, ya habría arrojado un guante a los pies del maldito murmurador. Entonces, ¿a quién podrían referirse cuando él no había alternado con nadie más?

—¿Quién es la dama con la que me implican? —preguntó de pronto.

Rodrick exhaló con presteza. Estaba claro que John no había oído nada al respecto. Se alegró entonces de ser él quien le informara primero en lugar de llegarle el rumor por medios con peores intenciones y nula sutileza.

—Se trata de cierta señora perteneciente a una notable familia de Hylton; al parecer, su comportamiento pretérito no le granjeó demasiadas amistades ni entonces ni en el presente, al igual que tampoco lo hicieron sus numerosas artimañas ni la conducta lasciva de su esposo. Todo eso la llevó a caer en desgracia y, desde entonces, vive un tanto retirada de la buena sociedad, aunque de vez en cuando se deja ver en determinados eventos a los que es invitada en referencia a su antiguo status.

John permaneció un instante en silencio sopesando la información. ¡Qué aburrida permanecía la mitad del mundo si debían inventarse constantemente rumores acerca de la otra mitad con tal de salir de su tedio!

—¿Así que eso dicen ahora de mí? Primero me tachaban de asocial y ahora resulta que me relaciono demasiado y de forma inapropiada para el gusto de la buena sociedad. —Suspiró con condescendencia ante la hipocresía de los notables—. ¡Nunca sabe uno cómo actuar para evitar la censura!

—Si procediéramos pensando en el qué dirán, creo que ninguno de nosotros se movería sobre el tablero en el que nos ha tocado vivir, pues cualquier cosa que se haga, o que no se haga, sería motivo de crítica —respondió Rodrick—. Por el momento, el rumor se mueve dentro de los círculos masculinos, aunque es probable que a alguna esposa, a alguna hermana, haya llegado ya el runrún.

John se envaró en el asiento y se inclinó ligeramente hacia adelante para acercarse a su interlocutor.

—¿Crees que…?

No hizo falta que continuara. Rodrick pudo perfectamente leerle los pensamientos, en especial los que eran silenciados de forma inmediata a causa de un repentino temor.

—Es probable que el rumor cabalgara ya hasta Somerton Abbey, sí. —Rodrick carraspeó, incómodo ante tal posibilidad—. ¿De dónde crees que haya salido semejante patraña?

John miró a su amigo con largueza antes de sonreírle a modo de silenciosa gratitud.

—Al menos tú sabes que se trata de una patraña, amigo…

Rodrick estalló en una sonora carcajada.

—¡Pero por supuesto! —exclamó—. Te conozco, y conozco el lugar real donde residen tus afectos. —John exhaló, condescendiente—. También conozco la fama que precede a dicha dama; creo que pocas almas en Hylton han permanecido inmunes a sus malas artes, a su arrogancia y a su vanidad. No es una mujer de fiar, mucho menos una con la que cualquier hombre formal y de buenas intenciones se relacionaría. Lo que no alcanzo a comprender es el interés que puede haber en involucrarte a ti con ella, que ni siquiera la conoces.

—No la conozco, en efecto, pues ni hemos coincidido ni nos han presentado. De hecho, no albergaba hasta este momento el más mínimo conocimiento de su existencia.

—Lo que entonces me hace dudar todavía más de la procedencia de semejante embuste —afirmó Rodrick —. Si un rumor surge del aburrimiento, se limita a acusar al implicado de asocial o inaccesible, incluso de eremita o de terrateniente solitario y soltero empedernido. No sería ni siquiera perjudicial para ti, pues de ese modo te volvería incluso más deseable al concederte un cierto halo misterioso y sombrío que te convertiría en el acto en el personaje del momento.

John jadeó, divertido ante tal ocurrencia. Rodrick se encogió de hombros.

—¿Qué quieres? Así funciona la sociedad en la que vivimos, amigo mío. Un caballero con aire gótico y una fastuosa propiedad arranca suspiros a las señoritas y despierta cierta curiosidad en sus madres. —La sonrisa escéptica de John se acentuó—. Pero el hecho de que hayan rebuscado hasta dar precisamente con esta dama en cuestión para tratar de emparejarla contigo —continuó Rodrick—, revela una cierta intencionalidad malévola. ¿Hay alguien a quien haya molestado tu presencia en Hylton? ¿Algún posible enemigo a tener en cuenta?

John se encogió de hombros.

—Como no les moleste por el simple hecho de existir e irrumpir en su sociedad de pronto y sin previo aviso, seguramente considerando que también sin merecerlo…

Rodrick negó con la cabeza. Trataba de encontrar algún motivo para las calumnias, aunque era consciente de que John no se había relacionado lo suficiente como para conceder razones para el odio o el despecho.

—¿Algún pretendiente que se sienta amenazado por tu presencia?

John frunció el ceño.

—Mis intereses son perfectamente claros.

Rodrick asintió, lamentando en el acto la pregunta. Lo eran, desde luego. John jamás había coqueteado con ninguna joven, ni ofrecido esperanzas a cualquiera de sus madres. Desde que lo había empezado a tratar, su interés por Georgiana había sido tan genuino

como imperturbable. En realidad, no sabía de ningún otro caballero interesado en Georgiana Masterson. Cierto que Marcia había mencionado una inclinación por parte de Scratch, pero la insinuación resultaba tan grotesca que ni siquiera tenía en mente considerarla.

—Encontraremos el origen de esta farsa y la desmontaremos —dijo, rotundo—. No podemos consentir que las malas lenguas arruinen o echen tierra sobre algo mucho más grande y más importante.

John cabeceó en asentimiento. Desde luego que no iba a permitir que comentarios necios llegaran a oídos de Georgiana para mancillarlos con falsedades e indecencias.

* * *

El carruaje de los Stuart serpenteó bajos los primeros robles centenarios de Hylton cuando ya empezaban a languidecer sobre el horizonte las postreras luces del día.

Los dos caballeros habían continuado conversando acerca de banalidades durante todo el camino, compartiendo chascarrillos, proyectos de futuro en el caso de Rodrick, también dormitando en algún determinado momento con tal de abreviar las horas de viaje y el agotador trayecto por caminos en no demasiado buen estado a esas alturas de la estación.

Cruzaban, en esos momentos, ante una de las primeras residencias señoriales del pueblo cuando un fugaz movimiento en el atrio, acontecido entre luces y en un patio despejado, llamó la atención de ambos caballeros. Tal vez debido a los movimientos furtivos con que se conducía el personaje que había captado de pronto su interés o tal vez debido a la conjunción de demasiados factores casuísticos o eventuales como para ser pasados por alto por dos mentes perspicaces.

Una figura oscura, desgarbada y demasiado alta como para no resultar reconocible, ataviada con sombrero de copa y largo gabán, abandonaba la casa con urgencia y los andares sigilosos de un zorro para subirse a la montura que le estaba siendo dispensada por un mozo.

El animal, un percherón que ya habían visto en alguna ocasión, parecía resignado a recibir sobre su lomo la agria carga que llevaba tiempo siéndole impuesta, por lo que ni pateó ni se movió a pesar de la evidente torpeza del jinete al tratar de ocupar la silla.

—¿Pero qué…? —balbuceó Rodrick, vivamente sorprendido.

Ambos caballeros se miraron a un tiempo, compartiendo los dos un marcado ceño fruncido y la misma expresión de recelo.

—¿A quién pertenece esta vivienda? —preguntó John.

Rodrick sostuvo la mirada de su acompañante y amigo, sin aligerar ninguno de los dos el ceño sombrío que oscurecía sus miradas.

—Es Stamford Manor, amigo —respondió con sequedad—. La vivienda de la dama acerca de la que hemos hablado.

CAPÍTULO 19

Más tarde aquella misma noche, incapaz de conciliar el sueño y sintiendo la cabeza demasiado cargada de pensamientos turbulentos, John decidió abandonar el lecho revuelto para tratar de despejarse. Era eso o volverse loco entre las cuatro paredes en las que se sentía encerrado como un ave silvestre.

Ataviado simplemente con un redingote oscuro sobre una camisa casi por completo desabrochada al frente, el cabello desordenado y la mirada perdida, abandonó Green Hall a lomos de su caballo y, como un auténtico demente, azuzó al animal en dirección a Somerton Abbey exigiéndole un galope desesperado.

Jamás, en circunstancias normales, habría exigido tanto a un animal a riesgo de provocarle daño, pero en esos momentos John ya no era él. Era tan solo un hombre desesperado por el implacable peso de sus sentimientos.

El frío acerado de la noche le cortaba la piel del rostro mientras que los arbustos más altos que se reclinaban en las lindes del camino le golpeaban los muslos y le humedecían los pantalones remetidos por dentro de las *hessian*. De vez en cuando, debía inclinarse sobre el animal para esquivar las ramas bajas de los árboles que, como dedos angulosos, ávidos y salvajes pertenecientes a criaturas sombrías de la noche, parecían tratar de asirlo y retenerlo desde todas partes.

Nada de todo eso importaba en realidad.

En su cabeza no dejaban de sucederse imágenes de Georgiana sonriendo, de Georgiana mirándolo a través de su hermoso iris de jade, de Georgiana ataviada como una ninfa intocable, preciosa y casi etérea.

En su cabeza tan solo había cabida para esa dulce criatura que ya se había adueñado de todas y cada una de sus horas, de todos y cada uno de sus alientos y hasta de los latidos de su corazón. Especialmente de los latidos de su corazón.

Cuanto más se aparecía en su magín esa beldad morena, más sentía la nervura, convertida en necesidad, de azuzar al semental para tratar de acercarse más pronto que tarde al lugar donde se cobijaba la razón de sus desvelos.

Cuando se encontró a cierta distancia de la abadía, con la magnífica construcción emergiendo al frente como imponente templo bajo la luz argentada de la luna creciente, John detuvo al agitado animal, sometiéndolo a una inacción repentina después de un demencial galope a lo largo de bastantes millas. Mientras el caballo se movía en círculos sobre sí mismo para tratar de sosegarse, John se mantuvo egregio sobre la silla, observando la casa desde la distancia.

No sabía cuál sería la habitación de Georgiana, pero sí sabía que allí se encontraba la mujer que amaba. Entre esos magnos muros, permanecía la mitad de su alma, la mitad de su corazón, esa parte tan necesaria que nunca antes había echado en falta y sin la que era consciente de no poder vivir ya nunca más y en adelante.

—Soy suyo, Georgiana —susurró a la noche, inamovible la mirada de la vieja abadía—; suyo desde el primer aliento que exhalo en la mañana hasta la última pulsación que emite este pobre corazón antes de que las interminables noches de soledad lo ahoguen. Es la única certeza de la que dispongo en este mundo.

Exhaló en profundidad, provocando que un denso vaho blanquecino huyera de sus labios y se desvaneciera en la fría atmósfera nocturna de mediados de diciembre. Una densa niebla reptante se desplazaba, como lenta e implacable legión aérea, deslizándose entre los árboles para concederle a la estampa una ambientación casi tétrica, lóbrega y por demás ciertamente melancólica.

Amaba a Georgiana.

Eso era algo que no podía negarse a sí mismo por más tiempo.

Y a pesar de todo, a pesar de la incontestable claridad de sus sentimientos, todavía consideraba que no se encontraba a su altura. Que su Sirio inalcanzable continuaba tan alta y tan lejana para él como la propia luna. ¿Qué podía ofrecerle? ¿Qué era él, al fin y al cabo, más que un terrateniente al que la fortuna había bendecido por casualidad, sin esperarlo ni pretenderlo en ningún momento, después de toda una vida esforzándose por encontrar su sitio? Nunca deshonró el buen nombre de la familia Brighton. De hecho, procuró llevar a cabo en cada faceta de su vida los férreos principios que le inculcó su madre, a pesar del dolor y la angustia que la pobre mujer padeció en sus últimos años.

La familia que se había encargado de criarlo en Norfolk una vez que falleció su madre, familia que se benefició económicamente y de forma solapada de la anciana Aston en base a su educación, se había ocupado de que siguiera el buen camino y se comportara como el caballero que era en la actualidad. Él administró la casa, llevó las cuentas y ejerció como cabeza de familia una vez tuvo edad para ello y sus padres adoptivos se convirtieron en ancianos.

Jamás le habían proporcionado ese cariño y ese mimo que todo niño o joven espera encontrar en un hogar, pero fueron amables y en ningún momento le dispensaron ningún tipo de maltrato o desprecio. Al contrario, le ofrecieron la confianza necesaria para convertirse en un hombre cabal e independiente y una existencia acomodada hasta que fallecieron algunos años atrás. Después, de pronto, se convirtió en heredero de una gran propiedad al sur de Inglaterra. ¿Todo eso resultaría suficiente para Georgiana? ¿Él resultaría suficiente para ella?

Tras exhalar un prolongado suspiro, pensó también en el monstruo que se cobijaba también tras aquellos muros, demasiado cerca de la razón de sus desvelos; entonces, una oleada de rabia y desesperación ascendió por su cuerpo para enervarlo y orillarlo al

abismo de la locura.

Sentado sobre su montura, las manos todavía aferradas a las riendas como a un improvisado tablón de salvación se cerraron en puños para manifestar en silencioso gesto la furia que borboteaba en el alma del caballero. Después de la escena que Rodrick y él mismo habían sorprendido y presenciado al anochecer, estaba convencido de la procedencia del rumor que trataba –ahora estaba seguro– de manchar su nombre a ojos de los moradores de aquella abadía, y especialmente a los de Georgiana.

¿Por qué razón trataría Arthur Scratch de enturbiar su reputación ante la dulce y bella joven? Era algo que desconocía, pues estaba claro que ese hombre ignoraba por completo su identidad, aunque su cabeza empezaba a formular ciertas posibilidades que le ponían la piel de gallina y se presentaban como una abominación.

No quería darles cabida, no podía permitirse darles cabida o terminaría horrorizado. Se preguntaba si acaso irrumpiría de una buena vez en la vida de ese tirano para arreglarle por fin el rostro a base de puñetazos. Sin embargo, en el caso de que semejante supuesto, de que tan terribles elucubraciones se acercaran a la verdad, debía interceder sin el menor preámbulo. Arthur Scratch poseía un alma pútrida capaz de enfangar y arrastrar a las profundidades todo lo que tocaba, eso lo sabía bien. Pero, en esa ocasión, a esa alturas de la vida, no iba a consentir que ese mal hombre ahogara en el fango a la segunda mujer de su vida.

* * *

No podía dormir.

Por eso decidió, a la undécima vuelta impaciente sobre la cama, retirar las sábanas a un lado y abandonar el lecho.

Cuando la mente se desvela, obligar el cuerpo a permanecer inmóvil sobre el colchón resulta una de las peores penurias que se pueden imaginar. Es lo más parecido, sin duda, a simular el descanso obligado de un difunto en su ataúd. Un difunto cuya mente permanece demasiado activa para lo que se pretende de él.

Caminó descalza por la habitación, consintiendo que las bajas temperaturas de las tablas del suelo traspasaran la planta de sus pies y ascendieran por las piernas, estremeciéndola por entero. Hacía frío. El vaho espeso que huyó de sus labios así lo demostró. Se abrazó a sí misma con ímpetu mientras buscaba el chal que la doncella había dejado a los pies de la cama.

La chimenea había languidecido hacía ya bastante tiempo; a esas horas, quedaban en su base tan solo los rescoldos, cenizas humeantes del prolífico y cadencioso baile que habían ejecutado al inicio de la noche.

La inercia la llevó hasta la ventana, pues no había nada en su alcoba capaz de distraerla. Al menos, allí afuera, podría dejar volar la vista, la mente y el alma lejos de la jaula en la que se había convertido su cuerpo, ineficaz sayo de osamenta. La oscuridad reinaría en el exterior con cierta inconsistencia, bajo la luz de la luna que se filtraría por entre las copas de los árboles para descender sobre el bosque, la campiña y sobre Somerton Abbey.

Con esa premisa, hizo las cortinas levemente a un lado para permitir tan solo que medio rostro asomara entre los pliegues de tela. Efectivamente, no podía distinguir con total nitidez cada detalle del exterior, pero bajo el rayo argentado, lo breve que apreciaba parecía sin duda mágico, mucho más hermoso que a la luz nítida del sol.

Cuando en un momento determinado, a los pocos segundos de dar inicio a la contemplación, sus ojos volaron hasta un altozano cercano, el corazón dio un vuelco ante lo que creyó reconocer allí.

La figura de un jinete a lomos de un elegante corcel se recortaba contra la luz nacarada, retratándose como una silueta oscura e inanimada, pero imposible de ser obviada. No podría jurarlo –¿en qué modo habría de hacerlo a tanta distancia y con tan escasa iluminación?–, pero su corazón reconoció de inmediato a John Brighton en aquella silueta heroica. ¡Y qué magnífica se retrataba en un escenario como ese, en mitad de la noche y bajo la luz de la luna! ¿Acaso no podía semejarse a sir Lancelot custodiando, loco de amor y de anhelo, la morada de su adorada Ginebra? Se llevó una mano al pecho, la otra al convulso vientre, mientras un jadeo apurado huía de sus labios.

Pero ¿cómo podría justificar allí la presencia del caballero? ¿O acaso resultaba injustificable y eran su imaginación desmesurada, su afición novelesca y su corazón apasionado los que le jugaban una mala pasada? ¿La engañaban acaso? Movió la cabeza en negación, dolorida ante la certeza que se abría camino entre las brumas de sus sueños románticos. Pero, ¿no era aquella silueta varonil y apuesta, perfectamente atribuible a John? ¿No era aquel su magnífico semental?

Podría apostar ciegamente, concediendo un enorme sí a todo ello. Era John. Por fuerza habría de serlo. Y, sin embargo, un repentino ceño acudió a su expresión, uniendo las cejas oscuras sobre la mirada de jade.

—¿De verdad lo crees posible? ¿De verdad esperarías que hiciera algo así por ti?

Suspiró con largueza, obligándose a dejar a un lado sus fantasías románticas, las que siempre la habían convertido en objeto de risa y a veces amonestación por parte del querido Anthony, para ceder a la realidad: ¿qué iba a estar haciendo John Brighton a esas horas tan lejos de Green Hall?

A mediados de diciembre, al frío acerado de la noche, entre la bruma húmeda que lo empaña todo, ¿con qué finalidad iba a permanecer allí estático observando la abadía como un pasmarote?

—Estás perdiendo la razón, Georgiana, y retratándote como una auténtica necia —susurró para sus adentros, para el ribeteado cuello de encaje del camisón, en realidad.

Resignada, consciente de encontrarse en medio de un sueño surgido en mitad de la vigilia, devolvió la cortina a su sitio antes de darse vuelta y regresar sobre sus pasos al lecho revuelto que la esperaba.

CAPÍTULO 20

Dos días antes de Nochebuena, Mary Somerton inició las labores de parto.

Desde la primera dolorosa contracción se vivió en la abadía un pequeño gran revuelo. Las doncellas subían y bajaban escaleras con gran nerviosismo reuniendo lienzos limpios, toallas, palanganas y todo cuanto su señora pudiera necesitar para el gran momento. Los lacayos permanecían en un discreto segundo plano, observando el ir y venir de las mujeres mientras se mantenían atentos a cualquier demanda que les pudieran requerir.

El doctor fue llamado de inmediato e, incluso, se le preparó una habitación en el ala familiar para que se encontrara disponible y cerca de la futura madre en el instante del alumbramiento. Al tratarse de una primeriza, todos sabían que los trabajos de parto podían demorarse horas, incluso días, y tal conocimiento era algo que mantenía tanto al servicio como a los moradores de la abadía en estado de revolución.

Sophia acudió rauda a asistir a su cuñada, deseosa de proporcionar ayuda, apoyo y cariño a la inexperta parturienta mientras los caballeros optaron por encerrarse en la biblioteca, sintiéndose, como suele suceder en estos casos, incapacitados para hacer nada de provecho.

Después de entretener un rato a sus sobrinos, en parte también en aras de calmar su propio nerviosismo, Georgiana se refugió en la sala de estar, sentándose junto al fuego en compañía de un libro del que ni siquiera consiguió superar el prólogo. Cargaba demasiados pensamientos en la cabeza como para ser capaz de concentrarse en las páginas que sostenía en el regazo.

Esa misma mañana, además, había recibido una tarjeta de la querida Marcia comunicándole su completa recuperación del resfriado que la mantuvo postrada en el lecho durante todo ese tiempo, así como su deseo de volver a reunirse pronto. Añoraba los paseos por el campo, las excursiones con los chicos y las charlas privadas que ambas amigas solían compartir cuando se encontraban a solas. Georgiana también añoraba todo eso.

Cierto que había escampado por fin y que, aunque el terreno permanecía encharcado, los cielos parecían por el momento dispuestos a conceder una breve tregua. No obstante, se debatía Georgiana entre su deseo de salir y visitar a su buena amiga después de tantos días de forzoso encierro y aislamiento o permanecer a la espera de los acontecimientos. Consideró, con muy buen criterio, que no resultaría correcto andar de paseo de un lado a otro encontrándose su anfitriona en el estado presente, así como tampoco resultaría apropiado convidar a Marcia a realizar ella la visita. Así se lo hizo saber en una tarjeta similar, reiterando su cariño y las ganas infinitas de volver a verse y abrazarse pronto.

A media tarde llegó respuesta de la residencia de los Spencer. Enviaban, por supuesto, los mejores deseos de una horita corta para la señora Somerton, así como el cariño transmitido, multiplicado por mil.

No obstante, a la hora lánguida y meditativa del atardecer, mientras Georgiana se encontraba matando el tiempo –y ocupando el pensamiento– en los jardines, entretenida en recolectar caléndulas en un cesto de mimbre a modo de pasatiempo, observó cómo Marcia se personaba a pie en la propiedad, sin duda superada por su propio hastío y por la impaciencia de saber algo acerca de la señora Somerton.

Ambas amigas se saludaron con un afectuoso abrazo, promovido por el cariño que ambas se profesaban y por la añoranza tras tantos días de separación. Decidieron, tras el reencuentro, y tras haber sido informada Marcia de la ausencia de novedades respecto al estado de la anfitriona, continuar paseando por el exterior en ese bucólico estadío entre luces, pues ambas consideraron, con acierto, que entrar en la abadía podía resultar una falta de cortesía y una inconveniente invasión a la privacidad de la futura mamá.

Marcia ayudó a su amiga en la recolección de caléndulas anaranjadas, flor que prosperaba en generosos macizos a lo largo del parterre. De ese modo, entre paseos crepusculares, florecillas y la fresca aunque agradable brisa invernal, informó a Georgiana acerca de cómo Rodrick le había notificado su reciente viaje a Hampshire en compañía del señor Brighton.

Esa noticia sorprendió a Georgiana, pues no tenía conocimiento de que John hubiera acompañado a Rodrick. ¿Podría haber sido ese viaje, sumado a la nula amabilidad climática, la razón principal por la que John no la hubiera visitado durante semanas? La posibilidad encendió liviana llama de esperanza en su alma, pues resultaba mucho más reconfortante valorar eso que la horrible probabilidad –engrandecida por el odioso rumor al que alguien había dado malvadas alas– de que John no estuviera interesado en ella.

Por primera vez en semanas, una breve sonrisa acudió a los labios de Georgiana. Tal vez, y solo tal vez, consideró, había exagerado sus emociones, equivocado sentimientos y alumbrado un drama donde no existía lugar para drama alguno. ¿Acaso no era ella especialista en engrandecer emociones, apasionarse en demasía y componer mentalmente tragedias donde no existía argumento para nada de eso?

Anthony siempre la amonestaba por ese motivo. La regañaba constantemente por componer en su cabeza mil y una historias que, por fortuna, no prosperaban. Muchas veces, tampoco, tenían nada que ver con la vida real. Quizá, nada había cambiado y todavía existía la posibilidad, días atrás considerada por completo inviable, de que sus sueños podían materializarse. Con semejante consigna en mente, puede que tal vez propiciada por la compañía de su buena amiga, la visión de vida y futuro de Georgiana se iluminó tras semanas de sombra profunda.

Como Marcia no mencionó el propósito de tal viaje, supuso Georgiana que obedecía al secreto que compartía con John, y que tenía a la pareja amiga como protagonista. Seguramente, andaría Rodrick ultimando los detalles para su futura vida con Marcia, pues John había mencionado en aquella ocasión que la pareja no viviría en Hylton. ¿Sería Hampshire el lugar elegido para iniciar el proyecto en común? Oh, ¿y cuál sería el momento que Rodrick escogería para declararse?

Le suponía a Georgiana un gran reto contener la ilusión y la alegría en pos de mantener en secreto los proyectos de Rodrick Stuart, en especial sabiendo lo feliz que dichos proyectos harían a Marcia, pero debía morderse la lengua y permanecer en silencio. De ese modo, la sorpresa y la ilusión de su amiga serían mayores.

Se habían detenido ambas a la entrada del parque, y Marcia se disponía a finalizar la improvisada visita para regresar a su hogar, cuando la joven Spencer sacó de la jaula el cuervo negro y agorero que durante días había sobrevolado la cabeza y el corazón de Georgiana.

—¿Escuchaste los rumores?

Tras tomarse unos segundos, Georgiana asintió. No había razón para negar la realidad cuando, a esas alturas, todo el mundo, o al menos determinados corrillos prestos a las murmuraciones, debía de estar al tanto. ¿Incluso el propio John?

—¿Qué opinas de ellos?

Georgiana aspiró una ingente cantidad de aire para retenerla en su interior. Abrumada por las sensaciones que la pregunta y los consiguientes pensamientos acercaban a su sesera, se limitó a esbozar una tímida sonrisa, menear la cabeza y encoger los hombros a modo de respuesta.

—Conozco a la dama con la que relacionan a John; todo el mundo en Hylton la conoce, de hecho —apuntó Marcia—. Es una mujer resentida y caída en desgracia, alguien de quien es mejor permanecer distanciado.

—No me dejas más tranquila diciéndome esto, Marcia…

—Pero tampoco debería afectarte —continuó Marcia, alentadora—. El señor Brighton ni siquiera la conoce y, por lo que Rodrick me ha dicho, tampoco comprende por qué motivo alguien decidió en mala hora relacionarla con él. Quizá fuese ella misma. —Ante la expresión de estupor que apreció en el rostro de su amiga, decidió aclararse—. No lo descarto: es probable que, cansada de que se le atribuyan romances una y otra vez con los mismos caballeros del condado, algunos tan inapropiados como pasados de moda, considerara la posibilidad de que un rostro nuevo, atractivo y en boca de todos, resultara tan tentador como apetecible. Al menos, le daría nuevos bríos a su reputación y cierto prestigio entre los corrillos ávidos de cotilleo.

Georgiana liberó muy despacio el aire retenido. De ser cierto eso, ojalá la dama en cuestión se hubiera buscado un pasatiempo menos comprometido. O, al menos, que se hubiera encaprichado de alguien sin la capacidad de romperle en mil pedazos el corazón a Georgiana.

Marcia adelantó una mano para arrebatarle la propia a Georgiana y sostenerla con terneza en la suya, deslizando en sutil caricia el pulgar sobre el dorso cubierto de encaje.

—Créeme, amiga, John Brighton solo tiene ojos para ti —remató con una sonrisa.

Y Georgiana sonrió silenciosamente en respuesta, aunque, por dentro, su corazón gestara todavía dudas e inseguridades.

* * *

Jane Somerton nació la víspera de Nochebuena al amanecer. Su llegada fue comparada con la del primer rayo de la alborada que resquebraja el opaco firmamento de terciopelo para deslumbrar al mundo con su fulgor. Para los felices progenitores, de hecho, su nacimiento fue precisamente como ese vívido rayo surgido en medio de la noche para llenar sus vidas de dicha y alegría infinitas.

La abadía vivió momentos de gran revuelo desde que se escuchara el primer llanto anunciador de vida, especialmente tras haber garantizado el galeno el perfecto estado de salud de la madre y de la recién nacida, cuyos pulmones resultaban incuestionables.

Los abuelos lloraban y reían de alegría a un mismo tiempo, dichosos de poder dar la bienvenida a otro nieto más en su avanzado estadio de vida. Después de tanta dicha, aseguraban, ya podían morirse en paz.

Los primos de la pequeña Jane permanecían exultantes de emoción ante la perspectiva de una nueva compañera de juegos y travesuras que, en unos pocos años, ya podría unírseles. Todos los adultos rieron con ganas después de que los pequeños, ciertamente contrariados, señalaron el diminuto tamaño de la nueva Somerton, así como la extraña condición de una piel en extremo sonrosada y plagada de arrugas.

Toda la familia, en definitiva, se encontraba radiante con ese nuevo integrante que llegaba para a adornar con gracia otra rama del linaje Somerton, precisamente en una fecha tan tierna y entrañable como en la que se presentaba.

Tarjetas de felicitación y agasajos para la familia fueron llegando a lo largo del día. Todo Hylton enviaba sus congratulaciones a los Somerton, algunos mediante cortesías escritas y otros pocos adornando su enhorabuena con algún presente más llamativo.

John se apersonó en la abadía a media tarde, portando él mismo una cesta con lisonjas para la señora Somerton a base de vino quinado, mazapanes y hojaldres. Bien podría haber enviado una nota a través de un lacayo, como hicieron sus vecinos, pero,

en su fuero interno, más allá de la sincera necesidad de felicitar en persona al bendecido padre, a los tíos y a los abuelos, deseaba ver a Georgiana, aunque nada más fuera que durante unos pocos minutos.

Esa posibilidad, tan anhelada como necesaria, anuló cualquier temor a perturbar la intimidad de la familia en un momento privado, e incluso lo llevó a dejar atrás su precaución a que ciertos rumores hubieran traspasado los muros de Somerton Abbey para fomentar prejuicios hacia su persona. Tal era su necesidad vital de ver de nuevo a Georgiana que incluso la probabilidad, demasiado cierta, de toparse con Arthur Scratch, fue desdeñada ante el auspicio de encontrarse otra vez con los ojos verdes que no había podido arrancarse del alma, a pesar de las semanas en las que su contemplación le había sido arrebatada.

No obstante, sus ilusiones y sus gozos fueron sofocados como la impetuosa hoguera sobre la que arrecian una jarra de agua fría cuando la doncella que lo recibió le comunicó que la señorita Masterson, persona por quien él había preguntado directamente, no podría recibirlo en aquel momento.

Por supuesto, ninguna otra explicación le fue ofrecida, por lo que John no pudo saber si la imposibilidad de ser recibido por Georgiana obedecía, tal vez, a la negativa de la señorita a verlo después de haber conocido las necedades que sobre él recorrían el pueblo en forma de murmuración o si, quizá, la negación obedecía a un impedimento real.

Con gran pesar abandonó la abadía, albergando no obstante la tímida esperanza de poder verla en el próximo cotillón de Navidad de los Thompson, al que seguramente habrían sido invitados tanto los moradores de Somerton Abbey como por extensión sus convidados.

¡Cuál no sería su sorpresa, tan desagradable en aquel momento de soledad y decepción, cuando a pocas millas, tras dejar atrás la abadía, se vio obligado a refrenar a su semental al toparse de frente y en medio del camino con un percherón de andares cansado y porte robusto!

Como no podía ser de otra forma, el vetusto jinete le dispensó una mirada olímpica tan ridícula como afectada de vanidad que hubiera arrancado la carcajada de John de no proceder de la persona que más detestaba en el mundo y cuya animadversión había alimentado a lo largo de toda su vida.

—¡Vaya, señor Brighton! —le espetó el anciano, tan rígido en su montura que parecía a punto de quebrarse en cualquier momento. El hecho de que sobre la testa hubiera encasquetado su sempiterno sombrero de copa no hacía más que acusar su ya de por sí elevada estatura sobre un animal demasiado chaparro en contraposición—. Al parecer, últimamente, no dejo de encontrarme con usted.

John, por respuesta, le ofreció una sonrisa ladeada, falta por completo de cordialidad. Si algo hubiera preferido él era no habérselo encontrado jamás, ni en el pasado ni en el presente.

—Le preguntaría de dónde viene. —El anciano deslizó la mirada más allá de la lejanía, donde podían distinguirse los muros de la abadía asomando entre las ramas bajas de los árboles—. Pero creo que resulta demasiado obvio, ¿verdad?

Apreció John insultante sorna en su tono, lo que lo descompuso. ¿Cómo demonios se atrevía a expresarse con tanta resolución y anchura cuando no era más que un monstruo vil y desalmado?

Tal vez, su incomodidad se hubiera exteriorizado de alguna forma, traspasando las capas de ropa y la contención que durante años se había obligado a trabajar, para ser transferida de pronto a su semental, pues el animal empezó a patear el suelo y a cabecear nervioso ante el impasible percherón.

—Aunque, a estas alturas, me atrevería a asegurar que resulta usted ya, en conjunto, demasiado obvio, joven —remató el anciano, seguramente alentado ante el silencio del otro, confundiéndolo tal vez con cobardía o falta de elocuencia.

—¿Eso cree? —respondió John al fin, demasiado consciente del feroz bullir de la sangre en sus venas, pulseando en su sien y borboteando en sus entrañas. Contenerse estaba resultando un ejercicio ciertamente hercúleo.

Ajeno al debate interno del caballero, tan plagado de turbulencias como de dolor, el anciano apuntó al cielo con su barbilla mientras observaba a John a través de los párpados entornados.

—Lo creo, firmemente —afirmó—. Además, usted no hace más que confirmar mis suposiciones con cada uno de sus actos. Su inclinación a visitar Somerton Abbey, su interés por rodearse de determinadas compañías… —Sonó Scratch con notable condescendencia, como un padre que censurara las ocurrencias de un chiquillo—. Sus intenciones, caballero, resultan tan descaradas como su propósito de llevarlas a cabo.

No pudo evitar John jadear en primer lugar ante la burla descubierta que ese cretino le había dispensado: “Caballero”. No había nada de respeto o fiabilidad en su tono, desde luego, aunque sí una clara intención de menospreciarlo. ¿Y quién era Scratch para tomarse semejante licencia? ¿Quién, para mirarlo por encima del hombro? Tan solo un triste abogado, un aprovechado y un mal nacido.

—¿Tanto como las suyas, tal vez? —señaló John, dispuesto a disparar de frente.

No esperaba Scratch el disparo, por lo que se vio obligado a recomponerse de inmediato, pues la sorpresa por poco consigue lo imposible: derribar de su testa aquel sombrero calado hasta las orejas y a él mismo de la silla dispuesta sobre el anchuroso lomo del percherón.

—¿Disculpe?

John alzó la barbilla. El arma estaba cargada y los proyectiles dispuestos.

—¿O acaso pretende negar su propio interés hacia cierta dama hospedada actualmente en la abadía?

Scratch encajó la mandíbula hasta que los molares restallaron. La longitud de su rostro, sumada a la expresividad siniestra inferida tras la opresión mandibular, le confirieron a su semblante un aspecto terrible.

—¿Cómo se atreve? —siseó entre dientes.

John apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en la carne y el cuero de las riendas se le incrustó en las palmas desnudas.

—¿Cómo se atreve usted a perseguir a jovencitas inocentes que, en modo alguno, aprecian sus atenciones?

Scratch le miró de forma sesgada. ¿Acaso Georgiana le habría contado algo a aquel caballerete del tres al cuarto? ¿Era posible que lo que había callado a su propio hermano se lo hubiera transmitido al lechuguino ese? ¿A tal grado llegaba su intimidad?

—Y usted habla de obviedades, señor… —continuó John, y sus labios liberaron un jadeo escéptico—. ¿Acaso no es usted lo suficientemente mayor como para darse cuenta de que está haciendo el ridículo en sus pretensiones hacia Georgiana Masterson?

Scratch se aprestó sobre la silla, tan rígido como puntal, tan avinagrada su expresión y tan pálido su semblante que semejaba un difunto en su mortaja.

—¡Le exijo que retire ahora mismo sus palabras, señor, o de lo contrario…!

—¿Me amenaza, Arthur Scratch? —John le observó con el ceño fruncido y una sonrisa escéptica en los labios—. ¿Usted?

El aludido continuó dispensándole la misma mirada sesgada, solo que esa vez teñida de recelo, curiosidad y desconfianza ante el trato familiar que, de pronto, el joven petimetre había inferido a sus palabras.

John se llevó una mano a la acalorada frente para tratar de alejar de su cabeza el tornado de emociones y sentimientos que la cargaban. Pero, llegados a ese punto, consideró que no tenía sentido ya andarse con rodeos, no cuando la sangre que corría por sus venas se había convertido en un auténtico fuego líquido y las emociones, tanto tiempo reprendidas, pulsaban por salir. Era hora de poner las cartas sobre la mesa, ya habían pasado demasiado tiempo boca abajo:

—Quisiera Dios que me lo hubiera encontrado hace años, porque nada lo habría librado entonces de sentir el peso de mi puño sobre su cara. Le garantizo, señor, que usted habría suplicado clemencia y que yo no habría mostrado ni un ápice. —Scratch abrió mucho los ojos ante una amenaza adornada con tintes tan personales—. Pero hoy, ahora, no soy tan ruin, tan vil y tan poco caballero como para golpear a un anciano, por

más que sienta yo que lo merece. —Encajada la mandíbula, John se pausó un instante para tratar de serenarse—. Por más que desee yo todavía hacerle pagar una a una todas sus miserias.

El poblado y agrisado ceño del abogado se aproximó para sombrear su inmediata mirada de extrañeza.

—¿Quién es usted? —siseó bajito.

Estaba claro que el propietario de Green Hall lo conocía. Pero, ¿de quién se trataba? Porque a buena fe de Dios que él no albergaba la menor idea de su persona. Trató en vano de hacer memoria, trató en vano de recordar si en algún momento pretérito habría coincidido con ese joven caballero, aunque ni su rostro ni ningún otro rasgo de su persona le resultaban familiares. Su juventud, por cierto, convertía especialmente la posibilidad de haber coincidido ambos en el pasado en un asunto totalmente casual. ¿Quién era aquel tipo? ¿Cómo podía conocerlo?

John Brighton, heredero reciente de Green Hall, su única pariente lejana y conocida era una viuda rica llamada Aston… Nada más se sabía de él en todo Hylton.

Ciertamente, Scratch no se habría fijado en un terrateniente insignificante como ese de no haberse cruzado en su camino y estorbado sus intenciones con Georgiana, habida cuenta de la innegable inclinación que la señorita manifestaba hacia él; por eso, y con intención de quitárselo de en medio, había acordado con la señora Pemberton convertirlo en pasto de murmuraciones.

Ella tenía sus propias motivaciones al respecto, por supuesto; estaba claro que en el caso de la dama tan solo pretendía dañar a los Somerton, a los Masterson o a todos ellos en general decepcionando románticamente a la señorita Masterson.

—Debería sentirme afortunado de saber que no formo parte de su memoria ni pertenezco a sus recuerdos —continuó John, a quien había cambiado de pronto el semblante para transformarse en una máscara de resentimiento y dolor—. No obstante, en realidad, no puedo menos que sentirme insultado al reconocer la fragilidad de dichos recuerdos y, por tanto, también de su conciencia.

Scratch continuó mirándolo sin acabar de comprender. ¿De qué demonios estaba hablando?

—Aunque hace ya demasiados años que comprendí que carece usted del menor asomo de conciencia, Arthur Scratch…

—No sé de qué demonios habla —espetó el anciano, vivamente acalorado y deseoso de poner fin a aquel extraño intercambio—. Ni tengo idea de lo que pretende recriminarme. ¡O habla claro o le exijo que se aparte de mi camino de una maldita vez!

John lo miró con largueza unos segundos. No tenía sentido ya callarse. Se había silenciado por demasiado tiempo. Era hora de que aquel monstruo despiadado distinguiera por fin las orejas del lobo y, aunque no fuera tiempo ya ni lugar de ajustar cuentas como hombres, tal vez sería el momento de apartar al molesto moscardón de un firme manotazo. Y asegurarse de que nunca más volviera a zumbar cerca.

—¿Qué pensaría el señor Masterson si supiera que su abogado, supuestamente honorable hombre de leyes, pretende cortejar a su querida hermana pequeña? ¿Qué pensaría si supiera que ese mismo hombre no es más que un vil embaucador? ¿Un desalmado capaz de seducir a una pobre viuda y abandonarla después tras saberla enferma, abusando de su fragilidad para robarle sus ahorros y sus escasas pertenencias? —John hizo una pausa para conferirle mayor fiereza a su mirada, posiblemente también para sosegar la bilis que le quemaba la garganta—. ¿Un tipo sin el menor escrúpulo al que no le importó dejarla en la calle, desamparada, desvalida, con el corazón roto y un niño pequeño a cargo?

Scratch no pudo menos que jadear larga y profundamente al tiempo que se obligaba a sujetarse al fuste de la silla con tal de no caerse al suelo. Había conocido a muchas mujeres en su vida, a muchísimas en realidad, pero recordaba perfectamente a esa viuda llorosa que, carente totalmente de orgullo y dignidad, no había dudado en aferrarse a las perneras de sus pantalones y arrastrarse por los suelos de rústico terrazo para rogarle que no la abandonara, una vez que él la hizo partícipe de su decisión, incluso cuando sabía que ella no tendría adónde ir ni con qué alimentar a ese mocoso de pelo negro y enormes ojos sin fondo.

Desconocía si su aferrarse desesperada obedecía a su conciencia de saber que ningún otro hombre posaría la mirada en una mujer insignificante, flaca y tuberculosa como había terminado por ser ella o si lo que en verdad le dolía era quedarse sin las cuatro baratijas que el estúpido de su esposo le había dejado tras la muerte. Poca cosa, en realidad, pues el prestamista donde las había llevado apenas le había ofrecido dinero para abrir un bufete en la capital del imperio.

—Agnes Brighton… —cuchicheó, reflejando en alta voz sus pensamientos.

John tragó saliva al escuchar el nombre de su adorada madre en boca de ese tirano. No pretendía que esos labios indignos mancillaran su recuerdo, ni la areola de dignidad que siempre había rodeado a la buena mujer, la que él había destrozado a dentelladas, pero el hecho de ver palidecer el semblante del monstruo y de percibir el liviano temblor en su labio inferior resultó más satisfactorio de lo esperado.

—Veo que su memoria aún funciona, después de todo…

—El pequeño Brighton… —repitió el anciano, todavía incrédulo y confundido al tratar de asimilar que el mocoso de sus recuerdos, el niño huesudo y calamitoso, fuera el joven bien vestido que tenía ante sí.

—El mismo al que usted golpeaba a su antojo —soltó, seco y sombrío—, aunque no tanto como hubo de golpear a su querida madre, ¿verdad?

Scratch hizo retroceder lentamente al caballo.

—A una pobre mujer indefensa que no podía defenderse de un hombre como usted —continuó azuzando John mientras trataba de sosegar a su semental, fiel reflejo de su propio estado emocional—. A la que abandonó una vez supo que había contraído la enfermedad, aunque no sin antes haber robado las pertenencias que mi padre nos había dejado en herencia.

El percherón retrocedió un poco más en tanto el semental porfiaba por encabritarse por momentos.

—No puedes culparme de su muerte… —La voz de Scratch había adquirido un tono repentinamente bajo y tembloroso—. Ella estaba enferma, tuberculosa, iba a morirse de todos modos…

—Y efectivamente murió… —concedió él, esa vez el semental alzó las patas para agitarlas en el aire—. Murió pobre y con el corazón roto. Con el cuerpo lleno del recuerdo de los golpes que usted vertió sobre ella, una y otra vez, durante su último año de vida.

Scratch continuaba tragando saliva, aunque su gaznate se sentía tan seco y árido como el cauce de un río actualmente desértico. El pulso le temblaba aferrado a las riendas. En sus entrañas, bullían el nerviosismo, el miedo y la precaución, orillándolo a una vergonzosa necesidad de evacuar. Ese ya no era el niño al que avasallaba a pescozones y soplamocos, ese no era el crío al que pellizcaba e insultaba.

—Ojalá me lo hubiera encontrado hace años, señor Scratch —repitió John—, porque le garantizo que mis puños obrarían la justicia que se le negó a mi madre. Le haría pagar uno a uno cada golpe, cada desprecio…

El percherón había casi girado sobre sí mismo para poner distancia, pero el semental de John le cortaba el paso y parecía cernirse cada vez más sobre él.

—Todo eso ya pasó, no puedes recriminarme nada…

—¡Puedo y lo haré! —afirmó John, sujetando firmes las riendas y ajustando las piernas a ambos costados del animal para imponerle calma. La misma que a él le faltaba—. Le exijo que desaparezca de la vida de Georgiana. De lo contrario, Anthony Masterson será informado de todo aquello por lo que debería usted avergonzarse y arder en los infiernos… —John elevó la barbilla con gallardía—. Si no, yo mismo le desafiaré a duelo, Arthur Scratch, y lo llevaré a rastras a las mismísimas puertas del averno para que le dispensen la bienvenida que merece.

El anciano lo observó horrorizado.

Un duelo con un caballero joven y resabiado era lo último que podía permitirse y a lo que debía exponerse a esas alturas. Todavía apretadas sus entrañas por los nervios y el horror, azuzó al apocado percherón para que rebasara a la bestia y obrara distancia en dirección a la abadía.

CAPÍTULO 21

Georgiana albergaba un grato recuerdo de la última vez que visitó la residencia de los Thompson. En su salón de baile, se había encontrado por vez primera con los ojos obsidiana que marcaron para siempre su destino; en la balconada exterior, quedó fascinada por la chispeante personalidad de su propietario, por su ingenio, su sentido del humor y su apostura.

Había visto los ojos negros, los había sentido acariciantes sobre su persona y, desde entonces, ya nunca más pudo apartarlos ni de su alma ni de su memoria.

Esa bendita noche llegó al cotillón de Navidad escoltada por su hermano Anthony, pues ninguno de los moradores de Somerton Abbey decidió asistir al baile. Los recientes padres, como era obvio, habían preferido permanecer en la tranquilidad del hogar, en especial porque a Mary Somerton todavía le quedaba bastante para recuperarse tras el nacimiento de su retoño; de ningún modo, alguien esperaría que asistiera. El enamorado padre y esposo, de ninguna manera, se habría alejado ni media pulgada de las dos mujeres de su vida. En lo que a Sophia se refería, ella prefirió quedarse al lado de su cuñada para auxiliarla en cuanto necesitara y, de paso, llenar al bebé de los mimos y carantoñas que le serían negados en cuanto los venturosos tíos partieran de Hylton en primavera.

Por supuesto, Anthony se ofreció a escoltar a su hermana pequeña hasta el cotillón de los Thompson; en especial, tras haber sido informado por su esposa acerca de ciertos detalles referentes a las inclinaciones románticas de la señorita Masterson. Y, aunque para ningún hermano mayor resulta sencillo dar alas al corazón de la más pequeña de su sangre, debía reconocer que observar a Georgiana tan melancólica y solitaria como la había visto en los últimos tiempos no resultaba en absoluto de su agrado. Además, John Brighton le caía bien, le parecía un buen muchacho sin duda, y era obvio que a su hermana no le resultaba indiferente. ¿Cómo la apasionada Georgiana Masterson había de mostrar indiferencia u ocultar lo que su corazón y su alma tuvieran a bien sentir, fuere lo que ello fuere? En ese aspecto, la joven siempre resultaba tan cristalina como una gota de agua.

Por supuesto, llegado el momento debería mantener una conversación con él, era algo de lo que el joven Brighton no podría escaparse de ninguna de las maneras, pero, mientras tanto, se alegraba de poder insuflar alegría en el corazón tristón de Georgiana con tal de verla sonreír y resplandecer de nuevo. ¿Quién era él para negarle a su querida hermana la ilusión de disfrutar del primer amor con absoluta inocencia y con todo el candor que pudiera albergar su joven y romántico corazón?

La señorita Masterson se paseó muy despacio por los laterales del salón mientras su hermano hacía una parada en la mesa de refrigerios. Era obvio que Anthony pretendía concederle libertad de movimientos y cierta distancia; aunque el caballero se esforzara

en disimularlo con paradas estudiadas aquí y allá, a su hermana no le pasó desapercibida la nobleza de sus intenciones. Una sonrisa breve acudió a sus labios. Seguramente Sophia había mantenido una conversación con él.

Tras un suspiro de bonanza continuó avanzando por el bonito y adornado salón. Había acordado con Marcia en encontrarse esa noche para hacerse compañía mutuamente y disfrutar juntas del evento.

Marcia, a su vez, le había asegurado que tanto Rodrick como John tenían pensado asistir así que, con semejante esperanza en mente, Georgiana se deslizó con sutileza entre los distintos grupos para tratar de encontrarse con el suyo, con aquellos a quienes ella tenía en tan alta estima y, especialmente, con quien ya se había erigido como dueño por entero de su corazón.

Pero ya llevaba un buen rato en la mansión y todavía no veía a Marcia, tampoco a Rodrick; mucho menos, a John.

Debía admitir que Brighton era a quien verdaderamente buscaba. Los dedos enlazados fuerte frente al talle hasta el punto de cortar la circulación y arrugar la tela de los guantes, así como los labios entreabiertos para facilitar la respiración agitada, esa mirada ansiosa que volaba por todas partes en una búsqueda desesperada, sin posarse en ningún lugar concreto pero revisándolo todo con desespero, además del feroz golpeteo del corazón bajo el escote de muselina, todo eso así lo evidenciaba.

Buscaba a John.

Necesitaba ver a John.

* * *

John se pertrechó tras una columna y los helechos reales que la adornaban con el fin de pasar desapercibido para los invitados de los Thompson para poder permanecer tranquilo. No quería formar parte de ninguna conversación, tampoco sentirse abordado por el resto de los asistentes; mucho menos verse en la obligación de bailar o, en su caso, de tener que buscar excusas para no hacerlo.

Además, desde esa ángulo poseía una buena perspectiva de casi toda la sala mientras él permanecía entre claroscuros; no le resultaría complicado distinguir a todos y cada uno de los asistentes, aunque el salón amenazaba con abarrotarse por momentos, dificultando la tarea.

Confiaba en que Rodrick llegara temprano, tal y como le había asegurado, para, de ese modo, poder recorrer juntos el salón hasta encontrarse con las chicas. El menor de los Stuart le había confirmado la asistencia de Georgiana esa noche. Por eso, y solo por eso, había decidido acudir al cotillón.

Sin embargo, su pretensión de permanecer tranquilo, a solas y a salvo en aquel rincón apartado, se vio sorpresivamente invalidada cuando una presencia femenina se hizo sentir a su costado, reclamando su atención. No fue solo el colorido vestuario que apreció por el rabillo del ojo, sino la potencia del perfume artificioso e intenso que profanó sus fosas nasales, lo que lo obligó a volcar sentidos y facultades mentales hacia su diestra.

John se volvió ligeramente, pero, de un primer vistazo, no reconoció a la mujer que acababa de instalarse a su lado con toda la pretensión de no moverse de allí. Alta, rubia, espigada y vestida con colores chispeantes, un tanto fuera de lugar habida cuenta de su edad, la mujer irradiaba sensualidad y una belleza exultante, casi provocadora, que, sin duda, resultaría más agradable si se encontrara desprovista de todos los artificios y afeites que trataban de ensalzarla. La sonrisa que le curvaba los labios con picardía y el acelerado batir de pestañas, aplicado con exagerada coquetería y destreza, revelaron de inmediato a John la identidad de la dama desconocida. No podía tratarse de otra persona, habida cuenta de la descripción que de ella Rodrick le había facilitado.

—Me temo que no nos han presentado… —Lilly alargó la mano para ofrecérsela, pero John no hizo amago alguno de aceptarla, a riesgo de semejar descortés. No le importaba demasiado; si aquella mujer era quien él pensaba y si realmente, como había conjeturado con Rodrick, había formado siniestra coalición con el sátiro de Scratch con el fin de perjudicarlo, no se merecía la menor cortesía por su parte.

Quedó mirando durante demasiados segundos la mano dispensada, enfundada en rico guante de seda, para alzar la mirada lentamente después y aposentarla en aquellos ojos de hielo que lo miraban entre el batir orquestado de las doradas pestañas.

—Qué extraño, ¿verdad? —respondió, perfectamente serio—. Puesto que al parecer somos amantes…

Lilly retiró la mano y ahuecó los labios en un mohín de sorpresa, que, para John, resultó más fingido que la representación de una mala actriz en una obra de teatro, y se llevó la mano a los labios manteniendo cierta distancia para no manchar el guante de carmín.

—¿Eso dicen? ¿Usted y yo? —susurró ella. Ningún rubor le escaldó las mejillas y ningún chispazo de temor o consternación brilló en su pupila azul, asunto que hablaba claramente de su falta de inocencia. Incluso John se atrevería a asegurar que fue una pincelada de hilaridad la que centelleó en un momento dado en sus ojos, como sucede cuando el maestro ve su obra perfectamente halagada—. Vaya, en este pueblo siempre dan pábulo a todo tipo de murmuraciones. —Torció los labios en un gesto de innegable desprecio mientras deslizaba la mirada por la sala con idéntico despotismo al que mostraría un emperador romano frente al foso de las bestias—. Se ve que se encuentran tan aburridos con sus vidas oscuras y deprimentes que se ven en la obligación de adornar las de los demás. A como dé lugar… —Devolvió la mirada a John para agasajarlo con uno, dos y hasta tres lánguidos parpadeos consecutivos mientras deslizaba la punta de la rosada lengua, con intención, sobre el labio inferior—. No sé qué pretenderán con

ello si yo nunca he molestado a nadie. Tan solo soy una mujer sola y desprotegida… —Tras llevarse la mano al escote, se inclinó ligeramente para ofrecer una cuidada exposición de sus pechos al caballero en tanto suspiraba con indolencia—. ¿De dónde habrá salido semejante invención?

John la observó con escepticismo, enarcada una ceja y torcidos los labios en una sonrisa descreída. ¿Toda esa representación solo para él? ¡Vaya, debía sentirse afortunado, entonces!

Jamás se había dejado embaucar por ninguna mujer, no era ningún bobo. Además, ese tipo de teatrillos le provocaba risa o lástima, dado el caso; sin embargo, tras haber sido informado de las hazañas de la dama en cuestión y tras comprender que por algún extraño motivo parecía haberse aliado con Scratch para perjudicarlos a él y a Georgiana, estaba claro que no pensaba seguirle el juego.

—¿De algún amigo suyo, tal vez?

El rostro de Lilly mudó de golpe para tornarse serio y perspicaz. No estaba ante un petimetre absurdo, tal y como Scracth lo había retratado. Nada de eso.

—¿Amigo? —jadeó, tratando de parecer una damisela desafortunada—. Lamento informarle que no cuento con demasiados amigos en este horrible lugar, señor, y que semejantes murmuraciones me perjudican tanto como parecen hacerlo a usted. Le recuerdo que soy una mujer sola y desprotegida, en lo que a cualquier tipo de rumor se refiere, tengo mucho más que perder que usted… —Para respaldar el fingido sofoco, se llevó una mano al escote expuesto mientras ladeaba la cabeza con languidez.

John nada dijo, tampoco se molestó en contradecir esas palabras que resultaban más falsas que un penique de madera, mucho menos la penosa representación ejecutada por la dama. Por supuesto, ni una sola mirada fue dirigida al balcón lechoso que continuaba exhibido hacia él. ¿De verdad había hombres que se tragaban semejante comedia? Esos labios conjurados en forma de capullito no podrían negar lo que habían visto sus ojos y esa mirada aranera, sagaz y experta tampoco podría confundir su buen juicio.

Scratch y ella se veían, posiblemente fuesen amantes, a juzgar por la forma solapada en la que Rodrick y él lo vieron abandonar la casa de la mujer aquella noche. Rodrick lo había puesto al corriente de la reputación de la señora y de sus malas artes. Ella conocía de sobra las de Arthur Scratch. ¡Menudo par! Dios los criaba por separado y ellos se juntaban. ¿Pero por qué motivo querría esa mujer perjudicarlo a él, o a una señorita dulce e inocente como Georgiana?

—Aunque debo admitir que, por vez primera, me alegra que hayan mostrado la decencia de endilgarme a un caballero de los pies a la cabeza, no como en otras oportunidades. —Una sonrisa pérfida estiró los labios de la mujer en tanto se enderezaba y alargaba de nuevo la mano para reposar sobre el brazo de John y dejarla allí por un tiempo indefinido. Se aproximó tanto que su seno rozó con descaro el brazo del caballero hasta casi posarse también sobre él.

John miró de nuevo la mano con fijeza, tanta que hasta podría contar las puntadas en la tela una a una. Acto seguido y en cuestión de apenas segundos, se movió a un lado para desasir el contacto sin preocuparse de parecer descortés con su gesto.

Lo estaba siendo, pero ella sin duda tampoco se comportaba conforme a lo esperado en una dama. Después de un buen rato de tratar de presentarse como una pobrecita mujer sola y desvalida, la mujer descendía la máscara para mostrarse tal cual debía de ser.

—Pues lamento informarle, señora, que se han equivocado por completo en la elección de candidato—sentenció—. Del mismo modo, también se equivocaron usted y su amigo, Arthur Scratch, dando pie a semejante patraña. —Ella separó los labios hasta formar una perfecta "O" mayúscula. Los ojos se le abrieron como platos, fruto de la sorpresa—. En su lugar, señora Pemberton, me cuidaría de continuar tejiendo embustes, pues el ovillo puede acabar atrapándolos a ustedes en el meollo. Créame, no le gustaría permanecer atrapada con un hombre como Scratch. —Le espetó, consciente, además, de que al mencionar su nombre evidenciaba sin lugar a dudas que conocía la identidad de su interlocutora y, con ello, su reputación.

Sin mediar más palabras, John ofreció un golpe de cabeza seco y firme antes de girar sobre sus talones y lanzarse al salón, a las luces y al bullicio.

Creía haber distinguido a Rodrick en la distancia. De todos modos, esa conversación no lo iba a llevar a ninguna parte, más que a sacar al exterior su lado más frío e impío.

* * *

Se sentía afrentada. Los rubores que le importunaban los pómulos debían dar buena fe de eso. De un solo trago, vació la tercera copa de vino mientras continuaba repasando mentalmente lo que acababa de acontecer. Había hecho un ridículo solemne y la habían despreciado descaradamente. ¡Un caballero joven, por más señas, uno que debería sentirse halagado de contar con la atención de una beldad como ella! Semejante indiferencia, semejante desidia, por vez primera, lejos de enfadarla o encresparla, la había orillado al abismo de la humillación.

Humillada. Así se sentía.

El rumor que entre Arthur Scratch y ella habían lanzado a la sociedad no podría de ningún modo hacer mella en un caballero como John Brighton. ¿Acaso el anciano lo había considerado en algún momento? Se equivocaba.

Muchos se habían vuelto a saludarlo una vez que se adentró en el salón con Rodrick Stuart como cicerone. Estaba claro que no parecía excluido para nada de la sociedad. Ni una miserable muesca habían logrado inferir sobre la impecable superficie de su honor. Tampoco parecía especialmente preocupado por lo que los demás pudieran pensar

acerca de él y sus adornados escarceos amorosos. John Brighton no era para nada tonto, sí lo había sido ella al creerse y tomar en serio la descripción que del señor de Green Hall le había ofrecido Scratch. Desde luego, el anciano libidinoso era un auténtico necio si consideraba poder ganarle en cualquier sentido. Brighton lo sobrepasaba en todos los aspectos: juventud, inteligencia, apostura y una reciente posición como terrateniente le conferían notable ventaja ante el anciano abogado. ¿Qué poseía Scratch más que un sombrío bufete en Londres y unas greñas que lo convertían en un auténtico esperpento? No era una buena persona, ella tampoco: ninguno de los dos lo era en realidad; estaba convencida de que debía ocultar un pasado turbio plagado de miserias. Pero el anciano parecía haber elegido ese camino por voluntad propia mientras que a ella la vida, las circunstancias y una serie de malas elecciones la habían conducido al lugar en el que se encontraba ahora. A ser una paria social, sin amigos, sin nadie que la contemplara con respeto. Tan solo una mujer a la que cualquier hombre consideraría únicamente en su faceta de amante.

Lilly suspiró, fastidiada. ¿Por qué había formado parte de semejante atropello? ¿Por qué había accedido a relacionarse con ese anciano libidinoso considerando que podía sacar algo bueno de todo ello? Jadeó una risotada escéptica. ¿Qué había sacado de notable de todo lo que habían pergeñado? Fastidiar a una jovencita, estropearle la ilusión romántica, tratar de alejarla de su amor. ¿A eso había llegado la antaño admirada, envidiada y magnífica Lilly Stamford? ¿A eso se limitaba su afán de venganza?

Devolvió entonces la atención al salón para descubrir a Anthony Masterson cerca de la mesa de refrigerios. El corazón casi se le colapsó en el pecho al primer segundo de contemplación. Tras un postrero latido, aunque no a causa del alcohol tan precipitadamente ingerido, sino porque el caballero continuaba tan apuesto, atlético y magnífico como lo recordaba. Ningún estómago le hinchaba el chaleco brocado, ninguna gruesa pantorrilla deformaba las medias. Los calzones le abrochaban perfectamente bajo la rodilla, sin imitar la apariencia de dos botellas de cava presentadas boca abajo. ¡Menuda mata de pelo! ¡Menudas patillas!

Contemplarlo allí, sabiendo que era disfrutado por otra, en especial por alguien a quien ella siempre había detestado con empeño, le hizo hervir la sangre en las venas y bailar las lágrimas en sus pestañas. Sí, las lágrimas danzaban codiciosas en la gélida mirada de Lilly. Con un rápido parpadeo trató de aplastarlas.

Menos mal que William Somerton no había asistido al evento, pues contemplarlo al lado de Masterson sería como recibir otra bofetada de realidad en su cara perfectamente empolvada.

Una de las lágrimas danzarinas que creía aplacada se aventuró a descender en solitario por el acicalado pómulo para extinguirse en la comisura del labio brilloso de carmín. ¿Qué había hecho con su vida? ¿Por qué pudo tener a cualquiera de esos dos magníficos ejemplares masculinos y el destino, no obstante, se limitó a hacerlos desfilar ante sus narices para negárselos después? ¿O había sido ella la que se había permitido dejarlos marchar? ¿Por qué su esposo, ese a quien eligió estúpidamente, resultó un

auténtico fiasco y una grandísima decepción? ¿Y por qué en la actualidad debía contentarse con las atenciones de cuatro o cinco esposos infieles, todos ellos lo suficientemente entrados en carnes, idiotas o desagradables como para obligarla a esconderse a llorar una vez que abandonaban la casa después de usurpar su cuerpo, todavía hermoso?

¡Ella, Lilly Stamford... ahora Pemberton! Para siempre Pemberton...

La vida no se había portado bien con ella. Quizás, ella tampoco lo había hecho bien con la vida.

Observó entonces a la joven que permanecía al lado de Anthony, con las manos religiosamente enlazadas frente al talle. Delgada, morena, elegante en sus formas y en su apostura, perfectamente vestida, con el porte de una princesa de cuento. Debía de ser la tal Georgiana Masterson. Se vio obligada a contener un bufido. ¿Acaso Scratch era tan estúpido como para aspirar a alguien como esa señorita? No solo era una auténtica beldad, a pesar de no ser una rosa inglesa como podía jactarse de haber sido ella en su etapa de debutante, sino que su presencia en sí misma destilaba dignidad, juventud y perfección.

Scratch parecería un bufón a su lado y, desde luego, la niña sería una auténtica necia si se conformara con un viejo como él pudiendo aspirar a un héroe como Brighton. Un nuevo suspiro, largo y profundo, se hizo eco en la atmósfera solitaria donde permanecía Lilly, siempre en un aparte, siempre alejada de todos. Tras una última mirada en aquella dolorosa dirección y una última copa ingerida casi con desprecio, decidió abandonar la residencia de los Thompson para regresar a su hogar y a su patética vida.

CAPÍTULO 22

John no era tonto. Desde luego, tampoco Rodrick se mostró lo suficientemente discreto o comedido como para disimular sus intenciones: era obvio que algo tramaba. A John no le quedó ninguna duda cuando el joven Stuart insistió por tercera vez, sin el menor disimulo, casi hasta el punto de empujarlo a través del salón, en sugerirle salir al balcón con el pretexto de ir él en persona en busca de la señorita Spencer y de Georgiana, para después reunirse los cuatro allí. Explicación absurda por donde se la mirara. ¿Por qué motivo no podría él acompañar a su amigo en busca de las dos señoritas? No obstante, no quiso porfiar ni convertirse en un obstáculo si, tal como sospechaba, se trataba de una encerrona por parte de Stuart.

Le causaba cierta gracia después de todo; por eso, no trató en ningún momento de ocultar la sonrisa que le torció los labios con picardía. ¿Acaso a esas alturas eran dos mozalbetes para andar jugando a las entrevistas secretas? ¿Acaso era tiempo de encuentros discretos y misteriosos después de todo cuanto habían compartido con las dos damas?

Ni siquiera se le concedió tiempo para contarle a Rodrick el reciente encuentro que acababa de mantener en un ángulo discreto del salón con cierta señora de Hylton, tal fue la premura mostrada por Stuart, así que tras una cabezada condescendiente y la sonrisa mal disimulada, accedió a cumplir los requisitos de su amigo. No hizo falta mucho, ni tampoco someterse a una excesiva persuasión. Tan solo bastó recordar la primera vez que pisó aquel balcón, a quien se encontró allí, para que el recuerdo en sí mismo ampliara la sonrisa en los labios de John.

Con la potencia del bello recuerdo en mente e impelido de forma implacable por Stuart que trataba de moverlo como quien no quiere la cosa, cruzó el salón con el paso firme y decidido de quien sabe perfectamente hacia dónde va.

Y lo sabía.

En los labios brillaba una sonrisa.

Una esperanza y un único anhelo palpitaban en su corazón.

* * *

Marcia la había casi empujado hasta el balcón. ¿Podía ser posible? Mientras la conducía del brazo a través del salón, tirando de ella en lugar de acompañándola, le susurró instrucciones muy claras, aunque no lo resultaran tanto las explicaciones a un tiempo ofrecidas. Debía esperarla allí, al parecer, pues en ese lugar discreto y romántico

habían acordado reunirse con los caballeros amigos. Para no despertar sospechas ni recelos entre el resto de invitados, aseguró Marcia, saldrían al exterior por separado, así nadie podría conjeturar sobre la reunión secreta ni dar pábulo a nuevos rumores.

Georgiana casi espurreó una carcajada, y lo habría hecho de no encontrarse tan sorprendida ante la hilarante actuación de su amiga. ¿Desde cuándo debían esconderse para conversar con Rodrick y John? ¿Desde cuándo debían citarse lejos de la mirada de todos cuando habían recorrido los alrededores de Hylton en mutua compañía? ¿Nuevos rumores? ¿De verdad debían ocultarse a partir de entonces por miedo a falsos rumores como el que implicaba a John? De todos modos, accedió, pues nada se le perdía en el interior del salón si John no se encontraba presente. Y, por lo que había podido comprobar, él no había llegado todavía.

Además, albergaba un grato recuerdo de su estancia en ese balcón tiempo atrás. Mientras Marcia no acudiera a reunirse con ella, se torturaría recordando el momento en el que conoció a John en esa bucólica parcela de la residencia Thompson. El momento que cambió su vida para siempre, que avivó su corazón juvenil y aletargado.

Con esa consigna en mente cruzó en solitario la puertaventana para descubrir de inmediato la silueta masculina recortándose contra el fondo que ofrecía el manto aterciopelado del firmamento; casi se le cortó la respiración. Toda la determinación que llevaba consigo mientras cruzaba el salón se desvaneció de golpe.

Allí estaba él.

John Brighton en persona.

Georgiana se llevó una mano al talle y aspiró una ingente bocanada que retuvo en sus pulmones hasta que resultó impensable no soltarla, a riesgo de colapsar y desmayarse allí mismo.

John.

Ataviado con un frac en color burdeos, posicionado de tal forma que le ofrecía la espalda, con la mirada perdida en el vastísimo jardín nocturno que se desplegaba del otro lado de la balaustrada de piedra vestida de musgo, con las manos enlazadas en la parte baja de la espalda.

John.

Magnífico en su apostura, amplio de hombros y regio en su porte, erguido como un estandarte divino.

John.

Su adorado John.

Georgiana cerró las manos en puños, tragó seco, ignoró el feroz golpeteo de su corazón, que a esas alturas retumbaba en la carcasa de su pecho como un corcel de batalla, suspiró largo y profundo, desdeñó el pulsar de la sangre en las sienes, también el intenso cerrojo que se formó en su estómago y todo el maremágnum de sensaciones que sucedían en su interior. Entonces, dio un paso al frente. Un paso hacia John. No podía quedarse allí parada como una necia, desaprovechando la oportunidad presente, desaprovechando la vida misma. Desde luego, no iba a hacerlo.

John escuchó algo a su espalda y no pudo evitar volverse quedamente. Sus sentidos no lo engañaban. Tampoco el sutil aroma a lavanda que llegó hasta él en volandas de la brisa nocturna. No se encontraba solo: un ángel acababa de descender de los cielos para reposar sus bonitos zapatitos de raso sobre el terrazo del balcón. Un ángel cuya vestidura blanca y liviana flotaba alrededor de su silueta para incrementar la condición de criatura etérea, feérica y deliciosa.

—Señorita Masterson…

Un golpe de cabeza lento y prolongado sirvió para ocultar la emoción repentina que lo embargó ante la visión de su adorada. Georgiana correspondió con la consabida reverencia, igualmente superada por la emoción del instante, que le tiñó de rosado las mejillas.

—Señor Brighton —susurró, trémulo el labio y trémula la sonrisa en él dibujada—. Ha pasado tanto tiempo desde que lo vi por última vez que creí que se había olvidado usted de sus amigos. —Los rubores se apoderaron no solo de su semblante, sino también de su cuello y de su escote; sin embargo, no podía callarse por más tiempo la incertidumbre, incluso si sonaba a reproche—. O, tal vez, en realidad, solo se olvidara usted de mí.

John la contempló de forma extensa, deleitándose en cada detalle, en cada maravillosa perfección, en sus bucles oscuros y en sus pómulos altos, redondeados y cincelados en puro nácar. Tan hermosa, tan dulce, tan suave como solo puede serlo una deidad o una ninfa. Igualmente, intangible.

—Eso sería imposible, señorita Masterson. —Dio un paso al frente; en realidad, una única zancada que acortó distancias y lo llevó a situarse delante de la joven, a la distancia mínima que concedería apenas un hálito exhalado. Aspiró su aliento, se perdió en los jades de su mirada y se sintió flaquear como una criatura miserable—. No debí permitir que transcurriera tanto tiempo sin visitarla. —Se silenció un instante para zambullirse del todo en la profundidad embriagadora de esos lagos de agua verdosa y paradisíaca para cerrar las manos en puños, preso de la brutal tortura a la que lo sometía la contención—. Especialmente cuando visitarla y verla a usted es lo que más deseo en el mundo.

Georgiana mantenía el mentón elevado para contemplarse en las pupilas de obsidiana que poseían la capacidad de atravesar el sayo mortal para encontrarse con su alma. John no era mucho más alto que ella, pero la cercanía de los cuerpos incrementaba quizás y más que nunca la ligera diferencia de estatura entre los dos. Ella deseaba lanzarse a sus

brazos. Deseaba que los fuertes brazos masculinos la rodearan en apretado lazo y no la soltaran jamás. Deseaba que John se adueñara de su boca, y ella misma dejarse llevar, como se suponía que sucedía en las novelas románticas y en las tragedias de esa índole. No obstante, tuvo que conformarse con el anhelo y la certeza del corazón golpeando con ferocidad en su pecho mientras las rodillas amenazaban con doblegarse y el estómago se retorcía de puro nervio. Como el sueño no se materializaba, como su cuerpo resentía debilidad, se obligó a mantenerse firme.

—Jamás creí que el clima adverso lo llevara a flaquear —dijo, sin variar un ápice su mirada, disfrutando de distinguir la propia silueta reflejada en esa maravillosas pupilas de brea—, aunque debí suponer que podría sucederse tal flaqueza, después de todo, pues ya en su día el maestro Shakespeare trató, y con razón, de advertirnos acerca de ella.

John, igualmente hechizado por los jades imperturbables, enarcó una ceja en un gesto de suspicacia. Ante la expresión de desconocimiento del caballero, Georgiana sonrió.

—"No sufráis, niñas, no sufráis, que el hombre es un farsante. Un pie en la tierra, otro en el mar. Jamás será constante…" —recitó los versos del poeta, procurando mantener la sonrisa, aunque su mirada invariable reflejaba firmeza y un ligero reproche.

John tragó seco. Se debatía seriamente entre dejar atrás todo tipo de cortesía y moderación para atrapar ese bello rostro de nieve entre las manos y devorarle la boca hasta que los labios de ambos estallaran en llamas. Moría por ella y moría por la imposibilidad de demostrárselo.

—Es justo que se muestre ofendida, e incluso implacable —murmuró, víctima de una precaria contención—. Lo merezco, sin duda. Aunque le aseguro que no existe ni existió en ningún momento falta de constancia en mi proceder, señorita Masterson, ni mucho menos. —Exhaló con prontitud, agitados sus sentidos y agitado su corazón. Cerró las manos en puños un instante solo para extenderlas después en un vano intento de liberación. Lo que no podría suceder en modo alguno sin antes saborear el cáliz redentor que ofrecían esos labios de fresa, lo que ni siquiera sería apropiado dadas las circunstancias—. Ciertos asuntos, a petición de un buen amigo común, me alejaron durante un tiempo de Hylton; aparte, como bien dice usted, de un clima poco benévolo para realizar visitas… —Desvió un instante la mirada mientras se mordía el interior de las mejillas, avergonzado sin duda ante el poco peso y la ridiculez de su última justificación. ¿Abrigaría Georgiana el concepto de que era un tipo flojo e inconstante, hasta el punto de dejarse amedrentar por una simple tormenta? Sí, puede que tal vez ofreciera esa penosa imagen. ¡Y qué lamentable resultaba, desde luego!—. ¡Oh no, pero no estoy siendo justo con mis deseos ni con mis propósitos! —protestó, mirada inclinada, fruncido el ceño y de nuevo en puños las manos. Había sido un estúpido y esa pobre hada podría pensar lo peor de él. ¡Sería justo que lo hiciera!—. Debería haberle avisado, debería haberle escrito unas letras para mantenerla tranquila y hacerle comprender que jamás permaneció usted lejos de mi pensamiento, a pesar de la distancia física a la que obligaron las circunstancias. —Alzó la mirada, todavía ceñuda y

oscura, hacia ella—. ¿Cree que podría perdonar mi falta, señorita Masterson? ¿Cree que sería capaz de disculpar a un necio que, de pronto, olvidó la caballerosidad en su proceder en aras de la eventualidad? ¿Cómo podría enmendarme ante usted?

Georgiana sostuvo la mirada durante interminables segundos hasta que una sonrisa traviesa elevó las comisuras de sus labios y mostró un brillo juguetón en sus pupilas.

—Lo perdonaría bajo una única condición, señor Brighton —dijo, sonrisa ya por completo insinuada.

John tragó seco.

—La que sea.

¿Querría la luna? Se la bajaría, por cierto. Ella misma competía y triunfaba en belleza contra la diosa argentada.

—Baile conmigo —exigió mientras la mirada esmeralda chispeaba.

John enarcó ambas cejas y abrió bastante los ojos, sorprendido sin duda ante una petición tan sencilla…Y a la vez complicada. Aguzó los sentidos y escuchó claramente cómo hasta esa recóndita y deliciosa parte de la mansión llegaban a merced de la brisa los bellos acordes de un minueto.

—¿Ahora?

Georgiana asintió y su rostro más que nunca imitó la perfección juvenil y deliciosa, casi seráfica, de una ninfa.

—Aquí y ahora —confirmó ella—. Baile conmigo, John Brighton.

Él respondió con una sonrisa.

Por supuesto, habría preferido besarla y abrazarla allí mismo, envueltos ambos en la soledad y la intimidad de la noche, habría preferido devorarla con sus labios indómitos, tan hambrientos y necesitados de ella, para sentirse insaciado siempre… Pero un baile resultaba igualmente íntimo y delicioso. Al menos tratándose de ella.

Igualmente podría tocarla, igualmente podría aspirar su aliento, igualmente podría permanecer hechizado en el punto de anclaje que suponían esas esmeraldas imperturbables, que serían su guía, su faro en la tempestad. Ya nada más existiría. Ella y solo ella. Para siempre.

Bailar con Georgiana resultaba lo más parecido al contacto íntimo y sensual que tanto reclamaba su cuerpo. Sin mediar palabra se posicionó un par de pasos hacia atrás para dar comienzo al baile, ofreciéndole el consabido cabeceo a modo de saludo. Georgiana respondió con una reverencia y una sonrisa. Acto seguido, tal y como requerían los pasos, se tomaron de la mano, sosteniéndose apenas por la yema de los dedos.

Georgiana se sintió dichosa, pues era consciente de que John no tenía por costumbre bailar, pero, en aquel instante, había aceptado hacerlo con ella y solo para ella. El cielo estrellado sobre sus cabezas era el único testigo del momento. Su corazón agitado, dichoso, lleno de ilusión, de esperanza y de un amor inconmensurable, era el motor que la hacía girar y desplazarse en el balcón.

Asidos de la mano empezaron a girar, sin desviar en ningún momento la mirada del otro. El mundo entero había dejado de existir para dar cabida solo a los dos bailarines que, enlazadas las manos y las miradas, giraban lentamente al son de un bello minueto.

John permanecía fascinado por esos ojos y esa sonrisa que le estaba siendo dispensada solo a él. Se sentía hechizado por la fragancia a lavanda que revoloteaba por la atmósfera, apurada sin duda con cada giro, con cada leve movimiento. ¿Acaso Georgiana, pisando de puntillas con sus zapatitos de raso, no imitaba la cadencia y la donosura de un ángel?

Gran acopio de fuerza de voluntad tuvo que hacer John para no tratar de asirla en cada giro y envolverla con su abrazo. No obstante, resultaba imperativo conformarse con el liviano e insuficiente roce de las yemas de los dedos que, a pesar del obstáculo que ofrecían los guantes, le causaba una potente sensación cada vez que se sucedía.

¿Quién podría asegurar cuántos segundos transcurrieron en sutil embeleso, dejándose llevar por los hechizantes pasos de baile que parecían envolverlos y atraparlos en un mundo onírico y delicioso?

Fue Georgiana quien habló al cabo de un tiempo indeterminado, sin desatender en ningún momento la danza que, en ese momento, los separaba con la promesa de reunirlos instantes después.

—Espero que Marcia y el querido señor Stuart puedan disfrutar también de la noche. —Una sonrisa traviesa le curvó los labios—. Sin duda ambos han colaborado para que este momento tuviera lugar.

John cabeceó en asentimiento mientras volvían a reunirse, las manos de nuevo enlazadas, los rostros cercanos.

—Celebro la ocurrencia, por supuesto —dijo, bebiéndola con la mirada—, aunque le aseguro que este momento habría de tener lugar con su ayuda o sin ella, señorita Masterson.

Los colores se intensificaron en el semblante de Georgiana mientras el tiempo parecía haberse detenido tras aquellas palabras. Contuvo el aliento y lo observó con intensidad. Resultaba tan sencillo dejarse envolver por la mirada de John, por sus palabras, por su sonrisa y por los melódicos pasos de la danza, aunque, en ese instante, de nuevo el baile los obligó a desasir las manos y tomar leve distancia.

—En lo que a ellos dos respecta —continuó John—, estoy convencido de que todo se resolverá antes de que termine el año.

Georgiana jadeó su sorpresa.

—¡Pero no queda nada, entonces! —Al apreciar la sonrisa cómplice de John, continuó —. Me siento muy dichosa por ellos, señor Brighton. Tienen y tendrán todo lo que merecen: la felicidad más plena.

—A tal fin obedeció nuestro viaje repentino —informó—. Nuestro querido amigo ha querido organizar su vida antes de dar un paso definitivo. Por fortuna, ya está todo resuelto.

Georgiana sonrió, brillosos los ojos.

—Sin duda, mi querida Marcia ha hecho realidad su sueño. Ojalá pueda yo ser testigo de ello antes de abandonar Hylton.

John contempló la mirada vidriada en el rostro más hermoso que recordaba y una punzada repentina le apremió el corazón. Aprovechando el paso que obligaba a ambos a reunirse de nuevo y tomarse de la mano, le preguntó junto a la oreja, apenas en un susurro:

—¿Y cuál es su sueño, señorita Masterson?

Georgiana lo miró con intensidad, ahogando un jadeo en lo más profundo del alma. Rogó al cielo porque su cuerpo no resultara transparente y revelara cuanto guardaba en su interior o, de lo contrario, estaría perdida. “Usted… Usted lo es.” En cambio, solo atinó a sonreír con cierto atropello mientras los rubores acudían a su faz para revelar con descaro su realidad.

—Me gustaría sentirme como Ginebra, o como Hellelil.

John continuó prendido de esa mirada de jade, absorbiendo cada palabra, aspirando cada dolorosa oleada de lavanda que le traspasaba las fosas nasales y taladraba su corazón para permanecer sobre él como una medalla divina. Continuó intuyendo cada hálito exhalado a través de los capullitos de fresa que Georgiana tenía por labios, labios que se mantenían entreabiertos, mientras anhelaba en secreto que cada suspiro, cada aliento, le pertenecieran para siempre. ¡Ojalá pudiera absorberlos él mismo mediante un beso!

Pero no podía ni debía comprometerla en ese balcón. Las cosas debían hacerse bien, Georgiana no merecía menos.

De ese modo, continuó girando y luchando por retener ese impulso demencial de besarla, de abrazarla y de adorarla, y de hacerle sentir que él sería muy capaz de convertirse en su Lancelot.

CAPÍTULO 23

Anthony Masterson descendió con paso urgente las escalinatas delanteras de la abadía para encontrarse, tal y como le había informado Sophia, con una peculiar estampa: Arthur Scratch permanecía en medio del atrio, tieso como un baluarte, perfectamente ataviado con su habitual sombrero de copa y uno de sus mejores gabanes, sin duda también el más largo. Se hacía acompañar de un par de doncellas que custodiaban su reducido equipaje.

—¡Scratch! —le reclamó atención un par de pasos antes de llegar a su altura. El aludido se giró con gesto circunspecto, mucho más de lo que resultaba habitual en él, al menos. Su poblado ceño se reunió en un visaje de disgusto—. ¿No pensaría irse sin despedirse?

—Eh… Lamento ofrecer esa impresión, pero se me ha revelado todo un poco precipitado, señor —murmuró el anciano sin variar un ápice el semblante adusto. No deseaba dar explicaciones en un momento como ese. De hecho, lo había dispuesto todo para hacer mutis silencioso, sin que nadie se percatara de su ausencia hasta que ya se encontrara lejos. ¿Cómo diablos el señor Masterson había descubierto su intención cuando había intentado conducirse de manera tan discreta? Seguramente, Somerton había revelado su petición—. Recibí un mensaje del bufete requiriendo mi presencia para un asunto del todo impostergable —carraspeó, quizás el único gesto visible de vulnerabilidad en semejante esfinge de indiferencia—. Solicité un coche al señor Somerton para acercarme a Hylton y tomar desde allí uno de posta.

Anthony lo observó de soslayo un largo instante.

—¿Requiere de tanta urgencia dicho asunto? —inquirió—. Nosotros nos marcharemos dentro de poco, si puede esperar.

Scratch trató de sonreír, pero el peso de sus pensamientos era tan intenso, tan negro y nefasto, que la sonrisa se truncó en una mueca extraña y trémula. ¿Esperar? ¿A qué? ¿A que todo saliera a la luz? ¿A que Brighton sacara a relucir su pasado y manchara a ojos de todos una reputación que tanto le había costado pulir? ¿Podía arriesgarse a un cara a cara con Brighton? ¡Oh, no, señor mío!

—Me temo que no puedo postergarlo, señor Masterson —musitó con sequedad—. Debo partir en este mismo instante.

“Me va la vida en ello.”

No quiso Anthony importunar más, pues, al fin y al cabo, comprendía que la profesión de ese hombre a menudo requería de actuaciones inmediatas. Además, no era que Scratch hubiera socializado especialmente desde su llegada, en realidad sus idas y

venidas habían sido continuas y su presencia en la abadía muy reducida. Estaba seguro, aunque sonara horriblemente siquiera pensar en ello de ese modo, que nadie, ninguno, lo echaría en falta.

—Está bien, Scratch —concedió—. Escriba a Ventus Magna cuando se encuentre libre de obligaciones.

El abogado cabeceó en asentimiento justo cuando el carruaje con el blasón de los Somerton irrumpió en el atrio. Por supuesto que no se contactaría con Ventus Magna. Nada más lejos de su intención. Si todo salía como pretendía, se encontraría muy lejos de todos ellos. También de la alargada y poderosa sombra que ofrecían las relaciones sociales de esos prohombres en cuestión de semanas.

Esperó que los lacayos subieran su equipaje y, con un golpe de cabeza seco y firme, se despidió de Anthony Masterson. De aquel poderoso terrateniente con quien tanto había deseado emparentarse y al que había camelado concienzudamente durante meses tan solo para verse en la necesidad de desechar ahora todo su esfuerzo. Pero resultaba imperativo hacerlo de ese modo. No podía arriesgarse a que Brighton lo delatara.

Estaba convencido de que, teniendo en cuenta los valores y rectos principios del caballero que tenía delante –a menudo poseedor de un exceso de benevolencia– sus pecados del pasado resultarían imperdonables. Lo enjuiciaría sin opción alguna de defensa. Más teniendo en cuenta la afabilidad que parecían mantener con ese individuo al que ahora lamentaba no haber breado a golpes, cuando en sus años vulnerables tuvo la oportunidad. Ahora ya era tarde.

Si se exponía a enfrentarlo, caería en desgracia. No solo con los Masterson. También con los Somerton y con toda la recua de pavos reales que los rodeaban.

No había opción a dudas. Debía desaparecer.

* * *

Esa misma tarde la más inesperada de las visitas se hizo anunciar en Somerton Abbey.

Ninguno de sus moradores ni tampoco ninguno de los invitados habría intuido la identidad del visitante, tanto por la distancia temporal transcurrida desde la última vez que sus pies traspasaron el umbral como por la nula inclinación profesada entre cualquiera de ellos.

Lilly Pemberton solicitó ser recibida por los Somerton, y los Somerton accedieron a recibirla, aun cuando existió cierta reticencia a ello en un primer momento. ¿Qué intencionalidad podía albergar la dama con su visita cuando nunca había hecho otra cosa más que enredar y crear discordia a su paso?

No obstante, la entrevista se prolongó algo más de una hora.

Primero fueron los Somerton los que permanecieron encerrados con ella en la biblioteca de la abadía; tan solo una doncella se permitió interrumpir para ofrecer un generoso servicio de té a los presentes. La hospitalidad jamás debía de estar reñida con la afinidad hacia los convidados.

Algún tiempo después, los Masterson fueron llamados también para agregarse a la reunión. Otra vez, la misma doncella cruzó la estancia con un nuevo servicio.

Lilly explicó que había sido ella, en coalición con Arthur Scratch, la promotora de aquel estúpido rumor vertido en contra de John Brighton. Alegó Lilly que su intención pasaba por lastimar a ambas familias para, de ese modo, tratar de vengarse y resarcirse de todo el daño que consideraba que ellos le habían ocasionado a lo largo de su vida. No calló su animosidad. De hecho, se mostró bastante distendida en lo que a sentimientos y emociones en contra de todos se refería. Las damas la observaron durante todo su discurso con el ceño fruncido y los labios apretados a severidad, pero conforme Lilly hablaba y exponía su alma, los gestos de las mujeres se fueron aflojando para dar paso a una emoción muy similar a la comprensión, e incluso a la lástima.

La intencionalidad de Scratch al dar alas a dicho rumor, continuó explicando ella, obedecía a su interés por desposar a la jovencita Masterson a como diera lugar, para de ese modo asegurarse la senectud con una buena renta, además de una esposa bella, inexperta y maleable.

Semejante revelación escandalizó y horrorizó a Anthony, aunque en modo alguno tomó por sorpresa a Sophia, quien ya había intuido el nefasto interés del anciano hacia su joven cuñada.

El disgusto y el enojo del señor Masterson alcanzaron su culmen cuando Lilly reveló ciertos detalles de índole íntima y carnal a los que Scratch había sido y era aficionado; por supuesto, también refirió ciertos episodios en los que el anciano había tratado de abordar y comprometer a la señorita Masterson, exponiéndola de continuo a un acoso para el que la joven –ni ella ni ninguna joven inocente– estaría preparada. Aunque al revelar dichos detalles Lilly se retrataba a sí misma como amante y, de algún modo, confidente de Scratch, que les contara todo concedió credibilidad al asunto e incrementó la compasión que las damas presentes ya empezaban a experimentar hacia ella.

Una vez desenrollado su extenso carrete dialéctico, habida cuenta que contaba con oyentes dispuestos a atenderla, decidió Lilly que no tenía sentido detenerse y guardar para sí otras puntadas que hilvanaba en su cabeza, por lo que mencionó también los indicios de un pasado por parte de Scratch que intuía oscuro, asunto del que él nunca le había referido absolutamente nada más allá de su tenencia de un bufete en Londres, pero del que Lilly no podía dejar de sospechar. Al fin y al cabo, las almas turbias acaban reconociéndose entre ellas en medio de la luminosidad que los rodea, y de la que no son en modo alguno merecedoras.

Una vez terminado su sincero soliloquio se concedió unos segundos –respetados por su audiencia– para asimilar cuánto había dicho y tomar aire. Al cabo de su breve reflexión, explicó que, con esa vasta confesión, deseaba y esperaba expiar sus pecados y que, en los próximos días, su intención era abandonar Hylton para siempre y empezar una nueva vida lejos de todo su mundo conocido. Probablemente, en tierras de Gales, si sus padres la ayudaban a prosperar.

Suplicó el perdón de los presentes; aguardó con la cabeza inclinada y las manos entrelazadas sobre el regazo, un veredicto a sus andanzas. Tan solo unos minutos de silencio y algunas miradas intercambiadas fueron necesarios para que ambas parejas concedieran a Lilly la benevolencia de partir en paz.

* * *

Pocas horas después, John Brighton recibió también visita en Green Hall, aunque en su caso la visita resultó bastante más de su agrado.

En compañía de sendas copas de brandy y una generosa lumbre crepitando en la chimenea y caldeando la hermosa sala de Green Hall, Anthony Masterson le reveló al joven caballero todo cuanto Lilly Pemberton había confesado, sin omitir ningún tipo de detalle. Y, como una confesión suele derivar en otra, del mismo modo John ilustró a Masterson con toda la información referente a su pasado que mantenía encerrada bajo mil llaves en lo más profundo de su alma y de sus recuerdos.

No se equivocó Scratch en lo que a Anthony Masterson se refería. Una vez el caballero fue informado del pasado común del anciano con los Brighton, mostró un horror y un enojo tan solo atribuibles a un titán.

Se levantó de su asiento llevado por los cien mil demonios del averno, vació su copa de un único trago y se contentó con tratar de liberar su ansiedad y su desasosiego con paseos nerviosos a lo largo del salón mientras su mirada permanecía fija e inamovible en cualquier invisible átomo flotante a sus pies.

Se sentía avergonzado y estúpido por haber ofrecido su amistad, su vivienda y la cercanía de su propia familia a un hombre que había ejercido una conducta tan vil, al punto de maltratar a una mujer sola y desvalida como a su hijo pequeño con absoluta impunidad. Por supuesto, el hecho de abandonarlos a ambos dejando a la mujer desahuciada y enferma lo retrataba como el alma cenagosa que se le había revelado en la persona de Scratch.

Si estaba en su mano, se encargaría de que no existiera un solo lugar en todo el magno imperio donde no se supiera lo vil y canalla que era Arthur Scratch, de profesión abogado.

Una vez que se calmaron ligeramente los ánimos en lo que a ese feo asunto se refería, y como Anthony hubo de tantear astutamente al joven para conocer sus intenciones respecto a Georgiana, pues también esa propósito lo había llevado hasta allí, John se vio orillado –sin ser forzado– a revelar sus sentimientos respecto a la señorita Masterson. De ese modo, se sinceró con el hermano mayor, al que acabó por solicitarle permiso para cortejar a la joven.

Por supuesto, Anthony ofreció su consentimiento, que selló con un amplio abrazo entre los dos.

Capítulo 24

John observó el nervioso ir y venir de Rodrick y no pudo evitar, ni remediar, la sonrisa inmediata que asomó a sus labios.

No obstante, el gesto distaba mucho de encerrar sorna o hilaridad. En verdad lo envidiaba profundamente; de una forma sana, por supuesto, de esa manera en la que las almas nobles anhelan la fortuna que ya se auspicia a todas luces para un ser querido y esa ventura es deseada, *ipso facto*, para uno mismo.

Con ese anhelo en mente, convertido ya en consigna, continuó observándolo. Rodrick había acudido a visitarlo de improviso esa misma tarde y, tras remolonear un cierto tiempo sus intenciones con comentarios obsoletos, acabó por confesarle que se disponía en ese preciso instante a acudir a la vivienda de los Spencer para solicitar la mano de Marcia.

Al parecer, había realizado el primer avance con la joven durante el baile de los Thompson y había obtenido su completa y entusiasta conformidad, pero faltaba el beneplácito paterno para que la bendición resultara completa.

—Deja ya de dar vueltas como un trompo y sal por esa puerta, amigo mío —lo animó tras algunos minutos de observación—. Aquí no conseguirás nada más que enervarte y mellarme la alfombra. —Esbozó John una sonrisa para tratar de aligerar los ánimos de su amigo—. Si lo deseas, te acompaño.

Rodrick, efectivamente, detuvo su deambular disociado tras esta última sentencia y se quedó quieto como pasmarote, observando al propietario de Green Hall. Podía ser que, en medio de sus agitadas tribulaciones y sus nerviosos propósitos inmediatos, hubiera olvidado incluso que su amigo se encontraba presente.

—Solo hasta mitad del camino, John —aceptó la ofrenda en el acto—. Te lo agradezco, amigo.

John se compadeció por el gesto de debilidad o duda por parte del joven Stuart.

—Todo irá bien —afirmó—. Los Spencer al completo te adoran. El señor Spencer te concederá la mano de su hija sin dudarlo.

Una sonrisa leve, apenas insinuada, afloró a los labios del propio John tras recordar que Anthony Masterson le había concedido su bendición el día anterior. Nadie estaba al tanto de eso, ni Rodrick ni la propia Georgiana, a quien también él debería solicitar no solo su mano, sino especialmente su corazón.

—Confío en que así sea —suspiró Rodrick—, aunque tal vez no resulte del agrado de los padres ver a su única hija partir tan lejos.

John regresó a la realidad del presente, consiguiendo alejar a Georgiana un segundo de su pensamiento.

—¿Para desposarse con un buen hombre que la adora y que contará con un grato beneficio eclesiástico en Hampshire? ¿Un hombre que le ofrecerá una vida cómoda y apacible y que además será un buen pastor de Dios? —John torció la boca en una sonrisa sarcástica—. Sí, posiblemente se sientan terriblemente turbados ante tu propuesta y ante el fatídico futuro que le espera a su hija al lado del hombre que más y mejor puede amarla bajo las estrellas.

Rodrick, sabedor del sentido del humor del de Green Hall, le propinó un leve codazo a modo de reprimenda, gesto que secundó acto seguido con una media sonrisa.

—Todavía no me creo que vaya a ser pastor —apuntó Rodrick en ese tono melancólico que suele emplearse cuando se pincelan en el aire los sueños propios—. Ni que una mujer como Marcia me aceptara como esposo. He sido un picaflor toda mi vida, y el hecho de poder contar con un puerto amable, bello y seguro en el que asentarme es más de lo que he esperado jamás. Te aseguro, mi querido amigo, que mi única meta en el futuro es poder estar a la altura de su corazón y hacerla la mujer más feliz del mundo.

John estiró los labios en una sonrisa amable. Entendía perfectamente las cavilaciones de Rodrick, pues lo mismo sucedía con él, exceptuando el concepto de picaflor. Desde la ausencia de su madre, había sido un alma errante, una sombra sin silueta incapaz de encontrar su camino en la vida. Siempre se había considerado una especie de nómada, un ser desarraigado al que la vida le había negado el amor y la calidez de una familia. Por supuesto, en sus largas noches de soledad había imaginado formar su propio hogar, encontrar a su alma gemela y compartir con ella el resto de su vida.

El hecho de contar a esas alturas de la vida con unas tierras a las que considerar propias y a una hermosa joven a la que amar podía considerarse la culminación de sus sueños de juventud.

De ese modo, entre proyectos de futuro, esperanzas compartidas e ilusiones alcanzables, iniciaron camino hacia la residencia de los Spencer a lomos de sus respectivas monturas. Poco o nada conversaron durante el trayecto. John respetó tal circunstancia. Era obvio que Rodrick, montando a su costado e infringiendo a su caballo un paso decadente, se demoraba a propósito mientras componía en su cabeza el discurso idóneo con el que presentarse ante su futuro suegro para solicitarle la mano de Marcia, por lo que John concedió distancia emocional a su amigo para que llevara todo esto a cabo con calma.

Él mismo caviló el modo apropiado en el que dirigirse a Georgiana con idéntica finalidad. ¿Cómo podría hablarle venturoso a una joven amante de la literatura y de la poesía, a una joven cuyos sueños románticos parecían ser más grandes que ella misma?

Había solicitado el beneplácito a Anthony Masterson, y el caballero no solo se lo había dispensado, sino que además le había llamado hermano. Pero ¿y Georgiana? ¿Lo aceptaría ella? ¿Lo consideraría suficiente? ¿Sus palabras resultarían adecuadas?

¿Green Hall estaría a su altura? ¿Lo estaría él?

Desde que puso su mirada en la joven, temió en todo momento resultar poca cosa para ella. Al fin y al cabo y detrás de Green Hall, ¿qué era él?: nadie. Poco poseía para ofrecerle, más que la propiedad que acababa de heredar. ¿Y qué es una simple propiedad comparada con los sueños idealizados de una muchacha?

Su padre había sido un modesto pastor rural y su madre había sufrido mil penurias tras enviudar, viéndose obligada a trabajar y a sucumbir ante una relación horrible como la vivida con Scratch. No había blasones, no había antepasados bigotudos y provistos de gorguera. Tan solo una pariente lejana que no se acordó de él durante toda su existencia y que, por algún extraño designio del destino, sí lo hizo en su testamento.

Georgiana quería un caballero andante, quería un héroe de novela, y él era tan solo un hombre; un hombre que la amaba y la deseaba con toda su alma, pero un hombre al fin y al cabo.

Algo le decía, no obstante, que contaba con posibilidades. Tal vez la ilusa esperanza que abrigan los enamorados. O, tal vez, las sonrisas entregadas, los rubores que apreció en su rostro de porcelana y la mirada esmeralda que parecía refulgir para él. O, tal vez, John Brighton era tan solo un necio que confundía las bellas facciones de Georgiana con emociones dirigidas a su persona.

Pero había bailado con él. Eso resultaba innegable. Había bailado con él.

Tomarla de la mano, apenas sosteniendo la yema de sus dedos enguantados mientras sus miradas actuaban como faros imperturbables en medio de un océano de niebla y desasosiego, había supuesto un auténtico deleite. Algo así como tocar el cielo con las manos. O como tocar a uno de sus ángeles y retenerlo durante unos pocos segundos a su lado.

Pero ella –también su corazón romántico y apasionado o su ingenuo concepto de la vida y del amor– convertía sus esperanzas y sus avances en una senda peligrosa e incierta. ¿Cómo transitarla sin tropezar? ¿Cómo acercarse a Georgiana sin suponer una decepción? Quería ser lo mejor para ella. Quería ofrecerle lo mejor. Quería ser lo que ella necesitaba y soñaba, tanto de noche como de día.

Ya se vislumbraba en la distancia el tejadillo de pizarra de los Spencer cuando John frenó del todo el aquietado paso de su caballo, preso de sus cavilaciones e incomodado por esa sensación punzante en que se convierten las dudas cuando pasan de cosquilleo a avasalle. ¿Podría él ser todo eso? ¿Podría convertirse en lo que Georgiana anhelaba?

Rodrick, sorprendentemente atento al gesto, hizo lo propio, y se volvió hacia él con expresión interrogante. Le había pedido que lo acompañara a medio camino, pero en el fondo estimaba su compañía durante todo el trayecto. John Brighton se había convertido en su mejor amigo, en su apoyo incondicional.

—¿Sucede algo, amigo?

—Creo… creo que… —John comenzó a hablar mostrando un ligero ceño de turbación, pues, en realidad, no se dirigía a su amigo, sino que se limitaba a poner en los labios sus pensamientos, que eran tan atropellados y turbios que, del mismo modo que sucedía en su cabeza y en su alma, así se enredaban en el verbo—. Creo que desviaré mi camino hacia… hacia Somerton Abbey. —Por vez primera al hablar, alzó la mirada hacia el jinete que montaba a su lado—. Si no te importa continuar solo, amigo mío, yo también debo hacer algo muy importante.

Rodrick esbozó una sonrisa de comprensión. ¡Ya era hora, por el amor de Dios!

—Por supuesto, John —concedió—. Atiende a lo que debas atender.

John, muy serio, cabeceó en asentimiento. No podía demorarse más o escudarse tras la inacción y la cobardía, sería una estupidez continuar prolongando su sufrimiento cuando solo Georgiana podía concederle la felicidad absoluta o ahogarlo en la soledad más insondable.

—Te deseo suerte, Rodrick Stuart, aunque estoy más que convencido de que la fortuna está de tu lado.

—Agradezco tus palabras, John Brighton —sentenció el primero, acto seguido esbozó una amable sonrisa—. Del mismo modo, estoy convencido de que recibirás la mejor de las respuestas en esa vieja abadía. —Levantó la mirada al cielo—. Pero apresúrate, se acercan unas nubes muy feas por el horizonte y tu camino es más largo que el mío. Me temo que esta noche caerá una buena tormenta.

Tras intercambiar idéntica sonrisa de confortación y sendos cabeceos a modo de despedida, ambos caballeros separaron sus caminos para acudir cada cual en busca de su destino.

* * *

Empezó a llover, de pronto y con violenta intensidad, por lo que cualquier posibilidad de disfrutar de un paseo placentero quedó de inmediato truncada. Bajo la doble arcada del pórtico principal, Georgiana chasqueó la lengua en señal de fastidio mientras observaba el rítmico, casi hipnótico y acelerado pulsar de las gotas de lluvia al estrellarse contra el suelo de grava.

A lo lejos, todavía se escuchaba el cántico de los pajarillos –quizás, alertando a sus compañeros de la negrura que se avecinaba–, mientras el estruendo de la repentina cortina acuosa se imponía por momentos y a pasos agigantados sobre cualquier otro sonido natural.

Georgiana suspiró. No se trataba de que no fuera un suceso previsible en realidad. Sophia se lo había advertido, de hecho. Aquellas densas nubes, plomizas, gruesas y casi palpables a pesar de la infinita distancia, que se desplazaban con descarado y mal disimulado sigilo desde el horizonte, actuaban como la viva representación de lo que se avecinaba. Pero ella, que amaba los instantes previos a la lluvia y esa coloración bucólica que teñía el paisaje en previsión de la tormenta, quiso arriesgarse y salir a respirar aire puro, alzar la mirada al firmamento y disfrutar de los colores y los aromas de la naturaleza.

Después de todo, ¿qué mal podían hacerle unas cuantas gotas si al final el cielo decidía resquebrajarse sobre su cabeza y liberarse de su preñez húmeda? Ni Eloísa, ni Ginebra ni ninguna otra heroína se habría detenido ante una predicción climática adversa cuando su corazón y su alma clamaban libertad.

Además, tenía bastante en qué pensar. O en quién, en realidad: John.

Siempre John.

¡Qué delicioso momento compartido en el balcón de los Thompson! ¡Qué instante de romántica intimidad en el que nada más hizo falta para que el mundo cobrara sentido! Se sintió un hada entre sus brazos, aunque él apenas se permitió tocarla, y de ese modo todas las sensaciones que creyó intuir a través de sus lecturas románticas, las emociones que siempre anheló experimentar y puso en duda llegar a conocer algún día, tomaron forma por fin en su alma.

Ojalá él diera un paso al frente y convirtiera sus sueños en realidad. Ojalá él la convirtiera en la mujer más feliz y dichosa bajo las estrellas con unas pocas palabra.

Ojalá él…

Suspiró de nuevo mientras observaba la lluvia y las punteras de sus zapatitos de raso asomando bajo el ruedo del vestido y recogiéndose bajo el pórtico para escapar de la lluvia que caía torrencial. Mientras tanto, alzaba la mirada y observaba el magnífico y solitario atrio de Somerton Abbey, imbuido a esas horas en la negrura que concede la tempestad e imposibilita ver más allá o a través del grisáceo telón húmedo.

Mientras tanto, observaba el magnífico caballo que atravesó de pronto la densa y alborotadora cortina acuosa, como un ser feérico rasgando el velo del inframundo, para detenerse frente a ella.

Georgiana exhaló en profundidad mientras se obligaba a parpadear para despertar del repentino letargo y discernir ensoñación de realidad. En tanto ella trataba de recobrarse, un jinete ataviado de oscuro descendió del caballo de un salto para avanzar en su dirección a grandes zancadas.

No sabía si el recién llegado la había descubierto o si en realidad sucedía que ese era el único sitio a cubierto en el frontal de la abadía, pero, de inmediato, la figura masculina se erigió frente a ella, ocupando el hueco porticado.

El corazón femenino casi colapsó cuando descubrió a John bajo el sombrero completamente empapado, con la chaqueta chorreando por cada costura, el *cravat* ajado y el cuello de la camisa pegado a la piel. Su cabello oscuro se reunía en guedejas húmedas a ambos lados del rostro, su mirada brillosa permanecía fija e inamovible en la dulce criatura que lo observaba fascinada. Tras él, el monocorde sonido de la lluvia torrencial componía una bucólica melodía de fondo y le concedía la condición de auténtico héroe, de un caballero de ensueño.

John jadeó mientras esbozaba una sonrisa trémula.

—Señorita Masterson… —No parecía un saludo, sino en realidad el descubrimiento de un sueño que cobraba forma bajo la lluvia.

Los ojos de John, bajo un ceño fruncido por la turbación, el nerviosismo y la incertidumbre, la observaban con fijeza, mientras la pose envarada demostraba un vivo nerviosismo.

Georgiana no pudo decir nada. Su mirada no se atrevía a desviarse de los ojos de brea, en tanto de su labio entreabierto huía un agitado hálito. John aparecía bello y fascinante en ese escenario. Empapado, calado por la lluvia y completamente embarrado, representando tal vez sin saberlo al héroe romántico que ella siempre esperó.

Simplemente se quedó sin palabras mientras el corazón golpeaba con furia en la carcasa de su pecho y la respiración se tornaba agitada. ¡Qué milagro que las rodillas no cedieran tras haberse convertido en gelatina ante semejante visión!

—Señorita Masterson… —repitió él, envarado y rígido como un puntal mientras su cuerpo continuaba chorreando.

—¿Por qué…? —Georgiana atinó por fin a reflejar su incredulidad en un tono incierto y trémulo y, aunque sus emociones sonaron atropelladas, consiguió al cabo de unos segundos componer una frase completa—. ¿Por qué… ha salido a cabalgar… con este tiempo?

De nuevo, John jadeó, entremezclando su jadeo con una sonrisa temblorosa. ¿Qué hacía callado? Debía hablar, debía exponer su corazón y ofrecérselo a ella.

—Yo… Yo quiero ser su Lancelot… —expuso de golpe y perfectamente serio. Su mirada, fija e inamovible, inquieta y urgente, resultaba más expresiva de lo que podían serlo ya sus palabras. Georgiana parpadeó, confundida y asombrada ante semejante declaración, mientras su rostro respondía en silencio y poco a poco con una sonrisa que terminó siendo radiante—. Quiero ser todo lo que usted desee que sea, porque usted es todo cuanto yo deseo… —Alzó la mano para acercarla al rostro de la joven y acunar en su palma ahuecada el redondeado pómulo—. Mi dulce y bella Georgiana. Nada podría haber en este mundo, ni aun en el otro, capaz de enternecer mi corazón y sacudir mi alma del mismo modo que lo hace usted. No hay huracán ni fuerza humana, ni aun inhumana, capaz de doblegarme como me doblega usted con una sola de sus miradas.

La joven cerró los ojos y se dejó embriagar por la marejada de sensaciones que la envolvieron en ese dulce e íntimo contacto. En sus labios perduraba la sonrisa más amplia y sincera que podría esbozar, mezclándose entonces con el agitado aliento que la mecía y obligaba a su pecho a ascender y descender en acusado vaivén. Bajo las oscuras pestañas asomaron las lágrimas.

Abrió los ojos para encontrarse con la mirada de obsidiana, interrogante e intranquila, pendiente de ella y de su reacción. Fue consciente de la alegría infinita que ascendió de golpe por su pecho y se le acumuló en la garganta.

John permanecía tan serio que no parecía él. Georgiana no pudo evitar compadecerse del cúmulo de sensaciones que debían de estar atormentándolo, aunque en el fondo, en realidad, todo resultara apasionante y tremendamente romántico.

—Quédese conmigo en Hylton… —separó lentamente la mano del rostro mientras él se acercaba despacio, temeroso aún de la respuesta—. Quédate conmigo, Georgiana, te lo ruego, y hazme el hombre más dichoso bajo las estrellas.

Ella seguía sin responder. Solo el escote subiendo y bajando con urgencia, los ojos velados por un llanto inminente y la sonrisa que le iluminaba el rostro podrían expresar la realidad de todo cuanto confluía en su interior.

—No puedo ofrecerte blasones, ni retratos de antepasados con gorguera y armadura… —ante este alegato, Georgiana jadeó su sonrisa—. Pero te ofrezco mi vida, mi presente, mi futuro y mi corazón por completo. Quédate a mi lado en Green Hall y sé mi Ginebra, Georgiana Masterson; yo seré tu Lancelot, o tu Arturo, o quien tú quieras que sea para ti.

La joven exhaló de forma sonora, liberando una ingente cantidad de oxígeno.

—John Brighton es quien deseo que seas; solo John Brighton, siempre John Brighton…

—¿Eso significa? ¿Eso es…?

—¡Que sí! —La sonrisa le bailaba en los labios, las lágrimas descendían ya sin remedio por sus mejillas.

John jadeó.

—¿Sí? —preguntó, incrédulo como un niño.

—¡Sí, por supuesto que sí! —Nuevas risas atropelladas —. ¡Siempre sí, John!

John por fin pareció librarse de la ardua carga que le pesaba sobre los hombros. Rompió la pose de rigidez que lo dominaba y sonrió por fin, notando el alma reblandecida de sentimiento. Su risa resultó tan trémula y nerviosa como la de ella, tan ingobernable y a la vez tan sincera como la que pincelaba los labios de la joven.

—Mi bella Georgiana, mi amada Georgiana…

Sin mediar más palabras entre los dos, ninguna más hizo falta, John deslizó ambas manos al talle de Georgiana para aproximarla a su cuerpo. Ella, a su vez y poniéndose de puntillas, elevó las suyas hacia las chorreantes solapas de su chaqueta para prenderse de él, como un náufrago a la deriva anclándose a su tablón de salvación. Tal fue el ímpetu mostrado por la joven, consecuencia de la inexperiencia y el apasionamiento que la caracterizaban, que hizo retroceder a John hasta empujarlo contra el arco porticado. De no haber sido por la apostura del caballero y por su firmeza atlética, habrían caído los dos bajo la lluvia. Pero John actuó con rapidez y la rescató entre sus brazos, la alzó en volandas, la pegó a su cuerpo rodeándola por completo. De ese modo, permanecieron los dos ya no solo enlazados mediante apretado abrazo, con el cuerpo del caballero ejerciendo de escudo, sino fusionados en un beso apasionado con el que sintieron fundirse sus dos almas y encenderse la llama del deseo más íntimo.

Bebieron el uno del otro con pasión, con la urgencia del primer beso anhelado durante mucho tiempo y, por fin, traducido a realidad. Las manos de ninguno podían permanecer ya quietas mientras recorrían en apresurada caricia la espalda, la nuca, el ya revuelto rodete de la joven o los amplios hombros del caballero.

Y así permanecieron por un tiempo indefinido, a merced del deseo, de las risas nerviosas y la complicidad, amparados bajo los pórticos de Somerton Abbey mientras la lluvia golpeaba furiosa el exterior.

EPÍLOGO

Los astros también fueron favorables a Rodrick, a quien los Spencer no solo concedieron su beneplácito, sino que se alegraron infinitamente de que el menor de los Stuart aceptara un beneficio eclesiástico para encauzar su futuro, en especial tras comprender que el joven había escogido a su hija como esposa y que ella bebía los vientos por su joven vecino.

El matrimonio, en la última estación de la vida, se mostraría feliz si Marcia también lo era; estaba claro que la joven amaba con auténtica devoción a Rodrick, por lo que ninguna objeción tuvo lugar.

No habría lugar a objeciones tampoco, desde luego, pues la joven había esperado del otro lado de la puerta, en compañía de su madre y con los nervios ambas a flor de piel, el veredicto de su padre mientras el anciano permanecía reunido con Rodrick en la sala de estar. De haberse sucedido una respuesta negativa, no cabía duda que el corazón de la muchacha se habría quebrado en cien mil pedazos.

Aunque la concesión de esa mano suponía el abandono del hogar familiar de su pequeña, los Spencer se contentaron con la certeza de que Hampshire no sería un destino tan lejano si sabían que el corazón de su hija latía feliz allí.

Gracias a la influencia de amigos y familiares, tanto Rodrick como John obtuvieron una licencia especial para que ambos matrimonios pudieran celebrarse conjuntamente recién iniciado el año; de ese modo, aprovechaban la presencia en Hylton de aquellos a quienes tenían en más alta estima.

Cuando el reciente matrimonio Stuart partió rumbo a Hampshire, entre sus baúles llevó consigo deseos de felicidad y dicha por parte de quienes los querían bien; también la firme promesa de una pronta visita por parte de los recién estrenados Brighton, señores de Green Hall.

Sobra decir que Rodrick terminó convirtiéndose en un pastor ejemplar al que adoraban sus feligreses y que, gracias a su sentido del humor y a su vitalidad juvenil, escribía sermones que conseguían llenar la iglesia cada domingo. Aparte de cumplir sobradamente su nueva faceta de hombre de Dios, Rodrick supo dejara tras un pasado díscolo para ejercer como un amante y devoto esposo para su querida Marcia.

Lilly partió muy lejos, tal como había anunciado, en compañía de sus hijos todavía pequeños. No había sido hasta el presente una madre ejemplar, cariñosa o dedicada, ni mucho menos, pero, al parecer, la vida le ofrecía una segunda oportunidad y estaba decidida a aprovecharla. El primer paso empezaba por renovarse ella misma. Sabedora de que todavía era hermosa y que jamás había sido estúpida o necia, decidió iniciar esa nueva vida que anhelaba en otro lugar en el que la sombra de su pasado no pesara sobre

su persona. Quizá, todavía no fuera demasiado tarde para ella ni para su familia. Quizá, pudiera encontrar un buen hombre que la amase de verdad y con el que formar un bonito hogar. Al fin y al cabo, se lo merecía.

De Arthur Scratch no supieron mucho en las semanas siguientes, aparte de que había clausurado de forma repentina y sin mayor anuncio su bufete de Londres para desaparecer sin dejar rastro. De su huida, dieron fe algunos acreedores malhumorados que mostraron bastante empeño en dar con él para cobrarse las numerosas deudas que dejaba tras de sí. Anthony Masterson se cuidó de poner en antecedentes a todos sus contactos acerca del pasado y de las fechorías presentes de este personaje, no porque quisiera perjudicarlo de forma expresa, no era esa actuación algo que formara parte de su naturaleza benevolente, sino porque pretendía prevenir que pudiera engatusar a otros en el futuro.

Lo que Masterson y allegados desconocían, y jamás hubieron de ser informados de ello, fue que el anciano abogado acabó sus días en Escocia, completamente desahuciado, olvidado y solo, aquejado de sífilis y malviviendo gracias a la caridad de unos pocos.

Los Masterson abandonaron Somerton Abbey pocos días después de celebrarse sendos matrimonios para regresar a Ventus Magna, a su hogar, con la felicidad del conocimiento de una nueva vida gestándose en el vientre de Sophia.

Los Brighton iniciaron su camino en común en la residencia de Green Hall, donde alcanzaron la felicidad como matrimonio, llenando su hogar de buen entendimiento, amor y confianza plena en el otro. John no solo se convirtió en el caballero andante soñado de Georgiana, sino que cualquier parecido con los héroes de novela que la joven pudiera haber alimentado en su magín adolescente quedaron relegados a un segundo plano en cuento hubo de conocer el verdadero significado de nobleza, pasión, amor y entrega en su recién estrenado esposo.

Juntos renovaron la propiedad al gusto de la joven esposa, cambiando papeles de pared, renovando cortinajes y equipando estancias con muebles nuevos, algunos de ellos recién traídos desde Ventus Magna. No faltaron las novelas góticas y de caballerías que la joven había acumulado en su residencia familiar. También, por supuesto, hubieron de arropar los jardines de Green Hall con esquejes de higuera breva negra, para regocijo de su promotor: el anciano señor Somerton.

Pronto regresarían todos a Somerton Abbey, porque regresar a la abadía resultaba siempre un gran placer.

AGRADECIMIENTOS

Poder crear esta serie ambientada en el período de la Regencia inglesa, mi época favorita para imaginar historias y bonitos romances, ha sido maravilloso y, por supuesto, ha resultado una delicia convivir con personajes ya tan queridos como Sophia y Anthony, William y Mary y, en esta ocasión, la apasionada Georgiana y su adorado John. Incluso ha sido interesante coincidir con las Lilliotas, y en especial con su cabecilla, la pérfida Lilly.

Me he sentido en todo momento tan cerca de Somerton Abbey como espero que mis queridos lectores se sientan.

Quiero dar las gracias, de todo corazón y una vez más, a Vestales por dar alas a mis sueños, confiar en mi pluma y tocar con su varita mágica las ideas que brotan de mi cabeza y de mi corazón para así concederles tan bonita forma. Gracias a todo el equipo editorial que hace posible los sueños, y gracias siempre a mi editora, por tantas facilidades y tanto cariño.

Gracias a mis chicas del otro lado del océano, a quienes amo un mundo: Anabel Reyes, Patricia Lodigiani, Lety Aparicio, Beatrice Pinto, Silvana Alayon, Sandra Arredondo, Micaela González, Paula Gardenal, María Florencia Pescetto, Mónica Flores, Annete Rodríguez, Mika_Books, Raquel Canavese, Aquileyendo, Gabriela de Entre mis Libros…

Gracias a las Lectoras Insurrectas por tantísimo cariño, y a todas las maravillosas lectoras que conocí a través de ellas: Mabby, Miriam Bonardini, Adriana, María José, Débora Cinnalli, Débora Silva, Conchi Chazarra, Gabriela López, infinitamente agradecida siempre. Y gracias en especial a Marcia Galarza y a Danisa Luna por hablarme del señor Scratch.

Gracias a mis queridísimas amigas, lectoras unas y compañeras autoras otras, por querer todas y cada una de mis historias: Claudia Cardozo, Nieves Hidalgo, Marta Luján, VeroRG, Ana Ordóñez, Ana B. Pena, Silvana Vázquez, Fina Andrés, Fernando García Pañeda, Vero Chamborro, Miranda Kellaway, María José Alcaraz, Eva García Carrión, Ana Fernández, Sabela y Lucía, Silvia Pena, Lisi Paz, Marta Fernández, Susa Paz, Laura Sánchez, Marisa Paz, Isabel Meléndez y María Teresa. Gracias por acompañarme siempre.

Gracias a Elizabeth y a Diego, por inspirarme tanto amor.

Y gracias a ti, lector, que una vez más me acompañas en mis desvaríos románticos, caminando a mi lado y soñando idénticos sueños.

Gracias por regresar conmigo a Somerton Abbey.

A aquellas tres cosas que los Antiguos

consideraban imposibles

debería sumársele esta cuarta:

hallar un libro impreso sin erratas.

Alonso de Cartagena (1384-1456)